

EL BUQUE FANTASMA

Frederick Marryat

I

A mediados del siglo XVII, alzábase una casita de agradable aspecto sobre la margen derecha del Scalda, casi enfrente de la isla de Walcheren, cerca de Terneuse, pequeña ciudad fortificada.

La minúscula vivienda había sido construida a estilo de la época, y se destacaba, por el color anaranjado de su fachada y el verde claro de sus ventanas, de entre el grupo de pequeños edificios que estaban en su derredor.

Un zócalo de baldosas blancas y azules, hábilmente combinadas, corría a lo largo de sus paredes exteriores hasta una altura de tres pies, lo que inducía a suponer que el dueño primitivo de la finca habíase esmerado en embellecerla, tanto como el propietario actual se descuidaba en repararla, porque muchas de aquellas baldosas yacían por tierra, la pintura de la fachada empezaba a desaparecer, y la madera de las puertas y ventanas reclamaba urgentemente una reparación.

Adosado a la casita, por la parte de atrás, extendíase un pequeño jardín defendido por una espesa cerca de espinos, y circundando a éste, un ancho foso lleno de agua, que no era fácil salvar de un salto.

Daba acceso a la finca un puente de poca anchura, provisto de barandillas de hierro, tendido sobre el foso, frente a la puerta principal.

La casa sólo tenía, en cada uno de los dos pisos de que constaba, cuatro habitaciones, dos de las cuales estaban provistas de ventanas a la fachada, mientras que las otras dos recibían la luz del jardín.

Las primeras medían, cada una, veinte pies cuadrados; las dos restantes eran más pequeñas y estaban destinadas a lavadero y depósito de trastos inútiles respectivamente.

Uno de los departamentos mayores servía de cocina; y el otro, herméticamente cerrado desde diez años atrás, era inaccesible aun para los mismos habitantes de la casa.

Esto, en cuanto al piso bajo, pues en el principal, las cuatro estancias de que se componía eran dormitorios.

Dos personas ocupaban la cocina, cuyos muebles eran escasos, pero en la que se advertía una limpieza tan esmerada, que las paredes y el suelo, entarimado, brillaban como si fueran de reluciente metal.

Una de las citadas personas era una mujer, en cuyo rostro, que en otro tiempo debió ser de extremada belleza, advertíanse los estragos de enfermedades y disgustos.

Representaba unos cuarenta años de edad; tenía la frente despejada, y sus ojos eran negros y rasgados. Su palidez la asemejaba a un cadáver, y la infeliz se encontraba tan escuálida que parecía que las carnes se le transparentaban. Profundas arrugas surcaban su rostro, y sus ojos despedían un fulgor tan extraño, que sugería la convicción de que estaba demente.

A juzgar por su indumentaria, aquella mujer debía ser viuda, pues en aquella época las que tenían la desgracia de perder su consorte vestían de un modo especial que revelaba su estado. No debía nadar en la abundancia, pues su ropa, aunque extremadamente

limpia, estaba descolorida y deteriorada por el mucho uso.

Sentada en un sofá, que con dos sillas y una mesa de pino constituían todo el mueblaje de la estancia, en cuyas paredes veíanse colgados algunos utensilios de cocina, la pobre mujer parecía contristada. Su aspecto era el de una persona que sufre una prolongada angustia, que sólo puede extinguirse con la muerte.

Sobre la mesa de pino estaba sentado un hermoso y fornido joven de unos diecinueve o veinte años. Sus facciones eran bellas y atrevidas, su desarrollo extraordinario, y su mirada penetrante revelaba valor y osadía. Todo su aspecto inducía a creer que tenía un carácter resuelto y aventurero.

—No vayas al mar, Felipe; prométemelo por Dios, hijo mío —dijo la mujer cruzando las manos con voz y gesto suplicantes.

—¿Y por qué no he de embarcarme, madre? —repuso el interpelado que, con las piernas cruzadas, había estado hasta entonces, silbando distraídamente—. Permaneciendo aquí sólo conseguiré morir de hambre. ¡Por el cielo! Lo primero es preferible, ¿Y en qué otra cosa he de ocuparme? Mi tío Van Brennen me ha prometido recibirme en su buque y pagarme con esplendidez. Así viviré feliz a bordo y con mis ganancias atenderé a las necesidades de usted.

—Felipe, Felipe, óyeme. Me moriré si me dejas. No tengo a nadie en el mundo más que a ti. ¡Oh, hijo mío! Te suplico que no me abandones y, si lo haces, en último caso que no sea para embarcarte.

Felipe permaneció callado y continuó silbando algunos segundos, mientras su madre sollozaba.

—¿Será, quizá —dijo el joven al fin—, porque se ahogó mi padre en el mar, por lo que me ruega con tanto interés que no me embarque?

—¡Oh, no, no! —exclamó la angustiada mujer—. ¡Quiera Dios...!

—¿Qué ha de querer Dios, madre?

—Nada, nada. Apíadaos de mí, Señor —contestó la angustiada mujer, deslizándose del sofá y arrodillándose en el suelo, en cuya actitud permaneció algunos instantes orando con fervor. Al fin, volvió a sentarse, algo más tranquila.

Felipe, que había permanecido silencioso y meditabundo, volvió a tomar la palabra.

—Escúcheme usted, madre. Su deseo es que no me embarque y que me muera de hambre; dos cosas a cual peor; ahora voy a hablar claro. Aquella habitación de enfrente la he visto siempre cerrada y nunca me ha dicho usted el motivo. Recuerdo que en una ocasión en que no teníamos absolutamente qué comer, ni esperanza de que mi tío regresara pronto, en uno de sus frecuentes accesos de su enfermedad dijo usted...

—¿Qué dije, Felipe? —preguntó la madre temblando de pies a cabeza.

—Que había en aquella habitación dinero suficiente para satisfacer todas nuestras necesidades, pero comenzó usted a llorar enseguida, afirmando que moriría antes que abrir la puerta. Y yo pregunto: ¿qué hay en esa habitación, y por qué está cerrada tanto tiempo? O me lo dice usted o ahora mismo voy a embarcarme.

Mientras el joven hablaba así la fisonomía de la madre sufrió una completa transformación. Al principio quedó aterrorizada y muda como una estatua, sus labios se

entrebrieron, brillaron sus ojos, y pareció haber quedado muda; oprimió con una mano el pecho como para aplacar algún dolor interior, y, desplomándose del sofá con la cabeza adelante, empezó a arrojar sangre por la boca.

Felipe corrió presuroso a prestarle ayuda llegando a tiempo de sostenerla y evitar que rodara al suelo. Cuando la hubo colocado nuevamente en el sofá, advirtió con espanto que continuaba el vómito de sangre.

—Madre mía, madre de mi alma, ¿qué le sucede? —gritó sobresaltado.

Transcurrieron algunos instantes sin obtener contestación. La enferma varió algo de postura, sin duda para no sofocarse con la sangre que arrojaba, y pronto las blancas tablas del entarimado se tiñeron de color de rosa.

—Hable usted, madre, hable usted si puede —repitió Felipe con voz preñada de angustia—. ¿Necesita usted alguna cosa? ¡Oh Dios mío! ¿Qué será esto?

—Me muero, hijo mío, me muero —dijo al fin la madre quedando enseguida en un estado de absoluta insensibilidad.

Felipe, enteramente alarmado, salió a la puerta para pedir socorro a los vecinos. Acudieron dos o tres, y cuando los vio ocupados en hacer volver en sí a la enferma, corrió con toda la ligereza que sus piernas le permitían en busca de un médico que no lejos de allí vivía. Llamábase éste Mynheer Poots, hombre pequeño y avaro, que, como facultativo, gozaba de merecida fama. Felipe le encontró en su casa y le rogó que le acompañara inmediatamente.

—No tengo inconveniente en ir —replicó Poots, que hablaba el idioma con exagerado acento—; pero, antes, necesito saber, señor Vanderdecken, si piensa usted pagarme.

—¡Pagarle! Mi tío lo hará tan pronto como regrese.

—¿Se refiere usted al capitán Van Brennen? Ese me debe cuatro guilders hace ya mucho tiempo. Además, su buque podría naufragar...

—Respondo que satisfará su deuda y lo que valga esta visita —dijo Felipe con impaciencia—; venga usted conmigo, mientras disputamos podría morirse mi madre.

—Pero, señor Felipe, ahora recuerdo que me es imposible acompañarle. Tengo precisión de ir a Terneuse a visitar a un hijo del burgomaestre —replicó Mynheer Poots.

—A mí no me engaña usted, caballero —contestó Felipe, rojo de cólera—. O viene usted voluntariamente o le llevo a la fuerza.

El médico sobresaltóse al oír estas palabras, pues conocía perfectamente el carácter de su interlocutor.

—Le prometo ir dentro de un rato si me es posible —respondió.

—Vendrá usted ahora mismo, viejo ruin y miserable —gritó Felipe agarrándole por el cuello y obligándole a salir a la calle.

—¡Que me asesinan! ¡Socorro! —exclamó Poots, cayendo al suelo y dejándose arrastrar por el impetuoso joven.

Este, al advertir que el rostro del doctor tomaba un tinte violáceo, se detuvo y dijo:

—¿Quiere usted que le estrangule? ¿No sabe que estoy decidido a llevarle muerto o vivo a mi casa?

—Bueno —replicó el vejete—, iré; pero esta noche la pasará usted en la cárcel. En

cuanto a su madre, me es imposible hacer nada por ella.

—¡Cómo imposible! Le juro que, si no viene, le ahogo ahora mismo, y si, cuando estemos en mi casa, no salva a mi madre a toda costa... ¡oh! Entonces lo mataré como a un perro. Demasiado le consta que cumplo siempre lo que prometo; por lo tanto, siga mi consejo; acompáñeme buenamente y le pagaré la visita, aunque para ello necesite vender la camisa.

Esta última observación de Felipe produjo mucho más efecto que sus amenazas. Poots era débil y no podía oponer resistencia a las hercúleas fuerzas del joven; la casa en que él vivía, estaba completamente aislada y no había vecino alguno, por aquellos contornos, que pudiera prestarle ayuda en caso de que fuese agredido, por lo cual resolvió visitar a la enferma. Era el mejor partido que podía adoptar, y, en su consecuencia, el joven y el médico pusieron inmediatamente en marcha. Cuando llegaron junto al lecho de la viuda la encontraron en brazos de dos vecinas que le humedecían las sienes con paños de agua y vinagre. Había recobrado el conocimiento, pero permanecía muda. Poots dispuso que se trasladara al piso principal y a una cama más cómoda. Después de hacerle ingerir algunas gotas de cierto ácido, volvió a salir con Felipe en busca de otros medicamentos.

—Debe usted hacer que tome esto su madre cuanto antes, amigo mío —dijo Poots entregando a Felipe una botellita—. Yo voy a ver al hijo del burgomaestre y regresaré pronto.

—¿No me engaña usted? —preguntó el joven dirigiéndole una mirada amenazadora.

—No, no. Si su tío Brennen hubiera de dar el dinero, quizá no volviese, porque no me inspira confianza el fiador; pero usted ha prometido pagarme y sé que cumple siempre su palabra. Dentro de una hora nos veremos; apresúrese ahora a volver a su casa.

Felipe corrió con todas sus fuerzas. En cuanto administró a su madre el contenido de la botella, cesó la hemorragia, y media hora más tarde la enferma suspiró débilmente.

Conforme había prometido, no tardó en presentarse de nuevo el diminuto doctor, examinó a la paciente con atención y dirigióse a la cocina acompañado de nuestro héroe.

—Amigo Felipe —dijo Poots—, aseguro a usted que he hecho cuanto me ha sido posible por salvar a su madre, pero no debemos abrigar esperanza alguna de que recobre la salud; me atrevo a afirmar que no se levantará más de la cama; vivirá uno o dos días, tres quizás, pero su enfermedad es incurable. Bien quisiera prolongarle la vida; pero la ciencia es impotente.

—Le creo a usted, pues yo también he perdido la esperanza. ¡Sea lo que Dios quiera! —contestó Felipe con profunda tristeza.

—¿Y me pagará usted? —preguntó el doctor después de una pequeña pausa.

—¡Sí, por vida mía! —replicó el joven con voz atronadora.

Transcurridos algunos instantes, volvió a decir el médico:

—¿Desea usted que vuelva mañana? Ya sabe que cada visita vale un guilder. Para nosotros el tiempo es oro y lo cobramos.

—Venga usted mañana, hoy, a todas horas y pida después cuanto se le antoje —respondió Felipe mirándole despreciativamente.

—Bien, como usted guste. Cuando muera su madre, la casa y todo cuanto hay en ella

será suyo y podrá venderlo. Volveré, desde luego, puesto que ya lo considero rico. ¡Ah! Si piensa usted alquilar la casa, acuérdesese de mí.

—¡Salga de aquí inmediatamente, miserable! —gritó indignado el joven, ocultándose el rostro con las manos y cayendo casi trastornado sobre el catre, manchado con la sangre todavía fresca de su madre.

Cuando se recobró un tanto, subió a ver a la enferma, a la que encontró algo más aliviada; los vecinos aprovecharon ésta ocasión para despedirse dejándole solo. Debilitada por la pérdida de la sangre, la infeliz mujer dormitó algunas horas, durante las cuales permaneció Felipe escuchando acongojado aquella penosa y difícil respiración.

A la una de la madrugada despertóse la viuda. Había recobrado casi por completo el uso de la palabra y pudo preguntar a su hijo:

—¿Cuánto tiempo hace que estás aquí aprisionado?

—¡Oh! Lo hago con mucho gusto, madre mía. No la confiaré al cuidado de personas extrañas, mientras no se cure por completo.

—Eso no ocurrirá, hijo mío. Siento ya que se acerca la muerte y te aseguro que, si no fuera por ti, abandonaría este mundo con alegría. ¡He sufrido mucho y he pedido a Dios con frecuencia que acelere mis tormentos!

—¿Y por qué, madre? —replicó Felipe ásperamente—. ¿No he cumplido siempre con mi deber?

—Sí, hijo mío, y Dios te colme de bendiciones por ello. Muchas veces te he visto refrenar tus pasiones y dominar tu carácter sólo porque yo no sufra; únicamente el hambre te ha inducido a la desobediencia. Siempre me he opuesto a que te separes de mí y jamás te he dado razón alguna; tal vez me habrás creído demente, pero ahora voy a confesarte las razones que para ello he tenido.

La viuda volvió la cabeza y guardó silencio algunos minutos; al fin prosiguió:

—Me parece que padezco accesos de enajenación mental, ¿no es verdad, Felipe? Pero Dios sabe que el secreto que me abrumba es suficiente para trastornar otra cabeza más fuerte que la mía. Oprime mi pecho, ofusca mi entendimiento, perturba mi razón y va a llevarme a la sepultura... ¡Cúmplase la voluntad de Dios! Sólo me resta decirte lo que... pero no debo; podrías volverte loco también.

—Madre —repuso ansiosamente el joven—, revéleme ese secreto terrible. No temo al infierno ni al cielo; éste no persigue jamás a los justos, y en cuanto a Satanás lo desafío.

—Conozco tu valor. Si alguien en el mundo puede oír con tranquilidad el sombrío relato, eres tú solamente. ¡Ah! Mi cabeza está muy débil, pero no debo ocultarte nada.

La viuda detúvose un momento para reflexionar y algunas lágrimas corrieron por sus hundidas mejillas. Cuando recobró las fuerzas, prosiguió:

—Felipe, voy a hablarte de tu padre. La creencia general es que pereció ahogado.

—¿Pues no murió de ese modo? —interrumpió el joven sorprendido.

—¡Oh, no!

—¿Pero falleció hace ya mucho tiempo?

—Tampoco —contestó la mujer cubriéndose el rostro con las manos.

—Algún acceso de locura —pensó Felipe; pero, sin embargo, volvió a interrogar:

— ¿Y dónde está mi padre?

La enferma se incorporó: un temblor convulsivo corrió por todos sus miembros y repuso:

— Cumpliendo un castigo impuesto por Dios.

Desplomóse la enferma en el lecho y escondió la cabeza entre las sábanas como si pretendiera ocultarse. Felipe, atónito y perplejo, permanecía mudo. Siguió un silencio de algunos minutos al que puso término el joven diciendo con voz apagada:

— El secreto, madre; revélemelo pronto.

— Óyeme, hijo mío — dijo la enferma con acento solemne.

»Tu padre tenía un carácter muy semejante al tuyo. ¡Ojalá su triste suerte te sirva de provechosa lección! Según decían todos era un marino excelente, sufrido y de gran valor. Había nacido en Ámsterdam, pero abandonó aquella población porque pertenecía a la religión católica y los holandeses son, como tú sabes, herejes en su inmensa mayoría. Hace diecisiete años, poco más o menos, que se embarcó con rumbo a la India en su hermoso buque El Amsterdammer con un cargamento valioso. Era el tercer viaje que hacía a Oriente, y habría sido el último, si Dios no hubiera dispuesto lo contrario, pues, además de haber comprado el barco con el producto de las ganancias de sus viajes anteriores, había redondeado nuestra fortuna. ¡Oh! ¡Cuántas veces formábamos juntos planes para lo porvenir y cómo me consolaba con ellos durante sus ausencias! Le amaba con ternura, Felipe, porque siempre fue bueno y cariñoso conmigo, así es que aguardaba ansiosa su regreso.

»La suerte de la esposa de un marino es poco envidiable. ¡Abandonada y sola durante largas temporadas, pasa en vela las noches de tempestad, escuchando el ruido del viento y el fragor de la tormenta y creyendo ver por doquiera peligros, naufragio y viudedad! Hacía ya seis meses que había partido tu padre y aún necesitaba esperarle un año entero cuando, una noche, hijo mío, mientras tú dormías profundamente y yo velaba tu sueño, ocurrió una cosa terrible. ¡Cómo había de sospechar que en aquel momento mi esposo había sido terrible y fatalmente maldecido!

La enferma detúvose para tomar aliento. Felipe permanecía mudo; tenía los labios secos y miraba fijamente a su madre como si quisiera adivinar sus palabras, antes de que se pronunciasen.

— Te dejé en la cuna y dirigíme a esa habitación que desde aquella noche permanece cerrada, y me puse a leer porque no podía conciliar el sueño. Era más de la media noche y llovía mucho. Sentí cierto temor extraño inexplicable; me levanté de la silla, y, mojando la mano en agua bendita, me persigné. Una fuerte ráfaga de viento azotó las paredes de la casa y me llenó de espanto. Tenía tristes presentimientos; de pronto abriéronse de par en par las ventanas, se apagó la luz y quedé en la más profunda oscuridad. Llena de terror, empecé a gritar, pero reponiéndome, en seguida, me dirigía a cerrar las ventanas, cuando presentóse ante mí tu propio padre.

— ¡Santo Dios! — murmuró Felipe con una voz que semejaba un suspiro.

— No supe qué pensar; él estaba a mi lado y, a pesar de que la oscuridad era absoluta, distinguía sus facciones tan perfectamente como si fuese de día. El miedo me

impulsaba a huir, pero el amor que le profesaba, me contenía.

»Luchando con estos dos sentimientos, permanecí inmóvil. Después que tu padre hubo entrado, cerráronse nuevamente las ventanas y la luz se encendió por sí misma; creyendo que aquello era una aparición perdí el conocimiento.

»Cuando recobré el sentido, estaba sentada en un sofá y una mano fría y húmeda estrechaba la mía (¡Oh, cuán helada estaba!). Sin embargo, no tardé en reponerme y, dando al olvido las circunstancias sobrenaturales que acompañaron a la aparición, creí que tu padre había sufrido algún contratiempo en su viaje, y regresaba al hogar. Tenía delante a mi esposo y me arrojé en sus brazos. Sus vestidos estaban empapados en agua y helados como la nieve. Recibió mis caricias sin devolvérmelas y sin pronunciar una palabra; parecía triste y pensativo. —Guillermo, Guillermo —exclamé—, habla, di alguna cosa a tu amada Catalina.

»—Voy a hacerlo —replicó con solemnidad—, porque dispongo de poco tiempo.

»—No te irás de manera alguna, ni te embarcarás de nuevo. Si el buque se ha perdido, tú te has salvado; nada importa, puesto que estamos otra vez juntos.

»—¡Ay de mí! He perdido mi buque y también a mí... Escúchame, porque tengo necesidad de marcharme en seguida. No estoy muerto, y, sin embargo, no vivo; mi destino es permanecer entre el mundo de los hombres y el mundo de los espíritus. Atiende:

»—Durante nueve semanas estuve intentando, sin conseguirlo, abrirme paso a través de los borrascosos mares que circundan el cabo de las Tempestades y lancé juramentos horribles. Pasé otras tantas semanas luchando incesantemente contra vientos y corrientes sin adelantar un palmo de terreno y, desesperado, tuve la desgracia de blasfemar. Sin embargo, persistí en doblar el cabo. La tripulación, fatigada con tanto trabajo, me rogó que regresara a Table Bay; pero, lejos de acceder a su deseo, cometí un asesinato, que, aunque sin intención, no dejó de ser un gran crimen. El piloto, no queriendo ir más adelante, persuadió a los marineros a que me ataran, y yo, encolerizado al verme sujeto por el cuello, le di un golpe terrible que le hizo tambalearse. En aquel momento, el buque cabeceó espantosamente y el infeliz, al perder el equilibrio, cayó al agua. Este triste accidente no puso término a mi obstinación, tan ciego estaba; por lo contrario, continué jurando, hasta por los fragmentos de la Santa Cruz guardados en el relicario que llevas al cuello, que doblaría el cabo a pesar de las tempestades, del mar, del rayo, del cielo y del infierno, aunque necesitara luchar hasta el día del juicio.

»—Dios oyó mi juramento formulado entre truenos y relámpagos. El huracán azotó al buque, las velas volaron hechas jirones, altísimas montañas de agua nos envolvían, y en el centro de una nube que de pronto se formó sobre nuestras cabezas obscureciendo todo el firmamento, vi escritas con caracteres de fuego estas palabras terribles:

»—Hasta el día del juicio.

»—No me queda más que una esperanza, y por esto se me ha permitido que venga a verte, Catalina. Toma esta carta —prosiguió colocando sobre la mesa un papel lacrado—; léela y ve si puedes prestarme alguna ayuda.

“¡Adiós, esposa mía, hasta la eternidad!

»La estancia quedó nuevamente a oscuras y tu padre desapareció en las tinieblas.

Corrí tras él con los brazos abiertos y mis deslumbrados ojos contempláronle a la luz de un relámpago, llevado en alas del huracán, hasta que, al fin, desapareció por completo. Cerráronse por tercera vez las maderas de las ventanas, volvió a brillar la luz en la bujía y quedé sola como antes.

»¡Apiádate de mí, Señor!; ¡mi cabeza, mis sienes! ¡Felipe, Felipe —gritó la infeliz mujer—, no me abandones, no te embarques, por el Cielo!

Mientras lanzaba estas exclamaciones, la enferma se había incorporado en el lecho, pero no tardó en caer exánime en los brazos de su hijo.

Felipe intentó incorporarla nuevamente; pero bien pronto advirtió que la cabeza se le caía hacia atrás, que los ojos estaban sin brillo y que las manos se habían crispado: la viuda Vanderdecken había pasado a mejor vida.

II

Aunque Felipe Vanderdecken era un joven muy valeroso, abatióse profundamente cuando se convenció de que su madre había dejado de existir, y permaneció junto a la cama con los ojos fijos en el cadáver y con la imaginación perturbada por completo. Poco a poco fue tranquilizándose; cerró los ojos de aquel querido cuerpo y le cruzó las manos, mientras derramaba abundantes lágrimas que surcaban su rostro varonil. Luego, besó solemnemente la pálida y helada frente de la difunta, y corrió las cortinas del lecho.

—¡Infeliz madre! —exclamó con amargura—. Al fin, has encontrado el reposo; pero me dejas un triste legado.

En su imaginación vio nuevamente desarrollarse las escenas a que acababa de asistir, y el terrible relato de su madre pesaba sobre su corazón y le hacía perder el juicio. Apretóse fuertemente las sienes e hizo grandes esfuerzos por tranquilizarse. Necesitaba adoptar una resolución cualquiera y sabía que no tenía tiempo para llorar. Su madre descansaba en paz pero, ¿dónde estaba su padre?

Recordó sus palabras: «Sólo resta una esperanza». Su padre había dejado una carta sobre la mesa, ¿no estaría aún en el mismo sitio? Sí; allí debía hallarse, porque su madre no se había atrevido a leerla. Aquel papel, que nadie había tocado durante diecisiete años, constituía una verdadera esperanza.

Resolvió entrar en la habitación fatal para saberlo todo de una vez. ¿Debía hacer esta operación en aquel mismo momento, o esperar a que amaneciera? Pero la llave, ¿dónde estaba? Sus ojos tropezaron con un secreter antiguo que estaba junto al lecho; jamás lo había abierto su madre en presencia suya, y era un mueble a propósito para ocultar cualquier objeto. No tardó mucho en decidirse, y, aproximando una luz, comenzó a examinarlo. El secreter estaba abierto y registró todos los cajones, uno después de otro, sin encontrar lo que buscaba. Sospechó que hubiera cajones secretos, pero, por mucho que examinó el mueble, no los encontró. Entonces, los sacó todos, y colocándolos en el suelo, levantó en alto el armazón del secreter sacudiéndolo con fuerza. Cierta ruido especial le hizo comprender que, probablemente, estaba oculta allí la llave que necesitaba. Renovó sus tentativas para apoderarse de ella, pero nada consiguió. Ya la luz del día, entrando por los intersticios de las ventanas, iluminaba el aposento, y Felipe no había obtenido ningún resultado, hasta que al fin, aburrido, resolvió forzar la parte posterior del mueble; subió de la cocina un fuerte cuchillo de partir carne y un martillo, y cuando más distraído estaba, arrancando las tablas del mueble, sintió que una mano se apoyaba en su hombro.

Felipe se estremeció: tan embebido estaba en su trabajo, que no había oído los pasos que se acercaban. Levantó la cabeza y vio detrás de él al párroco, señor Leysen, que le miraba con severidad. El digno sacerdote, enterado del peligroso estado de la viuda Vanderdecken, había madrugado mucho para hacerle una visita y administrarle los santos sacramentos.

—¿Cómo se entiende, hijo mío? —preguntó al joven—. ¿No temes turbar el reposo de la enferma? ¿te entretienes forzando los muebles y saqueándolo todo, antes de que fallezca

tu desdichada madre?

—No temo turbar su reposo, señor cura —replicó Felipe poniéndose de pie—; la infeliz duerme ya el sueño eterno. Tampoco saqueo ni robo nada. No es dinero lo que busco, sino una llave largo tiempo escondida, según mi creencia, en este cajón secreto, y que ignoro cómo se abre.

—¿Tu madre ha muerto sin recibir los auxilios espirituales? ¿Por qué no hiciste que me llamaran?

—Murió de repente en mis brazos, hace unas dos horas. Su alma está seguramente entre las de los bienaventurados, aunque siento que no haya usted podido auxiliarla en los últimos momentos.

El buen sacerdote recorrió con lentitud las cortinas del lecho y contempló el cadáver, que roció con agua bendita. Durante algunos minutos sus labios se movieron como si rezara, y al fin, preguntó a Felipe:

—¿Por qué te afanas tanto en buscar esa llave? Más valía que lloraras y pidieras a Dios misericordia por el alma de tu desgraciada madre. Tientes los ojos secos y, antes de que se enfríe el cadáver, te dedicas a registrar los muebles. Esto no me parece bien, Felipe, ¿qué llave es ésa que te interesa tanto?

—Padre, no tengo tiempo para llorar ni para hacer lamentaciones. Por lo contrario, me veo obligado a hacer otras cosas que ocupan por completo mi imaginación. Bien sabe usted que amaba a mi madre con delirio.

—¿Pero esa llave que buscas, Felipe...?

—Es la de una habitación que permanece cerrada desde hace muchos años y que necesito abrir aun a costa de...

—¿De qué, hijo mío?

—Iba a decir un desatino; perdone usted, señor cura. Sólo quería dar a entender que me es indispensable y absolutamente preciso entrar en ese aposento.

—Algo he oído de ese misterio, que tu madre jamás quiso revelarme, aunque la interrogué con frecuencia; pero, conociendo que era importuno, no volví a molestarla. Algo terrible debe haber en él, cuando siempre rehusó confesármelo. ¿Te lo ha revelado a ti quizá antes de morir?

—Sí, padre Leysen.

—¿Te negarás tú también a confiármelo? Yo podría aconsejarte, dirigirte...

—Comprendo que no es mera curiosidad, sino un fin laudable lo que le induce a dirigirme esa pregunta; pero no sé todavía si lo que me ha dicho mi madre es un hecho cierto o sólo un desvarío de su extraviada mente. Si es lo primero, le enteraré de todo y compartiré con usted el peso enorme de tan terrible secreto. Mas, por ahora al menos, no puedo revelarlo; necesito cumplir mi deber y entrar solo en ese aposento fatal.

—¿Y no temes...?

—No temo nada. Tengo una misión que cumplir, verdaderamente triste, y le ruego que no me haga más preguntas, pues creo que perderé el juicio, como mi infeliz madre, si me sigue usted hablando del asunto.

—Siendo así, no insisto. Tiempo llegará, tal vez, en que pueda prestarte algún

servicio. Adiós, hijo mío; no te ocupes por ahora en forzar más cajones, pues voy a disponer que vengan algunos vecinos a velar el cadáver de tu desgraciada madre, cuya alma creo que ha subido al Cielo.

El sacerdote miró a Felipe, y al advertir que no le escuchaba y que su imaginación parecía perturbada, retiróse moviendo tristemente la cabeza.

—Tiene razón —murmuró Felipe, al quedarse solo, dejando el secreter en su sitio—. Lo mismo da una hora antes que una hora después. Descansaré un rato, porque siento vértigos en la cabeza.

Dirigióse en seguida a la habitación inmediata, se acostó y pocos momentos después dormía con un sueño profundo, pero tan agitado como el del reo que está en capilla y espera ser ejecutado.

Mientras tanto, llegaron algunos vecinos e hicieron los preparativos necesarios para el sepelio del cadáver, cuidando de no despertar a Felipe, pues respetaban como sagrado el sueño del que sólo despierta para verter lágrimas. Con ellos se presentó Mynheer Poots, que, informado de la muerte de la enferma, y disponiendo de una hora de tiempo, creyó que podía aprovecharla en hacer una nueva visita para ganar otro guilder. Entró en la habitación en que reposaba el cadáver y, después, en la que ocupaba el joven, al que sacudió bruscamente un brazo.

Despertóse éste, e, incorporándose en el lecho, vio que el doctor estaba a su lado.

—Buenos días, querido Vanderdecken —dijo el cínico hombrecillo—, veo que todo ha terminado, según le pronostiqué. Me debe otro guilder, puesto que ha ofrecido pagar con exactitud; las visitas y la medicina suman tres y medio. Esto si me devuelve la botella, pues en caso contrario...

—Le pagaré a usted los tres guilders y medio, y le entregaré, además, la botella, para que vuelva a utilizarla.

—Me consta que tiene usted intención de pagarme, pero no se me oculta que ha de transcurrir algún tiempo antes que venda usted la casa, porque no se encuentra fácilmente comprador, y, como no me gusta apurar a los pobres, podemos hacer otra cosa. Del cuello de su difunta madre pende una alhajita que sólo tiene valor para un buen católico: me quedaré con ella y estamos en paz.

Felipe le escuchó con aparente tranquilidad; conocía la alhaja a que se refería el avaro médico. Era la reliquia que llevaba su madre al cuello, y sobre la cual había hecho su padre el terrible juramento. No la habría vendido por todo el oro del mundo.

—Salga usted de esta casa ahora mismo —gritó encolerizado—. Le pagaré la deuda.

Mynheer Poots había comprendido a primera vista que la reliquia, encerrada en un marco de oro puro, valía mucho más que los tres guilders y medio, sabía que el valor extrínseco de la alhaja era grande como prenda religiosa y abrigaba la convicción de poder enajenarla pronto. Cuando entró en la habitación en que yacía la difunta, dominado por la tentación, la arrancó del cuello del cadáver y la guardó en el bolsillo.

—Creo que mi proposición es muy ventajosa para usted —repuso— y que debe aceptarla.

—De ningún modo —gritó Felipe lleno de cólera.

—En ese caso, la retendré en mi poder hasta que usted me pague lo que me debe; esto es muy justo, amigo Vanderdecken. Cuando me lleve usted a casa los tres guilders y medio y la botella, le devolveré la alhaja.

La indignación de Felipe no tuvo límites. Agarró a Mynheer Poots por el cuello, y lo arrojó fuera del aposento, gritando:

—Márchese usted inmediatamente, o de lo contrario...

No pudo concluir su imprecación. El doctor se apresuró a huir tan rápidamente, que bajó rodando las escaleras y atravesó cojeando el puente. Hubiera deseado devolver la reliquia, pero en la precipitación de la fuga no le fue posible volver a colocarla en el cuello de la viuda.

Esta conversación hizo pensar naturalmente al joven en la reliquia, y fue al aposento de su madre para recogerla. Descorrió las cortinas del lecho, destapó la cara del cadáver, y, cuando ya se disponía a soltar el negro cordón, advirtió que la alhaja había desaparecido.

—¡Me la han robado! —exclamó—. Los vecinos no son capaces de cometer semejante villanía. Indudablemente, ha sido el miserable Poots; ¡infame! Pero la recobraré, aunque se la haya tragado y aunque necesite arrancarle uno a uno todos los miembros.

Precipitose escaleras abajo, salió de casa, franqueó de un salto el foso, y, sin sombrero ni chaqueta, echó a correr hacia la casa de Mynheer Poots. Los vecinos, al verle pasar como un relámpago, movieron tristemente la cabeza creyendo que había perdido el juicio. El médico sólo había recorrido la mitad del trayecto, porque, habiéndose herido en un tobillo, le era imposible caminar muy aprisa. Temeroso de lo que pudiera ocurrir, si se descubría su robo, volvía frecuentemente la cabeza hacia atrás; y su terror al ver a Felipe que volaba en persecución suya fue enorme. El miedo le hizo perder la serenidad, y el desdichado no sabía que 'partido tomar; su primer impulso fue pararse y devolver la alhaja robada; pero no se atrevió a ello temiendo un acto de violencia por parte de Vanderdecken. Decidió por lo tanto seguir huyendo hasta llegar a su casa, encerrarse en ella y retener la alhaja, o, al menos, imponer algunas condiciones para su devolución.

Comprendiendo que necesitaba correr todavía más, así lo hizo; pero Felipe, viendo en esta fuga la prueba de culpabilidad, redobló sus esfuerzos y pronto estuvo cerca de él. Cuando sólo le faltaban unas cien varas para llegar a la puerta de su casa, Mynheer Poots percibía claramente el ruido de los pasos de su perseguidor, y aumentó la velocidad de su carrera, pero inútilmente, pues cada vez era más distinto el sonido de las pisadas, y hasta creía sentir el aliento de su enemigo; Poots entonces, lleno de angustia, dio un salto, cual la liebre que se encuentra acosada por los perros que lá persiguen. Al extender Felipe el brazo para sujetarle, el fugitivo cayó al suelo aterrorizado, pero el ímpetu de Vanderdecken era tan grande, que pasó sobre él, y, tropezando con su cuerpo, rodó por el suelo sin conseguir mantener el equilibrio. Esta circunstancia salvó al pequeño doctor, que efectivamente había puesto en práctica una estratagema de liebre. Levantose rápidamente y, antes de que Felipe pudiera reanudar la carrera, Poots llegó a su casa y se encastilló en ella. Vanderdecken parecía, no obstante, dispuesto a rescatar su importante tesoro, y jadeante de cansancio, miró en su derredor buscando algo con que forzar la puerta. Pero, como la casa del médico estaba, según ya hemos dicho, completamente aislada, se habían

adoptado todo género de precauciones para asegurarla, de un golpe de mano; las ventanas del piso bajo tenían interiormente gruesas barras de hierro, y las del principal estaban a mucha altura para hacer imposible un escaló.

Debemos hacer constar que, aunque Poots disfrutaba de cierta consideración por su reconocida competencia profesional, su reputación de hombre cínico y desalmado estaba muy bien sentada. No permitía jamás entrar en su casa a nadie, aunque realmente a pocos se les ocurrió hacerlo. Vivía solo y únicamente se le encontraba junto al lecho del dolor y de la muerte. Se ignoraba, además, si tenía familia; cuando fijó su residencia en la casa que a la sazón habitaba, una vieja decrepita recibía los recados de los que solicitaban sus servicios, pero había fallecido hacía largo tiempo, y desde entonces, los que llamaban a su puerta, o eran recibidos por el mismo Mynheer Poots en persona, o tenían que volverse sin recibir contestación alguna cuando el médico estaba ausente. Por esta razón, se murmuraba que vivía solo, pues era sobrado ruin para mantener una criada. Esta era también la creencia de Felipe, quien, cuando recobró el aliento, comenzó a idear la manera de recuperar la alhaja de su madre y de vengarse al mismo tiempo cruelmente.

La puerta de la casa del médico era sólida y difícil de forzar.

Felipe reflexionó durante algunos minutos, y, a medida que reflexionaba, fuese aplacando su ira, hasta que, al fin, decidió rescatar la reliquia robada sin apelar a la violencia.

—Mynheer Poots —gritó—, sé que me está usted oyendo. Devuélvame lo que me ha robado, y no le ocasionaré mal alguno. De lo contrario, aténgase a las consecuencias, pues su vida me responderá de todo.

El médico oyó claramente esta proposición, pero al miserable le había pasado ya el susto, y creyéndose seguro, resistíase a devolver la reliquia. No contestó, pues, confiando en que se agotaría la paciencia de Felipe y que con sacrificar por su parte algunos guilders, que tanto necesitaba su enemigo, quedaría tranquilamente en posesión de una alhaja, que estaba seguro de enajenar a alto precio.

Vanderdecken, al ver que no le contestaba, se dejó de invectivas y recurrió a medios mucho más eficaces.

Había junto a la casa un montón de heno seco, y contra la pared una pila de leña. Felipe se dispuso a incendiar la casa, y si no rescataba la reliquia, tendría al menos el placer de achicharrar al ladrón. Llevó algunas brazadas de heno al lado de la puerta, y colocó encima gran cantidad de maderos. Sacó en seguida yesca, pedernal y eslabón, utensilios que jamás faltan en el bolsillo de un holandés, y pronto elevóse una brillante llama. El humo ascendió en columnas hasta los aleros del tejado, y el fuego empezó a rugir. Momentos después ardía también la puerta, añadiendo nueva fuerza al incendio, y Felipe, lleno de satisfacción por el feliz resultado de su diabólica idea, gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—Ahora, infame despojador de muertos, desalmado ladrón, vas a sentir los efectos de mi venganza; si permaneces dentro, mueres abrasado, y si intentas salir, perecerás a mis manos. ¿Me oyes, Mynheer Poots, me oyes?

No había el joven terminado aún de pronunciar estas palabras, cuando se abrió de

par en par una de las ventanas del piso principal que estaba muy distante del fuego.

—¿Irá a pedirme perdón? Pero no, no —pensó Felipe, al contemplar, no al médico, sino a una de las más hermosas criaturas que había visto hasta entonces.

Era ésta una niña angelical de diecisiete a dieciocho años, que parecía tranquila y resuelta en medio del peligro que le amenazaba. Sus largos cabellos negros, peinados en dos trenzas, estaban graciosamente sujetos a su linda cabeza; sus ojos eran grandes e intensamente oscuros, sus labios sonrosados y finos y su nariz pequeña y recta. Era imposible concebir un rostro más encantador; parecía una de esas sublimes concepciones que los grandes pintores han trasladado al lienzo en un momento de inspiración; era, en fin, una divinidad. Cualquiera la habría creído una mártir al verla tan resignada, próxima a perecer asfixiada por el denso humo y amenazada por las rugientes llamas que casi llegaban a la ventana.

—¿Qué se propone usted, joven? ¿Qué daño le han hecho los habitantes de esta casa, para que pretenda sacrificarlos a su venganza? —preguntó la niña con perfecta calma.

Felipe contemplóla embelesado algunos momentos, sin articular palabra, y arrepentido de su arrebato, que iba a ocasionar la muerte de tan bella criatura. Olvidó su venganza, y, apoderándose de una de las largas pértigas que le servían para avivar el fuego, comenzó a separar los candentes leños hasta que sólo continuó ardiendo la puerta, que no había sufrido mucho daño, pues estaba construida con gruesos tablones de roble, por cuya causa no tardó mucho en apagarse también. Mientras duraron estas maniobras de Felipe, la joven lo observó en silencio.

—No corre ya peligro, señorita —dijo nuestro héroe—; Dios me perdone el haber atentado contra una vida tan preciosa. Sólo pretendía vengarme de Mynheer Poots.

—¿Y qué motivos le ha dado ese caballero para que le odie tanto? —preguntó la niña.

—Un motivo muy poderoso: ha ido a mi casa, ha despojado a un muerto, ha robado del cuello del cadáver de mi madre una reliquia que para mí es de un valor ilimitado.

—¡Que ha despojado a un cadáver! Eso es imposible, usted se ha equivocado.

—No, no. El hecho es positivamente cierto, señorita. En cuanto a la reliquia, me es indispensable recobrarla. No sabe usted cuántas cosas dependen de ella.

—Espere un momento, joven, que pronto vuelvo —contestó la niña.

Felipe esperó algunos minutos, lleno de asombro, por haber encontrado a tan hermosa criatura en casa de Mynheer Poots. ¿Quién podría ser? Mientras pensaba en esto, volvió a oír la argentina voz y vio a la joven que se asomaba a la ventana, llevando en la mano un cordón negro del que pendía la tan deseada alhaja.

—He aquí su reliquia —dijo—. Siento mucho que mi padre haya cometido una acción tan villana, que merece la justa cólera de usted. Tómela —continuó, dejándola caer junto a Felipe—, puede marcharse.

—¡Su padre de usted, señorita! ¿Puede él ser su padre? —exclamó Felipe, olvidándose de recoger la reliquia, que permanecía en el suelo.

Ella se había retirado de la ventana sin replicar, pero Vanderdecken insistió:

—Espere usted un momento mientras le pido que me perdone mi acción loca y arrebatada. Juro por esta reliquia —continuó, llevándola a los labios— que si hubiera

sabido que vivía en esta casa un ser tan adorable, jamás habría procedido como lo he hecho y que me alegro muchísimo de que no haya usted sufrido daño alguno. Pero todavía no ha desaparecido el peligro; es necesario abrir la puerta y apagar completamente los barrotes que están ardiendo y que amenazan incendiar de nuevo la casa. No tema por su padre, señorita, pues, aunque me hubiera hecho mil veces más daño, usted le protege y jamás tocaré un solo cabello de su cabeza. Bien me conoce él y demasiado sabe que cumplo mi palabra. Permítame usted que repare el daño que he ocasionado, y me marcharé luego tranquilo.

—¡No, hija mía, no te fíes! —dijo la voz de Mynheer Poots, dentro de la habitación.

—Me inspira confianza —repuso la niña—, y considero muy necesarios sus servicios porque, ¿qué podemos hacer en este apuro una débil mujer como yo y un padre todavía más débil? Abra usted, pues, la puerta, y permítale que apague el fuego.

La joven, dirigiéndose después a Felipe, agregó:

—Mi padre abrirá la puerta, caballero; le agradezco sus ofrecimientos y espero que cumplirá su promesa.

—Jamás he faltado a mi palabra, señorita; pero que se apresure su padre, porque veo otra vez llamas.

Las temblorosas manos de Mynheer Poots abrieron la puerta, y el acobardado médico, tan pronto como hubo descorrido el cerrojo, subió huyendo las escaleras. Lo que había asegurado Felipe era cierto; muchos cubos de agua fueron necesarios para dominar el incendio; pero, mientras estuvo ocupado en esta tarea, ni la hija ni el padre aparecieron por ninguna parte.

Concluida su penosa operación, cerró Vanderdecken la puerta y miró hacia la ventana. La hermosa joven asomóse a ella, y Felipe, haciéndole un profundo saludo, le aseguró que nada había ya que temer.

—Le quedo profundamente agradecida —dijo ella—. Su conducta ha sido digna, aunque, al principio, pecó mucho de inconveniente.

—Diga a su padre que toda animosidad de mi parte ha cesado, y que no tardaré en venir a satisfacer la deuda que con él tengo contraída.

Cerrase la ventana, y Felipe, todavía más impresionado que cuando había venido, aunque por distintos sentimientos, miró por última vez el sitio en que había estado la hermosa joven, y regresó, muy preocupado y pensativo, a su casa.

III

Felipe Vanderdecken quedó profundamente impresionado por el descubrimiento de la bella hija del médico Mynheer Poots.

Al llegar a su casa, subió el joven, aheleado por este nuevo sentimiento, las escaleras y arrojóse sobre la cama en que antes había dormido y que abandonó para salir en persecución del médico. Al principio recordó la escena que hemos descrito, las facciones de la preciosa niña, sus ojos, su expresión, su argentina voz y las palabras que había pronunciado; pero, recordando que el cadáver de su madre yacía en el aposento inmediato, y que el secreto de su padre permanecía oculto en la sala del piso bajo, olvidóse de la encantadora imagen que tan honda impresión le había producido.

El entierro estaba dispuesto para la mañana siguiente, y Felipe, cuyo interés por examinar el aposento misterioso había disminuido desde que conocía a la bella hija de Mynheer Poots, decidió no abrirlo hasta que terminara la fúnebre ceremonia. Con esta resolución y fatigado con tanto trabajo material y mental quedóse dormido hasta que le despertó el párroco para que acompañara el fúnebre cortejo. Una hora después todo había terminado, se disolvió la multitud, y Felipe regresó a su casa y, cerrando la puerta para que no le interrumpiera nadie, sintióse feliz al encontrarse solo.

Subió en seguida a la estancia en que una hora antes estuvo expuesto el cadáver y sintióse consolado. Nuevamente volvió a apoderarse del secreter y reanudó su tarea; pronto quedó arrancada la parte posterior del mueble y descubierto el cajón secreto, en cuyo interior encontró algo que supuso sería el objeto de sus pesquisas; era una gran llave cubierta enteramente con una espesa capa de herrumbre. Debajo había una carta cuyos caracteres estaban borrosos: la letra era de su madre y estaba redactada en los siguientes términos:

“Hace dos noches ocurrió un terrible suceso, del que me acuerdo aún con espanto y que me indujo a cerrar la puerta de la sala baja. Si durante mi vida no refiero a nadie lo sucedido, sepa el que leyere las presentes líneas, que la llave que hay con esta carta es la del aposento de referencia. Cuando por última vez salí de ella, subí al piso principal y pasé toda la noche al lado de mi hijo; al otro día tuve, sin embargo, bastante valor para volver a bajar, echar la llave y ocultarla en este secreter. La sala está actualmente cerrada y así continuará hasta que la muerte cierre a su vez mis ojos. Ni privaciones ni sufrimientos me obligarán jamás a abrirla, a pesar de que el armario de hierro que hay debajo del aparador que está más lejos de la ventana, encierra dinero suficiente para satisfacer todas mis necesidades; este dinero lo dedico a mi hijo, el cual, si no le revelo el fatal secreto, debe darse por satisfecho sabiendo que es tan terrible que me ha obligado a proceder como lo hago. Las llaves del armario y de los aparadores se encontraban, si no me es infiel la memoria, sobre la mesa o en mi canastillo de labor, cuando abandoné la sala. También había sobre la mesa una carta. Está lacrada. Que nadie la abra sino Felipe y sólo en el caso de que el secreto le haya sido revelado por mí. Después que la queme el párroco, porque está maldita; y, si mi hijo decide leerla, ¡oh! que medite y reflexione mucho antes de

romper el sobre, porque sería preferible que no averiguase nada.»

—¡Que no averigüe nada! —pensó Felipe con los ojos clavados en el papel—. Precisamente deseo todo lo contrario: saberlo todo. Perdóname, madre querida, que no reflexione antes como tú previenes; sería perder tiempo, puesto que estoy decidido a ello.

Luego, con ternura filial, besó la firma, dobló la carta y guardóse la en el bolsillo. Después tomó la llave y comenzó a bajar las escaleras.

Era mediodía, el sol brillaba esplendoroso en el espacio azul, en el cielo no había una sola nube y la naturaleza toda respiraba alegría y contento. Como la puerta de la casa permanecía cerrada, el pasadizo estaba envuelto en una semiobscuridad, y Felipe tardó algunos momentos en introducir la llave por el ojo de la cerradura, consiguiendo darle una vuelta con bastante trabajo.

Cuando empujó la puerta de la estancia, Felipe no estaba tranquilo sino que, por el contrario, sintióse alarmado y su corazón palpitaba con violencia, pero él tenía valor sobrado para dominar el sobresalto que pudiera producirle la contemplación de lo que encontrara dentro. Abrió, al fin, y quedóse clavado en el portal, cual si temiera profanar el retiro de un espíritu, que podía reaparecer al turbar su reposo. Todavía tardó otro minuto para recobrar el aliento que había perdido y miró por último hacia el interior.

Desde el lugar en que se encontraba, distinguió, aunque imperfectamente, algunos objetos; pero tres rayos de sol, que atravesaban las junturas de los postigos, le impulsaron a retroceder, creyéndolos sobrenaturales, un poco de reflexión bastó, sin embargo, para tranquilizarle. Después de un momento de indecisión, Felipe fue a la cocina, encendió una bujía y, lanzando algunos suspiros, hizo un llamamiento a su valor, pues estaba ya decidido a penetrar en el funesto aposento. Desde la puerta practicó un ligero reconocimiento a la débil luz de la bujía; todo estaba tranquilo; la hoja de la puerta ocultaba la mesa sobre la cual había dejado su madre la carta.

—Es preciso hacerlo —pensó Felipe—, pues, cuanto más pronto, mejor —y, haciendo un poderoso esfuerzo de voluntad para dominar su inquietud, fue resueltamente a abrir los postigos.

No es extraño que temblara su mano al tocar aquella ventana que en otra ocasión se había abierto tan sobrenaturalmente; somos mortales y nos estremecemos al ponernos en contacto con lo que, según nuestra creencia, pertenece al mundo de los espíritus. Cuando, quitadas las aldabas y descorridos los pasadores, pudo abrir la ventana, un torrente de luz iluminó la estancia y, ¡Cosa extraña! la brillante claridad del día impresionó a Felipe mucho más que las tinieblas anteriores y, con la bujía en la mano, huyó precipitadamente a la cocina, donde permaneció algunos instantes con el rostro oculto entre las manos y profundamente pensativo.

Acordóse entonces de la encantadora hija de Mynheer Poots, e infundiéndole este recuerdo valor y confianza se puso de pie y encaminóse resueltamente hacia la sala. No describiremos los objetos que contenía por el orden con que los contemplaron los ojos de nuestro héroe sino de un modo más detallado y completo.

Medía aquella estancia doce o catorce pies cuadrados, con una sola ventana; frente a la puerta había una chimenea a cada uno de cuyos lados veíase un alto aparador de

madera oscura. El suelo estaba limpio relativamente, aunque las arañas habían tendido sus redes por todas partes. Del centro del techo pendía un globo de cristal azogado, según la moda de aquel tiempo, pero la mayor parte de su superficie estaba opaca, y envuelto todo él completamente por telarañas, como si estuviera dentro de una funda. Sobre la chimenea había dos o tres cuadros; pero el polvo empañaba los cristales hasta el punto de ocultar por completo las estampas. En el centro de la cornisa del hogar veíase una imagen de la Virgen María, de plata, dentro de una especie de relicario del mismo metal, pero tan enmohecida que parecía de hierro o de cobre; a uno y otro lado había algunas figuritas indias. Los cristales de los aparadores estaban también tan sucios que, a través de ellos, era imposible ver el interior. La luz y el calor, al penetrar en la estancia, secaron en seguida la humedad y el polvo comenzó a caer cual menuda lluvia sobre las vidrieras, haciéndoles perder su natural transparencia; pero, esto no obstante, aunque con alguna dificultad, podía distinguirse dentro de los aparadores el brillo de algunas vasijas de plata que, aunque de igual modo enmohecidas, no habían perdido el color por completo.

De la pared frente a la ventana pendían otros cuadros análogos a los anteriores; pero, como ellos, llenos de polvo y telarañas, y, por último, dos jaulas. Felipe acercóse a examinar estas últimas comprobando que los que las ocuparon en otro tiempo habían sucumbido; los pequeños montones de plumas amarillentas y los diminutos esqueletos que se veían en ellas revelaban claramente que fueron canarios; pájaros raros y de mucho precio en aquella época. Felipe parecía dispuesto a examinarlo todo antes de buscar lo que más ansiaba y temía encontrar. En aquel aposento había, además, varias sillas y sobre una de ellas algunas prendas de ropa blanca, que Vanderdecken supuso que le habían pertenecido cuando era niño. Al fin, volvió los ojos hacia la pared opuesta a la de la chimenea y en la cual estaba la puerta, detrás de cuya hoja debía encontrarse el sofá, la costura de labor y la «carta fatal». Al mirar en la citada dirección, un temblor nervioso agitó todo su cuerpo; pero, haciendo un gran esfuerzo de voluntad, consiguió tranquilizarse. Fijóse primero en la pared de la que pendían espadas, pistolas, arcos y flechas de varias clases, casi todas de origen asiático, y otras muchas máquinas de destrucción. Bajó poco a poco los ojos hacia la mesa y el sofá en que estuvo sentada su madre cuando su esposo le hizo la terrible visita, según ella le había referido. La costura, con todos sus accesorios, permanecía sobre la mesa, del mismo modo que la dejó la viuda. Las llaves a que hacía referencia en su carta, también estaban allí; pero Felipe, a pesar de registrarlo todo minuciosamente, no encontró carta alguna; levantó el costurero por si la encontraba debajo, pero inútilmente; removió, por último, los almohadones del sofá y el resultado fue el mismo. La carta no se encontraba tampoco allí. Sintió entonces como si un enorme peso desapareciera de su palpitante pecho.

—Sin duda alguna —dijo apoyándose en la pared—, todo ha sido una visión de la extraviada mente de mi pobre madre. Quizá se quedara dormida y viera en sueños lo que, después, tomó por realidad. Siempre creí que lo que me contó no era posible, o al menos, así lo esperaba. Habrá ocurrido lo que supongo; el sueño debió ser tan terrible como la realidad y perturbaría el juicio de la infeliz.

Felipe continuó reflexionando y concluyó por convencerse en absoluto de que sus

conjeturas eran ciertas.

—Necesariamente debió de ocurrir lo que supongo —continuó diciendo—. ¡Pobre madre, cuánto has sufrido! Pero ya has obtenido tu recompensa y estás gozando de Dios.

Transcurrieron algunos minutos, que invirtió en examinar la habitación con más tranquilidad y quizá con indiferencia, pues se había persuadido de que la sobrenatural historia sólo había existido en la imaginación enferma de su madre, y Felipe, sacando del bolsillo la carta que había encontrado con la llave, leyó este párrafo: «El armario de hierro colocado debajo del aparador que está más lejos de la ventana, contiene dinero suficiente para satisfacer todas mis necesidades». Entonces tomó el manajo de llaves que estaba sobre la mesa y abrió las puertas de hierro, quedando atónito al contemplar una suma considerable que, según sus cálculos, no bajaría de diez mil guilders, contenidos en sacos amarillentos.

—¡Pobre madre mía! —pensó Felipe—, ¿ha bastado un simple sueño para conducirte a la más espantosa miseria, siendo poseedora de una suma tan grande?

Tomó luego de uno de los talegos, que estaba medio vacío, algunas monedas para sus gastos inmediatos, y cerró nuevamente el armario. Abrió después los aparadores con otra llave, y en ellos encontró numerosas tazas y platos de plata y de porcelana de gran valor. Cuando todo estuvo otra vez cerrado, colocó el manajo de llaves sobre la mesa.

La posesión repentina de aquel tesoro, confirmó a Felipe en la creencia de que no había existido tal aparición, cuya creencia hízole cobrar nuevos ánimos, y le infundió tal valor que casi estuvo tentado de soltar la carcajada. Sentado en el sofá, empezó a pensar en la linda hija de Mynheer Poots y a fabricar castillos en el aire, que terminaban en una vida de absoluta felicidad. Pasó dos horas en tan agradable ocupación, hasta que, acordándose, de pronto, de la reciente muerte de su madre, dijo en alta voz y poniéndose de pie:

—Aquí estabas sentada, madre mía, arrullando mi sueño, pensando en mi ausente padre y pronosticando peligros para él, cuando creíste ver que se te aparecía su espíritu. Indudablemente dormías, porque hay aquí en el suelo un bordado que dejarían caer tus inertes manos. ¡Querida madre! —continuó, mientras que una lágrima se deslizaba por sus mejillas, al inclinarse a recoger el pedazo de muselina—; grande debió ser tu sufrimiento al... ¡Santo Dios! ¡Aquí está, aquí está... la carta!

Como agobiado por un peso abrumador, inclinó la cabeza, lleno de angustia, sin que sus labios pudieran, articular una palabra más.

Era, sin embargo, cierto; allí estaba la carta fatal de Guillermo Vanderdecken. Si la hubiese encontrado sobre la mesa, como esperaba al entrar en la sala, la habría tomado con más tranquilidad seguramente; pero verla cuando se había plenamente convencido de que todo era una ilusión de su madre, cuando creía que lo sobrenatural y extraordinario sólo había sido una quimera y después de haber acariciado esperanzas y formado planes de futura felicidad, era un golpe terrible que le dejó durante algunos instantes inmóvil, aterrorizado y sorprendido. Cayeron, reducidos a la nada, los castillos en el aire que había formado, y a medida que iba recobrándose del susto, fue sintiéndose acometido de una profunda melancolía. Cuando pudo levantarse, se apoderó de la carta y huyó de aquella fatídica estancia.

—No puedo, no quiero leerla aquí —exclamó—. Este mensaje debo abrirlo bajo la bóveda del alto y ofendido cielo.

Y, dichas estas palabras, púsose el sombrero, salió a la calle y, después de cerrar la puerta, echó a andar sin rumbo fijo.

IV

No es fácil dar al lector una idea del estado de ánimo en que se encontraba Felipe Vanderdecken cuando, después de haberse apoderado de la carta de su padre, abandonó la casa y se encontró bajo la bóveda del cielo.

A semejanza del reo condenado a muerte que recibe en capilla la noticia de que ha sido perdonado y, cuando se entrega al júbilo que la remisión de su pena le produce, vuelve a tener luego la seguridad de que ha de ser conducido al patíbulo, Felipe sufrió las alternativas de sus esperanzas de felicidad y de certidumbre de su infortunio con gran abatimiento.

Durante largo tiempo vagó con la carta en su crispada mano y apretando con fuerza los dientes. Poco a poco fue tranquilizándose y, faltó de aliento por la rapidez de la marcha, sentóse en el suelo en cuya postura permaneció un rato, absorto en la contemplación del papel funesto, que sostenía sobre sus rodillas con entrambas manos.

Instintivamente dio media vuelta a la carta, cuyo sello era negro; suspiró, se puso de pie y prosiguió su incierto camino, murmurando:

—No, no debo leerla aquí.

Todavía anduvo errante otra media hora; el sol estaba ya a punto de desaparecer del horizonte. Felipe se paró entonces y, contemplando con fijeza el astro rey, exclamó:

—Dios me está contemplando; pero, ¿por qué, misericordioso Creador, me has elegido a mí entre tantos millones de hombres, para que emprenda tarea tan penosa?

Después miró en torno suyo buscando un sitio a propósito para ocultarse, romper el sello y leer aquel mensaje que venía del mundo de los espíritus, y vio no lejos de allí un pequeño espacio cubierto de arbustos y rodeado de grandes árboles, al cual se encaminó, y donde tomó asiento oculto entre el follaje de modo que nadie pudiera observarlo. Contempló nuevamente el brillante astro del día y se sintió más tranquilo.

—Esta es tu voluntad y éste es mi destino —dijo—; cúmplanse ambas cosas.

Tocó, al fin, el sello, y sintió que le hervía la sangre al reflexionar que aquella carta había sido entregada por un ser extraordinario, y que encerraba el secreto de un condenado por Dios. Recordó que aquél era su propio padre y que en la carta revelaba la única esperanza de redención que tenía el infeliz, que imploraba su auxilio, y cuya memoria le habían enseñado a amar.

—Es una cobardía perder tantas horas —exclamó Felipe—; hasta el sol parece que no quiere ocultarse hasta haber alumbrado mi lectura.

Reflexionó luego un rato y volvió a ser el atrevido Vanderdecken. Rompiendo entonces el lacre, que llevaba las iniciales del nombre de su padre, leyó el contenido de la carta, que decía así:

“A Catalina:

»Dios ha permitido a uno de esos espíritus compasivos que constantemente están impetrando el perdón para los pecados de los hombres, que me revele cuál es el medio de que se conmute mi sentencia.

»Si consigo recibir en la cubierta de mi propio buque la misma reliquia sobre la que hice el fatal juramento, besarla humildemente y llorar profundamente arrepentido, entonces el Todopoderoso me permitirá descansar en paz.

«Ignoro de qué modo podrá esto verificarse ni quién será el osado que acometa tan temeraria empresa. Nosotros tenemos un hijo, Catalina, pero no, no; es preferible que jamás conozca la suerte de su desdichado padre.

»Adiós y ruega por mí.

»G. Vanderdecken.

—¡Conque es cierto! ¡conque es, por desgracia, cierto! —pensó Felipe—; ¿y mi padre se encuentra sufriendo su condena? Habla de mí en la carta, ¿de qué otro podría hablar? ¿No soy su hijo? ¿No es ése mi deber? Sí, padre mío —añadió en voz alta y cayendo de rodillas—, no has escrito estas líneas inútilmente. Voy a leerlas de nuevo.

Levantó la mano en que tenía la carta, pero ésta había ya desaparecido; sus dedos sólo apretaban la nada. Miró al suelo, por si la encontraba entre el césped, pero no la encontró. ¿Sería todo aquello una visión? No, él había leído todas las palabras una por una.

—Según esto —exclamó—, yo soy el llamado a desempeñar tan terrible misión; pues bien, la cumpliré. Óyeme, padre querido, si Dios te lo consiente; oye a tu hijo que por esta sagrada reliquia jura obtener tu perdón o sucumbir en la demanda. Todos los días de su vida los dedicará a tan noble objeto y, cuando haya cumplido su deber, morirá tranquilo. Cielos, que escuchasteis el impío juramento del padre, oíd ahora el que hace su hijo sobre la misma reliquia y, si soy perjuro, castigadme todavía con mayor severidad que a él.

Felipe prosternóse besando el sagrado símbolo. El sol ocultó su dorado disco tras las cumbres de las montañas lejanas y la noche lo cubrió todo con su negro manto; el joven permanecía aún en la misma postura orando y entregado a profundas reflexiones.

De pronto, atrajo su atención el rumor que producían las voces de varios hombres que estaban sentados en el mismo bosquecillo muy cerca del sitio en que él se ocultaba. Dio al principio poca importancia al hecho, y se ocupó únicamente en regresar a su casa para hacer sus planes; pero, aunque los hombres hablaban bajo, llegó a sus oídos repetidas veces el nombre de Mynheer Poots. Entonces se decidió a prestarles atención, comprendiendo en seguida que eran unos cuantos desertores que proyectaban asaltar aquella misma noche la casa del médico, que, según sus cálculos, debía ser muy rico.

—He propuesto lo mejor —dijo uno de ellos—; sólo vive con él su hija.

—A mí —replicó otro—, me seduce la joven más que el dinero; y advierto a ustedes antes de ir que la reclamo como mía.

—Si la compras, te la cederemos gustosos —objetó un tercero.

—Conforme; ¿y cuánto debo dar, en conciencia, por una niña llorona?

—Quinientos guilders —dijo otro de los bandidos.

—Los daré, pero con la condición de que si mi parte del botín es inferior a esa suma, tendré derecho a quedarme con la chiquilla por lo que me toque.

—Negocio arreglado —interrumpió otro—; pero sufriría una gran decepción si en el arca del vejete, no encontramos lo menos dos mil guilders.

— ¿Están todos conformes en ceder la chica a Baetans?

— Sí — contestaron los demás.

— Perfectamente — repuso el que anhelaba la posesión de la hija de Poots—, soy dé ustedes en cuerpo y alma. Yo amaba a esa joven y ofrecí casarme con ella, pero ese viejo avaro me despreció a pesar de ser oficial. Ha llegado la ocasión de vengarme y me las pagará todas juntas.

— Bueno, bueno — replicaron los oyentes.

— ¿Vamos ahora mismo, o esperamos que sea más tarde? Dentro de una hora sale la luna y conviene que nadie nos vea.

— ¿Y quién nos ha de ver, como no sea alguno que vaya a solicitar los servicios de Mynheer Poots para que asista a un enfermo? Creo que cuanto más tarde vayamos, será mejor.

— ¿Qué se necesita para ir a su casa? Sólo unos treinta minutos; por consiguiente, si emprendemos la marcha dentro de media hora, llegaremos justamente a tiempo de contar los guilders a la luz de la luna.

— Tienes razón; mientras tanto pondré al gatillo de mi fusil un pedernal nuevo y lo cargaré después. Yo trabajo muy bien en la obscuridad.

— Como que estás acostumbrado a ello, Jan.

— Es verdad. Señores, dedico esta bala a la cabeza de ese viejo espantajo.

— Me alegro; más vale que lo mates tú que yo — replicó uno de los otros—, porque me salvó la vida en Middleburgo, cuando todos me habían ya desahuciado, y le estoy agradecido.

Felipe no necesitó oír más. Deslizóse por entre los arbustos y saliendo a la alameda, la atravesó con el mayor silencio que pudo para evitar el ser descubierto. Sabía muy bien que aquellos desalmados pertenecían a una banda de desertores que infestaba el país. Sin otra preocupación que la de salvar a Poots y a su hija, olvidó por un momento a su desgraciado padre y la carta que acababa de leer. Conocedor del país, no tardó en hacerse cargo de la dirección que debía tomar para ir a la solitaria casa del médico; echó a correr con toda la ligereza de sus piernas y a los veinte minutos se detenía, falto de aliento junto a la puerta.

Como de costumbre, allí no se percibía ningún ruido. Llamó y no obtuvo respuesta; repitió el llamamiento varias veces, pero obtuvo el mismo negativo resultado. Mynheer Poots debía de haber ido a visitar algún enfermo y no estaría en casa. Felipe entonces, gritó:

— Señorita, si su padre ha salido, como presumo, escúcheme usted. Soy Felipe Vanderdecken. He oído casualmente la conversación de cuatro criminales que pretenden asesinar y robar al anciano Poots. Dentro de una hora y quizá antes estarán aquí y he venido a proteger a ustedes en cuanto me sea posible. Juro a usted por la reliquia que me ha devuelto esta mañana que es cierto cuanto llevo dicho.

Transcurrió un largo rato sin que nadie contestara.

— Señorita — volvió a decir—, contésteme si aprecia su honra, que debe ser para usted más preciosa que el oro para su padre. Abra esa ventana y oiga lo que voy a

referirle; ningún peligro hay en ello.

Al fin se abrió la ventana, y Felipe pudo contemplar en ella, a través de la obscuridad, la graciosa figura de la hija de Mynheer Poots.

— ¿Qué desea usted a esta hora tan inoportuna? ¿Qué es lo que me iba usted a decir hace un minuto, cuando llamó a la puerta?

Felipe refirió entonces detalladamente cuanto había escuchado y concluyó rogando que le permitiera entrar para defenderla.

— No olvide, señorita, lo que le he dicho. Ha sido usted vendida a uno de esos canallas, llamada, según creo, Baetans. El oro supone bien poca cosa, pero permítame que entre para defender su honor que es el mayor tesoro y no crea ni por un solo instante que la engaño. Le juro que es verdad por el alma de mi pobre madre.

— ¿Ha dicho usted Baetans?

— Si no he oído mal, así le llamaban los otros; hasta aseguró haber amado a usted en otro tiempo.

— Recuerdo ese nombre; pero ignoro qué hacer ni qué decir. Mi padre ha ido a asistir a un enfermo y acaso tarde mucho en volver. ¿Cómo puedo abrir a usted la casa de noche, estando él ausente y yo sola? Ni debo ni puedo hacerlo, y, sin embargo, me inspira usted confianza. No lo supongo en manera alguna capaz de inventar una fábula para sorprenderme.

— Jamás juego con la honra y la vida de una señorita; permítame que entre.

— Pero, aun cuando lo permita, ¿qué va usted a hacer contra tantos? Ellos son cuatro, lo arrollarían, y, en vez de una vida, sacrificarían dos.

— No ocurrirá semejante cosa, si tiene usted armas; creo que su padre no vivirá en este retiro sin ellas. En cuanto a mí no temo, y bien sabe usted que tampoco soy cobarde.

— Me consta; pero me sorprende que arriesgue su vida por salvar la de aquellos a quienes no hace mucho intentaba matar. Le doy, pues, las gracias de todo corazón, pero no me atrevo a abrir la puerta.

— En ese caso, señorita, si no me permite usted entrar no me moveré de aquí y sin armas mal podré defenderme contra cuatro bandidos que no carecen de ellas; me dejaré matar para demostrar que es sincero mi juramento a una persona a quien de todos modos defenderé aun a costa de...

— ¡Dios mío! ¿voy, entonces, a asesinarlo yo? No puedo permitirlo. Júreme por lo que más quiera en el mundo que no me engaña.

— Lo juro por usted misma, que es para mí lo más sagrado.

Seguidamente cerróse la ventana y dos minutos después se abrió la puerta, apareciendo en ella la encantadora joven. Llevaba una luz en la mano derecha, y sus mejillas pasaban, alternativamente, del rojo más subido a la más extremada palidez. Tenía el brazo izquierdo extendido hacia abajo y en la mano una pistola medio oculta. Felipe, aunque vio el arma, hízose el desentendido, y fingió no advertir su precaución.

— Señorita — dijo antes de pasar del umbral —, si aún abrigo usted la menor duda, si aún cree que no debe permitirme la entrada, puede cerrar de nuevo la puerta; pero, por su propia salvación, le ruego que no lo haga. Antes de que salga la luna llegarán aquí los

ladrones. Protegeré a usted; respondo de ello con mi vida. ¿Quién osará tocar uno solo de sus cabellos?

La joven era realmente bella y digna de ser admirada. Sus facciones, alumbradas de vez en cuando por la luz de la bujía que el viento hacía oscilar, la simetría de sus formas y la gracia de su traje, eran otros tantos atractivos que realzaban sus encantos y justificaban la admiración de Felipe. Llevaba la cabeza descubierta y el pelo peinado en gruesas trenzas que le caían por la espalda; su estatura era mediana; sus formas, perfectas y el vestido, sencillo y elegante, aunque en nada parecido al que a la sazón usaban las jóvenes de aquella provincia. Todo en ella revelaba a primera vista que corría por sus venas sangre árabe, como así era efectivamente.

Miraba de hito en hito a Felipe como si pretendiera adivinar sus pensamientos, pero había tal ingenuidad en las palabras de éste y tanta sinceridad en sus maneras, que la joven se tranquilizó. Después de un momento de reflexión, dijo:

—Entre usted, Vanderdecken, creo que puedo confiar en usted.

Felipe entró, cerrando en seguida la puerta.

—No podemos perder tiempo, señorita; dígame usted su nombre para poder llamarla por él.

—Mi nombre es Amina —replicó la joven retirándose un poco.

—Gracias por la confianza que deposita usted en mí; pero no nos entretengamos. ¿Tiene usted armas y municiones?

—Tengo ambas cosas. Sólo siento que mi padre esté ausente.

—Yo también desearía que se encontrara aquí. Ojalá llegue antes que los criminales; no permita Dios que se presente mientras estén aquí, porque han cargado una carabina para atravesarle el cráneo, y sólo le perdonarían la vida a cambio de su dinero y de la persona de usted. ¿Dónde están las armas?

—Venga usted conmigo —replicó Amina, guiando a Felipe hacia una sala interior del piso alto, que era el retiro del médico y contenía varios estantes llenos de botellas de drogas. En un rincón veíase un arca de hierro y sobre ella dos carabinas y tres pistolas.

—Todas están cargadas —añadió Amina mostrándoselas y poniendo sobre la mesa la que ella llevaba en la mano.

Felipe las tomó una a una y examinó los cebos. Luego, agarró la pistola que había dejado la joven y miró la cazoleta. Estaba cargada también.

—Esta la destinaba usted para mí, ¿no es cierto? —preguntó Felipe.

—No para usted, sino para un traidor.

—Ahora, Amina, voy a colocarme en la ventana que usted abrió antes, pero la habitación debe quedar a oscuras. Permanecerá usted aquí y se encerrará con llave, si así lo reclama su seguridad.

—¡No me conoce usted bien! —respondió Amina—. No soy cobarde y, por consiguiente, cargaré las armas, cosa que sé hacer perfectamente.

—De ningún modo —arguyó Felipe—; podrían herirla.

—Ciertamente; ¿pero supone usted que permaneceré ociosa, pudiendo ayudar al que expone su vida por mí? Conozco mi deber y he de cumplirlo.

—No se exponga usted, Amina —dijo Vanderdecken—; mi puntería será insegura mientras usted corra peligro. Pero traslademos las armas a la otra habitación porque el tiempo vuela.

Felipe, con ayuda de la joven, condujo las carabinas y las pistolas al aposento inmediato, y Amina entonces se retiró llevándose consigo la luz. Tan pronto como nuestro héroe se vio solo, abrió la ventana y miró hacia fuera, pero no vio a nadie; escuchó con atención y no percibió el menor ruido. La luna comenzaba a mostrarse tras de los lejanos montes, pero empañaban su brillo blanquecinas nubes; Felipe esperó todavía algunos minutos hasta que, al fin, oyó un ligero rumor abajo. Volvió a mirar detenidamente y distinguió a través de la obscuridad a los cuatro bandidos que conversaban junto a la puerta de la casa. Retiróse de la ventana en silencio y fue a la sala contigua en la cual encontró a Amina muy ocupada en preparar municiones.

—Amina, ya están ahí, y me parece que estudian la manera de atacarnos mejor. Puede usted verlos sin peligro; me alegro mucho de que así sea, porque de este modo se convencerá por sus propios ojos de que no he mentado.

La joven, sin replicar una palabra, asomóse a la ventana. No tardó en volver y, apoyando la mano sobre el brazo de Felipe, dijo:

—Perdóneme usted que haya dudado; sólo temo ahora que mi padre llegue de un momento a otro y se apoderen de él.

Felipe volvió a la ventana e hizo un nuevo reconocimiento. Los ladrones, considerándose impotentes para forzar la puerta cuya solidez desafiaba todos sus esfuerzos, apelaron a una estratagema. Dieron varios aldabonazos y, al ver que nadie les respondía, los repitieron. El resultado negativo de esta segunda tentativa les indujo a consultarse de nuevo; aplicaron después un fusil al agujero de la llave, y lo dispararon consiguiendo hacer saltar la cerradura, pero las barras de hierro que aseguraban la puerta por dentro, se mantuvieron firmes.

Aunque Felipe habría procedido cuerdamente disparando sobre los bandidos cuando los vio por primera vez, no quiso, sin embargo, intentarlo, porque tienen un sentimiento generoso las almas nobles que les impide quitar la vida a un semejante suyo a no ser absolutamente necesario, y este sentimiento le impulsó a esperar que sus enemigos rompieran las hostilidades.

Apuntó, al fin, a la cabeza de uno de los ladrones que se ocupaba en examinar el destrozo ocasionado en la cerradura y disparó la carabina; el desgraciado cayó muerto en el acto y los restantes alejéronse, sorprendidos de aquella resistencia inesperada. Pero repuestos en seguida, dispararon a su vez tres pistoletazos contra Felipe, que continuaba apoyado contra la repisa de la ventana; pero, afortunadamente, no lo hirieron. Vanderdecken sintió que lo arrastraban hacia dentro para apartarlo del peligro, y al volverse vio a Amina que había permanecido a su lado sin que él lo advirtiera.

—No se exponga usted, por Dios, Felipe —dijo ella en voz baja.

—¡Me llama Felipe! —pensó él en silencio.

—Probablemente, estarán esos desalmados acechando por si vuelve usted a asomarse —agregó Amina—; tome usted la otra carabina y baje al pasadizo. Si la cerradura ha

saltado, como presumo, podrán meter los brazos por el agujero y quitar las barras de hierro; quizá no lo consigan, pero no me atrevo a asegurarlo. De todos modos vaya usted allí que es el sitio más fácil de atacar.

—Dice usted bien —contestó Felipe bajando.

—Pero no dispare más que una vez; si cae otro, ya no quedarán sino dos y les será imposible acechar la ventana y forzar al mismo tiempo la puerta. Baje usted, pues, y, entretanto, cargaré esta carabina.

Felipe descendió las escaleras en silencio y a oscuras. Dirigióse a la puerta y advirtió que uno de los ladrones había introducido en efecto el brazo por el hueco que ocupó la cerradura y forcejeaba por quitar la barra superior. Vanderdecken entonces levantó la carabina y ya se disponía a descerrajarle un tiro por el sobaco, cuando oyó fuera varias detonaciones.

—Amina se ha expuesto —dijo entre sí, y acaso se encuentre herida.

El deseo de vengarse le impulsó a disparar atravesando con el proyectil el cuerpo del criminal, y a subir en seguida, de un salto, las escaleras para enterarse del estado de Amina. No estaba en la ventana, la buscó en las otras habitaciones, y la encontró cargando tranquilamente las armas.

—¡Dios mío, qué susto me ha dado usted, Amina! Cuando oí los disparos, creí que había cometido usted la imprudencia de asomarse a la ventana.

—No se me ha ocurrido semejante cosa; pero supuse que, al disparar a través de la puerta, ellos podrían hacerlo también y herirle; y, por lo tanto, corrí a la ventana y asomé un palo con algunas prendas de mi padre, las cuales quedaron en seguida atravesadas por dos balas que dispararon los que estaban en acecho.

—¡Bravo, Amina! ¿Quién iba a suponer tal valor y serenidad a una joven tan bella? —exclamó Felipe entusiasmado.

—¿Por ventura, sólo son valientes los feos? —replicó Amina sonriendo.

—No he querido decir eso. Pero estamos perdiendo tiempo; voy a reconocer nuevamente la puerta. Déme esa carabina y cargue mientras tanto esta otra.

Felipe empezó a bajar, pero no había llegado aún a la puerta cuando oyó a alguna distancia la voz de Mynheer Poots. Amina, que también la había oído, apresuróse a unirse a su defensor, con una pistola en cada mano.

—No tema usted, Amina —dijo Vanderdecken quitando las barras de hierro—; sólo quedan dos enemigos y salvaré a su padre.

Cuando la puerta estuvo abierta, Felipe se apoderó de la carabina y lanzóse fuera, encontrando al desdichado Poots en el suelo y rodeado de los dos bandidos, uno de los cuales levantaba ya el brazo, armado de un cuchillo para herirle; disparó sobre el criminal y la bala atravesó la cabeza del asesino. El otro malhechor acometió a Felipe entablándose entre ambos una lucha desesperada a la cual puso término Amina adelantándose con valentía y disparando a boca de jarro su pistola contra el bandido.

Retrocedamos ahora unos momentos para informar al lector de cómo el avaro médico llegó a encontrarse en la situación a que lo vio reducido el joven Vanderdecken, cuando éste acudió a prestarle auxilio.

Al regresar a su domicilio Mynheer Poots, oyó el estampido de las armas de fuego y, no acordándose más que de su dinero y de su hija, a la que amaba mucho, olvidó que era un débil anciano y, cual si le hubiesen nacido alas, echó a correr. Llegó a su casa sin aliento y se encontró de repente en poder de los ladrones, uno de los cuales estaba ya a punto de asesinarlo, cuando la llegada oportuna de Felipe se lo impidió.

En cuanto cayó herido el último de los criminales, Vanderdecken desembarazóse de él y corrió a ayudar a Mynheer Poots, levantándole en sus brazos y conduciéndole a la casa como si se tratara de un niño. El anciano era todavía presa del delirio que le produjo el temor.

Algunos momentos después, se tranquilizó un tanto.

— ¡Mi hija! — exclamó —, ¡mi hija! ¿Dónde está mi hija?

— Aquí, padre, y sana y salva — replicó Amina.

— ¡Ah, hija mía! ¿conque no estás herida? — preguntó Poots, mirándola atentamente —. ¿Y mi dinero? ¿dónde está mi dinero? — añadió incorporándose.

— Nadie ha tocado a él, padre.

— ¿Tienes seguridad de ello? Quiero verlo.

— Ahí lo tiene usted completamente en salvo, gracias a una persona a quien no ha tratado usted con mucha cortesía.

— ¿A quién aludes? ¡Ah! ya le veo: es Felipe Vanderdecken. Por cierto que me debe tres guilders y medio y, además, una botella. ¿Y dices, hija mía, que te ha salvado a ti y ha evitado que roben mi dinero?

— Sí, señor, arriesgando su vida.

— Bien, bien; entonces le perdonaré toda la deuda, ¿lo entiendes? toda la deuda. Pero, como él no necesita la botella, que me la devuelva. Dame agua.

Todavía transcurrió algún tiempo antes de Mynheer Poots recobrar por completo el uso de la razón. Felipe le dejó con su hija, y apoderándose de un par de pistolas, salió para enterarse del estado de sus enemigos. Como la luna, desaparecidas ya las nubes que la empañaban, brillaba esplendorosa en el espacio, pudo ver con claridad. Los dos ladrones que yacían junto a la puerta, habían dejado de existir. Los otros dos que hicieron prisionero a Mynheer Poots vivían aún, pero el uno estaba expirando y el otro se desangraba por momentos. Felipe hizo algunas preguntas a este último, sin obtener contestación y, quitándoles las armas, volvió a entrar en la casa donde encontró al viejo médico que, auxiliado por su hija, parecía más tranquilo.

— Doy a usted un millón de gracias, señor Vanderdecken. Ha salvado usted a mi hija y mi dinero, que es bien poco porque soy muy pobre. ¡Ojalá disfrute usted una vida larga y feliz!

— ¡Una vida larga y feliz! No, no — murmuró Felipe, moviendo involuntariamente la cabeza.

— Yo también se lo agradezco con toda mi alma — dijo Amina, mirándole fijamente —. ¡Oh! Tengo mucho que agradecer a usted.

— Sí, sí; mi hija es muy agradecida — interrumpió Poots —; pero en cambio somos extremadamente pobres. Yo pregunté en seguida por mi dinero, porque, como tengo poco,

sentía mucho perderlo; sin embargo, le perdono los tres guilders y medio; estoy resuelto a perderlos, señor Felipe.

—¿Y por qué ha de perderlos usted? He prometido pagarle y cumpliré mi palabra. Soy ahora rico, poseo millares de guilders y no sé qué empleo darles.

—¡Que tiene usted millares de guilders! —exclamó el médico—. ¡Bah! Está usted delirando. Eso no puede ser.

—Le aseguro a usted, Amina —dijo Felipe—, que efectivamente poseo un gran capital y bien sabe usted que no la engaño nunca.

—Lo creo desde luego —replicó la joven.

—Entonces, puesto que usted es tan rico y yo tan pobre, podríamos, señor Vanderdecken, si le parece bien...

Pero Amina puso la mano sobre los labios del viejo impidiéndole concluir la frase.

—Padre —dijo—, es tiempo de que nos retiremos. Usted, Felipe, debe marcharse también.

—De ninguna manera; ustedes acuéstense y duerman tranquilos —replicó Vanderdecken—. Buenas noches, Mynheer Poots; adiós, Amina; yo velaré por ustedes. Sólo necesito una luz.

—Buenas noches —contestó Amina tendiéndole la mano—; le repito las gracias por este nuevo favor.

—¡Millares de guilders! —quedóse murmurando el viejo, mientras Felipe bajaba las escaleras.

V

Felipe tomó asiento en el portal y, separándose el cabello de la frente, lo dejó ondular a impulsos de la brisa, porque la constante excitación de los tres días anteriores le había producido tal fiebre y confusión en sus ideas, que se sentía anonadado. Necesitaba descansar, pero sabía que no había reposo para él. Tenía presentimientos horribles y sólo veía en lo porvenir una interminable cadena de peligros y desastres, cuyo último eslabón sería la muerte, y, sin embargo, contemplaba estas futuras desdichas sin abrigar temor alguno. Su pensamiento no se apartaba de la fatal carta, cuyo extraordinario modo de desaparecer probaba su origen sobrenatural; y no se olvidaba un momento de que él solo era el elegido para cumplir aquella triste misión. La reliquia que llevaba encima le confirmaba todavía más en su creencia.

—Es mi destino, es mi deber —pensó Felipe; y, conforme ya con estas conclusiones, su imaginación volvió a recrearse contemplando la belleza, valor y presencia de ánimo que había demostrado la hija de Mynheer Poots—. ¿Será posible que el destino de esta hermosa criatura haya de unirse al mío? —volvió a decir entre sí, contemplando la luna que brillaba en el firmamento— Los sucesos de estos tres días casi confirman mi suposición; Dios sabe lo que ha de ocurrir; pero, de todos modos, cúmplase su voluntad. He jurado consagrar mi existencia a conseguir el perdón de mi infortunado padre; ¿pero está esto en oposición con mi amor a Amina? ¿Procederé con rectitud procurando obtener el cariño de un ser que, si me ama, será con pasión y a prueba de contratiempos? ¿Debo exponerla a compartir su suerte con la mía que ha de ser tan precaria? ¿No es también desdichada la vida de todos los marineros, en lucha constante con las irritadas olas, y con sólo una pulgada de tabla entre ellos y el abismo? Además, yo debo realizar una peligrosa empresa, y no puede ocurrirme desgracia alguna, mientras no la termine. ¿Cuál será el término de mi tarea? Acaso la muerte. ¡Ojalá estuviese más tranquilo y pensara con mayor cordura!

De tal modo reflexionó durante largo rato Felipe Vanderdecken, hasta que, al fin, principió a amanecer, y rendido por tanta emoción, quedóse dormido, sentado como estaba. De pronto, sintió una suave presión en el brazo, y dando un salto amartilló una pistola que llevaba en el pecho; pero, al volver la cabeza, encontróse frente a frente con Amina y su alma se inundó de gozo.

—¿Esa pistola estaba destinada para mí? —preguntó la joven sonriéndose y repitiendo las mismas palabras que en circunstancias idénticas había pronunciado Felipe la noche anterior.

—¡Para usted, Amina! Sí, para defenderla una vez más, si hubiera habido necesidad de ello.

—Lo creo; ha sido usted muy bueno, al velar durante esta interminable noche, después de tantas fatigas.

—Hasta que ha amanecido he vigilado cuidadosamente.

—Pero ahora debe usted retirarse y descansar un rato. Mi padre ha abandonado ya el

lecho y puede usted acostarse en él.

—Agradezco el ofrecimiento, pero no es mi propósito dormir por ahora; hay que hacer mucho. Es necesario enterar al burgomaestre de lo ocurrido, porque esos cadáveres deben permanecer ahí, hasta que la justicia los levante.

—Eso corresponde a mi padre como dueño de la casa; usted permanezca aquí, y puesto que no desea dormir, le daré algún refresco. Mientras tanto, hablaré con mi padre, que ya se ha desayunado.

Amina desapareció, no tardando en volver acompañada le Mynheer Poots, que parecía resuelto a ver al burgomaestre. Saludó muy afectuosamente a Felipe, y dando un ligero rodeo para no tropezar con los cadáveres, a cuya vista se encogió de hombros, encaminóse a buen paso hacia la ciudad inmediata, donde residía el magistrado.

Amina suplicó a Felipe que la acompañara, y así lo hizo en efecto, entrando ambos en la habitación del médico, donde, con sorpresa, vio Vanderdecken una taza de café dispuesta para él, cosa extraordinaria todavía en aquellos tiempos, y más extraordinaria todavía en casa del miserable Poots; pero el café constituía para el avaro una necesidad, pues acostumbrado a él desde sus primeros años no podía dispensarse de tomarlo a pesar de su ruindad.

Felipe, que hacía cerca de veinticuatro horas que no tomaba alimento, ingirió ansiosamente cuanto le pusieron delante. Amina, sentada enfrente de él, no pronunció una palabra durante el almuerzo.

—Amina —dijo al fin Felipe—, he reflexionado mucho durante toda la noche, mientras he estado de centinela en la puerta. ¿Me permite usted que le exponga mi pensamiento?

—¿Por qué no? —contestó la joven—. Creo que no dirá usted nada inconveniente, o que no pueda ser oído por una doncella.

—Me hace usted justicia. He pasado toda la noche pensando en usted y en su padre, y abrigo la convicción de que no deben permanecer en esta casa tan solitaria.

—Es cierto; aquí no estamos seguros. Pero no conoce usted bien a mi padre; le agrada la soledad, el alquiler es muy barato y él es muy amante del dinero.

—Todo hombre que quiera conservar sus riquezas, debe guardarlas en lugar seguro, y esta morada no reúne esas condiciones. Óigame usted, Amina. Poseo una casita, rodeada de otras muchas cuyos habitantes nos prestamos mutua protección y ayuda. Voy a abandonarla, quizás para siempre, porque debo embarcarme en el primer buque que salga para el mar de las Indias.

—¡Para el mar de las Indias! ¿Y por qué? ¿No nos dijo usted anoche que poseía millares de guilders?

—Es cierto; pero, de todos modos, debo partir; es mi destino. No me pregunte usted más, y escuche lo que ahora voy a decirle. Su padre de usted debe irse a vivir a mi casa y cuidar de ella en mi ausencia; me prestará con esto un señalado favor, y espero que usted le convenza. Allí puede estar completamente seguro y yo le entregaré, además, cuanto dinero poseo para que me lo guarde. No me es necesario por ahora, ni puedo llevármelo conmigo.

—A mi padre no puede confiársele dinero ajeno.

—Pues, entonces, ¿por qué es tan avaro? Tiene que dejarlo todo en este mundo, y usted será su heredera. Si esto es así, ¿qué peligro hay en que sea mi depositario?

—Es preferible que me deje usted a mí de tesorera, y desempeñaré el cargo fielmente. Pero, ¿qué necesidad tiene usted de arriesgar su existencia en el mar, siendo rico?

—Siento no poder contestarle, Amina. Cumpló un deber filial, y no puedo dar más explicaciones, al menos por ahora.

—Si ése es su deber, no insisto. No ha sido la curiosidad femenina, sino un sentimiento más laudable el que me ha inducido a preguntarle.

—¿Y cuál ha sido ese sentimiento?

—No puedo explicarlo; quizás muchos de ellos reunidos, gratitud, aprecio, respeto, confianza, cariño... ¿no son suficientes?

—En efecto, Amina; pero yo también siento todo eso por usted, y quizá otro más. Por consiguiente, si tanto me aprecia, persuada a su padre a abandonar esta casa y a irse a vivir a la mía.

—Y usted, mientras tanto, ¿dónde piensa residir?

—Si su padre no me admite como huésped durante los pocos días que he de permanecer aquí, buscaré otro alojamiento; pero si accede, le pagaré bien; esto es, si usted no se opone a que yo viva bajo el mismo techo.

—¿Por qué había de oponerme? Nuestra morada no es segura, y usted nos ofrece la suya. Sería una injusticia y una ingratitud al mismo tiempo arrojarle de su propia casa.

—Convenza entonces a su padre, Amina. Nada intereso por ello; por lo contrario, lo agradezco como un favor. No me marcharía tranquilo si la dejara a usted expuesta al menor peligro. ¿Me promete persuadirle?

—Haré cuanto pueda para conseguirlo; hasta me atrevo a asegurar que lo conseguiré, porque ejerzo gran influencia sobre él. He aquí mi mano en prenda. ¿Está usted satisfecho?

Felipe estrechó la diminuta mano que le alargaba la joven, y dejándose llevar por el amor que le inspiraba, la aproximó a sus labios. Miró, sin embargo, a Amina, por si ésta hacía alguna manifestación de desagrado, y sólo vio que sus oscuros ojos lo contemplaban con insistencia como pretendiendo leer en lo más íntimo de su pensamiento. Sin embargo, no retiró la mano.

—Amina —prosiguió Felipe—, puede usted tener confianza en mí.

—No lo he puesto en duda —replicó la joven.

Felipe soltó la mano de Amina que volvió a tomar asiento, y durante un largo rato permaneció silenciosa y meditabunda. El joven, por su parte, también estaba pensativo. Al fin, dijo Amina:

—Me parece haber oído a mi padre que su madre de usted era muy pobre y que había una sala en su casa que no se ha abierto durante muchos años.

—Ha estado efectivamente cerrada hasta ayer.

—¿Y encontró usted en ella dinero? ¿Sabía su madre que estaba allí guardado?

—Sí, lo sabía y me lo reveló antes de morir.

—Habría tenido motivos poderosos para no abrir esa habitación.

—Ciertamente.

—¿Y cuáles han sido? —preguntó Amina en voz baja y con tono suave.

—No puedo revelarlos; al menos, no debo. Baste a usted saber que fue por temor a una aparición.

—¿Qué aparición?

—Mi madre aseguraba que se le había aparecido su esposo.

—¿Y cree usted que se le apareció realmente?

—No tengo la menor duda; pero me es imposible dar más explicaciones, Amina. La sala baja está ya abierta, y no hay temor de que se aparezca nadie en ella.

—Yo no lo temo —replicó Amina pensativa—. Pero —continuó—, ¿se relaciona esto con su secreto?

—Sólo puedo contestar que sí; estoy resuelto a embarcarme, y le suplico que no me dirija más preguntas respecto al particular. Me es muy doloroso no poder enterarla por completo; pero mi deber me impide hablar con más claridad.

Ambos quedaron luego silenciosos, hasta que volvió a decir Amina:

—Ha demostrado usted tanto interés por recobrar la reliquia, que supongo que también desempeña su papel en el misterio. ¿No es así?

—Voy a responder por última vez, Amina. Efectivamente no se ha equivocado.

No pasó inadvertida para Amina la manera brusca con que Felipe había cortado la conversación.

—Tan absorto está usted —agregó la joven— en sus propios pensamientos, que ni siquiera agradece el interés que usted me inspira.

—Se equivoca usted, pues, por lo contrario, se lo agradezco con toda mi alma. Perdóneme mis modales groseros, pero no olvide que el secreto no es mío, o, al menos, así lo creo. Dios sabe que desearía haberlo ignorado siempre, porque ha destruido todas mis esperanzas y todas mis ilusiones.

Felipe volvió a guardar silencio, y cuando de nuevo levantó la cabeza, vio que los ojos de la joven lo contemplaban con fijeza.

—¿Quiere usted adivinar mis pensamientos, o pretende descubrir mi secreto, Amina?

—Los pensamientos, quizá; el secreto, no. Sin embargo, siento mucho que este último le aflija de tal modo. Debe ser terrible, cuando tanto preocupa a una persona del temple de usted.

—¿Dónde ha aprendido usted a ser tan valiente?— preguntó Felipe variando el tema de la conversación.

—Las circunstancias hacen a las personas valientes o cobardes. Los que estamos acostumbrados a los peligros y a los contratiempos, no los tememos.

—¿Y dónde ha sufrido usted peligros y dificultades?

—En mi país natal; no en esta tierra pantanosa y triste.

—¿Quiere usted referirme su infancia? Le guardaré el secreto si así lo desea.

—Estoy convencida de que sabe usted guardar los secretos hasta contra su voluntad —replicó Amina sonriendo—; por lo demás, tiene usted perfecto derecho a conocer la vida

de la que ha salvado. No diré mucho, pero será bastante. Mi padre, siendo joven, iba embarcado a bordo de un buque mercante; fue hecho prisionero por los moros, y vendido como esclavo a un hakim, o médico de su nación. Al verlo tan listo, su amo hízolo ayudante suyo, y bajo la dirección de aquel hombre aprendió la medicina. Pocos años después sabía tanto como el maestro; pero su condición de esclavo no le permitía trabajar en beneficio propio. Usted conoce la avaricia excesiva de mi padre, quien, deseando poseer tantas riquezas como su amo, y obtener la libertad, abrazó la religión de Mahoma, y de ese modo consiguió verse libre y ejercer su profesión por cuenta propia. Contrajo matrimonio con una joven árabe, hija de un jefe a quien había salvado la vida y se estableció en el país. Yo fui el fruto de este matrimonio; mientras tanto, él iba acumulando riquezas y conquistando cada día mayor celebridad; pero no pudo curar al hijo del bey, y éste fue el pretexto para perseguirlo. Púsose a precio su cabeza, mas logró escapar, aunque le costó la pérdida de todos sus bienes. Mi madre y yo fuimos con él, refugiándonos entre los beduinos, con los cuales vivimos algún tiempo. Allí me acostumbré a marchas rápidas, a ataques fieros y salvajes, a victorias y derrotas, y hasta vi con frecuencia matar a los hombres sin piedad ni misericordia. Como los beduinos no pagaban bien los servicios de mi padre, cuyo ídolo era el oro, cuando supo que el bey había fallecido, regresó al Cairo para dedicarse nuevamente al ejercicio de la medicina. Se hizo otra vez rico, hasta que su fortuna excitó la codicia del nuevo bey, pero en esta ocasión enteróse a tiempo de los propósitos del gobernante y consiguió fugarse con una parte de sus riquezas y ganar la costa de España, aunque no conservar su dinero. Antes de establecerse en este país se lo robaron casi todo, y hace tres años que ha empezado a ahorrar de nuevo. Hemos vivido un año en Middleburgo, y finalmente nos hemos trasladado a esta casita. Esta es toda la historia de mi vida.

—¿Y continúa siendo todavía mahometano su padre de usted, Amina?

—Lo ignoro; pero parece que no cree en nada, al menos no me ha enseñado religión alguna. Su Dios es el oro.

—¿Y el de usted?

—El mío es el creador del universo, el Dios de la naturaleza, cualquiera que sea el nombre que se le dé. Esto es lo que creo, y supongo que todas las religiones son senderos, más o menos largos, que conducen al cielo. La de usted es la cristiana, Felipe; ¿es ésa la verdadera? Todos creen que la suya es la mejor, por mala que sea.

—La mía es la única verdadera, Amina. Si pudiera revelar... ¡Tengo pruebas tan terribles!

—Si su religión es la mejor, tiene usted el deber de revelar esas pruebas. ¿Acaso está usted obligado a guardarlas?

—No; y, sin embargo, es lo mismo que si lo estuviera. Pero oigo voces, deben ser su padre y las autoridades; voy a recibirlos.

Felipe bajó las escaleras y Amina le siguió con la vista hasta que hubo desaparecido por completo.

—¡Será posible! —exclamó ella apartando con la mano los cabellos que caían sobre su blanca frente cuando Vanderdecken se hubo alejado—. Compartiría con él sus

sufrimientos, peligros y hasta la muerte, mejor que la dicha y la felicidad con otro. Procuraré conseguirlo. Esta noche mi padre trasladará su residencia a la casa que le ha ofrecido y lo prepararé todo.

Las autoridades tomaron declaración a Felipe y a Mynheer Poots, y examinaron los cadáveres siendo dos de ellos reconocidos e identificados. El burgomaestre ordenó su traslado y Felipe y el médico quedaron en libertad, pues no resultaba ningún cargo contra ellos, que no habían hecho sino defenderse.

Es innecesario reproducir la conversación que Felipe Vanderdecken, Mynheer Poots y su hija Amina sostuvieron después durante largo rato, bastando consignar que el médico quedó convencido por los argumentos empleados por sus dos jóvenes interlocutores, y aceptó el ofrecimiento que se le hizo, si bien es verdad que la razón más poderosa que tuvo para ello fue la de no pagar alquiler. Buscóse un carruaje para trasladar los muebles y los medicamentos, y aquella tarde quedó hecha la mudanza. Sin embargo, hasta que obscureció no se transportó la pesada arca del médico, que fue escoltada por el mismo Felipe Amina y su padre marchaban también junto al carro.

Cuando todo estuvo dispuesto y los tres personajes pudieron retirarse a descansar, era ya una hora muy avanzada de la noche.

VI

—¿Es ésta la sala que ha permanecido cerrada tantos años? —preguntó Amina entrando en ella a la mañana siguiente, mucho antes que Felipe se hubiera despertado del profundo sueño que las fatigas de la noche pasada le habían producido—. Sí, indudablemente tiene el aspecto de haber estado sin abrirse largo tiempo.

La joven miró luego en torno suyo y examinó los muebles; las jaulas le llamaron la atención.

—¡Pobres animalitos! —exclamó—. ¿Sería aquí donde se apareció el padre a la madre? Bien puede ser verdad, puesto que Felipe asegura que tiene pruebas. ¿Por qué no había de aparecerse? Si Vanderdecken hubiera muerto, yo me alegraría mucho de ver su espíritu; esto, al menos, sería algo. ¿Pero, que habláis labios traidores que así descubristis mis secretos? La mesa está colocada, hay además una costura con todos los utensilios de labor esparcidos por el suelo; esto se deberá al espanto que sufrió la madre, y que acaso fuera motivado por algún ratón. Sin embargo, el simple hecho de no haber atravesado esta puerta un ser vivo durante tantos años entraña gran solemnidad. Hasta esa mesa derribada, que nada ofrece de particular, impresiona la imaginación. No me maravilla que Felipe crea tan terrible el secreto que encierra esta sala; pero así no debe permanecer, es necesario habitarla.

Amina, que estaba muy acostumbrada a cuidar a su padre, y que, además, sabía muy bien el manejo de la casa empezó en el acto su tarea.

Barrió toda la habitación, limpió los muebles uno por uno, y quitó las jaulas de los pájaros. El polvo y las telarañas desaparecieron y la mesa y el sofá fueron colocados en el centro de la estancia. Terminado aquel trabajo de limpieza, el sol penetró por las abiertas ventanas, adquiriendo la sala un nuevo aspecto, en la que reinaban por doquier la alegría y claridad.

Amina comprendía perfectamente que las fuertes impresiones se debilitan cuando los objetos que las motivan desaparecen de nuestra vista, y decidió contribuir a tranquilizar a Felipe, cuya imagen se había grabado en su corazón con toda la violencia propia de su raza. Continuó, pues, su faena con ardor, hasta que los cuadros que pendían de las paredes y todos los demás adornos quedaron tan limpios como si fueran nuevos.

También sacó de la sala la costura y el bordado, cuyo contacto había hecho retroceder a Felipe, como si hubiera pisado una víbora. El joven había dejado las llaves en el suelo y Amina pudo abrir con ellas los aparadores; limpió las empolvadas vidrieras y se ocupaba ya en frotar algunos objetos de plata, cuando presentóse su padre en la estancia.

—¡Santo Dios! —exclamó Mynheer Poots—, ¿es todo eso plata? Entonces debe ser muy rico Felipe. Y, ¿dónde tiene los guilders?

—No se ocupe usted de eso, padre; piense sólo en conservar lo suyo y en agradecer a Felipe sus servicios.

—Sí, pero, como va a vivir con nosotros, me interesa saber si come mucho y cuánto me pagará. Debe hacerlo bien, puesto que es rico.

Amina sonrióse despreciativamente, pero no contestó.

—No sé dónde guardará su dinero cuando se embarque. ¿Quién quedará encargado de su custodia, durante su ausencia?

—Yo me he comprometido a ello, padre.

—¡Ah, bien, bien; perfectamente! Nosotros nos encargaremos de eso; el buque podría naufragar y entonces... nosotros nos quedaremos con todo.

—Seré yo, padre. Usted nada tiene que ver.

Amina volvió a colocar la plata en los aparadores, cerró las vidrieras, guardóse la llave en el bolsillo y se encaminó a la cocina para preparar el almuerzo, mientras el viejo contemplaba admirado las bandejas y demás objetos del brillante metal. No apartaba la vista de aquellas bandejas y parecía clavado en el suelo. De vez en cuando murmuraba:

—¡Todo plata, todo plata!

Al fin bajó Felipe y, al pasar por delante de la puerta de la sala, vio a Mynheer Poots absorto en la contemplación de los aparadores, y penetró en el aposento. Quedó admirado y complacido de la variación introducida en ella por Amina, lo que le proporcionó una alegría extraordinaria.

Momentos después apareció la joven con el almuerzo y los ojos de ambos se hablaron con más elocuencia que lo habrían hecho los labios. Vanderdecken sentóse a desayunarse sin que obscureciera su ancha frente la más ligera sombra de disgusto.

Cuando se levantaron los manteles, dijo Felipe:

—Mynheer Poots, he pensado dejar a usted en posesión de mi casa, que espero encontrará de su gusto. Ya diré a su hija, antes de marcharme, cuáles son las mejoras que creo necesario introducir en ella.

—¿De modo que nos abandona usted para navegar? Debe ser divertido el viajar por países extraños; mucho mejor, seguramente, que permanecer aquí. ¿Y cuándo emprende el viaje?

—Saldré esta misma tarde para Ámsterdam con objeto de hacer mis preparativos y buscar barco, pero quizá vuelva antes de embarcarme.

—¡Ah! ¿piensa usted volver? Ya comprendo que es necesario contar el dinero, que guardaremos, como si fuera nuestro. ¿Y dónde lo tiene usted encerrado, señor Felipe?

—De todo informaré a Amina, antes de irme. Repito que regresaré, según creo, dentro de tres semanas a lo sumo.

—Padre —interrumpió Amina—, ha prometido usted ir a visitar al hijo del burgomaestre y ya es hora de ponerse en marcha.

—Sí, sí, es cierto; pero no corre prisa. Es más agradable permanecer al lado del señor Vanderdecken, porque tenemos que hablar mucho antes que se marche.

Felipe se sonrió acordándose de lo que había ocurrido cuando llamó a Mynheer Poots, dos días antes, para que visitara a su madre, y este triste recuerdo le produjo en seguida gran consternación.

Amina, que adivinaba el pensamiento de Felipe y el de su padre, trajo a éste el sombrero, y le acompañó hasta la puerta. Mynheer Poots, por tanto, vióse obligado a salir contra todo su deseo, porque jamás contrariaba la voluntad de su hija.

— ¿Tan pronto, Felipe? — preguntó Amina, cuando se quedaron solos.

— Sí, en seguida; pero confío en volver a verle a usted antes de que el buque se haga a la mar. Por si así no ocurriera, le daré mis últimas instrucciones. Entrégume usted las llaves.

Entonces abrió el armario que estaba debajo del aparador y después las puertas de la caja de hierro.

— Aquí está mi dinero, Amina — dijo—. No necesitamos contarlo, como su padre pretendía. Ahora se convencerá usted de que no la engañaba al asegurar que era dueño de muchos miles de guilders. Actualmente, para nada los necesito, puesto que voy a aprender la profesión de marino. Ignoro cuál será mi suerte...

— ¿Y si no vuelve usted jamás? — preguntó Amina gravemente.

— Entonces todo será suyo, los guilders, los muebles y hasta la casa.

— ¿Tiene usted parientes? ¿No es cierto?

— Solamente uno, que es riquísimo; un tío que nos ha ayudado bien poco, por cierto, en nuestras necesidades y que no tiene hijos. No existe en el mundo nadie más que usted, Amina, que haya inspirado interés a mi corazón. Considéreme como a hermano, y yo por mi parte la amaré a usted como a una hermana.

Amina permaneció callada. Felipe tomó del mismo saco que estaba empezado algún dinero, para los gastos del viaje, y volviendo a cerrar las puertas de la caja y del armario, entregó nuevamente las llaves a Amina. Ya iba a dirigirle otra vez la palabra, cuando se presentó el padre Leysen, el párroco, después de llamar suavemente en la puerta con los nudillos de los dedos.

— Dios te bendiga, Felipe, y a usted también, hija mía, a quien hasta ahora no había tenido el gusto de conocer. Supongo que es usted la hija de Mynheer Poots.

Amina inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

— Veo, Felipe — añadió el cura—, que ya has abierto la sala y he oído, además, cuanto acabas de decir. Desearía conversar contigo y ruego a esta señorita que nos deje un momento solos.

Amina abandonó la estancia y el sacerdote, tomando asiento en el sofá, suplicó a Felipe que se colocara a su lado. La conversación que siguió fue demasiado larga para que nos permitamos aburrir al lector consignándola aquí. El eclesiástico intentó primeramente enterarse del secreto, pero no consiguió averiguar nada. Felipe le dijo lo mismo que había dicho ya a Amina; pero ni una palabra más. Expuso su propósito de embarcarse y de dejar sus bienes al médico y a su hija, en el caso de que no volviese. Respecto a Mynheer Poots, el párroco preguntó cuáles eran sus creencias, pues nunca se le había visto en la iglesia y se aseguraba que era hereje. A esto contestó Felipe con su franqueza habitual, agregando que la hija, al menos, estaba ansiosa de conocer los misterios de la religión y que esperaba que empezase cuanto antes a instruirla, por no creerse él persona capaz de hacerlo. El padre Leysen, comprendiendo en seguida la pasión que sentía Vanderdecken por Amina, accedió gustoso. Dos horas duraba ya la entrevista, cuando los interlocutores fueron interrumpidos por la llegada de Mynheer Poots, que huyó de la habitación al ver al cura. Felipe llamó entonces a Amina y le rogó que recibiera las visitas del digno sacerdote,

quien se marchó después de bendecirlos.

—¿Le ha dado usted algún dinero, señor Felipe? —preguntó Mynheer Poots, cuando el párroco hubo desaparecido.

—No: y siento mucho que se me haya olvidado.

—No le pese a usted. El dinero vale más que cuantos servicios pueda él prestarle. Ya me encargaré yo de evitar que vuelva.

—¿Y por qué no ha de volver, si Felipe no se opone? Esta es su casa —dijo Amina.

—Si el señor Vanderdecken lo quiere así... Pero ya se ha marchado.

—Imagínese usted que él lo manda. Además, el padre Leysen ha quedado en venir a visitarme con frecuencia.

—¡A visitarte a ti, hija mía! ¿y para qué? Bien; si vuelve, no le daré un céntimo y verás como se marcha con la música a otra parte.

Felipe no tuvo ocasión de hablar con Amina, aunque realmente tenía bien poco que decirle. Una hora después se despedía de ella en presencia de su padre, el cual no los dejó un momento solos, con la esperanza de enterarse del sitio en que Felipe guardaba el dinero.

Dos días necesitó Vanderdecken para llegar a *Ámsterdam* y, al hacer indagaciones, enteróse de que, hasta pasados algunos meses, no zarparía buque alguno con rumbo a la India. Hacía ya mucho tiempo que se había constituido la Compañía Holandesa de las Indias orientales, y el comercio particular había decaído mucho. Los barcos de esta Compañía se daban a la- vela en las estaciones más favorables para doblar el cabo de las Tempestades, nombre con que designaron los primeros navegantes al cabo de Buena Esperanza. Uno de los buques que habían de componer la escuadrilla que primero abandonaría el puerto de *Ámsterdam*, se llamaba el *Ter Schilling* y, a la sazón, encontrábase reparando sus averías.

Felipe buscó al capitán y le reveló su propósito de embarcarse para aprender náutica. Al capitán agradó el aspecto del joven y, como éste no exigió sueldo alguno durante el viaje, sino que, por lo contrario, prometió pagar cierta cantidad como alumno práctico, dióle un camarote a bordo, con categoría de oficial, ofreciéndole, además, que comería en su propia mesa y que le avisaría con anticipación el día en que el barco había de levantar anclas. Felipe, que no podía por entonces hacer más para cumplir su juramento, regresó a *Terneuse* y encontróse una vez más al lado de Amina.

Durante los dos meses que siguieron, Mynheer Poots siguió practicando la medicina, por lo cual estaba casi siempre fuera de casa, y los dos jóvenes amigos se quedaban solos con frecuencia. El amor de Felipe por Amina era tan intenso como el que ésta le profesaba a él. Era más que amor, una especie de idolatría por parte de ambos, que cada día iba en aumento. Algunas veces la frente de Felipe se contraía recordando su triste porvenir, pero una sonrisa de Amina disipaba su disgusto y el joven, al contemplar a su amada, lo olvidaba todo. Ella no procuraba ocultar su amor; sus miradas, sus palabras y sus ademanes lo demostraban claramente. Cuando Felipe le estrechaba la mano, rodeaba su esbelto talle, o besaba sus labios de coral, ella se abandonaba a sus caricias con confianza; era demasiado noble y confiada, sentía que toda felicidad radicaba en su amor y sólo se

creía dichosa en presencia de Felipe. Dos meses más tarde, el padre Leysen, que los visitaba con frecuencia y demostraba gran interés en la instrucción de Amina, entró un día en la habitación, cuando Felipe estrechaba a la joven en sus brazos.

—Hijos míos —dijo—, hace mucho tiempo que os observo y vuestra conducta es altamente reprehensible. Felipe, si tienes propósito de casarte, como parece, no continúes en este estado peligroso; voy a uniros las manos.

Vanderdecken levantóse vivamente.

—No, no, señor cura, todavía no; vuelva usted mañana y todo estará resuelto. Es preciso que antes hable con Amina.

El sacerdote se retiró y ambos jóvenes volvieron a quedar solos. Amina variaba de color a cada momento y su corazón palpitaba violentamente. Comprendió que su felicidad pendía de un hilo.

—El padre Leysen tiene razón —dijo Felipe tomando asiento a su lado—. Esta situación no puede prolongarse; ojalá pudiera vivir siempre junto a usted. ¡Cuán cruel es mi suerte! Adoro hasta la tierra que usted pisa, Amina; pero no me atrevo a suplicarle que sea mi esposa porque sería lo mismo que casarse con la miseria y con la desgracia.

—No opino del mismo modo, Felipe —replicó ella con los ojos bajos.

—Me parece que no procedería yo muy bien y que sería muy egoísta.

—Hablaré claramente —repuso la joven—. Dice usted que me ama; ignoro cómo aman los hombres, pero sé cómo amo yo. Si usted me abandona, entonces sí que sería egoísta e ingrato porque me dará la muerte. Quiere usted embarcarse porque ése es su destino; embárguese en hora buena; pero, ¿por qué no me lleva consigo?

—¡Conmigo, Amina! ¿Quiere que la conduzca a la muerte?

—La muerte no es otra cosa que el descanso eterno. No le temo; lo que me aflige es perderte. Voy a decirte más. ¿No están nuestras vidas en manos de Dios? ¿por qué entonces tienes tal seguridad de perecer? Tú me has asegurado que has sido elegido para cumplir una triste misión; si esto es así, ¿cómo has de perecer hasta que la termines? Desearía conocer tu secreto; quizá mi consejo te fuera útil, y aun cuando de nada te sirva, ¿no se experimenta gran placer compartiendo la dicha, lo mismo que la desgracia, con las personas amadas?

—Amina, mi violenta pasión me coloca en situación indecisa, porque ¡cuál no sería mi felicidad si estuviéramos ya unidos! Ignoro qué hacer, ni qué decir. Si fueras mi esposa, te revelaría mi secreto, pero tampoco puedo casarme contigo sin que lo conozcas antes. Voy, pues, a enterarte de todo. Cuando me hayas oído, verás cuán desdichado soy, aunque no por mi culpa, y decidirás; pero no olvides que mi juramento está registrado en el Cielo y que no debes inducirme a faltar a él. Escucha con atención, y si quieres unir tu suerte con la de un infeliz cuyo porvenir es tan sombrío, cúmplase tu voluntad. Disfrutaré de mi corta felicidad y en cuanto a ti...

—Revélame el secreto cuanto antes, Felipe —gritó Amina impaciente.

Vanderdecken refirió entonces todo cuanto ya saben los lectores. Amina escuchaba en silencio, sin que se le contrajera un solo músculo del rostro durante la relación. Felipe se estremecía recordando su terrible juramento y concluyó diciendo:

—Lo hecho es irremediable.

—Acabas de contarme una historia extraordinaria —replicó Amina—, y, antes de contestar, te ruego que me permitas examinar la reliquia. ¿Es posible que una cosa tan pequeña pueda tener tal virtud y encerrar al mismo tiempo tantas desgracias? Me parece extraño y perdóname que no preste en absoluto crédito a este cuento de Eblis. Bien sabes que no estoy todavía muy versada en la nueva religión que el señor cura me está enseñando. No quiero decir que sea tu relación falsa, pero no quedo completamente convencida. Concedo hasta que es verdadera; en ese caso debes cumplir tu deber y no formar tan mal juicio de mí, suponiendo que he de disuadirte de lo que es justo. De ningún modo, Felipe; busca a tu padre y sálvalo, si te es posible. ¿Pero crees que una tarea tan grande la vas a terminar con un solo esfuerzo? ¡Oh, no! Si estás destinado a ello, escaparás de todos los peligros, hasta que hayas terminado tu misión. Volverás muchas veces y tu Amina te consolará y animará a proseguir. Cuando Dios te llame a su lado, bendeciré tu memoria si sobrevivo. Me has dicho también que resuelva: soy tuya.

Arrojóse Amina a los brazos de Felipe, quien la estrechó contra su corazón. Aquella misma noche la pidió por esposa a Mynheer Poots y éste, tan pronto como Vanderdecken abrió la caja de hierro y le mostró sus riquezas, apresuróse a concedérsela.

Al día siguiente fue informado el párroco, y tres días más tarde se celebraba el matrimonio de Amina Poots y Felipe Vanderdecken, mientras las campanas de la pequeña iglesia de Terneuse repicaban alegremente.

VII

Estaba ya muy avanzado el otoño, cuando un aviso del capitán del buque en que iba a embarcarse Felipe, despertó a éste de su sueño de amor, volviéndole a la realidad.

Felipe no había vuelto a acordarse de la penosa misión que había jurado cumplir; la posesión de Amina y su felicidad presente le hacían olvidar sus desgracias futuras; algunas veces acudían a su memoria, pero inmediatamente desechaba la idea y hasta conseguía olvidarla. Creía hacer bastante cumpliendo su misión cuando llegara el momento; pero, mientras, transcurría el tiempo con la maravillosa rapidez que acompaña siempre a una vida plácida y dichosa. Felipe, pues, olvidó su juramento en los brazos de Amina, quien cuidaba de no recordar cosa alguna que pudiera empañar la felicidad de que disfrutaba. Una o dos veces, solamente, aludió Poots a la partida de Felipe, pero el ceño de su hija le hizo callar en seguida viéndose el anciano obligado a emplear sus horas de tedio en pasear por la sala, contemplando con ojos avariciosos la vajilla de plata encerrada en los aparadores y que relucía con todo su primitivo brillo.

Cierta mañana, en, el mes de octubre, dieron algunos golpecitos en la puerta con los nudillos de los dedos. Esta precaución revelaba que era un desconocido el que llamaba y Amina acudió a abrir.

—Deseo hablar con el señor Felipe Vanderdecken —dijo el recién llegado, con una voz que parecía un eco.

El sujeto que hablaba, era un hombrecillo vestido con el traje que usaban en aquella época los marineros holandeses y con un gorro de piel de tejón, calado hasta las cejas. Sus facciones eran ásperas y diminutas; su rostro, de una palidez mate; los labios, blanquecinos, y el cabello, rubio con algunas canas. Su barba estaba poco poblada, y su aspecto no revelaba su edad. Lo mismo podía ser un joven decrepito, que un viejo bien conservado, aunque enjuto. Pero lo más singular de este raro personaje eran los ojos, que despertaron en seguida la atención de Amina. El párpado derecho lo tenía cerrado y caído, y la pupila debía haberse consumido, pero el ojo izquierdo era, por lo contrario, extraordinariamente grande, muy saliente, de una claridad acuosa repugnante y sin pestaña alguna. Tan extraño era, que cuando se miraba a aquel hombre sólo se le veía aquel órgano. No era un hombre con un ojo, sino un ojo con un hombre; su cuerpo semejaba la torre de un faro, del que sólo ve el marino la luz que le guía, sin fijarse para nada en el edificio que la sostiene. Esto no obstante, aquel individuo, aunque pequeño, era bien formado; sus manos tenían una suavidad impropia de un hombre de mar, y sus facciones, a pesar de ser ásperas, no estaban exentas de cierta regularidad. Sus modales obsequiosos y atentos revelaban superioridad, y en su persona advertíase algo inexplicable que infundía miedo.

Amina lo contempló con fijeza, y experimentó un estremecimiento interior, que no pudo reprimir al invitarle a entrar en la casa.

No sorprendió menos a Felipe la facha del recién llegado, quien, al penetrar en la estancia, tomó asiento, sin decir una palabra, precisamente en el mismo sitio que acababa

de dejar Amina en el sofá. A Vanderdecken parecióle un mal augurio el hecho de que ocupara aquella persona el lugar de su esposa y creyó que esta circunstancia era un aviso del Cielo para arrancarle de aquella tranquila y plácida existencia lanzándolo a los peligros, desastres y sufrimientos.

Cuando el recién llegado sentóse junto a él, experimentó Felipe una sensación de frío que corrió por todos sus miembros. El tuerto miró en torno suyo, y, después de examinar los aparadores, fijó su ojo único en Amina. Felipe palideció intensamente, pero no habló una palabra.

Durante algunos minutos reinó un profundo silencio, que rompió el desconocido pronunciando con cierta sorna estas palabras:

—Felipe Vanderdecken, ¡eh! ¡eh! Felipe Vanderdecken, ¿no me conoce usted?

—No, señor —contestó éste malhumorado.

La voz del pequeño personaje se asemejaba a un gemido y su timbre continuaba oyéndose, aun después que había concluido de hablar.

—Me llamo Schriften —dijo mirando a Amina—; soy uno de los pilotos de Ter Schilling y he venido, ¡eh! ¡eh! a separarle del amor, de las comodidades y hasta de la tierra firme —añadió dando una patada en el suelo—, para que perezca tal vez en el mar. Esto es muy agradable —prosiguió Schriften mirando a Felipe de una manera significativa.

Vanderdecken experimentó deseos de poner de patitas en la calle a aquel impertinente; pero Amina, que lo comprendió, se cruzó tranquilamente de brazos y lanzando al desconocido una mirada despreciativa, repuso;

—Todos somos víctimas del destino y, en la mar o en la tierra, hemos de morir. Felipe mirará la muerte cara a cara y jamás se pondrán sus mejillas tan pálidas como las de usted.

—Puede ser —replicó Schriften, a quien contrarió grandemente la resuelta actitud de aquella joven tan bella; y, después, fijándose en el relicario de la Virgen que estaba en la cornisa de la chimenea, exclamó—: Es usted católico, según parece.

—En efecto —contestó Felipe—, pero, ¿a usted qué le importa? ¿Cuándo abandona el puerto el buque?

—Dentro de una semana. Sólo una semana para hacer los preparativos necesarios para el viaje; únicamente siete días y, después, es preciso abandonarlo todo. ¿Mala noticia, eh?

—Es suficiente tiempo —replicó Felipe—; diga usted al capitán que no faltaré. Ven, Amina, no quiero perder un minuto.

—Voy —repuso ésta—, pero nuestro primer deber es la hospitalidad. Caballero, ¿desea usted tomar un refrigerio antes de marcharse?

—Hasta dentro de ocho días —repitió Schriften sin contestar a Amina y dirigiéndose a Felipe.

Este movió la cabeza en señal de asentimiento, y el piloto, girando sobre sus talones, abandonó rápidamente la estancia.

Amina cayó desplomada en el sofá. Aquel golpe asestado a su felicidad era tan

repentino y tan, violento, que le fue imposible resistirlo. Las palabras del tuerto revelaban mala intención y su aspecto no era el más a propósito para tranquilizar a nadie. La joven cubrióse el rostro con las manos, mientras que Felipe paseaba agitado por el aposento, recordando con toda la viveza del colorido las escenas que tenía ya casi olvidadas. Creyó entrar nuevamente en la habitación fatal y ver otra vez el funesto bordado; este recuerdo le hacía temblar.

Los jóvenes acababan de despertar de un sueño venturoso y les estremecía el sombrío porvenir que se les presentaba. Pocos momentos bastaron, sin embargo, a Felipe, para recobrar su habitual sangre fría. Tomó asiento junto a Amina y la estrechó en sus brazos. Los dos permanecieron silenciosos; conocían mutuamente sus pensamientos y se esforzaban por convencerse de que había llegado el momento de separarse, quizás para siempre.

Amina fue la primera que habló; arrancándose a los brazos de su esposo y poniéndose la mano sobre el corazón como para contener sus violentos latidos, dijo:

—Ese mensajero no parece un ser humano. ¿No sentiste correr por tus venas un frío glacial cuando se sentó junto a ti? A mí eso fue lo que me ocurrió.

Felipe pensaba del mismo modo; pero, no queriendo alarmarla. Contestó con cierta confusión:

—¡Qué tontería! Lo repentino de su aparición y lo extraño de su conducta te han sobresaltado... Ese hombre, por su excesiva deformidad, es un desterrado de la sociedad, privado de toda alegría doméstica y de las sonrisas del bello sexo; porque, ¿cuál será la mujer que se deje abrazar por esa horrible criatura? Sin duda, ha sentido envidia al verte en mis brazos tan hermosa y se habrá complacido en poner término, con su mensaje, a una felicidad, que a él está vedada. Te repito, amor mío, que no hay nada de particular en esto.

—Y, aunque mi conjetura fuera cierta, ¿qué importa? Tu situación es verdaderamente terrible y desesperada. Ahora que soy tu esposa, Felipe, siento menos valor que cuando te entregué mi mano. Entonces ignoraba lo mucho que iba a perder. Pero —continuó poniéndose la mano sobre el corazón—, no te apures; aunque lo siento mucho, estoy preparada y tengo verdadero orgullo de ser la esposa del elegido para cumplir una misión tan grande.

Amina hizo una pequeña pausa, y, luego, prosiguió:

—¿No podrías estar tú también equivocado, Felipe?

—Me parece que no, Amina; esto es un aviso del Cielo, pero tengo valor y una excelente esposa —contestó Felipe tristemente, volviendo a abrazarla—. ¡Hágase la voluntad de Dios!

—Cúmplase en buen hora —repuso Amina, levantándose del sofá—. Ya ha pasado la primera explosión de dolor; ya me encuentro más fuerte, pues sé cuál es mi deber.

Vanderdecken permanecía silencioso, y Amina, a los pocos momentos, añadió:

—Pero una sola semana, Felipe...

—Quisiera que sólo faltara un día y aún me parecería largo. Ese maldito monstruo ha venido demasiado pronto.

—No opino del mismo modo, Felipe; por lo contrario, le doy las gracias por esa

semana, a pesar de que es un plazo muy breve para decir adiós a mi felicidad. Si yo te hubiera de afligir o molestar con mis lágrimas, súplicas o reconvenciones (como cualquiera mujer lo haría en mi caso), un día sería más que suficiente para tal escena de debilidad por mi parte, y de cobardía por la tuya. Pero no, Felipe, tendré valor. Debes lanzarte al peligroso combate, resuelto a morir, como los antiguos caballeros; tu esposa te vestirá, como a ellos, la armadura, te probará su cariño cerrando cuidadosamente los ajustes para protegerte del peligro y te verá partir llena de esperanza y confiando en tu próximo regreso. Una semana es realmente muy breve si la empleo, como me propongo, en oír tu voz, en escuchar tus palabras (cada una de las cuales quedará para siempre grabada en mi corazón) y en alimentar con ellas mi amor, durante tu ausencia y mi soledad. Agradecemos a Dios que nos conceda estos siete días para gozar de nuestra felicidad, Felipe.

—Dices bien, Amina; después de todo no ignorábamos que esto tenía que ocurrir.

—Pero mi amor era tan violento que me lo había hecho olvidar.

—Y, sin embargo, durante esta separación, nuestro amor sólo vivirá de recuerdos.

Amina exhaló un suspiro. En aquel momento llegó Mynheer Poots, quien, admirado al ver el cambio que habían sufrido las radiantes facciones de Amina, exclamó:

—¡Santo profeta! ¿qué ocurre?

—Nada que nos haya sorprendido —contestó Felipe—. Voy a partir; el buque se hace a la mar dentro de una semana.

—¡Cómo! ¿Se marcha usted tan pronto?

El viejo avaro, esforzándose por disimular, en presencia de su hija y de Felipe, el placer que le causaba el viaje de su yerno, no pudo borrar de su rostro la expresión de complacencia que la noticia le producía.

Afectando una gravedad, que distaba mucho de ser sincera, agregó luego:

—Verdaderamente es una mala noticia.

Los siete días siguientes fueron empleados en hacer los preparativos de marcha. Amina dominó su emoción, a pesar de la mortal agonía que le causaba la partida de su querido esposo, mientras Felipe luchaba con encontrados sentimientos, al verse obligado a abandonar comodidades, dicha y amor para ir a buscar los peligros, las privaciones y la muerte. Algunas veces, para poner término a su angustia, resolvía quedarse, pero la reliquia le recordaba su juramento y nuevamente se decidía a partir. Cuando Amina caía dormida en sus brazos, contaba los pocos días que podía permanecer a su lado, y, si al despertarse oía silbar el viento, se estremecía pensando en las tempestades que iba a arrostrar Felipe. Fue una semana interminable para ambos, aunque creían que el tiempo volaba, así es que experimentaron un verdadero placer cuando, llegado el momento de la separación, dieron salida a sus sentimientos.

—Felipe —dijo Amina tomando asiento junto a él y estrechándole la mano—, cuando te hayas marchado mi sufrimiento no será tan grande. No olvido que me enteraste de todo antes de casarnos, pero repito que mi amor me hizo arrostrarlo todo. El corazón me dice con frecuencia que volverás, pero es fácil que me engañe; puedes, efectivamente, volver, pero quizás muerto. En esta sala te esperaré, en este sofá, que voy a colocar en su

primitivo sitio, me sentaré y si no regresas vivo, prométeme que te aparecerás a tu esposa, aunque sea en espíritu. No temeré a la tempestad ni me asustará que la ventana se abra con estrépito, no. Que yo vuelva a verte y sepa si has perecido; porque, entonces, no teniendo nada que hacer en este mundo, me apresuraré a reunirme contigo en el Cielo. Prométemelo, Felipe.

—Cumpliré tu deseo si Dios me lo permite —respondió el joven, cuya voz temblaba. Y, después, continuó—: ¡Estoy sufriendo una prueba terrible! ¡Dios mío, ayúdame a soportarla!

Los negros ojos de Amina se fijaron en él; le era imposible pronunciar una palabra; sus facciones se contrajeron; la naturaleza era impotente para dominar tal exceso de dolor y cayó en los brazos de Felipe sin movimiento. Este, al besar sus pálidos labios, advirtió que estaba desmayada.

—Ahora no sientes —murmuró recostándola en el sofá—; preferible es que así sea, porque pronto te despertarás para padecer.

Felipe llamó en su ayuda a Mynheer Poots, que estaba en la habitación inmediata, tomó su sombrero y dando a Amina un segundo y apasionado beso en la frente, alejóse de la casa, perdiéndose de vista mucho antes que aquella hubiera podido recobrar el conocimiento.

VIII

Tan pronto como Felipe hubo franqueado los umbrales de su morada, comenzó a correr, como huyendo de sus terribles pensamientos. Dos días después llegó a *Ámsterdam*, y lo primero que hizo fue comprar una pequeña y fuerte cadena de acero para reemplazar el cordón que hasta entonces había suspendido el relicario de su garganta. Luego, se apresuró a embarcarse con su equipaje a bordo del *Ter Schilling*. Llevaba consigo la cantidad que, según lo convenido, había de pagar al capitán por su admisión en el buque como alumno, más bien que en concepto de marinero. Además, iba provisto de otra pequeña suma, destinada a satisfacer sus necesidades. Cuando pisó la cubierta del *Ter Schilling*, fondeado entre los otros buques que componían la escuadra de la *India*, estaba anocheciendo. El capitán, llamado Kloots, después de recibirle afectuosamente e indicarle su camarote, bajó a la bodega a resolver una cuestión relativa a la carga, dejando a Vanderdecken a solas con sus recuerdos.

—¿Conque éste es el barco en que he de dar principio a mi empresa? —monologaba Felipe, contemplando las azuladas ondas marinas—. ¿Cómo han de sospechar mis nuevos compañeros el objeto de mi viaje? ¿Qué diferencia entre mi propósito y el suyo! ¿Voy a buscar fortuna? No. ¿Voy a satisfacer la curiosidad de un espíritu aventurero? Tampoco. ¡Sólo busco la comunión con los muertos! ¿Y cómo podré encontrarlos, sin exponerme a mil peligros, y exponer también a todos los que me rodean? Si éstos adivinaran mis intenciones no permanecería un minuto a bordo. Supersticiosos, como la mayoría de los marinos, si conocieran mi misión, no sólo tendrían un pretexto que justificara su fanatismo, sino una excelente excusa para desembarazarse de una persona condenada a correr tras un imposible, semejante al *Judío Errante*. ¡Triste suerte la mía! ¡Cuánta perseverancia necesito para realizar mi empresa!

Luego, acordándose de *Amina*, cruzó los brazos y, dirigiendo una vaga mirada al cielo, sumióse en profunda meditación.

—¿Por qué no se acuesta usted, joven? —preguntóle una voz dulce, cuyo eco despertó a Vanderdecken de su estupor.

Quien le decía esto era Hildebrando, segundo del buque, hombre de corta estatura, bien proporcionado y de unos treinta años de edad. El cabello le caía en largos y blondos bucles sobre los hombros; su aspecto era agradable, y tenía los ojos de un azul suave; aunque no tenía nada de la rudeza peculiar del marino, pocos conocían mejor que él su profesión.

—Mil gracias —replicó Felipe—; estaba tan abstraído, que me había olvidado de cuanto me rodea y hasta de mí mismo; mis pensamientos me habían llevado muy lejos. Le agradezco mucho que se interese por mí y le deseo buenas noches.

El *Ter Schilling*, como todos los navíos de aquella época, diferenciábase mucho, en su construcción y equipo, de los actuales. Estaba aparejado de fragata y tendría unas cuatrocientas toneladas próximamente. Sus fondos eran casi planos y los costados estaban tan deprimidos desde la línea de flotación, que la cubierta era mucho más estrecha que el

sobrepuesto.

La Compañía de las Indias tenía armados todos sus buques, y el que nos ocupa montaba seis cañones de a nueve en cada banda; las portas eran pequeñas y ovaladas. En el alcázar se elevaba la popa a una altura extraordinaria, y el bauprés, casi paralelo al trinquete, parecía un cuarto mástil; con tanto mayor motivo, cuanto que llevaba dos vergas para cebadera y sobrecebadera. No gastaba cangreja ni escandalosa en el palo de mesana, sino una vela latina provista de su antena correspondiente. Es inútil agregar, después de esta descripción, que los peligros de una larga travesía se aumentaban considerablemente por la peculiar estructura de estos buques, que si bien navegaban con regularidad cuando soplabla una brisa favorable, ceñían muy mal el viento y tenían muy poca defensa, si el tiempo los empujaba hacia la costa.

Componían la tripulación del Ter Schilling un capitán, dos contra maestres, dos pilotos y cuarenta y cinco marineros. El sobrecargo no se encontraba aún a bordo. La cámara de popa estaba destinada a él, y la del entrepuente al capitán y a los contra maestres.

Cuando Felipe despertó a la mañana siguiente, habían sido ya izados los masteleros de gavia, y todo revelaba la proximidad de la partida. Algunos otros buques se encontraban en la bocana del puerto. El tiempo estaba hermoso; la mar, tranquila, y el movimiento y la novedad de la escena animaron a Vanderdecken. El capitán permanecía en la popa con un pequeño antejo de cartón en la mano mirando ansiosamente hacia la playa. El señor Kloots, como de costumbre, tenía la pipa en los labios y las bocanadas de humo que de vez en cuando lanzaba al aire obscurecían los cristales del catalejo. Felipe aproximóse a saludarle.

Mynheer Kloots era un hombre de formas atléticas, que el corte especial de su traje hacía parecer mayores aún. Llevaba una gorra de gruesa piel de zorra, por debajo de la cual asomaba el extremo de un gorro de dormir encarnado; un chaleco de felpa del mismo color con gruesos botones de metal, una chupa de paño verde, y un gabán azul que le llegaba hasta los pies. Las piernas iban cubiertas con calzones cortos de panilla negra, luciendo en las pantorrillas medias de seda verde bastante deterioradas por el uso. Adornaban sus zapatos unas enormes hebillas de plata, completando el traje cierta especie de tunicela en la cintura y un gran cuchillo de ancha hoja, con vaina de cuero, que pendía del tahalí. Tal era la indumentaria del capitán del Ter Schilling, señor Kloots.

Su elevada estatura armonizábase bien con su gran corpulencia. Tenía la cara ovalada y las facciones pequeñas en relación con el resto del cuerpo. La brisa hacía ondular su crespo cabello, y la nariz, aunque recta, estaba sumamente encarnada en la extremidad, a causa no sólo de las frecuentes libaciones, sino también del constante calor que despedía una pequeña pipa, que llevaba siempre en la boca, de la que no la separaba sino para dar una orden o para rellenarla de tabaco.

—Buenos días, hijo mío —dijo el capitán—. Estamos detenidos por el sobrecargo, quien, por lo visto, no tiene muchos deseos de venir a bordo; hace ya una hora que el bote le aguarda en la playa y probablemente seremos los últimos de la escuadra que salgamos del puerto. Sería preferible que la Compañía nos permitiera navegar sin esos caballeros

que, en mi opinión, son un verdadero estorbo en los buques, aunque en tierra suponen lo contrario.

—¿Qué tiene que hacer a bordo? —preguntó Felipe.

—Cuidar del cargamento y llevar la contabilidad; pero se mete, además, en todo sin entender de nada y únicamente se preocupa de su comodidad. En pocas palabras, es el rey a bordo, porque nadie se atreve a contradecirle, puesto que una sola queja suya impediría que el buque volviera a fletarse en lo sucesivo. La Compañía nos obliga a recibirle con todos los honores y a disparar cinco cañonazos a su llegada a bordo.

—¿Conoce usted a la persona que esperamos?

—No lo he visto nunca; pero me han hablado de él. Ha navegado con un capitán compañero mío y éste me aseguró que su presunción es ilimitada y que es sujeto sumamente peligroso.

—Ojalá estuviera ya aquí —replicó Felipe—, pues deseo emprender el viaje cuanto antes.

—Tiene usted un espíritu aventurero, hijo mío; me han asegurado que deja usted una bonita casa y una esposa todavía más bella.

—Ansío ver el mundo —contestó Felipe—, aprender la náutica y comprar luego un buque para buscar con él la fortuna que ambiciono.

—El Océano hace la fortuna de unos y se traga la de otros —dijo el capitán—. Si me fuera posible convertir este buque en una casita y algunos miles de guilders con que satisfacer mis necesidades, no me vería usted seguramente aquí. He doblado ya dos veces el Cabo, que no es poco para un marino; la tercera, quizá no sea tan afortunado.

—¿Tan peligroso es, entonces, eso? —preguntó Felipe.

—Mucho. Allí la mar es gruesa; los vientos, huracanados, y abundan las mareas y corrientes, los escollos y los bancos de arena. Aun anclado en la bahía a la parte de acá del Cabo, no hay un momento de sosiego, pues la más ligera ráfaga puede en menos de cinco minutos estrellar el buque contra aquellas playas, habitadas por salvajes. En cambio, una vez doblado el Cabo, desaparece todo peligro: las tranquilas aguas parecen danzar iluminadas por los rayos de sol y se navega durante semanas enteras bajo un cielo sin nubes y empujado por vientos favorables, sin tener necesidad de tocar una cuerda ni aun de quitarse la pipa de los labios.

—¿En qué puerto vamos a tocar, capitán?

—No estoy muy bien informado respecto a ese particular. Gambrun, en el golfo de Persia, será quizá el primer punto de reunión de toda la escuadra. Allí volveremos a separarnos; unos para ir a Bantam, en la isla de Java, y otros a los Estrechos en busca de alcanfor, goma, benjuí y cera. Aquellos insulares cambian también con nosotros colmillos de elefante y oro, pero no se puede tener confianza en ellos, porque son traidores y crueles, y sus corvos puñales tienen la punta excesivamente aguda y emponzoñada con un mortal veneno. En aquellos mares he presenciado terribles combates con portugueses e ingleses.

—¿Ahora estaremos en paz con ellos?

—Sí; pero después de haber doblado el Cabo, no debe confiarse mucho en los

papeles firmados en la metrópoli. Los ingleses nos hostilizan frecuentemente y nos persiguen por doquier. Sospecho que nuestra escuadra es tan numerosa y va tan bien equipada, para evitar una sorpresa.

—¿Cuánto tiempo cree usted que durará el viaje?

—Depende de las circunstancias; pero supongo que unos dos años. Sin embargo, si no nos detienen los factores, como acostumbran para algún servicio militar, quizás podamos estar antes de regreso.

—¡Dos años! —pensó Felipe—, ¡dos años separado de Amina! —y, creyendo que aquella separación iba a ser eterna, suspiró profundamente.

—No, hijo mío —observó Kloots al ver la nube que obscurecía la frente de Felipe—; dos años se pasan pronto. Yo estuve en una ocasión cinco años ausente con tan mala fortuna, que no sólo no traje a casa un solo guilder, sino que también perdí mi buque. Habíanme enviado a Chittagong, en la costa oriental de Bengala y allí permanecí anclado en el río durante tres meses. Los caciques de aquellas tribus me detuvieron por la fuerza, negándose a aceptar proposición alguna para el cambio de mi cargamento e impidiéndome buscar otro mercado. La pólvora estaba en tierra y me era imposible resistir. Los gusanos y carcoma taladraron, al fin los fondos del buque, que se fue a pique sobre sus anclas. Ellos esperaban que esto ocurriese para apoderarse del cargamento gratis y sin oposición alguna. Otro buque nos recogió y nos trajo a Holanda. Si no hubiera tenido entonces tan mala suerte, no hubiera necesitado hacer este viaje; ahora mis ganancias serán menores porque la Compañía prohíbe a los capitanes todo comercio particular... Ya viene la persona a quien estamos esperando, ya ondea la bandera en el asta del bote, se aproxima al fin. ¡Eh! ¡Señor Hildebrando! Mande usted que los condestables estén preparados junto a los cañones, con las mechas encendidas para saludar al sobrecargo.

—¿Qué debo yo hacer? —preguntó Felipe—, ¿puedo prestar algún servicio?

—Todavía no, como no sea en algún temporal, en cuyo caso todos los hombres son útiles. Por ahora debe limitarse a ver y aprender; después le iré ocupando en escribir el diario que llevamos a bordo para que lo inspeccione la Compañía y, a medida que vaya desapareciendo el fastidioso mareo que ataca siempre a los que se embarcan por vez primera, me irá usted siendo de mayor utilidad. Le recomiendo, que se ate fuertemente un pañuelo alrededor del estómago y acuda frecuentemente a mi botella de aguardiente que está siempre a su disposición. Ahora vamos a recibir al representante de la muy poderosa Compañía. Hildebrando, disponga usted que hagan fuego.

Disparáronse los cañones y, apenas hubo desaparecido el humo, atracó el bote al costado del buque. Felipe creía que el sobrecargo iba a subir en seguida a bordo, pero no lo hizo hasta que estuvieron embarcadas varias cajas con las iniciales y armas de la Compañía, y al fin se presentó sobre cubierta.

Era un hombre pequeño, de rostro repulsivo, que llevaba un sombrero de tres picos galoneado de oro, por debajo del cual asomaba una enorme y flotante peluca, cuyos rizos le llegaban hasta los hombros. La casaca era de terciopelo carmesí con largos faldones, y el chaleco, de seda blanca, bordado con flores, llegábale casi hasta las rodillas. Los calzones eran de satén negro y las piernas ostentaban medias blancas de seda. Unas descomunales

hebillas de oro en los zapatos, puños de encaje en las mangas y una caña de Indias con empuñadura de plata completaban la indumentaria de Jacobo Jans Stroom, representante de la muy poderosa Compañía, a bordo del Ter Schilling.

Al verle sobre cubierta, rodeado a una respetuosa distancia por el capitán, oficiales y tripulación del buque, todos descubiertos, recordábase el célebre cuadro de «El mono que regresa de ver el mundo, rodeado por su tribu». Los marineros no tenían, sin embargo, maldita la gana de burlarse, aunque su rara facha y ridícula peluca provocaban la risa; pero en aquella época era muy respetado el traje, y el señor Stroom era nada menos que el sobrecargo de la Compañía. Fue, por consiguiente, recibido con todos los honores debidos a tan importante personaje.

Él no parecía muy dispuesto a permanecer sobre cubierta. Mandó que se le condujera a su cámara y siguió al capitán, abriéndose paso por entre los muchos rollos de cuerda que le obstruían el camino. El buque levaba anclas en aquel momento; ya los marineros habían abandonado el cabestrante y ocupábanse en sujetar el ancla a los pescantes de proa, cuando de pronto la campanilla de la cámara de popa, que ocupaba el sobrecargo, comenzó a sonar con extraordinaria violencia.

—¿Qué ocurrirá? —preguntó Kloots, que estaba a proa, quitándose la pipa de la boca—. Vanderdecken, ¿quiere usted enterarse de lo que ocurre?

Felipe encaminóse a la citada cámara, donde encontró al sobrecargo que, encaramado sobre una mesa, tiraba del cordón de la campanilla con manifiestas señales de espanto. La peluca había desaparecido y su desnuda calva dábale un aspecto extremadamente ridículo.

—¿Qué sucede, señor? —preguntó Felipe.

—¡Qué sucede! —replicó Stroom—. Llame usted en seguida a todos los soldados que se encuentran a bordo. Pronto, caballero. ¿Voy a ser asesinado, devorado, y hecho pedazos? Por piedad, no me mire usted más, muévase. ¡Oh, Dios mío! ya sube a la mesa. ¡Socorro! ¡Socorro! —continuó, sumamente aterrorizado.

Felipe, cuyos ojos no habían visto hasta entonces más que al espantado personaje con quien hablaba miró en torno suyo y, lleno de admiración, distinguió un oso pequeño, que se entretenía en destrozar la peluca del sobrecargo, oliéndola de vez en cuando. Aquel inesperado encuentro asustó a Felipe al principio, pero reflexionando después que el animal debía ser inofensivo, pues de lo contrario no andaría suelto por el buque, se tranquilizó.

Sin embargo, no estaba dispuesto a acercarse al oso, cuyas disposiciones ignoraba, cuando la entrada del capitán Kloots puso término a la embarazosa situación.

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntó—. ¡Hola! ya veo, es Joannes —continuó, dirigiéndose hacia el oso, al que aplicó un soberbio puntapié, mientras recobraba la peluca—. ¡Fuera de la cámara Joannes, fuera! —gritó Kloots al animal que se escabulló por la puerta—. Señor Stroom, crea usted que lamento mucho este percance. Tome su peluca. Cierre usted la puerta, Vanderdecken —añadió— pues el animalito me quiere mucho y podría volver.

En cuanto Stroom vio el oso fuera y la puerta cerrada, se arrellanó en un sillón,

volvió a colocar sobre su cabeza la deteriorada peluca, cuyos rizos limpió cuidadosamente, compuso los arrugados encajes de los puños y, dándose gran importancia, mientras golpeaba el suelo con el bastón, dijo:

—Señor Kloots, ¿qué significa esta falta de respeto al representante de la Compañía?

—No ha habido aquí falta ninguna de respeto; el animal es un oso, como ha visto, y manso hasta con los extraños. Está en mi poder desde que era joven. Todo es debido a una equivocación. Mi segundo, Hildebrando, lo encerraría seguramente para que no anduviera sobre cubierta embarazado la maniobra y, sin duda, se ha olvidado de que estaba aquí cuando usted ha entrado. Repito que lamento mucho el percance, pero respondo que no volverá usted a ver el animal, a no ser que desee usted jugar con él algún rato.

—¡Jugar con él! ¡Cómo se entiende! ¡Yo! ¡El representante de la Compañía jugar con un oso! Señor Kloots, es preciso que arroje en seguida ese animal al agua.

—Jamás arrojaré al animalito a quien quiero tanto, señor Stroom; pero le garantizo que no le molestará más.

—En ese caso, capitán, tendrá usted que entenderse con la Compañía, a la cual me quejaré de su conducta. El buque no volverá a fletarse en lo sucesivo y usted perderá la cantidad que le corresponda.

Kloots era terco como buen holandés y el tono imperativo del sobrecargo le revolvió la bilis y repuso:

—No hay en mi contrato condición alguna que me prohíba tener animales a bordo.

—Los estatutos de la Compañía —añadió Stroom arrellanándose en el sillón con aire de importancia y cruzando sus delgadas piernas—, sólo permiten a los capitanes conservar en sus buques los animales raros y curiosos que los gobernadores envían a Holanda para obsequiar a los reyes, tales como tigres, leones, elefantes, etc.; pero no se les tolera que lleven a bordo por cuenta propia ninguna clase de animales, porque esto equivaldría a un comercio privado, que la Compañía prohíbe en absoluto.

—Yo no tengo el oso para comerciar con él, señor Stroom.

—Pues es necesario que lo envíe usted ahora mismo a tierra, señor Kloots. Lo mando, y de lo contrario...

—En ese caso voy a disponer anclar de nuevo. El consejo de la Compañía resolverá la cuestión y si se me ordena que quede el oso en Ámsterdam, me resignaré. Pero tenga usted en cuenta, señor Stroom, que vamos a perder la protección de la escuadra y tendremos que navegar solos, privados del auxilio de los demás buques. ¿Mando que echen el ancla o no, caballero?

Esta observación del capitán puso término a la terquedad del sobrecargo que no quería viajar en aquella forma, y el temor de este nuevo peligro venció al que le había inspirado el oso.

—Señor Kloots —dijo—, no quiero ser intolerante. Si encadena usted a la fiera para que jamás se me acerque, permitiré que permanezca a bordo.

—Respondo que no molestará a nadie; pero, si atamos al animalito, no cesará de gruñir un momento y le será a usted imposible dormir.

Stroom conoció que Kloots no cedía y que le importaban poco sus amenazas, en vista

de lo cual adoptó el partido de todo hombre que se considera vencido; juró interiormente vengarse y dijo en todo de condescendencia.

—Con esas condiciones, capitán, puede el oso permanecer en el barco.

Kloots y Felipe salieron de la cámara; el primero aburrido y murmurando entre dientes:

—Si la Compañía manda monos a bordo, debe tolerárseme el tener osos.

Y, satisfecho de haber triunfado, Kloots recobró el buen humor que le era habitual.

IX

La escuadra partió, al fin, con dirección al Cabo y, pocos días después, encontrábase ya Felipe Vanderdecken en disposición de prestar algún servicio a bordo. Estudiaba con verdadero ahínco, porque con el estudio olvidaba la causa de su embarque, y trabajaba con exceso, porque el demasiado ejercicio le procuraba algunas horas de sueño, que de otro modo, le era imposible conciliar.

Sus condiciones de carácter, y su honradez y laboriosidad le conquistaron las simpatías de casi toda la tripulación, no tardando en llegar a ser el favorito del capitán y el íntimo amigo de Hildebrando, que, como sabemos, era el segundo del buque. En cuanto al señor Jacobo Jans Stroom rara vez se atrevía a salir de su cámara. El oso andaba en libertad y el sobrecargo tenía por esta razón que permanecer encerrado; sin embargo, apenas pasaba día alguno sin que leyera por centésima vez una carta que había escrito a los jefes de la Compañía, introduciendo en ella las variaciones que consideraba oportunas para reforzar sus argumentos y perjudicar al capitán Kloots.

Mientras tanto éste fumaba en su pipa, bebía sendos tragos y jugaba con Joannes, ignorante de lo que contra él se fraguaba en la cámara de popa.

Al piloto tuerto, Schriften, le eran igualmente antipáticos Felipe y el oso. Como Vanderdecken tenía el rango de oficial, no le demostraba francamente su falta de afecto; pero se vengaba en el oso al que maltrataba con frecuencia.

Schriften no era estimado por nadie en el buque; pero todos los marineros le temían, merced a lo cual había conseguido aquél adquirir cierta superioridad sobre ellos.

En este estado se encontraban las cosas a bordo del Ter Schilling cuando un día, juntamente con otros dos buques, ancló a muy corta distancia del Cabo. Era verano y hacía un calor sofocante; Felipe se quedó dormido bajo el toldo de lona que cubría la popa. Cierta impresión de frío desconocida le despertó de pronto, y, al abrir los ojos, vio a Schriften que, inclinado sobre él, tiraba suavemente de la cadenita de que pendía de su cuello la sagrada reliquia que había sido de su madre. Volvió a cerrar los ojos para averiguar las intenciones de aquel hombre, y su sorpresa no tuvo límites al verle decidido a robarle su tesoro. Levantóse de un salto y le agarró por el cuello.

— ¿Qué significa esto? — preguntó indignado Felipe, cuyos ojos lanzaban chispas.

Schriften no parecía turbado al ser sorprendido in fraganti; por lo contrario, mirando maliciosamente al joven con su ojo único, contestó con sorna:

— ¿Es su retrato, eh?

— Le prohíbo a usted la curiosidad para lo sucesivo, pues tendría que arrepentirse de ello.

— ¿Si contendrá la uña de algún santo? O acaso sea algún pedazo de Lignum Crucis.

Felipe se estremeció.

— ¡Eso es, eso es! — gritó Schriften corriendo hacia la proa donde desapareció entre un grupo de marineros que estaban junto a la escotilla—. ¡Noticia fresca, muchachos! — dijo—. Llevamos a bordo un pedacito de la Santa Cruz, con el que podemos desafiar al

mismo diablo.

Felipe había seguido instintivamente al piloto, merced a lo cual pudo oír las palabras que éste dirigió a los marineros.

—¡Ah, ah! —contestó el más viejo a Schriften—. No sólo podemos desafiar al demonio, sino aún al mismo Volador Holandés.

—¡Volador Holandés! —pensó Felipe—. ¿Aludirán a...?

Y avanzó algunos pasos ocultándose tras el palo mayor para enterarse, sin ser visto, de lo que hablaban aquellos hombres.

—Encontrarse con él es, según dicen, peor que ver al mismo demonio —observó uno de los marineros.

—Nadie lo ha visto aún —agregó otro que parecía más incrédulo.

—Sí lo han visto —repuso un tercero—; y desdichado del buque en cuyo camino se atraviere.

—¿Y en qué mares navega?

—Casi siempre cruza por las inmediaciones del Cabo.

—Me complacería oír esa historia —dijo el más joven.

—Sólo puedo referir lo que sé. Ese buque está condenado; componen su tripulación unos piratas que degollaron a su capitán.

—Por lo contrario —interrumpió Schriften—; el capitán vive todavía, y por cierto que era un malvado. Se asegura que, como cierta persona que se encuentra a bordo, había dejado en tierra a su bella esposa a la cual amaba apasionadamente.

—¿Cómo ha podido usted enterarse de todo eso, piloto?

—Porque él siempre ha intentado enviar cartas a su casa con los buques que encuentra a su paso. Pero ¡desgraciado el barco que se encarga de llevarlas! Se va a pique seguramente y no se salva ni uno solo de los que lo tripulan.

—Ese relato me asombra —interrumpió uno de los oyentes—. ¿Ha visto usted alguna vez ese famoso buque?

—Sí, por cierto —murmuró Schriften. Y añadió luego:

—Pero nada teman ustedes porque tenemos aquí nada menos que un pedazo de la Santa Cruz.

Dichas estas palabras y sin duda para evitar nuevas preguntas, separóse del grupo, encontrándose de pronto con Felipe, que, como sabemos, escuchaba detrás del palo mayor.

—¿De manera que no soy yo el único curioso de a bordo? Dígame usted, señor Vanderdecken: ¿lleva usted esa reliquia por si tropezamos con el Volador Holandés?

—No creo esas patrañas —contestó Felipe algo confuso.

—¡Qué casualidad! Usted tiene el mismo apellido, porque aseguran que aquél se llamaba también Vanderdecken.

—Ha habido muchos Vanderdeckens en este mundo —replicó el joven, que ya había recobrado su sangre fría.

Y sin dignarse mirar siquiera a su interlocutor, dirigióse hacia la popa.

—Cualquiera creería que este maldito tuerto conoce el motivo de que yo me haya

embarcado —pensó—, y, sin embargo, no es posible. ¿Por qué me estremezco cuando se aproxima a mí? Ignoro si sucederá lo mismo al resto de la tripulación, o si esto sólo será una simple ilusión mía y de Amina. Es extraño, no obstante, que me tenga tal antipatía no habiéndole inferido el menor daño. Lo que acabo de oír confirma mis sospechas. ¡Dios mío —añadió suspirando—, tened piedad de mí, pues creo que voy a perder el juicio!

Tres días después, el Ter Schilling y consortes fondeaban en la Bahía de la Tabla, donde estaban ya esperándoles los otros buques. En aquella época, los holandeses habían establecido una colonia en el cabo de Buena Esperanza, donde los buques que iban a la India hacían la aguada y se aprovisionaban de carne, pues las tribus hotentotas que vivían cerca de la costa, comerciaban con ellos dándoles un buey magnífico por botones de metal o bagatelas por el estilo. No tardó la escuadra mucho tiempo en estar despachada y, después de recibir las últimas instrucciones del almirante respecto al lugar en, que debían de reunirse si cualquiera circunstancia les obligaba a separarse, todos los buques zarparon de nuevo.

Durante los dos primeros días, el viento fue flojo y avanzaron poco; pero al tercero, la brisa refrescó gradualmente hasta convertirse en huracán, empujando a las embarcaciones hacia el Norte. Al séptimo día el Ter Schilling encontrábase solo en la inmensa superficie del mar, pero el temporal había amainado. Púsose la proa al Este y, completamente cargado de vela, el buque no tardó en acercarse a la costa.

—Es una desgracia el vernos separados de los demás —dijo Kloots a Felipe—; pero debe ya ser mediodía y voy a tomar altura. Ignoro a dónde nos han arrojado las corrientes y el temporal. Traígame usted, Vanderdecken, la ballestilla y procure no golpearla.

La ballestilla era entonces el único instrumento que se usaba para averiguar la latitud; y un buen observador podía hacerlo con cuatro o cinco millas de error. Los cuadrantes y sextantes son invención mucho más moderna. Y, sin embargo, considerando los reducidos conocimientos que tenían de náutica y las variaciones de la aguja que computaban, apenas se concibe que los antiguos navegantes se atrevieran a navegar por el Océano.

—Estamos 30 al Norte del Cabo —dijo Kloots, en cuanto hubo terminado sus cálculos—. La corriente es muy violenta, el viento disminuye, y, si no me equivoco, creo que tendremos un cambio.

Y, efectivamente, por la tarde sobrevino la calma, oyéndose a lo lejos las olas que se estrellaban contra la costa. Una multitud de focas rodeaban al buque, saltando y zambulléndose bajo las aguas; el Océano parecía lleno de vida, mientras que el sol desaparecía del horizonte.

—¿Qué ruido es ése? —preguntó Felipe—. Suena como el trueno.

—Ya lo oigo —contestó el capitán, agregando en voz alta—: ¡Que suba uno en seguida a las cofas! ¿Ves tierra?

—Sí, señor —respondió el marinero que trepaba por los obenques—. Hacia la proa hay bancos de arena, que bate el mar incesantemente.

—Ese será el ruido que hemos oído. La corriente es muy violenta y hace mucha falta que refresque el viento.

El sol iba ocultándose mientras tanto, la calma continuaba todavía, el Ter Schilling era arrastrado violentamente hacia la costa y percibíanse ya con claridad las rompientes cuyo estruendo era ensordecedor.

—¿Conoce usted la costa, piloto? —preguntó el capitán a Schriften que estaba junto a él.

—Perfectamente, señor; la mar rompe en un fondo de 12 brazas y si no refresca la brisa, antes de media hora se estrellará el buque.

Y, dicho esto, Schriften se sonrió como si el dar aquella noticia le causara gran regocijo.

Kloots no pudo disimular su ansiedad y la pipa se le cayó de la boca. Los marineros se agruparon en el castillo de proa para escuchar aterrorizados el rugido de las rompientes. El sol había ya desaparecido por completo y las sombras de la noche acrecentaban la alarma de la acobardada tripulación del Ter Schilling.

—Es preciso arriar los botes —dijo el capitán a su segundo—, e intentar sacar el buque a remolque. Acaso sea esto ineficaz; pero, de todos modos, los botes estarán dispuestos para embarcarnos en el momento oportuno. Disponga usted la maniobra, mientras entero al sobrecargo de lo que ocurre.

Stroom estaba sentado con toda la gravedad que requería su empleo y, como era domingo, habíase puesto una peluca nueva. Leía por milésima vez la célebre carta a la Compañía, denunciando la estancia del oso en el buque, cuando presentóse Kloots informándole en pocas palabras de que la situación era desesperada y de que, probablemente, el buque se estrellaría antes de treinta minutos. El desdichado Stroom, al oír esta noticia, saltó de la silla tan violentamente, que arrojó al suelo la bujía que alumbraba la cámara.

—¿Estamos en peligro, señor Kloots? ¿Cómo puede ser eso si está la mar tranquila y no sopla una ráfaga de aire? ¿Dónde están mi sombrero y mi bastón? Voy a subir a cubierta. ¡Pronto! Una luz, señor Kloots, es imposible encontrar nada a oscuras. ¿Por qué no responde usted, capitán?

Kloots había salido en busca de una luz y pronto volvió con ella; ambos abandonaron entonces la cámara. Ya las lanchas se habían botado al agua y el buque había virado en redondo; pero la noche era muy oscura y sólo se veía la blanca línea de espuma que formaban las rompientes al estrellarse en ellas las olas con ímpetu furioso.

—Capitán, si le parece, voy a abandonar inmediatamente el buque. Necesito el mejor bote para el servicio de la honorable Compañía, para los papeles y para mí.

—No puede ser, señor Stroom —replicó Kloots—; los botes apenas podrán contener a la tripulación y la vida de cada marinero vale tanto como la de usted.

—Yo soy el sobrecargo de la Compañía. Además, se lo mando, y no creo que se atreva a desobedecerme.

—Pues sí, señor; le desobedezco —contestó el capitán.

—Bien, bien —dijo Stroom completamente asustado— tan pronto como lleguemos... daré la queja de usted.

—¡Suelten los cabos del remolque! —gritó entonces Kloots —; no hay tiempo que

perder. En seguida, Felipe, embarque usted las brújulas, el agua y las provisiones; dentro de cinco minutos abandonaremos el buque.

Tan formidable era el estruendo de las rompientes que apenas se oían las órdenes del capitán. Entretanto, el sobrecargo que había tropezado con el oso, permanecía sobre cubierta pataleando y pidiendo socorro.

—Sopla una ligera brisa del lado de tierra —dijo Felipe levantando la mano.

—En efecto, pero me parece que llega demasiado tarde. Coloquen todo en los botes y serenidad, muchachos. Si refresca el viento, aun podemos tener esperanza.

Encontrábanse ya cerca de los escollos que veían en el extremo de aquella inmensa línea de espuma; la brisa era cada vez más fuerte y, sin embargo, el buque permanecía inmóvil. Todo el mundo estaba en los botes y sólo quedaron a bordo Kloots, Hildebrando, los contra maestres y Stroom.

—Me parece que avanzamos algo ahora —dijo Felipe.

—Quizá nos salvemos —contestó el capitán—. ¡Firme, Hildebrando! —continuó, dirigiéndose al segundo que estaba en el timón—. ¡Dios quiera que el viento dure diez minutos!

El Ter Schilling fue poco a poco apartándose de las rompientes, al impulso de la brisa que cada vez era más fuerte, hasta que, al fin, hendió las olas con rapidez. La tripulación abandonó los botes, y una hora después el peligro había desaparecido por completo.

Ahora a izar los botes y, antes de dormirse, dé cada cual gracias al Todopoderoso por habernos salvado.

Aquella noche el Ter Schilling anduvo unas 20 millas hacia el Sur. Por la mañana volvió a cesar el viento, quedando el mar en calma completa.

Kloots encontrábase sobre cubierta hablando con Hildebrando del peligro que habían corrido y del egoísmo y cobardía de Stroom, cuando oyeron de pronto un gran ruido en la cámara de popa.

—¿Qué es eso? —inquirió el capitán—; ¿si el miedo habrá hecho perder el juicio a ese pobre hombre? Parece que va a echar abajo la cámara.

En aquel momento el criado del sobrecargo apareció por la escotilla.

—¡Señor Kloots, corra usted a socorrer a mi amo, lo va a matar el oso, el oso!

Pero, antes que Kloots hiciese el menor movimiento, vio al señor Stroom que salía huyendo en ropas menores.

—¡Dios mío, Dios mío! —gritaba—, me van a devorar, a comer vivo.

Y al mismo tiempo que daba voces, procuraba trepar por los obenques.

Kloots miraba lleno de asombro los movimientos del representante de la Compañía, y, al verle subir por la arboladura, dirigióse a la cámara en la que Joannes continuaba haciendo destrozos.

Las vidrieras del armario principal estaban hechas pedazos y todas las pelucas del sobrecargo yacían en tierra, revueltas con fragmentos de vasijas de barro.

El oso regalábase saboreando la miel que en abundancia corría por el pavimento, y que había sido adquirida por Stroom en la Bahía de la Tabla cuando el buque se detuvo en aquel puerto. El sirviente del sobrecargo guardó la miel en tarros para que su amo la fuera

consumiendo durante el viaje, y aquella mañana, creyendo el ayuda de cámara que era necesaria otra peluca abrió el guardarropa. Joannes, que no andaba muy lejos, olfateó la miel, y, como era a ella muy aficionado, lo mismo que todos los de su especie, guiado por el olor, penetró en la cámara. Ya se dirigía el oso a la cama del sobrecargo, cuando el criado cerró la alcoba; el animal rompió las vidrieras del guardarropa y forzó la entrada, destrozando las cajas que contenían las pelucas, antes de encontrar la miel; y cuando el sirviente quiso arrojarle fuera, le mostró dos enormes filas de dientes para demostrarle que estaba decidido a todo. Entonces el pobre mozo apeló a la fuga, y Stroom, al verse solo, huyó también en paños menores, dejando a Joannes dueño del campo y en posesión de un abundante botín.

Kloots comprendió a la primera ojeada lo ocurrido, y dando un puntapié al animal, mandóle salir fuera, pero el oso gruñó furiosamente sin abandonar su presa.

—Esta broma es demasiado pesada, señor Joannes —dijo el capitán—, y ahora vas a salir de veras del buque porque el sobrecargo tiene motivos sobrados para quejarse. Perfectamente —añadió—, come la miel que te plazca, que después ajustaremos cuentas.

Dicho esto, el capitán salió de la cámara yendo en busca de Stroom, a quien pudo encontrar al fin en el castillo de proa, arengando en camisa a la tripulación.

—Lamento mucho lo ocurrido, señor; en lo sucesivo, no le molestará más el oso.

—Sí, sí, señor Kloots; pero esto ya lo arreglará la Compañía. Las vidas de sus representantes no pueden estar a merced de los necios caprichos de un capitán. He estado a punto de perecer.

—El animal no pretendía hacerle daño —replicó Kloots—; todo lo que él necesitaba era la miel que ya es imposible sacarle del vientre ¿Quiere usted entrar un momento en mi cámara, mientras dispongo que lo aten?

Stroom, considerando que su indumentaria no convenía a su dignidad, aceptó el ofrecimiento en seguida. No sin gran trabajo lograron los marineros encadenar al oso, el cual estaba ya chupando la miel que había empapado las pelucas. Fue inmediatamente reducido a prisión, como reo de flagrante delito de robo en alta mar. La aventura sirvió de tema a todas las conversaciones de aquel día, porque la calma duraba aún y el buque permanecía sin movimiento en medio del mar que parecía de aceite.

—Hay muchos arreboles en el cielo —dijo Hildebrando al capitán, que estaba en la popa con Felipe—; tendremos viento pasado mañana, o antes, según parece.

—Opino del mismo modo —replicó Kloots—. Es raro que no hayamos visto a ninguno de los otros buques.

—Habrán tomado otro rumbo.

Un confuso rumor de voces oyóse entonces entre los marineros, que tenían los ojos fijos en el mismo punto.

—¡Es un buque!

—Sí.

—No.

Tales fueron las voces que se oyeron.

—Creen ver una embarcación —dijo Schriften dirigiéndose al capitán.

—¿Dónde?

—Allá, entre la bruma —contestó el piloto, señalando el punto más lejano del horizonte.

El capitán, Hildebrando y Felipe miraron hacia aquel sitio y distinguieron, efectivamente, algo que parecía un barco. Poco a poco fue disipándose la bruma y una pálida claridad iluminó aquella parte del horizonte. No soplabla la más ligera ráfaga de aire y el mar semejava un espejo. El buque en cuestión apareció, sin embargo, cada vez más visible y pronto pudieron distinguirse con toda claridad el casco, los mástiles y las vergas. Todos se frotaban los ojos, pues apenas se atrevían a dar crédito a lo que veían. En el centro de aquella tibia luz, que se extendía unos 15° sobre el horizonte, había en realidad un buque; pero, aunque la calma era completa, parecía luchar con un temporal, siendo tan espantosos sus balances, que algunas veces enseñaba la quilla. Las gavias y mayores iban cargadas presentando sólo al viento un foque con varios rizos y las velas de estay. Era un barco de poco andar y, esto no obstante, se aproximaba rápidamente, empujado sin duda por el huracán. A cada momento se le distinguía mejor. Al fin viró de bordo y, al hacerlo, pasó tan cerca del Ter Schilling, que los tripulantes de éste distinguieron bien los hombres que llevaba y la blanca espuma que hacía su tajamar al hendir las olas, y oyeron el silbido de los pitos de los contramaestres y el gemir de los tablones y mástiles, en los balances. Una densa bruma que se levantó en aquel momento envolvió al misterioso barco, y algunos segundos después todo había desaparecido.

—¡Santo cielo! —exclamó Kloots.

Felipe sintió que se posaba en su hombro una mano y que un estremecimiento singular corría por todo su cuerpo. Cuando volvió la cabeza encontróse frente al piloto Schriften, quien murmuró a su oído:

—Ese barco es el Volador Holandés, Felipe Vanderdecken.

X

La tripulación del Ter Schilling encontróse, de repente, envuelta en una súbita obscuridad que acrecentó el terror que experimentaban aquellos hombres avezados a todos los peligros, y en los primeros momentos nadie se atrevió a pronunciar una palabra. La luz había desaparecido por completo, y, sin embargo, algunos tenían los ojos fijos en el punto en que había surgido la fantástica aparición, mientras los otros los apartaban llenos de funestos presentimientos.

Hildebrando fue el primero que interrumpió aquel silencio trágico. Vio brillar en el horizonte un resplandor súbito y preguntó a Felipe, agarrándole por el brazo:

—¿Qué es aquello?

—La luna que rasga las nubes —repuso éste con tristeza.

—Bien —observó Kloots, limpiándose el sudor que inundaba su frente—; había oído hablar antes de esto; pero hasta ahora lo había creído siempre una fábula.

Felipe, que conocía la realidad de la visión, permaneció callado. Mientras tanto, la luna alumbraba ya claramente la tersa superficie del mar.

Desde que surgió la aparición, el piloto Schriften había permanecido en la popa; y, en aquel momento, acercándose gradualmente a Kloots, le dijo:

—Capitán, como piloto de este buque, le advierto que se prepare para sufrir muy mal tiempo.

—¡Mal tiempo! —contestó Kloots saliendo de su estupor.

—Sí, señor; el buque que ha encontrado en su camino lo que acabamos de ver nosotros, no ha vuelto jamás a disfrutar de buen tiempo. El solo nombre de Vanderdecken es fatal.

Felipe intentó responder a este sarcasmo; pero la lengua se le había pegado al paladar y le fue imposible pronunciar un apalabra.

—¿Qué tiene que ver con esto el nombre de Vanderdecken? —inquirió Kloots.

—¿No ha oído usted decir nunca que se llama Vanderdecken el capitán del Buque Fantasma, que hemos visto hace un momento?

—¿Cómo sabe usted eso, piloto? —preguntó Hildebrando.

—Como sé otras muchas cosas que callo por ahora —replicó Schriften—; he pronosticado el mal tiempo, porque éste es mi deber.

Y, dicho esto, abandonó el alcázar de popa.

—¡Santo Cielo! Jamás he estado tan asustado en mi vida —observó Kloots—. No sé qué hacer ni qué decir. ¿Qué le parece a usted, Felipe? ¿No ha sido esto una cosa sobrenatural?

—Sí —contestó el interpelado, con profunda tristeza—. Es indudable.

—Creía que el tiempo de los milagros había pasado —añadió el capitán—. Estamos abandonados a nuestros propios esfuerzos. ¡Cúmplase la voluntad de Dios!

—Miren aquella barrera de nubes que acaba de levantarse en menos de cinco minutos y que no tardará en obscurecer la luna —dijo Hildebrando—, vean ustedes ya los

relámpagos hacia el Noroeste.

—Señores, he luchado contra los elementos con tanto valor como el que más; he visto tempestades terribles con serenidad; pero confieso que lo que hemos presenciado esta noche me aterroriza horriblemente. Tengo un peso enorme en el corazón. Felipe, envíe usted por la botella, que es lo único que puede despejarme la cabeza.

Vanderdecken que deseaba estar solo cinco minutos para reflexionar, aprovechó gustoso la ocasión que se le presentaba para abandonar la popa. La aparición del Buque Fantasma le había impresionado profundamente; creía en su existencia y, sin embargo, le espantaba el haber visto el buque en que su padre cumplía la terrible condena y en el cual tenía la seguridad de que él mismo había también de morir. Al escuchar el sonido del pito del contra maestre, creyó oír la voz de su mismo padre que daba una orden y había procurado con ansia ver la fisonomía y traje de los que tripulaban aquella condenada nave. En el momento, pues, que envió a Kloots la botella que éste había pedido, encerróse en su camarote y estuvo rezando hasta que recobró su habitual energía y creyóse con bastante fuerza para afrontar el peligro y someterse a su destino con el valor de un mártir.

Media hora después volvió a subir a cubierta, y vio que el tiempo había cambiado otra vez por completo. Antes, el buque flotaba sin movimiento sobre las azuladas ondas y sus velas pendían inertes a lo largo de los palos, reflejando la luna los contornos del Ter Schilling sobre el dormido Océano. Ahora, todo era obscuridad; las velas altas se habían aferrado, la mar, muy picada, estaba cubierta de espuma y la fragata hendía rápidamente las encrespadas olas. Violentas ráfagas de viento azotaban la superficie de las aguas y los marineros se ocupaban, disgustados, en reducir el velamen. Qué les había dicho a éstos el piloto Schriften, era cosa que Felipe no sabía; pero indudablemente todos le miraban con horror y evitaban su presencia.

—El viento no es fijo —dijo Hildebrando—, no se sabe de qué lado sopla, puesto que no cesa de variar de dirección. Felipe, no me gusta el aspecto de las cosas y repito, con el capitán, que siento el corazón oprimido.

—A mí me sucede lo mismo —respondió Vanderdecken—; es necesario confiar en la Providencia.

—¡Cierra el timón a la banda! ¡Carga mayores! ¡En seguida! —gritó Kloots mientras que una ráfaga empujó al buque de través, inclinándolo de un modo horrible.

La lluvia empezó a caer a torrentes y tanta era la obscuridad, que los tripulantes no se veían los unos a los otros.

Un resplandor siniestro rasgó las nubes y el trueno retumbó en el espacio.

—Aferrad pronto todas las velas —volvió a decir el capitán.

Algunos marineros, sacudiendo el agua que empapaba sus ropas, se apresuraron a ejecutar la orden, pero los demás, aprovechando la obscuridad, escabulléronse de la cubierta llenos de terror pánico.

El Ter Schilling perdió todas sus velas y, esto no obstante, avanzaba con celeridad fantástica hacia el Sur, impelido por el vendaval; enormes olas coronadas de espuma se estrellaban contra sus costados; la noche era excesivamente oscura y los marineros refugiáronse bajo el puente para librarse de la lluvia. Algunos habían abandonado su

deber; pero ni uno solo se atrevió a bajar a los camarotes en noche tan tempestuosa. No estaban reunidos, como de costumbre, sino que cada cual andaba por su lado, profundamente pensativo. El Buque Fantasma no se apartaba de sus imaginaciones, aterrorizándoles completamente.

El tiempo transcurría con desesperante lentitud; parecía que no iba a amanecer nunca, pero, al fin, las tinieblas fueron disipándose poco a poco y los primeros resplandores del día asomaron por el horizonte. Todos estaban desesperanzados; todos se creían condenados y permanecían inmóviles y silenciosos.

El mar estaba furioso y el buque cabeceaba de una manera espantosa. Estaban Kloots en la bitácora, y Felipe e Hildebrando afianzados al timón cuando una ola enorme, entrando por la popa, estrellóse con fuerza irresistible sobre cubierta, después de barrer cuanto encontró a su paso. El capitán y sus dos oficiales rodaron por el suelo sin sentido, la bitácora y la brújula se hicieron mil pedazos, el timón quedó abandonado, el barco no gobernaba, las olas le cubrieron por completo y el palo mayor cayó estruendosamente.

Todo era confusión a bordo. El capitán continuaba sin conocimiento y a Felipe costóle mucho persuadir a dos marineros a que le ayudaran a conducir a su lecho a Hildebrando, que se había roto el brazo izquierdo y tenía un sinnúmero de contusiones graves. Después volvió a subir a cubierta para intentar restablecer el orden.

Aunque no era todavía un buen marino, dominó con su valor y energía a todos aquellos hombres, que obedecieron, al fin, aunque de mala gana, y media hora más tarde el buque huía delante del temporal, libre ya del enorme peso del palo mayor y gobernado por los mejores timoneles de la tripulación.

¿Dónde se encontraba el señor Jacobo Jans Stroom? Acurrucado en la cama, cubierto el rostro con las sábanas, temblando de pies a cabeza y jurando solemnemente que, si alguna vez lograba poner el pie en tierra firme, todas las Compañías del universo juntas no serían capaces de volver a embarcarlo. Ciertamente esta resolución era la mejor que podía adoptar aquel desdichado.

Las primeras órdenes de Felipe fueron obedecidas, pero pronto se vio a todos los marineros que hablaban acaloradamente con el piloto tuerto y, después de un cuarto de hora de consulta, dispersáronse yendo cada cual por su lado y quedándose solamente sobre cubierta los dos que estaban en el timón. Algunos volvieron en seguida con vasijas llenas de aguardiente y otros licores, que habían sacado de la cámara de las provisiones forzando la puerta. Felipe permaneció todavía media hora sobre cubierta tratando de persuadir a aquellos hombres para que no se embriagaran, pero fue todo en vano; los del timonel aceptaron algunos tragos y la falta de dirección del buque demostró que el licor había surtido efecto. Vanderdecken bajó entonces a toda prisa para averiguar si Kloots había recobrado los sentidos y estaba en estado de subir a contener a los marineros. Le encontró profundamente dormido, y cuando a duras penas logró despertarle, le refirió lo ocurrido y la situación desesperada del buque. Kloots acompañó a Felipe, pero todavía sufría mucho de la caída, pues se mareaba al andar, y tropezaba como si también estuviese borracho. Cinco minutos después volvió a perder el conocimiento y cayó sobre cubierta. Hildebrando estaba gravemente herido y Felipe comprendió que nada podía él hacer. La

luz del día iba desapareciendo lentamente y las tinieblas de la noche hacían aún más terrible la escena. El buque continuaba corriendo delante del temporal, pero sin duda los timoneles habían variado la dirección porque momentos antes recibía el viento por babor y ahora por el lado contrario. La brújula había desaparecido; pero tampoco hacía falta porque los marineros estaban decididos a no obedecer a Felipe.

—Tú —le decían— no eres marinero y no puedes enseñarnos el modo de gobernar un buque.

La lluvia había cesado, pero el viento soplaba cada vez con más fuerza, azotando al Ter Schilling que, en cada uno de sus enormes y espantosos balanceos, embarcaba considerable cantidad de agua; pero la tripulación reía y gritaba, haciendo coro al ensordecedor ruido de la tempestad.

Schriften parecía capitanear al resto de la tripulación. Con una botella de aguardiente en la mano bailaba, cantaba, castañeaba los dedos y dirigía miradas provocativas a Felipe; a veces caía rodando por el suelo lanzando estruendosas carcajadas. Al que pedía una botella, se le daban tres o cuatro. Por doquier se oían juramentos, gritos y risotadas; los timoneles habían abandonado sus puestos, para seguir a los demás, y el desgraciado buque, abandonado a su suerte, sin más vela que un pequeño foque, era juguete de las olas, que le asaltaban furiosas y embravecidas.

Algunas horas después abonanzó el tiempo y la mar cesó de rugir. El Ter Schilling había sido empujado hacia el Sur hasta la Bahía de la Tabla, mas por la alteración de su rumbo, entró en False Bay, donde las montañas que la forman protegiéronle en cierto modo contra las acometidas del viento y de las olas. El buque atravesó la entrada de la bahía, sin que Felipe, en medio de la obscuridad que le rodeaba, lo advirtiese siquiera. Cinco minutos más tarde, una terrible sacudida le reveló que el barco había encallado en la arena y a los pocos minutos cayeron con estrépito los dos palos que se mantenían aún derechos.

La violencia del choque, que desprendió muchos tablones, y el ruido que producía el agua al entrar en la bodega, acallaron los gritos de la embriagada tripulación. El buque quedó, al fin, acostado sobre su banda de babor. Felipe estaba a barlovento y se asió a uno de los cabos de los obenques, mientras que los marineros, sumergidos por completo, procuraban ganar el costado de estribor. Kloots cayó al agua, hundiéndose en seguida sin que hiciera esfuerzo alguno para salvarse; el infeliz había desaparecido para siempre. Vanderdecken se acordó entonces de Hildebrando y, deseando salvarlo, voló en su ayuda; costóle gran trabajo poder sacarle de la cama y conducirlo a cubierta, colocándole tendido en el bote mayor, que era el único que podía ser utilizado. La tripulación, al verle, apoderóse de esta embarcación y cortó las amarras que la sujetaban, a los pescantes. Una enorme ola los separó del Ter Schilling llenando de agua la mitad del bote; pero aquellos borrachos, al verse flotando de nuevo, renovaron sus cantos y carcajadas. El viento los empujaba hacia la costa y Felipe, apoyado en la batayola, les contemplaba ansiosamente, viéndoles tan pronto sobre la espumosa cresta de las olas como en el fondo del abismo. Las voces eran cada vez menos perceptibles y, al fin, se extinguieron por completo. Cuando por última vez los vio balancearse sobre una ola gigantesca, cerró los ojos.

Comprendía que era indispensable intentar salvarse en una tabla, pues el Ter Schilling no podía durar mucho tiempo sin deshacerse; ya comenzaban a falsearse las cubiertas y a cada golpe de mar la frágil embarcación sufría mayores destrozos. Cierta ruidos que oyó hacia popa recordóle que el sobrecargo permanecía aún en su cámara. Después de quitar con mucho trabajo la escala de popa, que se había atravesado en la puerta, consiguió Felipe llegar hasta el atemorizado Stroom, a quien encontró agarrado a los tablones del tabique con las ansias de la agonía y lleno de terror. Le habló, y, no obteniendo respuesta, intentó moverle; pero fue imposible desprenderlo del sitio a que estaba asido. Una enorme cantidad de agua que se precipitó en la bodega, acompañada de fuertes crujidos, hizo comprender a Felipe que el buque se había destrozado, por lo que tuvo precisión, contra su voluntad, de abandonar a su suerte al infeliz sobrecargo. Cuando atravesó la escotilla vio algo que se movía; era Joannes, el oso, que pugnaba por romper la cuerda que le aprisionaba. Felipe entonces la cortó con su cuchillo, dejando en libertad al animal; pero, apenas lo hizo, una ola furiosa destruyó la popa y él se encontró, de pronto, luchando con la mar embravecida. Pudo, sin embargo, asirse a un tablón de los que formaban la cubierta y, abrazado a él, pudo llegar a la playa; pero las olas, al volverse, le impedían hacer pie y le llevaban y traían incesantemente. Rendido ya y próximo a perecer tocó un objeto con la mano y se asió a él como último recurso. Era la peluda piel de Joannes, que intentaba ganar la costa y le condujo a tierra. Felipe, entonces, se arrastró fuera del alcance de las olas y, extenuado de fatiga, perdió el conocimiento.

Cuando despertó de su letargo, sintió un dolor agudo en los ojos, que no había abierto aún, sin duda por haber permanecido muchas horas bajo los rayos de un sol ardiente. Procuró abrirlos, pero vióse obligado a cerrarlos en seguida de nuevo, porque la luz, al herirle, le había producido el efecto que la aguda punta de un cuchillo. Poco a poco, sin embargo, fue recobrando la vista y pudo contemplar el triste cuadro que le rodeaba. La mar continuaba furiosa y en su superficie flotaban los restos del buque. Junto a él yacía el cuerpo de Hildebrando; y otros cadáveres, esparcidos por la playa, le revelaron que los que se embarcaron en el bote habían perecido.

Después de apreciar con la vista la altura del sol, supuso que serían las tres de la tarde, pero su debilidad era tanta, que comprendió que tenía gran necesidad de reposo, pues su cabeza parecía próxima a estallar. Anduvo algunos pasos en aquel lugar de desolación y, encontrando un montecillo de arena que le protegía de los rayos del sol, acostóse a la sombra, no tardando en conciliar un sueño reparador, que le duró hasta la mañana siguiente.

Cierta picor extraño en el pecho le despertó. Levantóse de pronto y vio a su lado una figura rara. Todavía estaban débiles sus ojos y creyó, al principio, que era Joannes, y, después, Stroom, lo que tenía ante él. Se equivocaba, sin embargo, pues aquel ser desconocido era un corpulento hotentote, con una azagaya en la mano y al hombro la piel del pobre oso, todavía chorreando sangre; sobre su cabeza ostentaba una de las pelucas del sobrecargo. Era tan cómica la facha de aquel negro y tal su seriedad, que en otras circunstancias hubiera soltado Felipe la carcajada; pero, a la sazón, no tenía ganas de reírse. El hotentote permanecía inmóvil y en actitud pacífica.

Vanderdecken tenía una sed rabiosa, e indicó por señas que necesitaba beber. El negro condújole hacia unos montecillos de arena que había junto a la costa donde descubrió Felipe otros cincuenta o más hombres, ocupados en recoger los restos del naufragio. El conductor de Vanderdecken parecía el jefe del Kraal, según el respeto con que le trataban los demás. Algunas palabras, pronunciadas con la mayor gravedad, bastaron para proporcionar al joven héroe, si no lo que necesitaba, al menos una calabaza con un poco de agua sucia, que le pareció deliciosa. El jefe, entonces, hizo un ademán con la mano, invitándole a tomar asiento en la arena.

El cuadro que se ofreció a su vista era terrible. Restos del buque yacían por aquella playa de blanca arena, mezclados con toneles y fardos de mercancías, y el mar, todavía furioso, no cesaba de arrojar despojos del naufragio. A un lado veíanse huesos de ballenas que otras tempestades habían empujado a la costa y que, medio sepultadas en la arena, dejaban ver sus colosales esqueletos. En otro sitio estaban los cadáveres de los tripulantes del Ter Schilling, de cuyos trajes habían arrancado los botones los indígenas. Más allá, algunos cafres, enteramente desnudos, se ocupaban en reconocer objetos sin ningún valor, sin mirar siquiera aquellos otros verdaderamente dignos de ser codiciados. El jefe, sentado sobre la sangrienta piel de Joannes y ataviado con la enorme peluca de Stroom, aparecía tan grave como un canciller, satisfecho de su ridícula indumentaria.

Hacía, a la sazón, poco tiempo que los hotentotes se habían establecido en el Cabo; pero sostenían ya con los indígenas un gran comercio de pieles y otros artículos de producción africana. Los hotentotes, tratados hasta entonces amistosamente por los europeos, les dispensaban un recibimiento afectuoso. El jefe preguntó a Felipe si tenía hambre, y como éste respondiera afirmativamente, sacó de un morral de piel de cabra un puñado de grandes escarabajos, y se los ofreció. Vanderdecken los rehusó con evidentes señas de repugnancia; pero el salvaje, tomando asiento tranquilamente, empezó a engullirlos uno a uno y, cuando hubo terminado, indicó al joven náufrago que le siguiera. Al levantarse, vio éste que su cofre flotaba sobre las olas, y, después que le hubieron recogido, abriólo con la llave que conservaba aún en el bolsillo y sacó de él alguna ropa y una taleguita llena de guilders. Su conductor no opuso a esto el menor reparo; pero mostró al salvaje que estaba más próximo la cerradura y los goznes, sin duda para que los arrancara, y echó a andar seguido de Felipe, a través de los montecillos de arena. Media hora tardaron en llegar al Kraal, compuesto de pequeñas chozas cubiertas con pieles, donde fueron recibidos por las mujeres y niños de la tribu, quienes no ocultaron su asombro cuando vieron al jefe con la peluca. En seguida trajeron a Felipe un cuenco de leche, que bebió con ansiedad, mientras pensaba en su adorada Amina, tan distinta, en todos los conceptos, de aquellas mujeres asquerosas y repugnantes.

El astro diurno desaparecía, en aquel momento, del horizonte; Felipe se encontraba fatigado. Hizo señas de que necesitaba descansar y le condujeron a una de las chozas donde, a pesar del mal olor y de los numerosos insectos que le molestaban, apoyó la cabeza sobre el lío que contenía su pequeño equipaje y, después de dirigir una plegaria de gracias al Todopoderoso, quedóse profundamente dormido.

El jefe, acompañado de otro indígena que conocía algo el idioma holandés, le

despertó a la mañana siguiente. Felipe manifestó deseos de marchar en seguida al Cabo donde podría encontrar algún buque y fue comprendido por el intérprete, quien le contestó que a la sazón no había barco alguno fondeado en la Bahía de la Tabla. A pesar de eso, insistió Vanderdecken, porque prefería esperar entre europeos hasta que pudiera regresar a Holanda. La distancia, además, era solamente una jornada. Después de consultar al jefe, el que hablaba holandés indicó a Felipe que podía seguirle. Éste, después de beber un trago de leche y de rehusar nuevamente los escarabajos que le ofrecieron, púsose en marcha llevando al hombro el lío de su equipaje.

Por la tarde llegaron a una colina, desde la cual se distinguía la Bahía de la Tabla y las casas construidas por los holandeses. Felipe no pudo reprimir un grito de júbilo al divisar un buque en lontananza. Apresuróse a llegar a la playa donde encontró un bote del referido buque, que había venido por víveres. Dióse a conocer y refirió lo ocurrido al Ter Schilling suplicando por último a los tripulantes que le recibieran a bordo.

El oficial encargado del mando del bote lo admitió gustoso, manifestando que regresaban a Holanda. La esperanza de poder abrazar pronto a su adorada Amina hizo saltar de alegría el corazón de Felipe. Sintió que aun no se había concluido para él la dicha en el mundo; que todavía le reservaba el Cielo algunos goces y que su vida dejaría ya de ser una continua cadena de sufrimientos y penalidades, con la muerte por último eslabón.

A bordo, fue recibido afectuosamente por el capitán, quien le dio pasaje gratis, y tres meses después, sin accidente alguno digno de mencionar, llegó Vanderdecken a la ciudad de Ámsterdam.

XI

Fácil es suponer, aunque el novelista no lo consigne, que Felipe apresuróse mucho por llegar lo más pronto posible a su vivienda familiar, anheloso de ver y abrazar a su amante y joven esposa.

Era el mes de abril, y hasta el otoño proponíase descansar y reponer su quebrantada salud, pues hasta entonces no se daría a la vela otra escuadra de la Compañía.

Por mucho que lamentara Felipe la muerte de Kloots y de Hildebrando, experimentaba cierta satisfacción interior al recordar que Schriften, a quien también creía muerto, había cesado de mortificarle con sus ironías; y, además, casi se regocijaba del naufragio, tan fatal para los otros, porque le había proporcionado la dicha de pasar una temporada al lado de Amina.

Era ya completamente de noche cuando tomó un bote en Flushing, para ir a su casa de Terneuse. El viento soplaba con violencia; espesas nubes, cuyos contornos blanqueaba la luz de la luna, que brillaba en el cénit, encapotaban el cielo, amortiguando el pálido resplandor del astro nocturno. Felipe desembarcó y, embozándose en la capa, se dirigió a su domicilio. Al aproximarse, profundamente emocionado, distinguió que la ventana de la sala estaba todavía abierta y que una mujer se apoyaba en su hueco. Comprendiendo que no podía ser otra que Amina, avanzó hacia ella en vez de dirigirse a la puerta. Amina, pues efectivamente era ella, estaba tan absorta en la contemplación del firmamento y tan embebida en sus pensamientos, que ni vio ni oyó a su esposo Cuando se le aproximó. Éste se detuvo a tres o cuatro pasos de ella, intentando ganar la puerta sin ser visto, pues temía alarmarla presentándose de repente. Felipe se acordaba que, al despedirse, le había prometido visitarla después de muerto, «si Dios le daba permiso, como su padre había, en otra ocasión, visitado a su madre». Pero, mientras permanecía indeciso, Amina, le vio en un momento en que la pálida claridad de la luna, casi oculta entre las nubes, le iluminaba vagamente, dándole el aspecto de un ser sobrenatural. Le reconoció en seguida; pero, como no esperaba su regreso, le creyó un alma del otro mundo. Apartóse con entrambas manos los cabellos que le caían sobre la frente y se quedó contemplándole con fijeza.

—Soy yo, Amina, no temas —dijo Felipe al punto.

—No abrigo el menor temor —contestó ella oprimiéndose el corazón—. ¡Espíritu de mi esposo, pues tal te creo, gracias por tu visita!

Y Amina movió tristemente la mano invitando a Felipe a entrar, y abandonó luego la ventana.

—¡Santo Dios! Cree que he muerto —pensó Felipe, y sin saber que hacer saltó tras ella dentro de la sala.

Amina había ya tomado asiento en el sofá y le miraba con ojos extraviados, como convencida de que su aparición era sobrenatural.

—¡Tan pronto ha sucumbido, Dios mío! —exclamó al fin—. Esposo mío —añadió—, no tardará mucho tiempo tu esposa en ir a hacerte compañía.

Felipe estaba cada vez más indeciso, pues temía una reacción súbita cuando Amina

adquiriese la convicción de que vivía aún.

—Querida mía, óyeme. Aunque mi llegada es inopinada e intempestiva, no debes asombrarte, abrázame y te convencerás de que tu Felipe no ha muerto.

—¿Qué no ha muerto? —exclamó Amina, estremeciéndose.

—De ningún modo; estoy tan vivo como tú, y cada vez más enamorado de ti —replicó Felipe estrechándola contra su corazón.

—¡Gracias, Dios mío, gracias! —dijo al fin Amina—. Creía que eras tu espíritu; mi alegría es infinita —prosiguió, mientras las lágrimas surcaban su rostro.

—¿Quieres escucharme? —preguntó Felipe, después de una ligera pausa.

—¡Oh! habla, habla, amor mío; dime cuanto se te antoje.

El joven, obtenida la autorización de su esposa, refirió brevemente sus aventuras y la causa de su inesperado regreso, considerando suficiente recompensa a sus sufrimientos las caricias de su idolatrada Amina.

—Y tu padre, ¿cómo se encuentra?

—Regular; mañana hablaremos de él.

Cuando a la mañana siguiente despertó, contempló Felipe con amor las encantadoras facciones de su dormida esposa.

—Dios es justo —pensó—; todavía queda alguna felicidad para mí y jamás seré castigado por dejar de cumplir mi juramento, pues si, a pesar de los peligros y sinsabores, hago mi deber, Dios me recompensará en la tierra y después en la otra vida. ¿No valen estos momentos más que lo que he sufrido? ¡Oh, sí, mucho más! —continuó, despertando con un apasionado beso a su esposa, cuyos negros ojos se fijaron en él llenos de amor y alegría.

Felipe abandonó el lecho y preguntó por Poots.

—Mi padre no ha cesado de molestarme —replicó Amina—. Me he visto obligada a cerrar la puerta de la sala cuando salía de casa, porque le he sorprendido con frecuencia forzando las cerraduras de los armarios. Su sed de oro es insaciable. No piensa en otra cosa. ¡Cuánto me ha hecho sufrir repitiéndome a cada momento que no te vería más exigiendo que le entregara tu dinero! Pero por suerte, me teme y temblaba siempre que le decía que te estaba esperando.

—¿Y está bueno?

—No muy mal, pero algo avejentado. Se asemeja a una bujía que se consume brillando a intervalos, hasta que al fin, cesa de alumbrar; a veces, se pone medio turulato, y otras, por lo contrario, charla y hace planes como si estuviera en la flor de su edad. ¡Cuán despreciable debe ser el amor al dinero! Siento decirlo, Felipe, pero, a pesar de que se encuentra ya con un pie en la sepultura a la que no ha de llevarse nada, le creo capaz de sacrificar tu vida y la mía por apoderarse de los guilders que posees, todos los cuales daría yo gustosísima por un solo beso de tus labios.

—¿Qué ha hecho pues, durante mi ausencia?

—Me es doloroso confesar mis temores y comunicar mis sospechas; pero lo vigilo con cuidado... No hablemos más de él; pronto has de verle, y por cierto que no se alegrará mucho de encontrarte vivo y sano, aunque te dé la bienvenida. No le diré que has venido,

para ver el efecto que le produce tu presencia.

Amina bajó luego a hacer los preparativos para el almuerzo y Felipe fue a pasearse. A su vuelta, encontró a Poots sentado a la mesa con su hija.

—¡Misericordioso Alá! ¿Qué es lo que veo? —gritó el viejo—. ¿Es usted, señor Vanderdecken?

—El mismo —replicó Felipe—, vine anoche.

—¿Por qué no me lo has dicho tú, Amina?

—Porque deseaba sorprenderle.

—Pues, efectivamente, me ha sorprendido. ¿Y cuándo se marcha usted, Felipe? ¿Muy pronto, mañana quizá...? —preguntó Poots.

—Probablemente pasaré con ustedes algunos meses todavía.

—¡Algunos meses! Es mucho tiempo para permanecer ocioso; usted necesita ganar dinero. ¿Ha traído muchos guilders?

—Ni uno siquiera —contestó Felipe—, porque he estado a punto de perecer en un naufragio.

—Pero se marchará usted.

—Sin duda alguna; pero cuando me parezca oportuno.

—Muy bien; en ese caso, me quedaré al cuidado de la casa y del dinero.

—Me parece que podré ahórrale ese trabajo —replicó Vanderdecken—, porque tengo el propósito de llevarme todo cuanto poseo.

—¿Y con qué objeto? —preguntó Poots alarmado.

—Con el de comprar mercancías en la India para volver a venderlas cuando regrese.

—¡Qué locura! Pudiera usted naufragar nuevamente y todo se habría perdido. No, no; váyase solo en buena hora, pero deje aquí los guilders.

—No puedo complacerle, porque estoy resuelto a comerciar con ellos.

Felipe se expresaba de tal forma creyendo que, si conseguía convencer a Poots de lo dicho, éste no volvería a molestar a Amina con sus tentativas de apoderarse del dinero.

Esta conversación dejó al viejo médico muy pensativo y no volvió a hablar del asunto. Cinco minutos después abandonaba la sala y se dirigía a su aposento.

Al encontrarse solos, Felipe confesó a Amina lo que le había inducido a hacer creer a su padre que pensaba llevarse hasta el último céntimo.

—Te agradezco la buena intención, Felipe; pero era preferible que no hubieras hablado del asunto. No conoces a mi padre; ahora es preciso que lo vigile más que nunca.

—Un viejo decrepito no debe ser enemigo muy temible —replicó Felipe sonriéndose; pero Amina pensaba de otro modo, pues parecía resuelta a observar la más escrupulosa vigilancia.

La primavera y el verano transcurrieron con gran rapidez para ambos jóvenes, que se consideraban felices. Sólo turbaba, de vez en cuando, su dicha, el recuerdo de la fantástica aparición del buque del capitán Vanderdecken, y del naufragio del Ter Schilling.

Amina conocía que cada vez habían de ser mayores las dificultades y peligros que aguardaban a su marido; pero no intentó disuadirle del cumplimiento de su promesa. Miraba el porvenir con esperanza y resignación, y como creía firmemente que tarde o

temprano había de cumplirse lo escrito, sólo deseaba que la hora fatal de la separación se dilatara el mayor tiempo posible.

Concluido el verano, volvió Felipe a Ámsterdam para buscar pasaje en uno de los buques que se daban a la vela a principios del invierno.

El naufragio del Ter Schilling era conocido ya por todo el mundo; y Felipe, además, había escrito y entregado a los directores de la Compañía una detallada relación de aquella tragedia.

En atención al buen comportamiento del joven y a lo mucho que había padecido, el consejo de la citada Compañía nombróle segundo de bordo del Batavia, hermosa embarcación de 400 toneladas. Arreglados todos sus asuntos, volvió Vanderdecken a Terneuse y, en presencia de Poots, enteró a Amina de cuanto había hecho.

—¿De modo que vuelve usted a marcharse? —preguntó Poots.

—Sí, dentro de dos meses —repuso el interpelado.

—¡Ah! —murmuró Poots—; dentro de dos meses...

¡Cuán cierto es que sobrellevamos mejor la realidad que la incertidumbre! Y no se crea por esto que a Amina le acobardara la próxima separación de su marido: convencida de que era necesario, se sometía sin chistar al destino, cuyas resoluciones son invariables. Le afligía la conducta de su padre y, como no le era desconocido su carácter, comprendió que detestaba a Felipe y que le consideraba como un obstáculo para apropiarse el dinero y la casa. El viejo sabía muy bien que, una vez muerto Vanderdecken, le importarían muy poco los guilders a Amina y que ni siquiera se acordaría de ellos. La idea de que Felipe estaba resuelto a llevarse consigo su tesoro, le enloquecía. Amina le observaba constantemente, pues le veía a todas horas hablando solo y sin acordarse de su profesión.

Pocos días después de su regreso de Ámsterdam, Felipe, que estaba algo resfriado, dijo que no se encontraba bien.

—¿Cómo es eso? —gritó Poots estremeciéndose—. Veamos; tiene usted efectivamente muy alterado el pulso. Amina, tu pobre marido está grave, es necesario acostarse en seguida y le recetaré una pócima que lo curará. No cobraré nada por ello. Felipe, nada absolutamente.

—No estoy grave ni mucho menos —replicó Felipe—; solamente me duele un poco la cabeza.

—Sin embargo, tiene usted fiebre y la precaución no está demás. Acuéstese, tome lo que le he prescrito y mañana estará bueno.

Felipe se dirigió a las habitaciones altas, acompañado de Amina, y Poots fue a su laboratorio a preparar el medicamento. En cuanto el enfermo estuvo acostado, Amina bajó en busca de su padre, quien le dio unos polvos para que los tomara aquél.

—Dios me perdone si dudo de mi padre —pensó la joven—, pero no me faltan motivos para sospechar. Felipe está sin duda enfermo y si no se le aplican remedios enérgicos puede empeorar. El corazón, me dice, no obstante, que no le dé esta medicina. ¿Será posible que mi padre intente cometer un crimen?

Después examinó los polvos, que eran negruzcos y que, según había dispuesto Poots, debían administrarse en un vaso de vino caliente. El mismo Poots se brindó a calentarlo y,

cuando lo hubo hecho, regresó de la cocina, diciendo:

—Aquí tienes el vino, hija mía; cuando se lo beba, cuida de tapar bien a Felipe para que sude y no se interrumpa la transpiración. Vélale, no le permitas destaparse ni moverse y mañana le tendrás bueno.

Y, dicho esto, dióle las buenas noches y abandonó la estancia.

Amina vertió los polvos en una copa de plata que estaba sobre la mesa y echó después un poco de vino para mezclarlos. El tono afectuoso de Poots había desvanecido casi por completo sus sospechas.

Haciéndole justicia, como médico, tomábase siempre excesivo interés por los enfermos. Cuando Amina hubo mezclado los polvos, observó asombrada que no dejaban sedimento alguno y que el vino no perdía su transparencia. Esto era muy raro y sus sospechas tomaron mayor incremento.

—No estoy satisfecha —murmuró—; temo a mi padre y le creo capaz de todo, Dios me perdone. ¿Qué hago? Es preferible no darle a Felipe este brebaje. Quizás el vino puro y sin mezcla alguna sea también un buen sudorífico.

Amina reflexionó de nuevo; había echado los polvos en tan pequeña cantidad de vino, que apenas llenaba la cuarta parte de la copa, y aprovechando el que quedaba caliente para ponerlo en otro vaso, se dirigió a la alcoba del enfermo.

En la escalera encontróse a Poots que le dijo:

—No lo derrames, Amina; que se lo beba todo. Espera, lo mejor será que yo mismo lo lleve.

El médico tomó entonces el vaso de manos de su hija y entró en la alcoba.

—Vamos, Felipe; bébase todo y mañana estará bueno —exclamó el viejo, cuya mano temblaba hasta el punto de verter parte del líquido sobre las sábanas.

Amina, que estaba espiándolo, se alegró en el alma de no haber puesto los polvos en el vino. El enfermo se incorporó sobre el codo, y después de apurar el contenido del vaso dio a su suegro las buenas noches.

Este salió de la estancia después de advertir a su hija que no se separara de la cabecera. Amina comunicó a Felipe sus sospechas.

—Debes equivocarte, Amina —contestó Vanderdecken—, o al menos así lo creo. No es posible que exista un hombre tan malvado como tú supones a tu padre.

—No le conoces bien ni sabes lo que yo sé. Ignoras de lo que es capaz por el oro; sin embargo, pudiera equivocarme. De todos modos, procura dormirte, que yo velaré tu sueño. Ahora leeré un rato y luego me acostaré, si sigues tranquilo.

Felipe no hizo objeción alguna y pronto quedó dormido. Amina lo veló hasta la media noche.

—Respira con dificultad —pensó la joven—, si le hubiera dado los polvos, ¿quién sabe si hubiera vuelto a despertar? Mi padre conoce bien las costumbres del Este y le temo mucho. ¡Cuántas veces le he visto administrar la muerte por un puñado de oro! Cualquiera habría temblado al hacerlo, pero él, que ha envenenado a muchos por un puñado de oro, hubiera tenido pocos escrúpulos en sacrificar a su yerno. ¡Qué terribles presentimientos los míos! Felipe está enfermo; pero no tanto como supone mi padre. No,

no; su hora no ha llegado todavía, necesita cumplir su destino. Su sueño es muy profundo; le abrigaré bien y cuidaré de que no se destape, porque está sudando copiosamente. Alguien llama a la puerta, sin duda necesitan a mi padre.

Amina bajó a abrir y, como había sospechado, venían a buscar a Poots para que asistiera a un enfermo.

—Voy a llamarle y bajaré en seguida —dijo Amina encaminándose a la habitación del médico a cuya puerta llamó dos veces, sin obtener respuesta.

—¡Es extraño! —pensó—. Mi padre no tiene el sueño tan pesado.

Decidióse a entrar en el aposento, y no encontró a Poots en la cama. Bajó de nuevo a la sala y vióle al fin allí recostado sobre el sofá, aparentemente dormido, pero, aunque le llamó en voz alta, no pudo despertarle.

—¡Santo Cielo! ¿estará muerto? —murmuró aproximando la luz al rostro de su padre y temblando de pies a cabeza.

Había muerto, efectivamente; tenía los ojos inmóviles sin brillo y la mandíbula inferior completamente caída.

Amina, durante algunos minutos, quedó sumida en un profundo estupor, apoyada contra la pared; al cabo, logró dominarse.

—Todo me lo explico ahora —exclamó dirigiéndose a la mesa y mirando la copa de plata, en que la víspera había mezclado ella los polvos, ¡estaba vacía!—. Dios es justo y le ha castigado —añadió Amina—. ¡Oh! ¿y que este hombre sea mi padre?...

Asustado de su crimen, el médico había llenado la copa de vino, deseando ahogar sus remordimientos, y sin saber que contenía en su fondo la venenosa pócima había bebido de un trago la muerte que había preparado para su yerno.

La joven abandonó la estancia compadeciendo a aquella desdichada criatura y subió nuevamente a la alcoba de Felipe que continuaba dormido y sudando copiosamente.

Cualquiera otra mujer en su caso le habría despertado, pero ella no quiso asustarle. Sentóse junto a la cama y con la cabeza entre las manos y los codos sobre las rodillas, permaneció absorta por completo hasta que los rayos del sol, penetrando por la ventana, iluminaron el aposento.

Volvieron a llamar en la puerta; Amina bajó al vestíbulo y, sin abrir, preguntó quién era.

—Se necesita inmediatamente al médico señor Poots —dijo una voz de muchacha.

—Querida Teresa, mi padre está ahora mucho peor que el enfermo en cuyo auxilio vienes a buscarle. Le encontré expirando al subir a llamarle, y creo que no vivirá mucho. Te suplico que avises al padre Leysen en seguida.

—¡Dios me valga! —replicó Teresa—; voy inmediatamente a buscar al párroco, señora Amina.

Felipe había despertado. El dolor de cabeza le había desaparecido y su estado general era satisfactorio. Al advertir que Amina había pasado toda la noche sin dormir, pensó reprenderla; pero ella le enteró de lo ocurrido, y desistió.

—Debes vestirte, Felipe —dijo—, para que me ayudes a levantar el cadáver antes que el párroco llegue. ¡Dios mío! ¿Qué habría sucedido si te hubiera dado los polvos? Pero no

hablemos de esto; apresúrate, que no tardará en estar aquí el padre Leysen.

Vanderdecken vistióse en cinco minutos y bajó a la sala. El sol iluminaba el repugnante rostro del difunto, que tenía los puños crispados y cuya lengua sujeta entre los dientes, asomaba por un lado de la boca.

—¡Dios me asista! Esta habitación parece que está maldita. ¿Cuántas escenas de horror se desarrollarán aquí todavía?

—Ninguna —dijo Amina—. Esta, al menos, no lo es, en mi opinión. Ver a mi padre a tu lado con fingido interés, ofreciéndote el vaso que contenía la muerte, era espectáculo horrible que jamás se borrará de mi memoria —añadió estremeciéndose.

—¡Que Dios le perdone, como le perdonamos nosotros! replicó Felipe, cargando con el cadáver para trasladarlo al aposento que había ocupado en vida.

—Hagamos creer, por lo menos, que ha fallecido en su cama y de muerte natural —observó Amina—. Me afligiría mucho el que se descubriera lo ocurrido y que todo el mundo me señalara con el dedo, como la hija de un envenenador. ¡Ah, Felipe!

La joven prorrumpió en amargo llanto, cuando el padre Leysen llamó a la puerta; Felipe, que estaba consolando a su esposa, se apresuró a abrir.

—Buenos días, hijo mío; ¿cómo se encuentra el enfermo?

—Ha dejado de sufrir.

—¿Es posible? —exclamó el sacerdote, en cuyo rostro se reflejó el asombro—. ¿He llegado, entonces, demasiado tarde?

—Ha expirado en una convulsión, casi repentinamente, señor cura —contestó Felipe, dirigiéndose a la habitación mortuoria.

El párroco contempló el cadáver y comprendió que los auxilios espirituales eran inútiles. Luego volvióse hacia Amina, que lloraba amargamente, y dijo:

—Llora, hija mía; llora, porque tienes motivo para ello. La muerte de un padre es la desgracia más grande que puede ocurrir a una hija afectuosa y buena. Pero no te dejes dominar por el dolor; recuerda que tienes otras obligaciones, otras cosas en qué pensar; ¿olvidas a tu esposo?

—No, señor —replicó Amina—; pero necesito llorar. ¡Era mi padre!

—La enfermedad habrá sido muy rápida, porque está vestido. ¿Cuándo se sintió mal?

—Anoche subió a mi habitación —repuso Felipe—, y después de hacerme tomar un medicamento, se despidió de mí. Más tarde vinieron a llamarle para que fuera a visitar a un enfermo, y cuando Amina entró en su habitación para comunicárselo, lo encontró ya gravísimo.

—¿Ha muerto, por consiguiente, casi de repente? No me extraña, porque tenía ya mucha edad. ¿Y estabas tú a su lado cuando murió?

—No, señor —contestó Felipe—. Amina me gritó que bajara en seguida, pero cuando me vestí había ya expirado.

—Tal vez esté en el Cielo. Dime, Amina, ¿ha mostrado deseos de reconciliarse con Dios, antes de morir? Todos sabemos que su devoción no era mucha, y que tampoco cumplía con exactitud las obligaciones de un buen cristiano.

—Hay ocasiones, padre —dijo Amina—, en las que hasta al más santo le es imposible manifestar esos deseos. Mire usted sus manos crispadas y su rostro todavía desfigurado por la agonía; en tal situación, ¿cómo es posible que un enfermo se acuerde de nada?

—Tienes razón, hija mía —contestó el sacerdote—. Arrodíllense y recemos una plegaria por el alma del finado.

Felipe y Amina se arrodillaron y rogaron con fervor, pero, al levantarse, cruzaron una mirada de inteligencia.

—Mandaré que le recen el Oficio de Difuntos y dispondré lo necesario para su entierro —dijo el padre Ley-sen—; pero sería prudente que todos ignoren que ha fallecido sin recibir los auxilios de la religión.

Felipe inclinó la cabeza en señal de asentimiento, y el sacerdote se despidió. Poots había inspirado siempre profunda antipatía en el pueblo; su falta de piedad y de religión, y especialmente su avaricia, le habían creado multitud de enemigos; pero le respetaban, sin embargo, por su reconocida competencia en la medicina. Si se hubiera averiguado que era mahometano, y que había sucumbido víctima del mismo veneno que preparó para su yerno, sin duda alguna le habrían negado la sepultura eclesiástica, y sobre la frente de Amina habría caído un estigma imborrable; pero, como el padre Leysen contestaba a todos tranquilamente que «había tenido buena muerte» se supuso que se arrepentiría a última hora del indiferentismo religioso que demostró durante su vida. Al siguiente día se enterraron sus restos y Felipe y Amina quedaron satisfechos de haber podido evitar el escándalo.

Terminadas las exequias, fue registrada la habitación del difunto. La llave del arca de hierro encontróse en un bolsillo, pero Felipe no quiso examinarla hasta más tarde. Los estantes estaban repletos de cajas y botes de medicinas que se tiraron todas, excepto las que Amina consideró útiles, y que fueron depositadas en otro sitio. En los cajones de la mesa encontraron, entre otras cosas, un sinnúmero de escritos arábigos, que probablemente serían recetas, y en una cajita con un rótulo, también en árabe, vieron los mismos polvos negros que Poots había querido que ingriese Felipe. Algunos manuscritos encontrados últimamente, revelaron que el viejo se ocupaba en las ciencias ocultas, tan en boga en aquel tiempo; estos documentos fueron quemados todos.

—¡Si los hubiera visto el padre Leysen! —exclamó Amina—. Mira estos papeles impresos, Felipe.

Vanderdecken los examinó; eran acciones de la Compañía de las Indias.

—Son dinero —repuso—; o lo que es lo mismo, ocho acciones de la Compañía, que nos proporcionarán una bonita renta. No creía que tu padre diera tan buen empleo a su capital. Ahora se me ocurre a mí también emplear parte del mío, antes de marcharme, para que sea productivo.

Abrieron, al fin, el arca de hierro, y, a primera vista, supusieron que contendría pocos valores, pues era muy grande y estaba casi vacía; pero en el fondo había treinta o cuarenta taleguitos, repletos de guilders en oro. Además, otras varias cajitas y paquetes encontrados debajo, estaban llenos de diamantes y piedras preciosas. La herencia era muy importante.

—Amina, me traes un dote inesperado —dijo Felipe.

—Así es en efecto. Todas estas joyas las adquirió seguramente mi padre cuando vivíamos en Egipto. Y, sin embargo, ¡cuánta miseria arrastramos hasta llegar aquí! Parece imposible que siendo tan rico, haya intentado envenenarte para apoderarse de lo tuyo. ¡Dios le perdone!

Después de contar el metálico que ascendía a 50.000 guilders, guardáronlos nuevamente en el arca y salieron de la habitación.

—Soy rico —murmuró Felipe—; pero, ¿para qué me sirven las riquezas? Si comprara un buque naufragaría con seguridad. ¿Y es lícito que me embarque con otros, para arrastrarlos a la muerte? Lo ignoro, pero me arrastra el destino y las vidas de los demás están en manos de Dios, que dispone de ellas cuando a bien lo tiene. Emplearé mi dinero en acciones de la Compañía, y si viajo en buqués de su propiedad, y éstos naufragan por encontrarse con el que mi padre capitanea, participaré de las pérdidas y sufriré como los que me acompañen. Debo, además, proporcionar a Amina todas las comodidades posibles.

Felipe varió de modo de vivir. Buscó dos criadas, amuebló con lujo la casa y no omitió gasto alguno para proporcionar a su joven esposa toda suerte de satisfacciones. Escribió a Ámsterdam, y pronto fue dueño de varias acciones de la Compañía. Transcurrieron otros dos meses y una mañana recibió la orden de presentarse en el buque a que le habían destinado. Amina deseaba que viajase como un simple pasajero, y no como oficial; pero Felipe prefirió lo último, para excusar de alguna manera aquella expedición a la India.

—No sé por qué —dijo la víspera de partir—, experimento menos zozobras, que cuando me disponía a embarcar en el Ter Schilling; esta vez no tengo trágicos presentimientos.

—A mí me pasa lo mismo —agregó Amina—. Sin embargo, el mayor desconsuelo para una esposa es vivir separada de su marido.

—Es cierto; pero...

—Comprendo que debes cumplir tu deber, y que es preciso que te marches.

El día siguiente, partió Vanderdecken y Amina, dando muestras de gran valor, dijo, al verlo alejarse:

—Todos sucumbieron y él se salvó; seguramente volveré a verlo. ¡Hágase la voluntad de Dios!

Llegado Felipe a Ámsterdam, compró varios objetos de utilidad en caso de naufragio, que consideraba seguro, y se embarcó en el Batavia que, amarrado en el puerto, estaba listo para emprender el viaje.

XII

No necesitó Vanderdecken mucho tiempo para convencerse de que no había de viajar con mucha comodidad. El *Batavia* había sido fletado para conducir un numeroso destacamento de tropas a las islas de Ceilán y Java, destinado a reforzar y cubrir las bajas de las guarniciones que la Compañía tenía en aquellos puntos. El buque debía separarse del resto de la escuadra en Madagascar y dirigirse luego a Java, pues el número de soldados que llevaba a bordo era bastante numeroso para defenderlo de cualquier ataque de piratas o cruceros enemigos. Además, montaba treinta cañones y lo tripulaban setenta y cinco hombres. La mayor parte del cargamento consistía en pertrechos militares, pero llevaba también en su bodega una importante cantidad en metálico para adquirir artículos de la India. Cuando llegó Felipe a bordo, estaba embarcándose la tropa, que pocos instantes después obstruía la cubierta impidiendo circular por ella. Antes de conseguir hablar con el capitán, encontró al segundo y en seguida comenzó a ocuparse en todo lo concerniente a su cargo con más acierto del que puede suponerse, pues el viaje anterior le había enseñado a cumplir bien sus deberes.

Pronto terminó el desorden: el equipaje de la tropa se fue estivando en la bodega y los soldados fueron colocados por secciones en el entrepuente, quedando así la cubierta expedita para la maniobra. Felipe dio sus disposiciones para ello con tanta pericia y demostró tanta actividad, que el capitán, cuando se lo permitieron sus ocupaciones, dijo:

—Me había usted disgustado, señor Vanderdecken, por presentarse tan tarde a bordo, pero veo con satisfacción que ahora gana el tiempo perdido. Ha hecho usted durante la mañana mucho más de lo que podía esperar y siento que no haya dirigido la estiva, que no ha quedado por completo a mi gusto. Struys, mi segundo, estaba solo y le era imposible atender a tantas cosas.

—Deploro no haber venido antes —replicó Felipe—, pero tuve necesidad de esperar que la Compañía me enviase la orden.

—Como saben que es usted casado y que tiene un número considerable de acciones, los directores no habrán querido molestarle hasta última hora. Presumo que el viaje próximo lo hará usted con la categoría de capitán, porque unos de los socios más antiguos me lo ha asegurado esta mañana.

Felipe se alegró de haber empleado tan ventajosamente su dinero y su mayor deseo era llegar a mandar un buque.

—Espero, efectivamente —contestó—, ser capitán muy pronto, si soy competente para ello.

—No lo dudo, señor Vanderdecken; es usted muy aplicado y parece que le agrada mucho la mar.

—Me parece que no la abandonaré nunca.

—¿Nunca? Eso dice usted ahora, que es joven, activo y tiene grandes esperanzas. Poco a poco, se irá usted cansando de los balanceos y deseará descansar de ellos en tierra firme, como a mí me ocurre.

— ¿Cuántos soldados hemos embarcado?

— Doscientos cuarenta y cinco y seis oficiales. ¡Infelices! Pocos regresarán a la patria y más de la mitad morirán antes de un año. Aquel clima es terrible. Yo desembarqué allí trescientos hombres en una ocasión y cuando emprendí el viaje de regreso, habían ya perecido dos terceras partes.

— Eso es casi asesinarlos —observó Felipe.

— No; si han de morir, ¿qué importa que sea antes o después? La vida es una comodidad que se vende como muchas otras cosas y con ella especula la Compañía como con los demás artículos.

— Pero no con la de los pobres soldados.

— Por lo contrario, la Compañía los compra baratos y los vende caros —replicó el capitán, dirigiéndose a la proa.

— Tiene usted razón —murmuró Felipe—, porque, sin esas infelices criaturas, ¿cómo había de sostener sus posesiones contra tantos enemigos, indígenas y extranjeros? ¿Y por cuánto venden estos desdichados sus vidas? Por una bagatela arrostran el más enfermizo de los climas, sin esperanza de volver después a la patria a reponer su quebrantada salud y pasar con tranquilidad el resto de sus días. ¡Dios mío! Si estos hombres son inhumanamente sacrificados de tal modo, ¿por qué me ha de remorder a mí la conciencia, porque el cumplimiento de una misión que me ha impuesto Dios ocasione algunas víctimas? Cúmplase la voluntad del Ser Supremo; obedeceré sus designios que son inescrutables; pero hubiera preferido navegar en otro buque, pues, si éste se perdiera por mi causa, sucumbirían una infinidad de criaturas.

Una semana después, el Batavia y las demás embarcaciones de la escuadra se hicieron a la mar.

Convencido Felipe de que había de encontrar al Buque Fantasma y de que a este encuentro sobrevendría inevitablemente el naufragio y el sacrificio, de todos los que iban embarcados, cada día enflaquecía más llegando a convertirse casi en una sombra. Como no tuviese que dar alguna orden, su boca no se abría jamás para pronunciar una palabra, y se consideraba un criminal fatal y funesto que llevaba consigo los desastres, los peligros y la muerte de cuantos le acompañaban. Cuando alguno hablaba de sus hijos, de su esposa, o formaba planes para el porvenir, delante de él, se sentía malo y se dirigía a cubierta en busca de la soledad. Varias veces llegó a creerse juguete de una ilusión; pero, al recordar el pasado, comprendía que la aparición era una realidad terrible. Hasta llegó a arrepentirse de haberse embarcado; pero era tardío su arrepentimiento, porque el Batavia se encontraba ya a más de mil millas del puerto de Amsterdam y no tuvo otro remedio que resignarse.

Su ansiedad aumentaba a medida que la escuadra se aproximaba al Cabo, de tal suerte, que todos lo conocieron a bordo. El capitán y los oficiales que mandaban las tropas, intentaron inútilmente averiguar la causa de su constante desasosiego; pero él se excusaba con su mala salud, y, en efecto, su demacrado semblante y hundidos ojos probaban que debía sufrir mucho. Pasaba la mayor parte de la noche sobre cubierta, examinando el horizonte en todas direcciones, en la persuasión de que no tardaría en presentarse el

Buque Fantasma; y no se retiraba a su camarote hasta que comenzaba a amanecer. Después de un viaje completamente feliz, la escuadra ancló en la Bahía de la Tabla y Felipe se tranquilizó por no haber hecho todavía su aparición el barco de su padre.

Aquella tregua fue muy breve, porque la escuadra se hizo nuevamente a la mar y la ansiedad volvió a apoderarse del corazón de Vanderdecken. Doblaron el cabo con buen tiempo, Madagascar se quedó a la espalda y, ya en el mar de las Indias, el Batavia, enderezando el rumbo hacia Java, separóse del resto de la escuadra que continuó su viaje a Cambroon y la isla de Ceilán.

—¿Aparecerá el barco de mi padre ahora que estamos solos y sin que nadie pueda prestarnos auxilio? —pensó Felipe.

Pero el Batavia navegaba sobre una mar tranquila y bajo un cielo sin nubes, hasta que algunas semanas después estuvo a la vista de la isla de Java. Era la caída de la tarde y el buque tuvo que correr bordadas toda la noche. Sólo algunas horas debían ya permanecer en alta mar, y Felipe aguardó el día paseando con impaciencia. Al salir el sol, el Batavia entró majestuosamente en la soberbia bahía que llevaba su mismo nombre y antes del mediodía quedó amarrado sobre sus anclas. Felipe, entonces, bajó a su camarote y procuró conciliar el sueño del que tanta necesidad tenía.

Cuando despertó, sintióse libre de un peso enorme.

—¿Conque no todos los buques que me conducen están condenados a naufragar ni sus tripulaciones a perecer? —se preguntó a sí mismo—. Veo también que el Volador Holandés tampoco aparece siempre, aunque se le busque. Ya mi conciencia está más tranquila, pues abrigo la convicción de que los desastres y la muerte no me acompañan por doquier, como hasta ahora había creído. Ahora puedo proseguir mi misión sin el más ligero remordimiento.

Reanimado con estas consideraciones, subió a cubierta. Las tropas habían ya desembarcado y un espectáculo magnífico se ofreció a sus ojos. A una milla de distancia percibíase la ciudad de Batavia, edificada sobre la plaza y detrás de ella elevábase una alta cordillera vestida de verde y salpicada con lindas casas de campo, ocultas entre el follaje. El panorama era encantador; la vegetación, lujuriosa y su brillante verdor recreaba la vista. Numerosos buques llenaban el puerto y sus mástiles semejaban un verdadero bosque; una brisa suave rizaba las azules aguas de la bahía en la que sobresalían, como ramilletes de flores, algunas pequeñas islas, coronadas de verdura, quebrando la uniformidad de su superficie. Hasta el aspecto de la ciudad era bello, pues la blancura deslumbradora de las casas formaba un agradable contraste con el oscuro color de los árboles, que crecían en los jardines y adornaban casi todas las vías.

—Parece imposible —dijo Felipe al capitán—, que este hermoso país sea tan insalubre. Cualquiera, al verlo, creería lo contrario.

—La muerte se oculta aquí entre las flores, como las serpientes —replicó el capitán—. ¿Se encuentra usted ya mejor, señor Vanderdecken?

—Mucho mejor —contestó éste.

—Me parece que, si pasara usted algunos días en tierra, se restablecería muy pronto.

—Así lo haré, si usted me lo permite. ¿Cuánto tiempo permaneceremos aquí?

—Poco; pues, si recibo orden de zarpar, tenemos el cargo dispuesto y la operación concluirá pronto.

Felipe, siguiendo los consejos del capitán, desembarcó y fue a hospedarse en casa de un honrado comerciante, que vivía en los alrededores de la ciudad en un sitio muy ventilado. Permaneció allí dos meses; durante los cuales se restableció completamente, volviendo a embarcarse algunos días antes de darse a la vela el Batavia. El viaje de regreso fue excelente y cuatro meses después, estaban a la vista de Santa Elena. Habían doblado el Cabo sin encontrar al Buque Fantasma, y Felipe, con este motivo, disfrutaba no sólo de buena salud, sino de excelente humor. Poco antes de arribar a la isla, sobrevino una calma y un bote atracó al costado del buque. Los que le tripulaban estaban completamente extenuados, porque durante dos días no habían cesado de remar para ganar la isla. Según declararon, pertenecían a la dotación de un pequeño buque holandés de la carrera de las Indias, que se había ido a pique en alta mar, cuarenta y ocho horas antes, a causa de una enorme vía de agua que le había sumergido casi instantáneamente. Además del capitán, oficiales y veinte marineros, iba un anciano sacerdote portugués, enviado a Holanda por el gobernador de una factoría y al que se le acusaba de haber conspirado contra los intereses de la Compañía en las costas del Japón.

El gobierno lo había expulsado del país y, en su consecuencia, tomó pasaje a bordo del buque naufragado. El capitán y demás marineros aseguraron que sólo había sucumbido en el naufragio una persona, pero de gran importancia, porque durante muchos años había sido presidente de la factoría holandesa del Japón y regresaba a Ámsterdam cargado de riquezas. Cuando el buque estaba ya hundiéndose y la tripulación refugiada en el bote, él insistió en volver a bordo para sacar una cajita llena de diamantes y piedras preciosas que había dejado olvidada; pero, mientras le aguardaban, desapareció el barco repentinamente entre las aguas, formando un remolino colosal. Esperaron todavía un rato por si aparecía en la superficie; pero el desdichado no vio más la luz del sol.

—La desgracia no fue para mí inesperada —añadió el capitán dirigiéndose al del Batavia—, porque cinco días antes habíamos encontrado al Buque del Diablo.

—Querrá usted decir el Volador Holandés —observó Felipe.

—Ese es, efectivamente, su verdadero nombre —continuó el capitán del buque sumergido—. Yo había oído hablar de él muchas veces; pero jamás le había encontrado, ni Dios quiera que le vuelva a ver, porque me he arruinado y tengo necesidad de navegar mucho para reponerme de las pérdidas sufridas.

—¿Y cómo se les apareció? —inquirió el capitán del Batavia.

—Solamente le vi el casco —contestó el interpelado—. La noche era clara y hermosa, el cielo estaba despejado y navegábamos a poca vela; yo me había retirado a dormir, cuando a la una de la madrugada el contramaestre me despertó para decirme que la tripulación estaba atemorizada, porque decían haber visto al Buque Espíritu, que éste es el nombre que le dan los marineros. Subí en seguida a cubierta; el tiempo estaba sereno, pero por la popa y a dos cables de distancia, había una niebla rara, pues tenía la figura de una bola. Andábamos a razón de cuatro o cinco millas, y, esto no obstante, no conseguíamos dejar atrás la referida niebla. «¿Qué es lo que veo?», exclamé, restregándome los ojos.

«Atienda usted, capitán —repuso el contraмаestre—, ya hablan de nuevo». «¿Quién?», pregunté poniendo atención y oyendo de repente salir de entre la niebla unas voces que gritaban: «¡Ohé! ¡Buque a estribor!» «Bien, toca la campana.» «Debe ser un buque, contraмаestre», exclamé entonces. «Sí, pero no de este mundo», me replicó. Las voces se oyeron otra vez: «Dispara un cañón de proa.» «Bien, capitán. ¡Fuego!» La detonación sonó en nuestros oídos como un trueno, y después...

—Después, ¿qué? —preguntó el capitán del Batavia emocionado.

—La niebla desapareció como por encanto, el horizonte volvió a despejarse y todo quedó en el mismo estado que antes de la terrible aparición.

—¡Será verdad!

—Veinte hombres hay sobre cubierta —replicó al capitán—, que confirmarán cuanto he dicho, y, además, el sacerdote que nos acompaña encontrábase precisamente a mi lado mientras permanecí sobre cubierta. La tripulación dijo entonces que pronto sobrevendría alguna desgracia, y a la mañana siguiente, al entrar en la bodega, vimos que tenía cuatro pies de agua. Acudióse a las bombas; pero, ¡trabajo inútil!, el barco se hundió pocas horas más tarde, como les acabo de referir.

Felipe no hizo objeción alguna, pero le complació el relato.

—Si el buque de mi padre —pensó—, se aparece a otros lo mismo que al en que viajo, no soy yo quien pone en peligro las vidas de los que me acompañan y puedo proseguir mi tarea sin remordimientos.

Al día siguiente entabló conversación con el sacerdote católico, que hablaba el holandés tan correctamente como su propio idioma. Era un venerable anciano, de unos sesenta años de edad, con larga barba blanca como la nieve, y maneras distinguidas.

Vanderdecken se atrevió a confesarle que era católico.

—Es un caso raro, tratándose de un holandés.

—En efecto —replicó Felipe—; pero todos lo ignoran a bordo, no porque me avergüence de mis creencias, sino para evitar discusiones.

—Es usted prudente, hijo mío. Si el protestantismo no produce otros frutos que los que he visto en Oriente, vale poco más que la idolatría.

—Dígame usted, padre; me han referido cierta aparición milagrosa de un buque que no está tripulado por seres humanos... ¿Lo vio usted también?

—Vi lo que vieron los demás —respondió el sacerdote—; y realmente la aparición fue extraordinaria, casi podría decir sobrenatural. Había ya oído hablar del Buque Fantasma y que su encuentro presagiaba desastres; pero crea que, si nosotros hemos naufragado, se debe también a que venía a bordo una persona, cuyos pecados podrían hundir con su peso todos los buques del mundo; cuando se ahogó, comprendí que muchas veces en este mundo el Todopoderoso castiga con severidad a los que merecen su venganza.

—¿Se refiere usted al presidente holandés que se hundió en el mar con el buque?

—Sí, hijo mío; pero la historia de sus crímenes es muy larga; mañana a la noche se la referiré íntegra. La paz sea con usted, y hasta que volvamos a vernos.

El tiempo se mantuvo hermoso y el Batavia estuvo corriendo bordadas hasta el amanecer, con objeto de fondear en Santa Elena tan pronto como amaneciese. Sin

embargo, la calma le impidió hacerlo y aquella noche, durante el cuarto de las doce, Felipe vio al sacerdote que estaba esperándole en el portalón. La tranquilidad era completa a bordo; los marineros dormían en el entrepuente, y Felipe, con su nuevo amigo, se dirigió a popa; entonces, el anciano, sentándose sobre un banco, comenzó a hablar en esta forma:

—Posiblemente ignorará usted que los portugueses, ansiosos de conservar un país que han descubierto y cuya posesión ha costado muchos crímenes, no han perdido de vista un punto esencial para todo buen católico: el extender la verdadera fe e izar la bandera de Jesucristo en las regiones de la idolatría. Algunos de mis compatriotas, después de haber naufragado, se establecieron en las islas del Japón, y siete años más tarde, el glorioso San Francisco, que está en la gloria, desembarcó en la isla de Ximo, donde predicó nuestra religión, haciendo numerosas conversiones. Desde allí marchó a la China, que era su destino, pero murió en la travesía, concluyendo de este modo su santa vida. Después de su glorioso tránsito, a pesar de los obstáculos que siempre han opuesto los sacerdotes de la idolatría, y de las persecuciones de que han sido objeto, el número de conversos al cristianismo crece extraordinariamente en el Imperio japonés. La religión se propaga más cada día y son muchos los miles de almas que adoran al verdadero Dios.

»Los holandeses fundaron también al poco tiempo un establecimiento en el Japón; pero, como los católicos indígenas solamente querían tratar con los portugueses, que les inspiraban mayor confianza y simpatía, aquéllos se convirtieron en enemigos nuestros; la persona de quien hablé a usted anoche, que era entonces el jefe de la factoría holandesa, en su sed de oro, hizo creer al emperador que la religión cristiana era un manantial de discordia logrando por este medio arruinar a los portugueses y a sus adeptos. Esto fue, hijo mío, lo que hizo aquel hombre que se jactaba de profesar la religión protestante, por ser más pura y razonable que la nuestra.

»Vivía al lado nuestro un señor japonés, muy influyente y extraordinariamente rico, quien con dos hijos suyos había abrazado el cristianismo. Tenía, además, otros dos hijos que residían en la corte. Este personaje nos regaló una casa para establecer en ella una escuela; pero, a su fallecimiento, los dos hijos residentes en Yedo, que eran idólatras, nos despojaron del regalo de su padre. Nosotros nos resistimos a ello y el gobernador holandés aprovechó esta oportunidad para excitarlos en contra nuestra, haciendo llegar a oídos del emperador la calumnia de que los portugueses y cristianos fraguaban una conspiración para arrojarle del trono; porque debe advertirse que cuando a algún holandés se le preguntaba si era católico, respondía invariablemente: Soy holandés.

»El emperador, dando crédito a aquella calumnia, apresuróse a promulgar un edicto en el que se decretaba el exterminio de los portugueses y de todos los súbditos suyos que confesaran la nueva fe, para cuyo fin organizó un ejército, cuyo mando confió a los hijos del caballero de quien he hablado antes. Los cristianos que conocían que la resistencia era su único recurso, empuñaron las armas y nombraron por generales a los otros dos hermanos.

»Este último ejército componíase de más de 40.000 hombres y el emperador, que desconocía esta circunstancia, mandó en contra suya solamente 25.000 soldados. Sostuvieron un sangriento combate y quedaron victoriosos los cristianos; de las huestes

imperiales sólo se salvaron los que apelaron a la fuga.

»Esta señalada victoria hizo aumentar considerablemente el número de conversiones y pronto llegaron nuestras fuerzas a más de 50.000 combatientes. El emperador, viendo su ejército destrozado, ordenó nuevos reclutamientos con los que consiguió reunir una fuerza de 150.000 hombres, encargando a sus generales que no dieran cuartel a los cristianos, excepción hecha de los dos jóvenes que los mandaban, pues deseaba apresarlos vivos, para someterlos al tormento. Rehusó cuantos medios se le propusieron para llegar a un arreglo y se encargó personalmente del mando de las tropas. En el primer día de combate, la victoria inclinóse a favor de los cristianos, pero sufrieron la pérdida de uno de sus generales, que fue herido y hecho prisionero,

»La segunda batalla fue funesta para nosotros. Sucumbió el otro general y, dominados por el número, nuestros soldados se rindieron a discreción. Todos fueron pasados a cuchillo y no lograron salvarse ni las mujeres, ni los ancianos, ni los niños. En aquella triste jornada sucumbieron más de 60.000 criaturas. Y no fue esto todo; en seguida comenzó una terrible persecución por todo el Imperio y todos los cristianos fueron sometidos a los más atroces martirios. No se consiguió, sin embargo, exterminarlos hasta hace unos quince años, y calculo que tales persecuciones han quitado la vida a más de 400.000 personas. Tal es, hijo mío, la atroz carnicería que ha ocasionado la falsedad y avaricia de aquel insensato, que ha comparecido ya ante Dios para dar cuenta de sus crímenes. La Compañía Holandesa de las Indias, satisfecha de su conducta que tantos beneficios le reportaba, le ha sostenido durante muchos años en la presidencia de su factoría en el Japón. Vino siendo muy joven y ya tenía la cabeza blanca cuando emprendió el camino de regreso a su país, cargado de riquezas sin cuento, porque inmensas debían de ser para que una ambición como la suya se satisficiera. Dígame usted ahora, Felipe, ¿no es mejor cumplir nuestra misión en este mundo y despreciar las riquezas, para poder disfrutar después la bienaventuranza en el otro?

—Cierto, padre —replicó Vanderdecken.

—Me quedan pocos años de vida y Dios sabe si abandonaré este valle de lágrimas con repugnancia —agregó el sacerdote.

—Lo mismo digo yo —contestó Felipe.

—¡Usted! No, hijo mío. Es joven y tendrá grandes esperanzas. Antes de morir necesita desempeñar en esta vida el papel que Dios le haya reservado.

—Así es —repuso Felipe—; pero hace mucho frío y debe ir a acostarse. Yo también lo haré cuando termine mi guardia.

—Reciba usted mi bendición y buenas noches.

—Muy buenas —replicó Felipe contento de quedarse solo; y, luego se preguntó a sí mismo—: ¿Debo confesárselo todo? Creo que no, puesto que tampoco he revelado nada al padre Leysen, a quien conozco más. Esto sería entregarme y ponerme en su poder. No, no; el secreto me pertenece a mí solo.

Y, dicho esto, sacó de su pecho la reliquia, y la besó respetuosamente.

El Batavia, después de haberse detenido algunos días en Santa Elena, prosiguió su viaje, y a las pocas semanas Felipe volvía a ver las márgenes del Zuyderzee. Pidió permiso

para desembarcar y, obtenido, se dirigió a su casa, acompañado de Matías, que tal era el nombre del sacerdote portugués, con quien había contraído estrecha amistad, y al cual había ofrecido su protección durante el tiempo que permaneciera en los Países Bajos.

XIII

—No abrigo la menor intención, de afligirle —dijo el padre Matías, que seguía penosamente el rápido paso de Felipe—; pero no olvide que éste es un mundo transitorio y que ha permanecido ausente mucho tiempo. Modere, por consiguiente, los frecuentes arrebatos de alegría que le acometen desde que saltó a tierra, pues, aunque confío en la misericordia de Dios y creo que en breve podrá abrazar a su esposa, he averiguado en Hushing que ha habido aquí una epidemia terrible, y en tales casos la muerte no suele respetar la belleza ni la juventud.

—Apresurémonos, padre —replicó Felipe—; cuanto acaba usted de decir es cierto, y acrecienta aún más mi ansiedad.

Vanderdecken aligeró el paso, dejando atrás a su compañero, y a las siete de la mañana llegó a su casa.

Los postigos no habían sido abiertos aún, por lo qué supuso que su esposa habría salido ya; pero pronto hubo de pensar lo contrario, pues, al levantar el picaporte, distinguió una luz en la cocina, y encontróse en el vestíbulo con una criada que, sentada en una silla dormía a pierna suelta. Antes de despertarla, oyó una voz que desde lo alto de la escalera gritaba:

—María, ¿es el médico?

Vanderdecken no se detuvo un momento más; subiendo en cuatro saltos y empujando a la persona que había hablado, llegó hasta el aposento de Amina.

Una mariposa colocada en un vaso de aceite, iluminaba débilmente la estancia; las cortinas del lecho estaban corridas y junto a él encontrábase el padre Leysen. Felipe retrocedió; la sangre se le helaba en las venas; no podía hablar. Falto de aliento, apoyóse contra la pared y, al fin, exhaló un profundo suspiro, que hizo volver la cabeza al sacerdote, quien, al conocerlo, le extendió la mano sin pronunciar una palabra.

—¿Ha muerto? —preguntó Felipe.

—No, hijo mío; aún queda esperanza. En este momento sufre una crisis terrible; antes de la tarde se decidirá su suerte, y sabremos si se puede esperar que se restablezca, o seguirá la suerte de los muchos centenares de víctimas que la epidemia ha llevado al sepulcro.

El padre Leysen se acercó al lecho y descorrió las cortinas. Amina permanecía insensible, respiraba con dificultad y tenía los ojos cerrados. Felipe besó apasionadamente su ardorosa mano, y prorrumpió en amargo llanto; pero el párroco le convenció de que debía tranquilizarse, y ambos tomaron asiento junto a la enferma.

—Precisamente, has llegado a tiempo de presenciar una terrible escena, Felipe; escena muy dolorosa para ti, que eres tan vehemente e impetuoso; pero es preciso conformarse con la voluntad de Dios. Todavía queda alguna esperanza, según ha dicho el médico que la asiste, y a quien estamos esperando. Tu esposa padece fiebre tifoidea, enfermedad que ha arrebatado la vida a centenares de familias en estos dos últimos meses, hasta tal punto que puede considerarse afortunada la casa en que no ha habido más que

una defunción. Siento que hayas regresado en esta ocasión, porque la enfermedad es contagiosa. Muchas personas han huido del país, y, para colmo de desdichas, casi carecemos de médicos porque la muerte no ha respetado a nadie.

La puerta se entreabrió suavemente, y penetró en la estancia un hombre alto y moreno, arrebuñado en una capa parda y con una esponja, saturada de vinagre, aplicada a las narices. Saludó a Felipe con una inclinación de cabeza y se dirigió hacia el lecho de la paciente, a quien pulsó durante algunos segundos, le aplicó la mano sobre la frente, y, por último, la cubrió cuidadosamente con las sábanas, ofreciendo en seguida la esponja a Vanderdecken. Luego, indicó por señas al padre Leysen que deseaba hablarle.

Este salió de la estancia con el galeno y, cuando a los pocos minutos regresó, dijo:

— Cree que se salvará, hijo mío, y me ha dado sus instrucciones. Debemos evitar que se destape y que reciba ninguna impresión fuerte cuando recobre los sentidos.

— Así lo haremos.

— No me preocupa que te vea, ni que sepa que has regresado, porque la alegría mata pocas veces; pero tengo otros motivos de intranquilidad.

— ¿Cuáles son?

— Felipe, hace más de quince días que Amina no cesa de delirar, y durante este tiempo no me he separado un solo momento de su lecho, excepto para auxiliar a algún moribundo. Temía dejarla sola, porque en sus desvaríos contaba una historia tan terrible, aunque sin conexión, que me ha horrorizado. Se conoce que la ha preocupado constantemente, y esta circunstancia retardará su convalecencia. ¿Recuerdas que en cierta ocasión me confesaste que tenías un secreto cuyo peso había causado la muerte a tu madre?

— Sí, señor cura; y Amina lo conoce — replicó Felipe con tristeza.

— Pues tu esposa lo ha revelado todo en su delirio... Pero no hablemos ahora de esto. Quédate velándola que yo no tardaré una hora en volver, en cuyo tiempo, según el médico asegura, recobrará la razón o la perderemos para siempre.

Felipe enteró al párroco de que había venido acompañado del padre Matías, a quien consideraba como huésped, suplicándole le enterara al paso de lo que ocurría. El padre Leysen salió del aposento, y Vanderdecken se sentó junto a la cabecera de la moribunda.

— ¡Ah! — pensó Felipe, al quedarse solo—. ¡Cómo nos encontramos, Amina! ¡Razón sobraba al padre Matías, cuando, al venir, me decía que no me apresurase, porque en lugar de la dicha pudiera encontrar la desgracia! ¡Dios mío! tened misericordia de mí, y salvad a esta angelical criatura, a quien amo tanto, pues, de lo contrario, moriré yo también.

El afligido esposo permaneció orando durante largo rato y, luego, se inclinó sobre su esposa y depositó un beso en sus labios febriles. Cubrió después cuidadosamente a la enferma con la ropa de la cama, y esperó tembloroso y esperanzado.

Un cuarto de hora después, Amina comenzó a sudar copiosamente; poco a poco la respiración fue regularizándose, y, en lugar de permanecer insensible, empezó a dar muestras de inquietud. Felipe observó este cambio con regocijo, y estuvo un rato arropándola constantemente, hasta que cayó en un profundo sueño. Momentos después

penetraron en la estancia el padre Leysen y el médico; Felipe refirióles brevemente lo ocurrido, y el facultativo se aproximó al lecho de la enferma.

—Su esposa está fuera de peligro —exclamó cuando la hubo examinado—; pero no conviene que vea a usted porque es preciso evitarle toda clase de emociones. Déjela dormir y, cuando despierte, habrá recobrado el juicio.

—¿Puedo yo permanecer en la alcoba?

—Es innecesario; la enfermedad se contagia, y está usted ya aquí demasiado tiempo. Baje a la sala, cambie de traje y disponga otra cama en distinta habitación, para trasladar a la enferma cuando su estado lo permita. Abran luego las ventanas de esta alcoba para que se ventile. Sería una lástima que esta joven, salvada milagrosamente de las garras de la muerte, sucumbiera después, si usted contrae la enfermedad, porque pudiera contagiarse de nuevo.

Felipe conoció lo acertado de estos consejos, y salió de la estancia acompañado del médico. Cuando se hubo mudado de pies a cabeza, fue en busca del padre Matías, a quien encontró en la salita baja.

—Tenía usted razón —dijo, sentándose en el sofá.

—Tengo muchos años y todo me inspira recelo; usted es joven y confiado, Felipe. Pero, según he podido comprender, el peligro ha desaparecido por ahora.

—Por fortuna, sí, señor —replicó Vanderdecken, pensando en lo que tendría que comunicarle el párroco, referente a los delirios de Amina.

El sacerdote, conociendo que estaba completamente abstraído, no quiso molestarle y guardó silencio, al que puso término la llegada del padre Leysen.

—Da gracias a Dios, hijo mío; Amina ha despertado y recobrado el uso de la razón. Es, por consiguiente, indudable que ha desaparecido el peligro. Le he dado una taza de caldo, conforme había dispuesto el médico; pero tales deseos tenía de continuar durmiendo, que a duras penas he podido hacerle beber. Continúa descansando, y, probablemente, pasará muchas horas en tal estado; el sueño es precioso y no debemos interrumpirle. Voy a disponer que preparen un refresco para nosotros, que nos sentará muy bien. Pero todavía no me has presentado a este caballero, que, por lo que veo, es también ministro del Señor.

—Dispéñeme usted —contestó Felipe—. Proporcionará a usted buenos ratos la amistad del padre Matías, que me ha prometido permanecer con nosotros algún tiempo. Yo también voy a disponer que preparen el almuerzo, y espero que el padre Matías me perdonará que no me haya acordado antes de que se encuentra en ayunas.

Dicho esto, dirigióse a la cocina, y, después de ordenar que llevaran a la sala todo lo necesario, tomó el sombrero y salió de la casa. Se encontraba inapetente y experimentaba necesidad de respirar el aire puro del campo.

Durante el paseo, encontró a varios antiguos conocidos, que le felicitaron por la mejoría de su esposa. Cuando, dos horas más tarde, regresó nuevamente a casa, enteróse de que Amina continuaba durmiendo aún.

—Hijo mío —le dijo el padre Leysen—, desearía que habláramos claramente. He conferenciado con este digno sacerdote, y ha llenado mi alma de regocijo la noticia de que

nuestra religión se extiende entre los paganos. Como me es imposible olvidar ni un momento los delirios de Amina, le he preguntado, además, si ha oído hablar de un buque que se aparece en los mares del Cabo, de una manera sobrenatural. ¡Cuál no habrá sido mi asombro, al oírle decir que él le ha visto por sus propios ojos, y en circunstancias tan raras, que lo atribuye a intervención divina! ¡Cosa extraordinaria y terrible! Felipe, ¿no sería mejor que nos refirieras con todos sus detalles esa extraña historia? Nosotros te aconsejaremos lo que debes hacer, pues tenemos más experiencia que tú y por nuestro carácter podemos decidir si el demonio interviene en la aparición, o si es Dios quien la permite.

—Dice bien el señor párroco —agregó el padre Matías.

—¿Quién podrá guiarte mejor que los que tienen la misión de combatir en el mundo los propósitos de Satanás? ¿Quién más a propósito que nosotros, que somos los representantes de Dios sobre la tierra? Ten, además, en cuenta, que ese secreto está minando la existencia de tu esposa y que concluirá por llevarla al sepulcro, como sucedió a tu santa madre. Permaneciendo tú a su lado vivirá satisfecha; pero reflexiona cuánto debe sufrir en los largos días de soledad en que la dejan tus continuos viajes. Ese secreto es un gusano roedor que concluirá por matarla si no se aplican inmediatamente los remedios que proporciona la religión. No olvides que eres egoísta y cruel abandonándola a sus propias fuerzas.

—Estoy convencido, señor cura —interrumpió Felipe—. Siento no haber hecho antes esta revelación; pero ahora referiré a ustedes cuanto ha ocurrido, aunque dudo que su consejo pueda guiarme en circunstancias tan extraordinarias.

Y, seguidamente, hizo el relato del triste y peregrino suceso que trastornó el juicio de su pobre madre y que la llevó al sepulcro, sin omitir el juramento, formulado por él, de dedicar su existencia a liberar a su progenitor de la terrible condena que estaba sufriendo.

—Ya ve usted, señor cura —concluyó diciendo—, que estoy ligado por un solemne juramento que Dios seguramente ha oído y que me veo obligado a seguir mi destino.

—Hijo mío; nos has contado cosas singulares y terribles, cosas que no parecen propias de los humanos. Conferenciaré con el padre Matías respecto a tan delicado asunto y cuando lo hayamos discutido detenidamente, resolveremos.

Felipe subió entonces a ver a Amina. Despidió a la criada que la acompañaba y quedó velando su sueño junto a la cabecera. Transcurrieron dos horas, al cabo de las cuales fue llamado por los sacerdotes.

—Hemos celebrado una larga consulta —dijo el padre Leysen— sobre esta extraña y, quizás, sobrenatural ocurrencia. Digo quizás, porque niego en absoluto las afirmaciones de tu madre, como fruto de su extraña imaginación y por la misma causa no es creíble lo que tú refieres, pues la exaltación y disgusto que te produjo su muerte pudieran haber perturbado algún tanto tus facultades mentales; pero, como el padre Matías asegura haber visto la aparición del Buque Fantasma, con los mismos detalles que tú nos has referido, no es imposible que haya en todo esto algo de sobrenatural.

—No olvide usted que el Volador Holandés no se me ha aparecido a mí solo.

—Efectivamente, ¿pero vive alguno de los que lo vieron? Pero ése es detalle de escasa

importancia; admitimos que el buque se aparezca en virtud de un poder superior.

—Sí, del poder de Dios —replicó Felipe.

—En eso no convendremos con tanta facilidad. El demonio, eterno enemigo de la humanidad, no carece de cierto poder. Pero, como éste es inferior al otro y se manifiesta en ocasiones porque el Todopoderoso así lo permite, indirectamente concedo que pueden ocurrir tales portentos. Es, pues, nuestra opinión, que las revelaciones que dices has tenido, no son del cielo, sino sugerencias del diablo para lanzarte a los peligros; porque, si tu misión fuera la que supones, ¿cómo no se te ha aparecido el buque en este último viaje? Y, aun suponiendo que se te apareciera en todos, ¿de qué manera ibas a comunicarte con los que lo tripulan, si no son más que fantasmas, espíritu y sombras? Nuestro consejo es, por consiguiente, que emplees parte de la herencia de tu padre en misas por su alma; cosa que tu madre habría hecho en otras circunstancias. Después permanece quieto en tu casa y no vuelvas a buscar imposibles mientras que el Cielo no te dé una nueva señal que demuestre de un modo palmario que te ha confiado tal misión.

—Pero mi juramento...

—La Iglesia te lo dispensa y nosotros en su nombre te absolvemos. Confía en la Providencia y no hablemos más. Ahora voy arriba y cuando Amina despierte la prepararé poco a poco para que no se impresione al verte. No hay que hablar más del asunto.

El padre Leysen salió de la sala y Felipe continuó discutiendo con el otro sacerdote hasta que, al fin, quedó, si no convencido, perplejo. Entonces salió nuevamente de paseo para tranquilizarse.

Era tarde; el sol desaparecía ya del horizonte y Felipe se encaminaba al sitio en que había pronunciado su juramento. Era precisamente la misma hora solemne; la escena, el lugar y el tiempo eran también los mismos. El joven sacó la reliquia de su pecho y se arrodilló besándola con fervor. Mientras tanto, el sol se ocultó tras las montañas y la noche comenzaba ya a extender su manto de negruras.

Vanderdecken no advirtió nada que le confirmase haber sido elegido por Dios para redimir a su padre; y, cuando regresó a su casa, estaba más decidido que antes a seguir las instrucciones del párroco.

Seguidamente subió a la alcoba de Amina, a quien encontró despierta y hablando con los dos sacerdotes. Las colgaduras del lecho estaban medio corridas y pudo deslizarse sin que lo vieran.

—Es imposible que mi esposo haya llegado —decía Amina con voz débil.

—El buque ancló ayer en Ámsterdam y no ha ocurrido novedad a bordo.

—¿Y por qué no ha venido entonces? ¿Por qué no ha traído él mismo la noticia? ¡Oh! Conozco bien a mi Felipe. ¿Está en casa? No me lo niegue usted, señor cura, pues de lo contrario me voy a morir de tristeza.

—En casa está, Amina —replicó el padre Leysen—, bueno y salvo.

—¡Gracias, Dios mío! Pero, ¿cómo es que no le veo? ¡Usted me engaña, padre! ¡Esta incertidumbre es mucho peor que la muerte!

—Aquí estoy, Amina —exclamó Felipe saliendo de su escondite.

La enferma exhaló un grito penetrante y, extendiendo los brazos, perdió el

conocimiento. Afortunadamente, se recobró en seguida, probando la verdad del aserto de que la alegría no mata.

Durante la convalecencia, Felipe no se separó del lado de su esposa, que no tardó en restablecerse por completo.

Felipe, cuando creyó que su esposa podía oírle sin impresionarse demasiado, refirióle lo ocurrido en el viaje y la confesión que había hecho a los dos sacerdotes, a cuya opinión se adhirió inmediatamente Amina, que no quería separarse de él. Ya sabemos que Vanderdecken opinaba también del mismo modo, y, durante algún tiempo, vivió confiado en que no tendría necesidad de embarcarse de nuevo.

XIV

El tiempo, mudo testigo de los acontecimientos humanos, transcurrió rápidamente para Felipe Vanderdecken y su encantadora esposa.

Amina, a las seis semanas del regreso de su marido, se encontraba completamente restablecida.

El padre Matías continuaba hospedado en casa del joven matrimonio y se habían ya rezado las misas por el alma del capitán del Buque Fantasma, distribuyéndose, además, cuantiosas limosnas entre los pobres del pueblo. El tema obligado de las conversaciones de los dos esposos era la decisión de los sacerdotes respecto a la conducta de Felipe; pero éste, aunque los padres le habían conmutado su juramento, no estaba satisfecho. El amor que le inspiraba Amina, unido a su deseo de no volver a embarcarse inclinaba la balanza de lado de la decisión del padre Leysen; pero, sin embargo, sus dudas no se habían desvanecido por completo. Ni los argumentos de Amina, que no quería separarse de él, ni sus caricias, producían más que un efecto momentáneo. Cuando se quedaba a solas, le remordía la conciencia por su abandono en el cumplimiento de tan sagrado deber. Amina comprendía bien la causa de su tristeza, y como sabía perfectamente a qué atenerse, volvía a los argumentos y a los halagos hasta que Felipe llegó a olvidarse de su juramento.

Cierta mañana, habiendo tomado asiento sobre un banco rústico, y estando entretenidos en coger las flores que brotaban en torno suyo y deshojándolas distraídamente, Amina volvió a hablar del mencionado asunto.

—Felipe, —dijo—, ¿crees en los sueños? ¿piensas que podemos comunicarnos con los espíritus por este medio?

—Indudablemente —replicó Felipe—; hay numerosas pruebas de ello en la Sagrada Escritura.

—En este caso, ¿por qué no satisfaces tus escrúpulos por medio de un sueño?

—Porque no está en mis manos el hacerlo.

—Tengo medios para hacerte soñar con el objeto de tu constante anhelo; si lo deseas, soñarás.

—¿Qué soñaré...?

—Sin duda alguna; tengo ese poder, aunque no te lo he revelado hasta ahora. Lo adquiriré de mi madre. Tú sabes que nunca miento, y, si lo deseas, te haré soñar.

—Pero ese poder vendrá de alguna parte.

—Naturalmente, empleo medios que tú ignoras en absoluto, y, sin embargo, son muy conocidos en mi país. Ese poder estriba en un encanto que nunca falla.

—¡Un encanto, Amina! ¿Eres, pues, hechicera? ¿No sabes que la religión prohíbe los encantamientos?

—Me importa poco. Sólo sé que el poder existe.

—¿Tendrá en eso alguna intervención el demonio?

—¿Por qué? ¿No afirman los curas que todo cuanto hace el demonio lo permite Dios? Yo sólo pretendo iluminarte en tan dudosas circunstancias.

—Amina, no hay inconveniente en ello si el sueño es natural, como ocurría a los antiguos patriarcas; pero invocar una visión, apelando a encantos prohibidos, es pactar con el diablo.

—Pacto que estará permitido por Dios, y en tal caso tu razonamiento carece de base.

—Tengo miedo —contestó Felipe en voz baja, después de una breve pausa.

—Mis intenciones son buenas. Empleo estos medios para obtener el fin. ¿Y cuál es éste? Conocer la voluntad divina en tan arduo asunto. Si el demonio me ayuda, ¿qué importa? Se convertirá entonces en mi esclavo, viéndose obligado a proceder contra su voluntad.

Y los hermosos ojos de Amina, al expresarse en estos términos, parecía que lanzaban chispas.

—¿Ejerció tu madre esas artes? —preguntó Felipe.

—No; pero tenía fama de ser muy experta en ellas. Murió joven, como sabes, y no pudo enseñarme muchas cosas. ¿Crees tú que sólo estamos en este mundo nosotros, seres formados de barro, mortales y corruptibles? ¿No tienes repetidas pruebas, hasta en la Escritura, de que existen en la tierra espíritus superiores que auxilian a la humanidad? ¿Por qué no han de existir ahora? ¿Por qué motivo no han de ser invocados ahora como lo fueron antes? ¿Qué ha sido de ellos? ¿Han perecido? ¿Han vuelto al Cielo? Entonces Dios nos abandona a merced del demonio y de sus agentes. Confiesa que esto no es posible, Felipe. Hoy no tenemos tan frecuente comunicación con aquellos espíritus, porque somos más orgullosos y los consideramos innecesarios; pero no dudes que existe un Ser del bien y otro del mal. Las revelaciones que has tenido, ¿las supones verdaderas o sólo ilusión de tu exaltada fantasía? Respóndeme sinceramente.

—Demasiado conoces mi opinión, Amina.

—Pues, si has tenido ya una revelación, ¿por qué no has de tener otras? No repares en los medios. El párroco los considerará ilícitos; pero a mí me parece convenientes. ¿Quién podrá decir cuál de los dos se equivoca?

—Tienes razón, Amina. ¿Tienes confianza en ese poder?

—Confianza absoluta. O dormirás tranquilamente durante toda la noche o soñarás lo que deseo que sueñes.

—Acepto porque el abismo de dudas en que vivo va a volverme loco. Sea bueno o malo, emplearemos tu encanto esta misma noche.

—Hasta pasado mañana no puede ser, porque es preciso hacer antes los preparativos necesarios. ¿Me prometes concederme en cambio el favor que te pido?

—Concedido —replicó Felipe poniéndose de pie—, vámonos a casa.

En los tres días no se habló del asunto. Vanderdecken temía que Amina ejercitara su poder, porque si lo hubieran averiguado los sacerdotes la habrían excomulgado.

Felipe, tan pronto como, tres días después, se hubo metido en el lecho, quedó profundamente dormido, y Amina, que continuaba despierta, se deslizó entonces de la cama, y, vistiéndose apresuradamente, salió de la habitación. No tardó en regresar, trayendo en la mano un brasero con ascuas de carbón y dos pedazos de pergamino arrollado, sujetos entre sí con una estrecha cinta. Colocó uno de ellos sobre la frente de su

marido y el otro sobre su brazo izquierdo; puso luego en el brasero ciertas esencias y, cuando el humo llenaba la alcoba completamente, pronunció algunas palabras ininteligibles, sacudiendo sobre Felipe una rama de arbusto desconocido que tenía en su mano. Después corrió las colgaduras del lecho y tomó asiento junto a la cama.

—Si he cometido un pecado —pensó Amina—, caiga sobre mí toda la responsabilidad; nadie puede decir que mi esposo ha practicado esas malas artes que prohíben los ministros de la religión.

Cuando los primeros resplandores del nuevo día asomaban por el Oriente, Felipe continuaba durmiendo. Al salir el sol, Amina dijo:

—Ha soñado bastante.

Y agitando, nuevamente el ramito sobre su esposo, añadió:

—Felipe, despierta.

Este se estremeció nerviosamente; abrió los ojos, que tuvo que volver a cerrar deslumbrado por la luz del día y, apoyándose sobre la cabecera, pareció como que coordinaba sus pensamientos.

—¿Dónde estoy? —preguntó—. ¡En mi propia cama! Sí, no hay duda —y pasóse la mano por la frente y tocó los pedazos del pergamino—. ¿Qué es esto? —añadió, apoderándose de ellos y examinándolos—. ¿Dónde está Amina? ¡Dios mío, que terrible sueño! Esto es cosa de mi mujer.

Amina, mientras tanto, había saltado dentro de la cama colocándose al lado de su marido.

—Duerme, Felipe, duerme —dijo, rodeándole con sus brazos—. Después hablaremos de tu sueño.

—¿Eres tú? —replicó Felipe confuso—. Creía que estaba solo; he soñado que...

Pero sus párpados se cerraron otra vez antes de terminar la frase, y Amina, rendida por la mala noche, durmióse también profundamente.

El padre Matías vióse obligado a esperar largo rato aquella mañana, pues los esposos bajaron a desayunarse dos horas más tarde que de ordinario.

—Bien venidos, hijos míos —dijo al verlos—; hoy se les han pegado las sábanas.

—Felipe ha dormido bien, padre, pero yo no he podido cerrar los ojos.

—¿Ha estado usted enferma? —interrogó el sacerdote.

—No —replicó Amina—, pero no he logrado conciliar el sueño.

—¿En qué ha empleado usted la noche? ¿Rezando?

Felipe se estremeció, pero Amina se apresuró a decir:

—Ha acertado.

—Reciba usted mi bendición, hija mía —añadió el anciano, extendiendo las manos sobre su cabeza—. También le bendigo a usted, Felipe.

Este se sentó a almorzar lleno de confusión. Amina, por lo contrario, estaba tranquila.

Cuando concluyeron de desayunarse, el padre Matías tomó el breviario y la joven hizo una seña a Felipe. Salieron en silencio de la casa y al llegar al mismo banco rústico en que días antes Amina había propuesto hacer la prueba de su encanto, tomaron asiento sin haber pronunciado hasta entonces una palabra.

—Felipe —dijo aquélla, apretándole la mano y mirándole fijamente—, anoche soñaste.

—Sí, Amina —contestó en tono solemne Vanderdecken.

—Refiéreme tu sueño; porque voy a explicártelo.

—Me parece que está bien claro. Quiero, sin embargo, saber qué espíritu me lo ha inspirado.

—Refiéremelo —repitió Amina con calma.

—Soñaba que mandaba un buque que doblaba el Cabo; la mar estaba tranquila y la brisa era suave; me encontraba a popa, el sol ocultábase entre las aguas y las estrellas brillaban más que de ordinario. Hacía calor y me acosté boca arriba para contemplar mejor los astros que relucían en el firmamento y los meteoros que de vez en cuando cruzaban la bóveda celeste. Me dormí sin darme cuenta de ello, pero no tardé en despertar creyendo que me hundía. Miré a mi alrededor y los mástiles, la arboladura, el casco y todo el buque habían desaparecido. Me sostenía una hermosa concha, que flotaba por la inmensa superficie del mar. Aunque sentí miedo, no quise moverme, por no hacer zozobrar tan frágil embarcación. De repente se inclinó la concha de un lado, como si soportara un nuevo peso; y en seguida distinguí una mano blanca que se asía a ella. Continué inmóvil y gradualmente salió una figura de las aguas; era una mujer extraordinariamente hermosa, blanca como la nieve; su cabello flotaba sobre las olas y sus brazos torneados parecían de marfil.

»—Felipe Vanderdecken —me dijo—, ¿qué temes? ¿No está tu vida encantada?

»—Lo ignoro —repliqué—; sólo sé que estoy en peligro.

»—¡En peligro! —añadió—. Eso sería bueno si navegaras en esas obras humanas que las olas no respetan, en esos buenos buques, como vosotros los llamáis; pero sobre la concha de una sirena que no puede sumergirse, todo temor es ridículo. Felipe Vanderdecken, ¿vienes en busca de tu padre?

»—Debo hacerlo, porque ése es mi destino.

»—Pues vamos a buscarlo juntos. Esta concha es mía; pero, como no sabes manejarla, te ayudaré.

»— ¿Nos sostendrá a los dos?

»—Quizá —replicó sonriendo.

»Y, lanzándose nuevamente al mar, reapareció por el costado de la concha que no sobresalía del agua más que tres o cuatro pulgadas. Sentóse en el borde, pero su peso no inclinó la embarcación poco ni mucho y, entonces, principiamos a navegar rápidamente sin que nadie nos impulsara.

»— ¿Tienes todavía miedo, Felipe Vanderdecken?

»—Ninguno —le contesté.

»Entonces, pasóse las manos por la frente y, separando los rubios cabellos que ocultaban su rostro, añadió:

»—Mírame.

»—Miré... y eras tú.

— ¿Yo? —interrumpió Amina, sonriéndose.

—Sí, tú misma. Te llamé por tu nombre y te aprisioné en mis brazos. Me sentía ya capaz de dar la vuelta al mundo en tu compañía.

—Continúa —dijo Amina tranquilamente.

—Adelantábamos muchos millares de leguas. Cruzábamos unas veces junto a hermosas islas que semejaban ramos de flores en medio del Océano; tan pronto engolfado en alta mar como junto a la costa, donde veíamos morir blandamente las olas y acariciaba nuestros oídos el murmullo de la brisa que agitaba los árboles.

»—No encontraremos a tu padre en estos mares tranquilos —me dijiste—. Necesitamos tomar otra dirección.

»Fuése picando el mar poco a poco hasta que se cubrió por completo de espuma; la concha siguió navegando sobre aquellas aguas tumultuosas, sin entrar siquiera una gota y continuamos avanzando por entre olas tan enormes, que la más pequeña habría podido sumergir al más grande de nuestros buques.

»—¿Tienes valor, Felipe? —me preguntaste de nuevo.

»—Sí, Amina, a tu lado no temo nada.

»—Estamos muy cerca del Cabo; por aquí encontraremos a tu padre. Miremos bien en todas direcciones por si divisamos algún navío, que debe ser el suyo, pues sólo el Buque Fantasma puede resistir un temporal como éste.

»Volábamos sobre montañas de espuma, saltando de una en otra y con frecuencia la concha quedaba por completo en el aire. Cambiábamos de dirección constantemente, ora hacia el Este, ora hacia el Oeste, al Norte, al Sur. Después de recorrer centenares de millas, vimos en lontananza una fragata empujada por la tempestad.

»—Mira, Felipe —gritaste, señalándola con el dedo—. Aquél es el buque de tu padre.

»La distancia que nos separaba disminuyó rápidamente; los que iban a bordo del Volador no tardaron en vernos e hicieron rumbo hacia nosotros. Al fin atracamos a su costado, y, como no era posible arriar ningún bote, abrieron los portalones. En la cubierta vi a mi padre que daba sus órdenes asomado a la batayola y asido a los obenques del palo de mesana. Besé el relicario e intenté alargárselo, pero él, sonriendo, dispuso que me arrojaran un cabo. Iba ya a subir a bordo, cuando, de repente, un hombre se lanzó desde el buque a la concha. Tú diste un grito, desapareciendo entre las olas, y la pequeña embarcación, guiada por el hombre que había ocupado tu puesto se alejó del buque velozmente. Una fuerte impresión de frío recorrió todos mis miembros, y al mirar al nuevo compañero me quedé atónito. ¡Era Schriften, el mismo piloto del Ter Schilling que, como los demás tripulantes, se ahogó en la Bahía de la Tabla!

»—No, no; todavía no —me dijo.

»Iracundo y desesperado, le agarré por la cintura y le arrojé al mar y, mientras nadaba a mi alrededor, gritó:

»—Felipe Vanderdecken, nos volveremos a encontrar.

»Cerré los ojos para no verle y en aquel instante llenóse la concha de agua y, cuando luchaba desesperadamente para mantenerse a flote, concluyó mi sueño.

»Ahora, Amina —añadió Felipe después de una breve pausa—, ¿qué te parece todo esto?

-
- En primer lugar que soy tu ángel custodio, así como Schriften es tu enemigo.
 - Efectivamente; pero Schriften ya ha muerto.
 - Lo crees así.
 - Es imposible que haya escapado del naufragio sin que yo lo sepa.
 - El sueño, sin embargo, revela lo contrario. Creo, Felipe, que no debes viajar por ahora. Sigue los consejos del párroco hasta que recibas un nuevo aviso. Haz caso de mí.
 - Así lo haré, Amina.
 - Muy bien; no hablemos más de este asunto, pero recuerda que me tienes otorgado un favor que exigí el otro día.
 - No lo he olvidado. ¿Qué es lo que deseas?
 - Te lo diré a su debido tiempo; pero que no se te ocurra pensar que intento disuadirte de tu deber —añadió Amina, arrojándose en los brazos de su esposo...

XV

Tres meses después de esta conversación, Amina y Felipe encontrábase nuevamente sentados en el mismo banco rústico que había llegado a ser el sitio donde descansaban de sus paseos. El padre Matías había intimado con el párroco, llegando a ser tan inseparables como los dos esposos. Resuelto Felipe a esperar un nuevo aviso, antes de reanudar su tarea, se acordaba poco de ésta y se sentía completamente dichoso al lado de Amina. Había, sin embargo, escrito a los directores de la Compañía, solicitando que le nombraran capitán de un buque, pero después no volvió a hacer gestión alguna para conseguir su propósito.

—Me agrada sentarme en este banco, Felipe —dijo Amina—, porque parece que participa de nuestra suerte. Aquí discutimos la conveniencia de emplear mi encanto y aquí también me referiste tu sueño y yo te lo expliqué.

—Es cierto, Amina; pero si consultáramos respecto a este asunto al padre Leysen, diría que obramos entonces de una manera herética y punible.

—¡Bah! Me importa poco.

—Sin embargo, conviene que el secreto no se descubra.

—¿Crees tú que si lo supiera me excomulgaría?

—Sin duda alguna.

—Ese digno sacerdote es muy bondadoso y me agradecería discutir el punto con él.

Mientras Amina hablaba, sintió Felipe que una mano le tocaba en el hombro y que un frío glacial recorría todos sus miembros. Volvió la cabeza y quedó mudo de estupor, al ver ante sí a Schriften en persona, el piloto tuerto a quien suponía ahogado, el cual le presentaba una carta. Aquella súbita aparición, le hizo exclamar:

—¡Santo Cielo! ¿Será posible?

Amina comenzó a llorar, no ciertamente porque Schriften la hubiera asustado, sino porque comprendió que su desdichado esposo sólo descansaría en la tumba.

—Felipe Vanderdecken —dijo el piloto—, ¡eh! ¡eh! Le traigo esta carta de la Compañía.

El interpelado la tomó; pero, antes de romper el sobre, dirigió una mirada escrutadora a Schriften.

—Creía que se había usted ahogado en el naufragio del Ter Schilling, en la Bahía de la Tabla. ¿Cómo se salvó usted?

—¿Cómo pudo usted escapar? —pregunto yo también.

—Las olas me arrojaron a la playa, pero...

—¿Acaso no podían arrojarme también a mí? —replicó el tuerto.

—No me ha entendido.

—Pero presumo que no habrá usted llorado mucho mi muerte. Por lo demás, me salvé del mismo modo. Quédese con Dios, puesto que ya he cumplido mi encargo.

—Aguarde un instante y respóndame a esta pregunta: ¿Va usted a navegar ahora en el mismo barco que yo?

—No lo sé —contestó Schriften—, porque no ando tras del Buque Fantasma.

Y, dicho esto, dio media vuelta y se alejó a buen paso.

—¿No es esto un aviso, Amina? —exclamó Felipe, después de una breve pausa, sin atreverse a abrir la carta que tenía aún en la mano.

—Sin duda alguna. Ese odioso mensajero parece haber salido de la tumba sólo para traerte esa carta. Perdona mis lágrimas, Felipe. No volveré a afligirte con mi debilidad.

—¡Pobre Amina mía! —exclamó tristemente Felipe—. ¿Por qué no he de hacer mi peregrinación solo? ¡Cuan egoísta y criminal fui haciéndote partícipe de mi desgracia sabiendo que toda mi vida sería una continua cadena de sufrimientos!

—Es mi deber compartir contigo las penas. Conoces mi corazón, y si crees que he de embarzarme en el cumplimiento de ese deber... En medio de mis torturas, experimento cierta satisfacción en participar de tu suerte y estoy orgullosa de ser la mujer de un hombre destinado a realizar tan extraordinaria empresa; pero leamos la carta.

Felipe decidióse entonces a romper la neta y vio que se le nombraba segundo de la Vrow Katerina, buque que estaba ya dispuesto para recibir la carga, por lo que se le exigía que se apresurara a embarcar. La carta, que venía firmada por el secretario, decía, además, que, a su regreso, sería nombrado capitán de otro buque, con ciertas condiciones que se le notificarían en Ámsterdam.

—Creía que habías solicitado el mando de un barco para este viaje —dijo Amina.

—Así lo hice, en efecto; pero, como no he vuelto a escribir, se han olvidado de mi demanda; mía es la culpa.

—La cosa es ya irremediable —agregó Amina.

—Sin embargo, iré gustoso, porque quizá me convenga más el cargo de segundo.

—Ahora voy a hablarte con claridad, Felipe. Siento mucho que haya ocurrido esto, porque, si hubieras sido nombrado capitán, te habría recordado una promesa que me hiciste en este mismo sitio cuando te expliqué tu sueño. Quería embarcarme contigo. A tu lado nada me asusta ni atemoriza, y seré feliz hasta en medio de las mayores privaciones; pero quedar abandonada tanto tiempo, a solas con mis tristes pensamientos, devorada por la impaciencia y la incertidumbre, es terrible, Felipe, y no lo puedo soportar. Recuerda tu promesa; cuando seas capitán podrás llevar a tu esposa a bordo. Me aflige mucho que me dejes ahora; pero me consolará, en cierto modo, la esperanza de que te acompañaré en el próximo viaje.

—Confía en ello, Amina, puesto que tanto lo deseas. No puedo negarte nada; pero tengo el presentimiento de que tu felicidad y la mía llegan a su término. Un ser que, como yo, participa de las cosas de este mundo y de las del otro, no puede vivir mucho.

—Si sucede alguna desgracia, me resignaré.

—Tenemos libre albedrío y, hasta cierto punto, se nos permite obrar como mejor nos plazca.

—Eso pretendió hacerme creer el párroco; pero sus razones eran para mí incomprensibles. Y, sin embargo, aseguraba que constituían parte de la fe católica. Sus creencias serán más sencillas, porque el digno anciano sólo consiguió aumentar mis dudas.

—De la duda se pasa a la convicción.

—Quizá —replicó Amina—; pero, en ese caso, estoy al principio de la jornada. Volvamos a casa. Necesitas marchar a Ámsterdam, y quiero acompañarte. Trabajarás allí de día a bordo, y por la noche mis sonrisas consolarán tu amargura, ¿no es cierto?

—Perfectamente. No puedo todavía comprender cómo ha venido Schriften. Lo he visto bien y, sin embargo, es casi milagroso que haya sobrevivido al naufragio. ¿Dónde habrá estado desde que se salvó? ¿Qué te parece, Amina?

—Que es un espíritu del otro mundo con un ojo.

Felipe no contestó; embebido en sus meditaciones, caminaba en silencio. Aunque completamente decidido a embarcarse, llamó en seguida al padre Matías y al párroco para que le dieran su opinión acerca de la carta que había recibido. Después de dos horas de consulta, el padre Leysen le dijo:

—Hijo mío, estamos sumamente perplejos. Te aconsejamos en otra ocasión que no te movieras de aquí mientras no recibieras un nuevo aviso. La carta de la Compañía nada tiene de particular; pero la reaparición del que la ha traído, es cosa digna de meditar. Dime, Felipe, ¿ese Schriften puede, haberse salvado del mismo modo que tú?

—Pudiera haber sido arrojado también a la playa y tomar distinta dirección que yo; pero no es probable; y, puesto que me pide usted mi opinión, le confieso francamente que le creí un ser del otro mundo; pero ignoro quién es él.

—Entonces ha llegado el momento de decidirse. Procede como mejor te parezca, y carga con la responsabilidad de tus actos. No pensamos oponernos a tu resolución, cualquiera que sea, sino que, por lo contrario, rogaremos a Dios para que te proteja.

—Estoy firmemente decidido a embarcarme, señor cura.

—Pues embárcate en hora buena, Felipe.

El padre Matías aprovechó entonces la oportunidad para darle las gracias por su hospitalidad, agregando que deseaba regresar a Lisboa, tan pronto como le fuera posible.

Pocos días después, despidiéronse los jóvenes esposos de ambos sacerdotes y emprendieron el camino hacia Ámsterdam, quedando el párroco al cuidado de casa mientras Amina estuviera ausente.

Llegados a la ciudad, vio Felipe a los directores de la Compañía, quienes le prometieron confiarle el mando de un buque en el viaje inmediato. Después visitó la Vrow Katerina, que, como sabemos, era el barco a que había sido destinado. Todavía estaba desarbolado, puesto que la escuadra tardaría aún dos meses en darse a la vela. Encontró pocos marineros a bordo, y el capitán, que residía en Dort, no se había presentado tampoco.

La Vrow Katerina era un barco muy inferior, sumamente viejo y mal construido, aunque más grande que los demás. Sin embargo, como había hecho varios viajes felices a la India, se supuso que tendría buenas condiciones marineras, pues, de lo contrario, no le hubiera fletado la Compañía. Después de dar algunas órdenes a los marineros, volvió a la posada, en que se hospedaba con Amina.

Al día siguiente fue nuevamente a bordo, para inspeccionar la colocación del aparejo. El capitán llegaba en aquel momento, y después de atravesar los tablones que comunicaban al barco con el muelle, se dirigió al palo mayor, y, abrazándolo

entusiasmado, exclamó:

—¡Oh mi amada Vrow Katerina! ¿Cómo estás, querida? Me alegro de verte buena. ¿Sentirás que te abrumen con tan pesada carga? Pero no te apures, prenda mía; tú siempre estás para mí hermosa.

Guillermo Barentz, que así se llamaba aquel personaje estrafalario, era joven, pues sólo tenía treinta años de edad. Su estatura era mediana, y sus proporciones delicadas. Sus movimientos eran vivos y sus ojos tenían cierta expresión que cualquiera le hubiera creído loco a primera vista, si su conducta no lo confirmara.

Cuando los arrebatos del capitán hubieron cesado, Felipe se presentó a sí mismo.

—¡Oh! ¿Es usted el segundo de la Vrow Katerina? Puede llamarse dichoso, porque, después del mío, tiene el mejor empleo del mundo.

—El barco no parece muy bonito. Si no tiene mejores condiciones marineras...

—¡Que no es bonito! Mi padre, que durante muchos años fue capitán de la Vrow Katerina, decía que era la mejor fragata del universo. Y, en cuanto a lo demás, usted podrá juzgar, cuando emprendamos el rumbo; es el buque más velero que surca los mares.

—Me alegro de saberlo —replicó Felipe—; eso prueba que las apariencias engañan. Sin embargo, será muy viejo.

—¡Viejo! Sólo hace treinta y ocho años que se construyó; está casi nuevo. Cuando le vea usted hendir las olas como un delfín, tengo la seguridad de que no encontrará palabras suficientes para alabarlo, y sepa usted, señor Vanderdecken, que el que se atreve a poner faltas a mi Vrow Katerina, tiene que entenderse conmigo. Soy su caballero; ya he matado a tres en su defensa y estoy dispuesto a batirme con el cuarto.

Felipe se sonrió, compadeciendo a aquel infeliz demente. En su concepto, la Vrow Katerina, tan cacareada, no valía la pena de un desafío, y, por consiguiente, resolvió no emitir su opinión delante del capitán.

Pronto quedó completa la tripulación; se colocó la arboladura; se amarraron las velas a las vergas y la fragata, dispuesta ya para recibir el cargo, fue fondeada entre los demás buques de que se componía la escuadra. Cuando la bodega estaba ya abarrotada de mercancías, dióse a Felipe orden de admitir a bordo ciento cincuenta soldados y varios pasajeros, muchos de los cuales llevaban consigo a sus esposas y familiares, y como el capitán no hacía otra cosa que alabar a su bella Vrow Katerina, Vanderdecken tuvo necesidad de trabajar mucho.

La escuadra zarpaba dos días después, a la salida del sol. Amina no parecía tan abatida como la vez anterior; estaba plenamente convencida de que Felipe no la abandonaba para siempre, y con esta esperanza, le abrazó al embarcarse aquél en el bote que le condujo a bordo.

—Volveremos a vernos —pensó Amina contemplando a su esposo que se alejaba—. Este viaje no te será fatal, aunque tengo el presentimiento de que en el siguiente, cuando vaya yo en tu compañía, nos separaremos para siempre. Los sacerdotes dicen que procedas según tu libre albedrío. ¡Libre albedrío! ¿Cómo te habías de separar entonces de mí? Creo a veces que esos curas son mis enemigos; pero esto es imposible porque ambos son honrados, y la religión que enseñan es buena. Caridad, amor al prójimo, perdón de las

injurias, todo esto es bueno, y, sin embargo... Pero ya atraca el bote al costado del buque, ya sube Felipe la escalera. Adiós, adiós, esposo mío. ¡Quién fuera hombre para ir contigo!

Cuando Felipe dejó de verse desde el puerto, emprendió Amina pausadamente el camino de la posada. A la mañana siguiente, al abandonar la joven el lecho, ya había levado anclas la escuadra; y el fondeadero, que la víspera estaba tan atestado de buques, estaba completamente desierto.

—¡Ha partido! —murmuró—. Ahora tengo que soportar durante muchos meses el más horrible de los tormentos, pues para mí lo es el no verle porque, mi vida es él.

XVI

La escuadra había emprendido el rumbo con un hermoso tiempo; pero no había transcurrido media hora aún, cuando ya se había quedado la Vrow Katerina, dos o tres millas detrás de los demás buques. El capitán Barentz culpaba a todo el mundo por este retraso menos al buque, cada vez más rezagado.

—Señor Vanderdecken —dijo al fin—, la Vrow, como aseguraba mi padre con frecuencia, no es muy veloz con viento en popa, pero ya verá usted cómo con todos los demás no hay buque alguno que se le adelante.

—Además —replicó Felipe que comprendía la debilidad que el capitán tenía por el barco—, llevamos excesiva carga y numerosos soldados obstruyen la cubierta.

La escuadra franqueó los estrechos y tuvo que ceñir el viento; pero la Vrow Katerina anduvo menos que antes.

—Sopla el viento tan de través —observó Barentz—, que la Vrow no avanza como acostumbra; pero pronto verá usted cómo nos adelantamos a las demás embarcaciones. ¿No es cierto, señor Vanderdecken, que montamos un hermoso buque?

—Y grande —contestó Felipe, que era el único elogio que podía hacer.

Durante el viaje el viento varió muchas veces de dirección; pero soplara de esta o la otra parte, la Vrow iba siempre detrás de los otros buques que se ponían al paró cuando obscurecía para no dejarla abandonada. Su capitán continuaba, sin embargo, defendiéndola, mas por desgracia el barco tenía otros muchos defectos además de su pesadez. El almirante, conociendo, que las malas condiciones de un solo buque entorpecían el viaje de toda la escuadra, determinó abandonar a la Vrow Katerina en cuanto llegaran al Cabo; pero no tuvo necesidad de hacerlo, porque sobrevino un temporal que dispersó a los buques, y la magnífica Vrow Katerina se encontró abandonada y a merced de las olas. El mal tiempo duró una semana y cada día la situación fue haciéndose más penosa. Atestada de tropas, llena de mercancías, gemía y luchaba difícilmente contra el vendaval que imposibilitaba las maniobras.

Felipe acudía a todo, alentando a los marineros, sin que el capitán le ayudase en nada, ni diese disposición alguna, pues realmente no era marino.

—Bien —dijo este último a Vanderdecken—, ¿reconoce usted que navegamos en un barco admirable para un temporal? Poco a poco, prenda —añadió hablando con la fragata, que era juguete de las olas y cuyos tablones gemían de un modo horrible—. ¡Espacio, querida, más espacio! ¡Cuántos tumbos darán ahora los infelices que van en los otros buques! ¡Eh! Señor Vanderdecken, vamos nosotros delante, nuestros compañeros deben haber sido arrojados muy a sotavento. ¿No es cierto?

—No puedo asegurarlo —replicó Felipe sonriendo.

—Pues no se ve embarcación alguna. ¡Santo Cielo! allá distingo una por el través. Mírela usted. ¡Buen buque será cuando aguanta casi todo el velamen con este tiempo!

Felipe lo había visto ya. Era un gran buque, que navegaba viento en popa y casi en la misma dirección que ellos. A pesar del huracán, la citada embarcación deslizábase sobre

las aguas como si fuera impulsada por una brisa suave. Inmensas olas hacían cabecear espantosamente a la Vrow Katerina mientras que la otra fragata parecía surcar la tranquila superficie de un lago. Felipe comprendió que tenía ante sus ojos al Buque Fantasma.

—¡Qué cosa más extraordinaria! —observó el señor Barentz.

Vanderdecken estaba tan acongojado, que no pudo contestar.

Los marineros habían descubierto también la aparición, y la leyenda era bien conocida por todos. Muchos soldados subieron a cubierta al enterarse de lo que ocurría, y poco tiempo después, centenares de ojos contemplaban el extraño buque, hasta que un fuerte chubasco, acompañado de truenos y relámpagos, envolvió a la Vrow Katerina en una obscuridad casi completa. Un cuarto de hora después se despejó la atmósfera, pero el buque que excitaba la curiosidad general había desaparecido.

—Debe haber naufragado durante el chubasco —dijo el capitán Barentz—. Eso supuse que ocurriría. ¿Quién se atreve a llevar tanta vela durante un temporal semejante? Este capitán ha cometido una necedad navegando de ese modo en nuestras aguas y su necedad le ha costado la vida. ¿No opina usted lo mismo, señor Vanderdecken?

Felipe no quiso contestar a los desatinos de Barentz. Comprendía que iban todos a perecer, y al considerar el número de personas que iban a bordo, temblaba de pies a cabeza. Después de una breve pausa dijo:

—La tempestad no ha terminado todavía, y me parece, capitán, que no hay buque que pueda resistirla largo tiempo. Por lo tanto, debemos hacer rumbo a la Bahía de la Tabla, para refugiarnos allí y reparar las averías. Probablemente encontraremos en ella el resto de la escuadra.

—No abrigue usted temor alguno —repuso el interpelado—; barcos como el nuestro no se sumergen jamás.

—¡Maldita sea! —exclamó entonces uno de los marineros que se había aproximado—. Si hubiera sabido lo mala, vieja y estropeada que está esta embarcación no me habría decidido a navegar en ella. El señor Vanderdecken tiene razón; debemos ir a la Bahía de la Tabla antes que sobrevenga algo peor. Ese buque que acaba de desaparecer debe servirnos de aviso... pregúntelo usted al señor Vanderdecken, que está bien enterado, porque es un completo marino.

Esta última observación hizo estremecer a Felipe, aunque el que la hizo ignoraba en absoluto lo mucho que interesaba a aquél el Buque Fantasma.

—Sólo puedo decir —replicó el aludido—, que siempre que ese barco se ha cruzado en mi camino, han ocurrido desgracias.

—¿Y qué tiene ese barco de particular para inspirar tanto temor? —preguntó el capitán Barentz—. Llevaba demasiada vela y ha naufragado.

—Esa fragata no naufraga jamás —replicó uno de los marineros.

—Nosotros si que naufragaremos, si no viramos de bordo —gritaron muchas voces.

—¡Qué desatinos! ¿No dice usted nada, señor Vanderdecken?

—Ya he expuesto mi opinión —replicó Felipe, que ansiaba conducir el buque al puerto si era posible—. Repito que debemos dirigirnos a la Bahía.

—Sepa usted, capitán —dijo el anciano marinero que primero había hablado—, que

estamos todos decididos a ello, aunque usted se oponga. Por consiguiente, ¡cierra timón a la banda! y usted, señor Vanderdecken, dirija la maniobra.

—¡Cómo! ¿se sublevan ustedes? —gritó el capitán Barentz—. ¡Imposible! ¡La Vrow Katerina es el mejor y el más rápido de los buques del mundo entero!

—El más viejo, peor y más pesado de todos —replicó un marinero.

—¿Qué oigo? —exclamó Barentz, fuera de sí—. Vanderdecken, castigue usted en seguida a ese canalla embustero.

—No le haga caso, está loco —volvió a decir el viejo marinero—. Señor Vanderdecken, sólo a usted obedecemos, pero viremos de bordo inmediatamente.

Barentz estaba furioso; pero Felipe, fingiendo que le daba la razón y asegurando a su oído que los marineros eran unos pillos, convencióle al fin de que el único recurso era dirigirse al puerto. Varióse el rumbo, orientáronse las velas y la Vrow Katerina corrió delante del temporal. Hacia la tarde cedió el viento, desaparecieron las nubes, y el oleaje, disminuyó notablemente. Las vías de agua pudieron contenerse y Felipe llegó a creer que llegarían sanos y salvos a la Bahía de la Tabla.

Al fin, sólo quedó de la tempestad un lejano rumor del oleaje hacia el Oeste, del cual iba separándose poco a poco la embarcación. La tripulación pudo descansar y las tropas y pasajeros salieron del entrepuente, donde habían estado encerrados durante la tormenta.

Todo el mundo subió a cubierta; las madres llevaban a sus hijos en brazos y los presentaban a los tibios rayos del sol; la arboladura estaba llena de ropa mojada, puesta a secar en los obenques, y los marineros empezaron a reparar los desperfectos ocasionados por el huracán. Sólo les separaban del Cabo unas 50 millas, y esperábase oír a cada momento la voz de «¡tierra a la vista!» La alegría volvió a reinar a bordo, pero Felipe continuaba triste porque abrigaba el temor de que el peligro no hubiese desaparecido.

Felipe paseaba por el alcázar de popa con Krantz, joven activo e inteligente, que era el tercer oficial del barco, y a quien Vanderdecken, haciendo justicia a sus merecimientos, distinguía con su cariño.

—¿Qué opina usted del buque que hemos visto? —preguntó de pronto Krantz a su acompañante,

—No me era desconocido, y...

—¿Y qué?

—El buque que le ha encontrado en su camino no ha vuelto jamás al puerto.

—¿Es acaso algún espíritu?

—Se trata de una historia que cada cual refiere a su modo; pero yo estoy plenamente convencido de que sufriremos alguna desgracia antes de llegar al Cabo, a pesar de la calma que reina y de encontrarnos tan cerca del puerto.

—Es usted supersticioso, Felipe. La aparición no me ha parecido una cosa sobrenatural. Jamás buque alguno resistió tantas velas en un temporal; pero hay capitanes locos que se empeñan en hacer absurdos. Si hemos visto un buque real y verdadero, habrá naufragado, puesto que, cuando aclaró el tiempo había desaparecido. Soy incrédulo, lo confieso, y si ocurren las desgracias que usted pronostica, me convenceré de que la aparición es cosa sobrehumana.

—Quisiera equivocarme; pero tengo mis presentimientos. Todavía no hemos llegado al puerto —replicó Felipe.

—Pero sólo nos separa de él una distancia insignificante, y el tiempo no amenaza tempestad.

La conversación decayó y Felipe se quedó solo sobre cubierta donde permaneció hasta la caída de la tarde.

Cuando el sol hubo desaparecido del horizonte, bajó a su cámara y, después de encomendarse a Dios, se durmió profundamente. Antes de que dieran las doce, despertóle un golpe en el hombro; abrió los ojos y vio a su lado a Krantz, que acababa de hacer la primera guardia.

—¡Por Dios! Vanderdecken, levántese en seguida; ¡pronto! ¡tenemos fuego a bordo!

—¡Fuego! —exclamó Felipe, saltando de la cama—, ¿en qué sitio?

—En la bodega.

—Voy al momento; pero, mientras tanto, mande armar las bombas y cuide de que nadie abra las escotillas.

Felipe no tardó en subir a cubierta, donde encontró al capitán Barentz, que también se había enterado del incendio. Krantz manifestó que un rato antes había dado el olfato el primer aviso; que levantó la escotilla mayor por sí solo, para no alarmar a nadie y encontró que la bodega estaba llena de humo; que volvió a tapar la escotilla y se apresuró a despertar a Felipe y al capitán.

—Gracias a su valor —replicó Felipe—, tenemos tiempo de reflexionar. Si los soldados, mujeres y niños, se enteran del peligro que nos amenaza, alborotarán de tal modo que embarazarán la maniobra. No comprendo cómo ha podido iniciarse el fuego en la bodega.

—No he oído que haya ardido jamás la Vrow Katerina —observó el capitán—. Lo creo imposible debe ser una equivocación; ella es...

—Entre el cargamento general llevamos algunas cajas de botellas llenas de ácido sulfúrico. Temiendo una contingencia, dispuse que las colocaran en el entrepuente; pero durante la tormenta se habrán roto y el continuo balanceo habrá arrojado alguna abajo.

—Es posible —replicó Krantz.

—Me opuse a su embarque —insistió Felipe—, alegando que el barco estaba ya repleto; pero los directores contestaron que ya era imposible alterar lo que se había dispuesto. Ahora conviene obrar con energía y rapidez; mi plan es dejar las escotillas cerradas, porque así quizá logremos sofocar el fuego.

—Sí —añadió Krantz—, y al mismo tiempo perforar la cubierta para introducir por el agujero que se practique la mayor cantidad posible de agua.

—Dice usted bien, Krantz; llame al carpintero y manos a la obra. Yo reuniré a la tripulación y les enteraré de todo. El olor es ya muy fuerte; no hay tiempo que perder. Si lográsemos mantener tranquilos a los soldados y a las mujeres, todavía pudiéramos remediar el daño.

Los marineros, admirados de que los llamaran a tales horas, apresuráronse a subir. Desconocían la situación del buque, porque, como las escotillas permanecían cerradas, el

humo no había llegado al sitio en que ellos pernoctaban.

—Muchachos —dijo Felipe—, siento tener necesidad de deciros que hay un principio de incendio en la bodega. Si se asustan los soldados y pasajeros, nada podremos hacer, y es preciso que no impidan la maniobra. El señor Krantz y el carpintero se ocupaban en un trabajo de gran utilidad; siéntense y oigan lo que vamos a hacer.

Todos obedecieron y Felipe les describió el peligro en que se encontraban, enterándoles, además, de las medidas que se habían tomado ya y rogándoles que tuvieran serenidad y sangre fría. Les advirtió que había alguna pólvora en la santabárbara, la cual debía arrojarse al mar; y agregó, por último, que en el caso, poco probable, de que no se pudiera dominar el incendio, se construiría una balsa con las berlingas y tablazón del buque, en la cual y en los botes podrían salvarse todos puesto que estaban muy cerca de la costa.

Este discurso de Felipe produjo muy buen efecto, apresurándose todos a cumplir su deber; unos se dirigieron a sacar la pólvora para arrojarla al mar y otros acudieron a las bombas. Krantz se presentó entonces, manifestando que habían sido perforados los tablones de la cubierta, que se había fijado la bomba y que el agua entraba ya en la bodega. Los soldados que dormían sobre cubierta despertáronse, sorprendidos, y el olor del humo les aclaró el misterio de aquellas maniobras de la tripulación. La palabra «fuego» repitióse en seguida en todos los ángulos del buque, y hombres, mujeres y niños subieron, despavoridos, a cubierta, unos a medio vestir, otros gritando, orando los demás y promoviendo tal alboroto y confusión que es imposible describirlos.

La juiciosa conducta de Felipe quedó entonces de manifiesto; si los marineros hubieran despertado en medio de aquella gritería, no hubieran sido más útiles que los pasajeros y los soldados. La tripulación trabajaba arduamente, y Felipe y Krantz, con sólo su presencia de ánimo, lograron tranquilizar a la mayoría de tropa y pasaje.

Aunque la pólvora había sido arrojada al mar y se había practicado un nuevo agujero en la cubierta, por el cual otra segunda bomba introducía agua en la bodega, el incendio, lejos de extinguirse, tomaba mayor incremento. El humo que se escapaba por los intersticios de las escotillas demostraba su violencia, y Felipe dispuso que las mujeres y niños fueran conducidos al alcázar de popa, suplicando a los maridos que las acompañaran. La escena era desgarradora y Felipe, al contemplar a aquellas madres que estrechaban a sus hijos contra el corazón, sentía que las lágrimas le afluían a los ojos.

Luego, Vanderdecken dedicóse a inspeccionar el trabajo de los marineros, que estaban ya rendidos de cansancio, y fueron reemplazados, en el servicio de las bombas, por los militares; pero sus esfuerzos fueron inútiles: media hora después, las cubiertas de la escotilla saltaron con violencia y una inmensa llama se elevó hasta la altura del palo mayor. Las mujeres volvieron a gritar estrechando a sus hijos y los soldados y marineros abandonaron su tarea y huyeron precipitadamente hacia la popa.

—Animo, muchachos, no se acobarden, porque todavía no hay peligro. Recuerden que tenemos a nuestra disposición los botes y una almadía y que, en caso de que sea imposible dominar el fuego y salvar el buque, con valor y serenidad conseguiremos pisar todos la tierra firme. Cada cual a su puesto —añadió Felipe—. Carpintero, corte usted toda

la jarcia delgada, y ustedes, marineros, arrién los botes y armen pronto una almadía para esas pobres mujeres y niños. ¡Todo el mundo al trabajo! ¡Hasta tenemos la suerte de no necesitar linternas!.

Principió la faena; las llamas lamían ya con sus lenguas de fuego las partes más elevadas de la arboladura, envolviendo en sus pliegues el palo mayor y rugiendo de un modo espantoso. No había tiempo que perder; los entrepuentes estaban llenos de humo, y muchos infelices murieron asfixiados. Se arriaron los botes, que tripularon los marineros de más confianza; berlingas, tablones, barriles y enjaretados fueron arrojados al mar, y cuando Felipe vio completamente terminada la almadía, respiró de satisfacción, considerando ya salvadas todas las personas que estaban a bordo.

XVII

El incendio llegaba ya a los entrepuentes, destruyendo cuanto encontraba a su paso; el palo mayor cayó estruendosamente por la borda del buque al mar; y de todas partes salían gruesas columnas de humo que sofocaban a la tripulación y a los pasajeros. Las mujeres y los niños habían sido colocados a popa con el doble fin de alejarlos del incendio y de poder trasladarlos fácilmente a la almadía, si llegaba el momento de abandonar el buque.

Este momento llegó al fin a las cuatro de la mañana, y, merced a las acertadas disposiciones de Felipe Vanderdecken, las mujeres y los niños fueron trasladados a la almadía sin que hubiera que lamentar ningún incidente desagradable.

Con la tropa ya no pasó lo mismo, pues muchos soldados, al descender por las escalas, a causa de la precipitación y atolondramiento con lo que efectuaron, cayeron al mar, que les sirvió de sepultura.

Barentz, por indicación de Felipe, colocóse, armado de dos pistolas, en la puerta de la despensa para evitar que nadie se embriagara, hasta que el humo hiciera innecesaria esta precaución, y gracias a esto todos cumplieron su deber durante los momentos supremos. Antes que hubiese podido desembarcar la tercera parte de la tropa, inmensas columnas de fuego principiaron a salir por las portas con violencia y rugiendo como un gigantesco soplete; al mismo tiempo las llamas invadieron la cubierta y los que permanecían aún en ella se vieron rodeados por un círculo de fuego, abrasados por el calor y sofocados por el humo.

Siguióse una escena de confusión que arrebató a muchos la vida. Sólo se pensaba en huir y, sin embargo, la única manera de escapar era arrojándose al agua. Por todas partes se oían exclamaciones de dolor y lamentaciones de angustia. De ochenta soldados que quedaban a bordo cuando comenzó a arder la cubierta, sólo se salvaron quince. Cuando éstos estuvieron ya en los botes, Felipe ordenó a los marineros que habían permanecido a su lado que se deslizaran uno a uno por los aparejos del botalón de me-sana y, por último, rogó al capitán Barentz que hiciera lo mismo, pero éste rehusó terminantemente, pues quiso ser el último en abandonar a su idolatrada Vrow.

El cabo que sujetaba la balsa al buque fue cortado y poco tiempo después éste empezó a derivar hacia sotavento. Felipe y Krantz se ocuparon en colocar a todos en su sitio; los marineros se embarcaron en los botes para remar por turno, y los soldados y alguno de la tripulación fueron destinados a la almadía, que quedó tan sobrecargada que se hundía en el agua.

Cuando los botes tomaron a remolque a la balsa en dirección de la costa, empezaba a clarear el nuevo día. El buque abandonado era en aquel momento una inmensa pira y el capitán Barentz, subiéndose en uno de los bancos del bote en que iba, dijo:

—Vean ustedes de qué modo desaparece el mejor barco que surcó los mares y despídanse de él. Sucumbe trágicamente pero su nombre quedará grabado en mi corazón.

Felipe no replicó; Barentz inspirábale cierto respeto a pesar de su locura. Los

náufragos adelantaban poco porque el mar se había picado, la corriente no era favorable y la almadía estaba completamente cubierta por el agua. Una fuerte brisa rizaba la cresta de las olas, que iban siendo cada vez mayores. Felipe buscó ansiosamente la tierra con los ojos, y no la distinguió porque había mucha niebla en el horizonte. Comprendía que era necesario ganar la costa antes que el día expirase para evitar que pudiesen las mujeres y los niños, que sin alimento alguno no podrían resistir largo tiempo en la almadía, que iba sumergiéndose cada vez más. No había tierra a la vista, y se temía que se desencadenase una tempestad; Felipe se sentía desfallecer lamentando que su fatal destino ocasionase la muerte de tantos inocentes. La situación era realmente desesperada.

—¡Tierra a proa! —gritó Krantz, que iba en el primer bote.

Al oír esto, prorrumpieron todos en exclamaciones de alegría, y las mujeres levantaron en alto a sus hijos, llenas de extraordinario júbilo.

Felipe púsose de pie sobre los banquillos de popa para inspeccionar la tierra que sólo distaba unas cinco millas, y su corazón se inundó de gozo. La brisa arreciaba por momentos y la mar se picaba cada vez más. El viento les cogía de través; pero la vista de la costa regocijaba a los marineros, que remaban arduamente. Sin embargo, la pesadez de la balsa embarazaba la marcha hasta el punto de que empleaban una hora en adelantar una milla.

Al mediodía no les separaba de la costa una distancia mayor de tres millas; pero, al pasar el sol por el meridiano, cambió el tiempo y aumentó la marejada. Los náufragos llegaron a temer que la almadía desapareciera completamente bajo las aguas. A las tres de la tarde no habían adelantado media milla, y los remeros, que estaban en ayunas, comenzaron a dar señales de cansancio. Todos estaban sedientos, desde el niño que se abrazaba a su madre pidiéndole agua, hasta los marineros que empuñaban el remo. Felipe procuró alentarles, pero se encontraban tan fatigados y veían la tierra tan próxima, que, conociendo que el remolque de la almadía les impedía llegar a la costa, principiaron a murmurar mostrando deseos de cortar los cabos que los sujetaban a la balsa y salvarse ellos. Este sentimiento de egoísmo no prevaleció, pues los argumentos y amenazas de Felipe les obligó a remar otra hora, al cabo de la cual ocurrió un incidente que decidió la cuestión.

La violencia de las olas, cada vez más impetuosa, fue destruyendo poco a poco la almadía, hasta el punto de ser difícilísimo a los tripulantes el mantenerse en ella. Un agudo grito, mezclado con gemidos e imprecaciones, llamó la atención de los que iban en los botes, y Felipe, al volver la cabeza, vio que las cuerdas que sujetaban las diferentes partes de la embarcación se habían soltado quedando la balsa convertida en dos. La escena que entonces se desarrolló fue terrible; muchos maridos encontráronse separados de sus esposas e hijos, pues la parte de la almadía que continuaba remolcada por los botes, quedó en seguida separada de la otra. Algunas infelices gritaban levantando en el aire a sus hijos; otras, más desesperadas, se arrojaron con ellos al mar, intentando reunirse a sus esposos, pero ninguna lo conseguía. La situación se agravó aún más, pues las cuerdas continuaron soltándose y la superficie del mar cubrióse de despojos de ambas embarcaciones, a los cuales se agarraban los náufragos en su agonía. Las berlingas y vigas chocaban con furia

unas contra otras destrozando a los infelices que se asían a ellas, y aunque los botes acudieron pronto en su auxilio, como era una imprudencia aventurarse entre los restos de la almadía, no lograron salvar más que a los marineros y a algunos soldados de los que en ella iban; las mujeres y niños perecieron todos. Felipe estaba anonadado y durante algún tiempo el pesar le impidió dar ninguna orden acertada.

Eran las cinco de la tarde; los botes bogaron hacia la costa, y cuando el sol que había alumbrado aquella tragedia comenzaba a ocultarse, los sobrevivientes desembarcaron en una playa de menuda arena. Después de sacar las embarcaciones del mar, cada cual tendióse donde pudo y, a pesar de encontrarse hambrientos, el cansancio les hizo conciliar en seguida un profundo sueño. El capitán Barentz, Felipe y Krantz conferenciaron brevemente concluyendo por seguir el ejemplo de los demás, para olvidar las fatigas y penalidades de las últimas veinticuatro horas.

Cuando despertaron, todos experimentaron los horrores de la sed, pero en aquella desierta playa no había más agua que la del mar, cuyas olas lamían blandamente la arena, burlándose de sus sufrimientos. Los marineros partieron, por mandato de Felipe en todas direcciones para buscar los medios de apagar la sed, encontrando al fin unos arbustos cuyas gruesas hojas estaban cubiertas de abundante rocío. Todos se apresuraron a masticarlas, lo cual les proporcionó algún alivio. Aquellas hojas, que tenían cierto sabor acre, les calmaron también el hambre. Vanderdecken dispuso que se hiciera gran acopio de aquella planta, colocada sabiamente por la Providencia en el árido desierto para alimento de los camellos y demás rumiantes, que la devoraban con avidez.

Los náufragos encontrábanse a 50 millas del Cabo; carecían de velas, pero el viento era favorable. Lanzáronse las embarcaciones al agua, armáronse los remos y se emprendió la marcha; pero tan fatigados se encontraban los infelices remeros, que bogaban mecánicamente y sin vigor alguno. Al romper el día pasaron frente a False Bay, quedándoles aún cinco millas que recorrer. Sin embargo, alentados con la vista de la tierra, realizaron el último esfuerzo y antes de mediodía llegaban a la ciudad del Cabo. Desembarcaron junto a un arroyuelo que desagua en la Bahía, y todos se arrojaron en él bebiendo ávidamente, mientras sumergían sus abrasados brazos en aquella agua pura, fresca y cristalina.

Satisfecha la más apremiante de sus necesidades, dirigiéronse a las casas de la factoría. Los colonos, que los habían visto desembarcar, salieron a recibirlos, y, como no había buque alguno en la bahía, comprendieron que eran náufragos. Pronto circuló la noticia de la catástrofe; de trescientas personas próximamente que constituían el pasaje y tripulación del barco incendiado, solamente se salvaron treinta y seis, después de haber pasado cuarenta y ocho horas sin probar alimento. Los colonos les dieron de comer hasta que se satisficieron.

—Me parece que he visto a usted antes de ahora —dijo uno de los colonos a Felipe—. ¿Estuvo usted aquí con la última escuadra?

—No —replicó Vanderdecken—; pero sí en otras ocasiones.

—Ya recuerdo —agregó el colono—; usted fue el único que se salvó del naufragio del Ter Schilling en False Bay.

—Eso creí durante algún tiempo, pero recientemente he visto en Ámsterdam a cierto piloto tuerto, llamado Schriften, que también se salvó. ¿Estuvo aquí también?

—No, señor; usted ha sido el único tripulante del Ter Schilling que ha venido después del naufragio. Resido en El Cabo desde aquella fecha y lo sé.

—Pues Schriften ha regresado a Holanda.

—Eso es punto menos que imposible. Como usted sabrá perfectamente, nuestros buques, cuando salen de la bahía, navegan lejos de la costa, por el peligro que ofrece el acercarse a ella.

—Sin embargo —insistió Felipe—, le he visto y he hablado con él.

—Lo creo puesto que usted lo afirma; tal vez haría señales a algún buque que lo recogería en el mismo lugar del naufragio. Si se hubiera internado, los indígenas le habrían dado muerte, porque los cafres son muy crueles.

La noticia de que Schriften no había estado en El Cabo, dejó a Vanderdecken profundamente pensativo, confirmándole en su creencia de que aquel hombre tenía algo de sobrenatural. Lo que le manifestó el colono era una prueba más.

Dos meses después, durante los cuales los náufragos fueron tratados bondadosamente, ancló en la bahía un pequeño brick, llamado Guillermina, para proveerse de víveres; venía fletado por la Compañía con carga para Ámsterdam, y tuvo que recibir a su bordo a los náufragos, excepto al capitán Barentz, que rehusó, diciendo;

—¿Para qué he de ir a Holanda, si no tengo a nadie allí? Mi único amor en el mundo era mi Vrow Katerina, que era para mí esposa, familia y todo: se ha perdido, jamás volveré a embarcarme. Mis ilusiones reposan con mi buque, en el fondo del mar y aquí me quedo para serle fiel. Mi tumba estará junto a la suya. No la olvidaré nunca, la guardaré luto y, cuando muera, se encontrará grabado en mi corazón su nombre adorado. Suplico a usted, Vanderdecken, que me envíe con la primera escuadra lo poco que poseo en Ámsterdam.

Felipe se despidió de él estrechándole la mano, y prometiéndole que el primer buque que saliera le traería su pequeña fortuna convertida en objetos y herramientas útiles para un colono; y, al poco tiempo, la Guillermina abandonaba las tranquilas aguas de la bahía, impelida por una brisa suave.

XVIII

Abandonemos a los náufragos y trasladémonos con el lector a Terneuse, residencia de Amina, la esposa amante de Felipe Vanderdecken.

En el momento que volvemos a encontrarla, estaba sentada en el banco rústico en que, antes de haberse ausentado Felipe, solía conversar con él.

Está sumamente pensativa, con los ojos bajos, y como si quisiera recordar el pasado.

—¡Cuánto daría —exclamó—, por tener el poder de mi madre! La incertidumbre me mata y la presencia de estos dos curas me aburre.

Y levantándose del banco, se encaminó a su casa.

El padre Matías continuaba hospedado en casa de Felipe, pues creyendo, de este modo, pagar mejor su deuda de gratitud permanecía al lado de Amina, a quien cada día inspiraban mayor aversión los preceptos del cristianismo. Tanto él como el padre Leysen, la exhortaban con frecuencia, pero unas veces les escuchaba sin replicar y otras discutía con ellos atrevidamente. La insistencia con que Amina se negaba a convertirse, era para aquellos dignos sacerdotes tan imperdonable como incomprensible.

En cuanto a Amina, el caso era distinto; rehusaba dar crédito a lo que para su razón resultaba un enigma. Reconocía la excelencia de los principios y la pureza de la doctrina; pero, cuando los padres le explicaban los Artículos de la Fe, hacía gestos de impaciencia y variaba la conversación. Esto acrecentaba el deseo del padre Matías de salvar y convertir aquella alma tan digna del Cielo, y, olvidando el regreso a Lisboa, se dedicó fervorosamente a instruirla. Amina, molestanda con tantas lecciones de religión, casi llegó a aborrecerle.

La joven sabía que su madre había poseído conocimientos superiores que le permitieron relacionarse con los espíritus infernales. La había visto con frecuencia practicar su arte; pero no lograba recordar las preparaciones místicas de que se valía en sus encantos; y cuanto mayores eran sus deseos de averiguar lo que tenía olvidado; cuanto más ansiosamente pretendía utilizar estos medios sobrenaturales para descubrir el secreto que encerraba el sombrío porvenir de su esposo, más la exhortaba el padre Matías a convertirse a una religión que prohibía aquellas prácticas abominables. Así es que los argumentos de los dignos representantes de Jesucristo no hicieron mella en un alma del temple de la de Amina, que, obstinada y ciega, había decidido proseguir por el camino emprendido.

—¡Cuánto daría por tener el poder de mi madre! —repitió al llegar a su casa—. Podría saber dónde está ahora Felipe. ¡Oh! ¡Quién poseyera el espejo negro en que mi madre me hacía mirar para referirle luego lo que veía! ¡Qué bien recuerdo aquellos tiempos en los cuales, durante las ausencias de mi padre, veía retratados en un líquido negruzco que tenía en la palma de la mano el campamento de los beduinos, las escaramuzas, los caballos que galopaban sin jinete y los turbantes que rodaban sobre la arena del desierto! Sí, madre mía —gritó Amina después de una pausa—; tú puedes venir en mi ayuda; revélame el secreto aunque sea en un sueño, tu hija te lo ruega. La palabra,

¿cuál era la palabra? ¿Cómo se llama el espíritu? ¿Turshoou?... Sí, sí, éste creo que es su nombre. ¡Madre mía, ayuda a tu hija!

—¿Invocas a la Virgen, Amina? —preguntóle el padre Matías, que oyó pronunciar a la joven sus últimas palabras al entrar él en el aposento—. Si así lo haces se te aparecerá en sueños y te fortalecerá.

—Invocaba a mi propia madre, que está en el reino de los espíritus —replicó Amina.

—Pero no en la mansión de los bienaventurados, hija mía, porque era una infiel.

—¿Cómo es posible que Dios la haya castigado por seguir la fe de sus padres, viviendo en un país donde no se conocía otra religión? —objetó Amina fuera de sí—. ¿No asegura usted que los que son buenos en esta vida reciben el premio de sus acciones en la otra? ¿No afirma usted que mi madre tenía, como las demás criaturas, un espíritu inmortal? En ese caso, siendo Dios justo, ¿cómo ha de haber condenado su alma al fuego eterno porque adoraba lo que adoraron sus padres? ¿Cómo ha podido hacerla responsable de ignorar una religión de que nadie le habló jamás?

—Los designios del Sumo Hacedor son inescrutables, hija mía; agrádecele que te haya permitido aprender su doctrina y ser recibida en el seno de su santa Iglesia.

—Le doy gracias por otras mercedes —repuso Amina— pero es tarde y deseo descansar.

La joven se retiró a su aposento, aunque no tenía el propósito de acostarse todavía.

Ya en él, repitió por centésima vez las ceremonias que hacía su madre para invocar a los espíritus, con el mismo resultado negativo de siempre. Encendió el brasero, y pronto el humo que despedían las hierbas al quemarse llenó todos los ámbitos de la alcoba.

—¡La segunda palabra, la segunda; ya recuerdo la primera! ¡Ayúdame, madre mía! Es inútil —añadió en seguida—; conozco que lo he olvidado completamente.

El humo comenzaba a desaparecer, cuando, alzando Amina los ojos, vio una figura delante de ella. Primero creyó que el encanto había producido efecto; pero, cuando los objetos se hicieron más perceptibles, conoció al padre Matías, que cruzado de brazos la miraba con severidad.

—¿Qué estabas haciendo, desgraciada?

La extraña conducta de Amina había despertado las sospechas de ambos sacerdotes que la vigilaban. El olor de las hierbas quemadas en el brasero, y el humo que, saliendo por los intersticios de la puerta, había llenado toda la casa, despertaron la atención del padre Matías, quien, subiendo con todo género de precauciones, pudo entrar en la alcoba sin ser visto. A la primera ojeada comprendió Amina la situación peligrosa en que se encontraba; si hubiese sido soltera, la habría arrojado, pero por el amor de Felipe, intentó engañar al importuno visitante.

—No estoy haciendo ningún mal —repuso con la mayor naturalidad que le fue posible—, y no me parece bien que entre usted a estas horas en la alcoba de una joven durante la ausencia de su esposo. Su visita sigilosa y repentina no tiene justificación.

—Esas son excusas que carecen de fundamento, puesto que mi edad y mi profesión garantizan sobradamente mis actos —replicó el interpelado algo confuso.

—No siempre, padre, si es verdad lo que refieren de algunos frailes —repuso la joven

— ¿Por qué ha entrado usted en la habitación de una mujer joven a estas horas?

— Por convencerme de que practicas la hechicería.

— ¡La hechicería! ¿Qué quiere usted decir? ¿Está acaso prohibida la medicina?. ¿Es pecado prestar auxilio a los que sufren y calmar los dolores y la fiebre que atormentan a los desdichados que residen en este país tan poco saludable?

— Todos los sortilegios están prohibidos por la Iglesia.

— Buscaba un medicamento compuesto de hierbas combinadas en determinadas proporciones conocidas por mi madre. Si esto no es honesto, tiene usted razón cuando me llama hechicera.

— Has invocado el espíritu de tu madre...

— Ciertamente, porque se me han olvidado los ingredientes y ella los conocía muy bien. ¿Qué mal hay en ello?

— ¿Buscabas, pues, un remedio? Creía todo lo contrario.

— ¿Qué esperaba usted encontrar? Mire esas cenizas, padre, mezcladas con aceite; si con ellas se frotan los miembros, heridos, se obtienen resultados maravillosos. No se asuste, ¿Teme que se levante algún fantasma, algún espíritu como aquel que se apareció al rey de Israel? —y Amina soltó la carcajada.

— Estoy confuso, pero no convencido —replicó el sacerdote.

— Lo mismo me ocurre a mí —dijo Amina irónicamente—. No comprendo que una persona del talento de usted pueda creer que sea malo quemar hierbas secas, ni me convenzo de que esto haya motivado su visita intempestiva. Quizá los encantos naturales le interesen más que los que usted califica de sobrenaturales. Salga usted en seguida de aquí, y si vuelve a poner los pies en este aposento abandonaré la casa. Tenía formado mejor concepto de usted. En lo sucesivo no volveré a quedarme sola.

Este ataque a la reputación del anciano era muy severo, y el padre Matías salió en el acto de la alcoba diciendo:

— ¡Dios te perdone tan falsas e injustas sospechas como te perdono yo! Solamente he venido aquí por las razones expuestas.

— Creo cuanto dices —murmuró Amina al cerrar la puerta—, pero eres un importuno que me estás molestando más de lo que puedo tolerar. No permito que nadie me espíe ni que se mezcle en mis asuntos. Has cometido una imprudencia y sabré aprovecharme de ella. El aposento de una mujer casada debe ser sagrado para los ministros de la religión.

Amina abrió nuevamente la puerta, y después de quitar el brasero, llamó a la sirvienta, a quien refirió en voz alta que el sacerdote había intentado introducirse en su alcoba.

— ¿Es posible? —exclamó la criada llena de estupefacción.

Amina acostóse sin replicar; pero el padre Matías lo había escuchado todo.

A la mañana siguiente fue a visitar al párroco y le refirió lo ocurrido y las falsas sospechas de Amina.

— Ha procedido usted con demasiada ligereza entrando en la alcoba de una mujer a tales horas de la noche —replicó el padre Leysen.

—Sospechaba, amigo mío.

—Y ella sospecharía también. Es joven y hermosa.

—Juro a usted por lo más sagrado, que mi intención...

—Indudablemente ha sido buena —interrumpió el párroco—; pero no evitará el escándalo ni las sospechas.

Y así ocurrió efectivamente porque la fámula contó en todas partes la aventura, y el padre Matías, al verse tratado con frialdad hasta por sus amigos, se marchó a Lisboa, disgustado consigo mismo por su imperdonable imprudencia; pero más ofendido aún con Amina por haberse permitido ésta sospechar de su honradez.

XIX

Sano del cuerpo y enfermo del alma, desembarcó Felipe en Ámsterdam, desde donde prosiguió su viaje a Terneuse, encontrando a Amina buena y contenta. Los directores de la Compañía quedaron sumamente complacidos de su conducta, y le nombraron capitán de un buque que debía salir para la India en la primavera. La tercera parte de la propiedad de dicho buque fue comprada por Felipe, conforme se había convenido con anterioridad, con los fondos que tenía en poder de la Compañía. Disponía de cinco meses de tiempo, que empleó en hacer los preparativos necesarios para recibir a su esposa a bordo.

Amina refirió a su esposo lo ocurrido con el padre Matías y el pretexto de que se había valido para alejarlo.

—¿Y practicabas, realmente, los sortilegios de tu madre?

—Intentaba recordarlos, cuando fui interrumpida.

—No vuelvas a hacerlo, Amina; el buen sacerdote hacía bien prohibiéndotelo. Prométeme que no volverás a ocuparte en ello en lo sucesivo.

—Si mis hechicerías no son buenas, menos debe serlo el empeño en que andas metido, y al que tú llamas un deber. ¿No te relacionas con los espíritus? ¿Qué hay, por lo tanto, de particular en que yo los invoque? Abandona tu misión y abandonaré mis encantamientos. No vuelvas a separarte de mí y dejaré las hechicerías para siempre.

—No es el mismo caso, puesto que obro por mandato del mismo Dios.

—¿Y te permite comunicarte con espíritus del otro mundo?

—Sin duda alguna.

—¿Entonces, por qué ha de prohibírmelo a mí? El padre Matías afirmaba que no se mueve una sola hoja del árbol sin la voluntad divina.

—Así es en efecto; pero no olvides que, aunque Dios tolera el mal en la tierra, no lo patrocina.

—A ti no sólo te permite Dios que busques a tu condenado padre, sino que te manda hacerlo así. Yo soy tu esposa, una parte de ti mismo; cuando, durante tus ausencias, me quedo abandona, ¿por qué no he de acudir al mundo inmaterial para saber algo que disipe mi tristeza y regocije mi corazón, si con ello no ocasiono el menor daño?

—Pero eso lo prohíbe nuestra religión, Amina.

—¿Han declarado acaso los sacerdotes que tu misión es pecado? ¿se opone a ello la fe? ¿Pero a qué disputar, mi querido Felipe? Mientras permanezca a tu lado, no renovaré mis tentativas lo prometo; pero si vuelves a dejarme sola, preguntaré a lo invisible, dónde te encuentras tú, que también buscas lo mismo.

El invierno fue feliz y tranquilo para los dos jóvenes; llegó la primavera, y como el buque debía ser equipado en seguida, ambos esposos marcharon a Ámsterdam.

El Utrecht era un navío de 400 toneladas, de reciente construcción, que montaba veinticuatro cañones. Felipe presenció la operación de la carga, ayudado por Krantz, que era el segundo de a bordo. Preparóse para Amina una magnífica cámara sumamente cómoda y diéronse a la vela en el mes de mayo, con orden de detenerse en Gambroon y

Ceilán, atravesar el estrecho de Sumatra, y dirigirse al mar de la China, en donde, si se confirmaban los temores de la Compañía, los portugueses les resistirían tenazmente. Esta era la causa de que llevase el buque una tripulación numerosa, un destacamento de tropa, y muchos miles de duros para hacer compras en los puertos chinos. Felipe mandaba, por consiguiente, el buque más hermoso y mejor tripulado que hasta entonces había enviado la Compañía a los mares índicos.

El Utrecht atravesó pronto el Canal de la Mancha y continuó con buen viento aquel viaje, comenzado con auspicios favorables, hasta que pocas millas antes de llegar al Cabo, sobrevino por primera vez la calma. Amina estaba encantada; todas las noches paseaba un rato sobre cubierta con Felipe, admirando las constelaciones australes que brillaban sobre sus cabezas, o escuchando el suave murmullo de las olas que batían los costados del buque, y el suspiro de la brisa que gemía entre las cuerdas del aparejo.

—¿Qué destino será el de esas estrellas, que no pueden admirar los habitantes de las regiones del Norte? —preguntó Amina contemplando embelesada la bóveda celeste—. ¿Qué significará aquel meteoro que cae? ¿Cuál será la causa de que descienda del cielo con tanta velocidad?

—¿Crees en las estrellas?

—Todos los árabes creemos en ellas. Si con su luz nos alumbran la tierra, ¿qué papel desempeñan en el firmamento?

—Embellecerlo; pero no es ésa su sola misión.

—También predicen los destinos humanos. Mi madre leía en ellas con extraordinaria facilidad, pero, para mí, son un libro cerrado.

—Prefiero que así sea, Amina.

—¿Te parece mejor arrastrarte por este mundo miserable, lleno de misterio y de duda, pudiendo iluminar tu mente la ciencia de lo sobrenatural? ¿No salta de gozo el corazón que late en el pecho de una persona superior a las demás? ¿Crees que es innoble esta aspiración?

—Es, por lo menos, muy peligrosa.

—Pero... ¿reconoces la superioridad de quien puede leer el porvenir de las criaturas?

—Desde el momento que no es una facultad común a todos los mortales...

—Perfectamente —interrumpió Amina—; aquella estrella brillante parece que me mira y desea hablarme. Allí está mi destino.

Amina permaneció un rato extasiada, y Felipe la dejó meditar. Al fin se apoyó en el filarete, para contemplar la superficie del mar, en la cual rielaba la pálida luz de la luna.

—¿No has pensado nunca en esos seres que viven bajo las crueles ondas, entre los bancos de coral, y cuyos cabellos van trenzados con multitud de perlas? —preguntó Felipe sonriendo.

—Me agradaría vivir con ellos. En una ocasión tú soñaste que era yo uno de esos seres.

—Cierto —repuso Felipe pensativo— Y, sin embargo, el agua me rechazaría si naufragara el buque en que navegamos. Es imposible predecir dónde me ha de sorprender la muerte; pero abrigo el presentimiento de que mi cuerpo no será jamás juguete de las

olas... Pero retirémonos, Felipe; es tarde y el rocío de la noche es perjudicial para la salud.

Al amanecer el vigía gritó desde la cofa que había a sotavento un objeto flotando en la tranquila superficie del mar. Krantz, que estaba de guardia, examinóle con el antejo, y vio que era un pequeño bote. Como no hacía viento alguno, Felipe dispuso que fuera otro bote a reconocerlo, regresando los expedicionarios al poco rato trayendo a remolque a la pequeña embarcación.

Tan pronto como pisó la cubierta, el primer contramaestre dijo a Krantz:

—Señor, hemos encontrado el cuerpo de un hombre que yacía en el fondo del bote, pero no sabemos si está muerto o vivo.

Krantz comunicó el suceso a Felipe, que en aquel momento estaba almorzando con Amina en la cámara, y los tres subieron a cubierta donde encontraron el cuerpo que había sido izado a bordo por los marineros. El médico declaró que aquel hombre no estaba muerto, y, al conducirlo a la enfermería, vieron, llenos de admiración, que el que al principio se había tomado por un cadáver se incorporaba y ponía de pie sin ayuda de nadie.

El desconocido declaró que pertenecía a la dotación de un buque que había hecho zozobrar una ráfaga, teniendo él apenas tiempo para salvarse en el bote, pues los demás tripulantes habían perecido. Al verle el rostro, Felipe, exhaló un grito. ¡Aquel hombre era su antiguo conocido Schriften!

—¡Eh! ¡Eh! Señor Vanderdecken, celebro que haya usted ascendido a capitán, y me alegro también de ver a usted buena, señorita.

Un sudor frío perló la frente de Felipe, el cual se apartó del grupo. Amina contempló al naufrago con ojos centelleantes, y bajó a la cámara, en donde encontró a su marido con el rostro escondido entre las manos.

—¡Valor, esposo mío, valor! —dijo Amina—; el encuentro de este hombre puede ser un funesto augurio; pero, ¿qué importa? ¿no es ése acaso nuestro destino?

—El mío sí, pero no el tuyo —replicó Felipe levantando la cabeza—; ¿por qué has de sufrir tú los rigores de mi triste suerte?

—Mi deber de esposa es compartir contigo la vida y la muerte. Creo que moriré después que tú; pero, cuando expires, iré pronto a reunirme con tu espíritu en las regiones de la inmortalidad.

—Tú no puedes, sin embargo, darte muerte.

—Este puñal se encargará de ello.

—No, Amina, Dios prohíbe el suicidio y la Iglesia lo condena.

—¿Y qué me importa? Nací sin pretenderlo y puedo morir sin pedir permiso a nadie. Pero dejemos esta conversación, Felipe. ¿Qué piensas hacer con Schriften?

—Le desembarcaré en El Cabo, pues su presencia me es insoportable. ¿No sentías tú cierto estremecimiento al acercarte a él?

—Ciertamente; y, sin embargo, no creo que hagas bien arrojándolo del buque.

—¿Por qué no?

—Porque debemos arrostrar el destino, sin acobardarnos. El pobre diablo es, además, inofensivo.

—Tú no le has visto intentando sublevar la tripulación. En una ocasión trató de robarme la reliquia.

—Ojalá lo hubiera conseguido, porque, en ese caso, no habrías vuelto a embarcarte.

—No digas eso, Amina; he jurado solemnemente hacer todo lo posible por salvar a mi padre.

—Pues a Schriften no puedes dejarle en El Cabo, porque, como es oficial de la Compañía, tienes el deber de enviarlo a Holanda en un buque de la misma; sin embargo, creo preferible que dejes obrar al destino. Valor, Felipe, permítele que continúe a bordo.

—Puede ser que tengas razón, Amina, nadie puede impedir que se cumpla lo escrito.

—Sí, y que haga lo que quiera. Trátale bondadosamente, ¿quién sabe lo que conseguiremos procediendo de ese modo?

—Perfectamente, seguiré tus consejos. Hasta ahora ha sido mi enemigo; quizá se convierta en amigo.

—Y experimentarás la satisfacción del deber cumplido. Manda que lo llamen.

—Mañana; ahora voy a disponer que le proporcionen cuanto necesite.

—Hablamos de él como si fuera un semejante nuestro, cosa que dudo —replicó Amina—; pero, sea mortal o no, agasajémosle cuanto nos sea posible. Deseo hablar con él y ver si le produzco algún efecto. ¿Le hago el amor, Felipe? —y Amina soltó una alegre carcajada.

A la mañana siguiente el médico manifestó que Schriften parecía estar completamente restablecido, por lo cual, dispuso Felipe que bajara a la cámara. El piloto estaba tan flaco que semejaba un esqueleto, pero su lenguaje y maneras eran tan arrogantes y atrevidas como siempre.

—Le he llamado, Schriften, para saber si necesita usted alguna cosa.

—Sólo necesito reponerme un poco.

—Eso lo conseguiré pronto; ya he dado órdenes para que le cuiden bien.

—¡Pobre hombre —exclamó Amina con lástima—, cuánto debe haber sufrido! ¿Es usted quien llevó a Felipe la carta de la Compañía?

—Sí, señora; y por cierto que no me dispensaron ustedes muy buen recibimiento.

—Está usted equivocado, amigo mío. Ninguna esposa recibe con alegría un mensaje que obliga a su marido a separarse de ella. Pero reconozco que usted no era el responsable de ello.

—¿Y si el marido se obstina en abandonar voluntariamente a su esposa, teniendo, según dicen, una gran fortuna con que pasar la vida felizmente?

—Entonces tendría usted razón —contestó Amina.

—Es necesario poner término a este viaje al menos —dijo Felipe—; luego se verá lo que he de hacer más tarde. Hemos sufrido mucho ambos, Schriften. ¿Qué prefiere usted, desembarcar en El Cabo, volver a Holanda en el primer buque que encontremos o venir conmigo en calidad de piloto y participar de mi suerte?

—Prefiero acompañarle, señor Vanderdecken; deseo estar siempre a su lado, ¡eh!

—Sea como guste. Tan pronto como se restablezca por completo, empezará a prestar servicio a bordo; hasta entonces, procuraré que no le falte nada.

—Y yo también, amigo mío —añadió Amina—. Ha sufrido usted mucho; pero me encargo de hacérselo olvidar, si es posible, con mis consuelos.

—Gracias, es usted muy buena, señora —replicó Schriften mirando a Amina cariñosamente. Después, agregó estremeciéndose—: ¡Qué lástima! ¡tan bella! Sin embargo, es inevitable.

—Adiós —dijo Amina tendiéndole la mano, que Schriften se apresuró a estrechar murmurando:

—Dios la bendiga, señora.

Y salió en seguida de la cámara.

El contacto de la huesosa mano del piloto impresionó de tal modo a Amina, que tuvo que sentarse en el sofá, casi desfallecida. Cuando se hubo tranquilizado, dijo a Felipe:

—Estoy plenamente convencida de que Schriften es un hombre sobrenatural. Tanto mejor —añadió después de una breve pausa—, es preciso que sea nuestro amigo y procuraré conseguirlo.

—¿Y crees tú, Amina, que los hombres sobrenaturales abrigan sentimientos de bondad, gratitud y cariño, como nosotros?

—Sin duda alguna; si pueden aborrecer, como te consta perfectamente, también pueden amar. Por eso deseaba yo poseer el arte de mi madre, con objeto de tener a todos estos espíritus a mi disposición para que me sirvieran mientras los necesitara.

—Te ruego que no te ocupes más en ello, Amina ¡sabes bien que es cosa prohibida!

La joven guardó silencio, y Felipe, después de pasear un rato por la cámara, subió a cubierta.

El Utrecht llegó, al fin, al Cabo, hizo la aguada, y, prosiguiendo su viaje, fondeó en Gambroon a los dos meses. Durante este tiempo había Amina hecho todo lo posible por conquistar el aprecio de Schriften. Conversaba frecuentemente con él, le prodigaba sus bondades y hasta logró vencer la repugnancia que le inspiraba el piloto. Éste, por su parte, fue mostrándose poco a poco agradecido y a mostrar complacencia en conservar con Amina. A veces, era atento con Felipe; con su esposa siempre. Hacía uso de palabras de doble sentido y jamás omitía la interjección ¡eh! para terminar las frases.

Una tarde, encontrándose el Utrecht fondeado en Gambroon, dijo a Amina, que permanecía sentada en la popa.

—¿Ve usted ese buque que hay a nuestro lado, señora? Dentro de unos días parte para Holanda.

—Ya lo sé —contestó la joven.

—¿Quiere usted seguir el consejo de uno que la quiere bien? Embárguese en esa fragata, y regrese a Terneuse y espere allí a su marido.

—¿Y qué gano con eso?

—Evitarse mil peligros y acaso la muerte.

—¡Yo! —exclamó Amina mirando a Schriften con extraordinaria fijeza.

—Usted. Algunas personas pueden leer en el porvenir.

—En ese caso no será usted persona humana.

—Quienquiera que sea, le pronostico un sombrío porvenir.

— ¿Y quién puede evitarlo? Siga o no su consejo, tiene que cumplirse mi destino.

— Es cierto; pero... de todos modos, huya usted del peligro que le amenaza.

— Muchas gracias, lo arrostraré. Dígame, Schriften, ¿hay algo de común entre el destino de usted y el de Felipe? Para mí es cosa indudable.

— ¿Por qué?

— Por muchas razones. Dos veces le ha llevado usted la orden de embarque. Dos veces ha naufragado usted y otras dos se ha salvado casi milagrosamente. Además, estoy convencida de que conoce usted la misión de mi esposo.

— Eso no prueba nada.

— Prueba mucho; en primer lugar, que usted sabe lo que Felipe suponía que ignoraban todos.

— ¿No se lo ha referido a usted? ¿No consultó, además, el caso con dos sacerdotes? — dijo Schriften sonriéndose burlonamente.

— ¿Quién le ha enterado a usted de eso?

— ¡Eh, eh! —replicó el piloto—. Perdóneme usted, señora, no quiero molestarla.

— ¿Entonces está usted ligado misteriosa e incomprensiblemente con el destino de mi marido? Y dígame, ¿no le parece que su misión es santa y buena?

— Santa y buena es en efecto.

— En ese caso, ¿por qué es usted enemigo suyo?

— No lo soy, señora.

— ¿No? ¿Por qué pretendió usted en una ocasión apoderarse de la reliquia que lleva al cuello?

— Por razones que no puedo revelar; pero esto no prueba que me inspire aversión. ¿No era mejor para él vivir con usted en Terneuse, que navegar constantemente en busca de un espíritu? Sin la reliquia no podía encontrarle; hubiera hecho, pues, una acción meritoria arrebatándole el relicario.

Amina no contestó; habíase quedado profundamente pensativa.

— Señora —continuó Schriften después de una breve pausa—, deseo a usted la felicidad. Su marido me es indiferente. Ahora escúcheme: Si desea vivir en lo sucesivo feliz y tranquila junto al esposo que le ha inspirado el primer amor; si desea verle morir en su cama después de una larga vida, rodeada de sus hijos y de usted, quítele la reliquia y entréguemela; leo el porvenir y lo que digo es la verdad. Si la reliquia continúa en su poder, entonces sufrirá angustias infinitas, pasará toda la vida dudando y, por último, recibirán su cadáver las azules ondas. Usted también sufrirá mucho y concluirá sus días en un término no muy lejano en medio de los más atroces tormentos. Piense en lo que acabo de manifestarle y mañana me comunicará lo que haya resuelto.

Schriften separóse de Amina, quien permaneció largo rato pensando en las revelaciones hechas por aquel hombre cuya existencia estaba más o menos estrechamente ligada con el destino de Felipe.

— Dice que se interesa por mi felicidad, que no aborrece a mi marido y, sin embargo, le pone obstáculos y trata de impedir que busque a su padre. ¡Cuán fácil sería para mí quitarle la reliquia! pero esto sería una traición indigna. Este hombre singular me ofrece en

cambio lo que más puede apetecer una buena esposa: salud, bienestar, larga vida y numerosa familia; en el caso contrario, trabajos, sufrimientos, y la muerte. Me importa poco cuanto a mí se refiere; pero no quiero que Felipe sufra. ¡Si lograra convencerle!... No; le conozco bien y sé que cumplirá su juramento. ¿Debo engañarle? Sería abusar de la confianza que tiene depositada en mí. De ningún modo. Arrostraremos nuestra suerte, cualquiera que sea. ¡Ojalá Schriften no hubiera dicho una palabra!

—¿Por qué estás tan pensativa, Amina? —preguntó Felipe, acercándose poco tiempo después a donde la joven se había sentado.

Ésta refirióle lo que acababa de ocurrirle con Schriften.

—¿Y qué piensas de todo esto, esposa mía? —preguntó Felipe, cuando aquélla hubo concluido de hablar.

—Jamás te robaré la reliquia, Felipe; pero debes dármela.

—¿Y mi pobre padre, Amina? ¿Va a ser su castigo eterno? ¿Ese hombre no te ha convencido de que mi misión es santa? ¿Por qué querrá impedirme su desempeño?. —añadió Vanderdecken.

—Lo ignoro, pero es indudable que sabe leer el porvenir de las criaturas humanas.

—Si es así, no ha hablado con claridad. Me augura lo que hace mucho tiempo estoy dispuesto a sufrir. Para mí es el mundo una tierra de peregrinación y espero mi recompensa en el otro. Pero tú, Amina, no has hecho juramento alguno; tú a nada estás obligada. Él te rogó que volvieses a Holanda, te habló de una muerte horrible... Sigue su consejo.

—Si hasta hoy no hice juramento alguno, Felipe, lo hago ahora por...

—No jures nada, Amina.

—Puedes impedirme que jure ahora, pero no cuando esté sola. Prometo no abandonarte mientras me sea posible permanecer a tu lado. Soy tu esposa; te pertenezco, y mi fortuna, mi presencia, mi porvenir, mi todo son tuyos. Me conformo con mi suerte, cualquiera que ella sea. Tengo un corazón que no teme a los sufrimientos ni al peligro. En este concepto, Felipe, has elegido una esposa digna.

Vanderdecken besó en silencio la mano de su esposa, poniendo término a la conversación.

Al día siguiente, Schriften, presentóse a Amina y le preguntó:

—¿Qué ha resuelto, señora?

—No es posible —replicó la interpelada—; le agradezco mucho, sin embargo, el interés que le inspiro.

—¿Pero usted no vuelve siquiera a Holanda?

—Schriften, soy esposa de Felipe para siempre, en este mundo y en el otro. No me censure, por consiguiente.

—Por lo contrario, señora, la admiro y la compadezco. Pero, en último caso, ¿qué es la muerte? Nada. ¡Eh! ¡eh!

Y, dicho esto, alejóse Schriften, dejando a Amina sumamente pensativa.

XX

El Utrecht abandonó a GAMBROON, luego tocó en Ceilán y prosiguió su viaje por los mares de Oriente. Schriften seguía a bordo, pero desde su última conversación con Amina permanecía retraído, procurando evitar la presencia de ambos esposos, aunque sin hacer tentativa alguna para sublevar a la tripulación, ni mostrarse tan mordaz y sarcástico como hasta entonces había sido. Amina y Felipe estaban más tristes, pero se ocultaban mutuamente su melancolía; este cambio no pasó inadvertido para Krantz, aunque no comprendía la causa de él. El buque, entretanto, había llegado cerca de las islas de Andaman, y Krantz, después de mirar el barómetro una mañana, llamó a Felipe.

—Se avecina un tifón —dijo—; el tiempo y el barómetro están amenazadores.

—Entonces hay necesidad de aliviar la arboladura. Disponga usted que se arríen las velas de juanete y sobrejuanete mientras me visto. Después se calarán todos los masteleros.

Cinco minutos después estaba Felipe sobre cubierta. Encontró la mar tranquila, pero el lejano rumor del viento indicaba claramente que se aproximaba la tempestad. El vacío del aire al llenarse debía producir una convulsión terrible, y en el horizonte una niebla blanquecina iba espesándose cada vez más. Pocos momentos después, ya había la tripulación arriado las vergas de las velas superiores y sus masteleros; todos los objetos de peso trasladáronse a la bodega y los cañones fueron asegurados fuertemente. Sobrevino entonces la primera ráfaga de viento, que inclinó al buque sobre su costado durante un minuto; después otra y otra, más violentas que la primera. La mar, aunque llana, estaba cubierta de espuma y el tifón continuaba barriéndolo todo en su impetuosa carrera; un cuarto de hora más tarde, el huracán había pasado, pero la mar quedó muy picada y el viento soplaba furiosamente. Transcurrió otra hora; volvieron las ráfagas; inmensas olas se estrellaban a prodigiosa altura, y al buque le fue muy penoso defenderse hasta que la borrasca hubo pasado, sembrando en su camino la destrucción.

—Todo ha concluido —dijo Krantz—. El horizonte se despeja ya.

—Creo lo mismo —contestó Felipe.

—Pero falta lo peor, capitán —dijo una voz cerca de ellos.

Era Schriften el que hablaba.

—¡Un buque a babor, corriendo el temporal! —gritó Krantz.

Felipe miró en la dirección que se le señalaba, y, a través de la bruma, distinguió un buque que a toda vela se aproximaba a ellos.

—Es una embarcación grande —exclamó—; tráiganme el anteojo.

Pero antes de poder hacer uso del instrumento, la niebla volvió a ocultar al buque.

—Hay necesidad de vigilar a ese barco —añadió Felipe, cerrando el anteojo—, pues podría estrellarse contra el nuestro.

Momentos después volvió a soplar el tifón, quedando la atmósfera en absoluta obscuridad, hasta el extremo de que sólo se distinguía la blanca espuma del mar en una distancia de medio cable. El vendaval destrozó entonces las velas de estay, cuyos jirones

azotaban las vergas con un ruido mayor aún que el de la tempestad. Al fin, se serenó algún tanto el tiempo y aclaró un poco la bruma.

—¡Un buque cerca del nuestro por la amura de babor! —gritó uno de los marineros.

Krantz y Felipe vieron en efecto una gran fragata que venía recta hacia el Utrecht, del que sólo la separaba una distancia de tres cables.

—¡Cierra timón a la banda! ¡no nos ha visto y nos va a abordar! —gritó Felipe.

Hízose la maniobra; pero, como el viento había dejado al Utrecht sin foques, éste no gobernaba.

¡Ah del barco! —rugió Felipe con la bocina; pero el otro buque no cambió su rumbo.

¡Ah del barco! —repitió Krantz, encaramado sobre la borda, y agitando el sombrero.

Todo inútil; la fragata continuaba avanzando; veíase la espuma saltar bajo su estamenara, y pronto estuvo a un tiro de pistola.

—¡Ah del barco! —gritaron los marineros con una voz que debió dominar todos los ruidos; pero tampoco fueron, oídos.

La fragata se precipitaba siempre sobre ellos, y sólo distaba ya su tajamar unos ocho metros del Utrecht. La tripulación, creyendo ya inminente el naufragio, dispúsose a asir los cabos del bauprés del otro buque en el momento del choque. Amina, sorprendida por aquellos gritos, había subido a cubierta agarrándose al brazo de su esposo.

—No te separes de mí —dijo Felipe.

No pudo decir más; el tajamar de la fragata tocó en aquel momento los costados del Utrecht y todos sus tripulantes, espantados, preparáronse para asirse a la jarcia del bauprés del buque desconocido; pero sólo encontraron el vacío, la nada. No hubo choque; la fragata parecía atravesar el casco del Utrecht en silencio, sin fracturar tablones, sin derribar los mástiles; y lenta, suavemente, como si aserrara con su cortante proa el costado del otro buque.

—Amina —gritó al fin Felipe—; ¡el Buque Fantasma! ¡Mi padre!

La tripulación del Utrecht, sobrecogida de espanto, huyó, unos a sus coyotes, otros a implorar el auxilio divino. Amina, que era la que más tranquila estaba a bordo, sin exceptuar a su marido, observó con calma cómo se deslizaba el Buque Fantasma; vio a sus marineros apoyados negligentemente sobre el filarete, cual si se burlaran del daño que acababan de ocasionar, y en la popa, con la bocina debajo del brazo, a un hombre, que era la imagen viva de Felipe; su misma estatura, sus mismas facciones, y, en apariencia, hasta su misma edad. Era indudable que tenía ante sus ojos al desdichado Guillermo Vanderdecken.

¡Mira, Felipe —exclamó—, mira a tu padre!

¡Dios mío, él es!

Y, dicho esto, cayó Felipe desmayado sobre cubierta.

Mientras tanto, el Buque Fantasma había atravesado al Utrecht; pero en la popa permanecía inmóvil su capitán, el cual se estremeció de pronto y desapareció.

Al volver la cabeza Amina, vio detrás de sí al piloto Schriften con los puños cerrados, en actitud de desafío a aquel ser sobrenatural. El Buque Fantasma volvió a desaparecer entre la bruma, y Amina comprendió entonces la situación de su marido, que permanecía

insensible. Nadie había a bordo que pudiera moverse, por cuya razón la joven hizo una seña a Schriften, y entre ambos trasladaron a Felipe a la cámara, y lo depositaron en uno de los divanes.

XXI

—¡Al fin he visto a mi padre, Amina! ¿Puedes ponerlo en duda? —fueron las primeras palabras que pronunció Felipe, cuando hubo recobrado el conocimiento.

—No, Felipe, ya es indudable; pero debes revestirte ahora de todo tu valor.

—No temo por mí, pero sí por ti, Amina; bien sabes que la aparición de ese buque es presagio siempre de numerosas desgracias.

—Vengan en hora buena —contestó la joven completamente tranquila—. Ambos estamos preparados a sufrirlas. Te has salvado ya de varios naufragios; ¿por qué no me ha de ocurrir a mí lo mismo?

—¿Y los padecimientos que ocasionan?

—Los valientes resisten mejor los contratiempos que los cobardes. Soy una débil mujer, pero nunca te avergonzarás de tu Amina. No, Felipe, jamás me quejaré de nada; si puedo, te consolaré; si puedo te ayudaré, y si no logro prestarte ningún servicio, al menos tampoco seré para ti un estorbo.

—Teniéndote a mi lado, los peligros me acobardarían, Amina.

—Por lo contrario, te alentarán. Cúmplase el destino, y entretanto sube a cubierta, pues la tripulación está consternada y tu presencia les reanimará.

—Tienes razón —repuso Felipe abrazándola, y salió de la cámara.

—¡Todo era verdad! —exclamó Amina al quedarse sola—. Hay que estar preparada para los desastres y para la muerte. ¡Cuánto daría por saber nuestra suerte futura! —¡Oh madre! madre, mira a tu desdichada hija y revélale en un sueño las artes mágicas que ha olvidado. He prometido a Felipe no invocar más tu espíritu, pero la duda es para mí más horrible que la realidad; tengo presentimientos tristes y me falta el valor cuando pienso en nuestro porvenir.

Vanderdecken encontró a los marineros muy consternados, y hasta el mismo Krantz parecía lleno de terror; apoyado en el filarete miraba la superficie del mar profundamente abstraído, cuando Felipe le tocó en el hombro.

—Capitán —dijo—, temo que no volvamos a ver el puerto.

—Cállese, cállese por Dios, que pueden oírnos.

—No importa, todos a bordo creen lo mismo —replicó Krantz.

—Pues se equivocan todos —dijo Felipe entonces, dirigiéndose a los marineros—. Es muy probable, muchachos, que nos ocurra alguna desgracia después de la aparición de ese buque. Siempre que le he visto, han ocurrido; pero aquí me tenéis bueno y sano, lo que prueba que, mediante la voluntad de Dios, todos nos salvaremos. Confiad en la Providencia y cumplid vuestro deber. La tempestad va calmando rápidamente, y dentro de poco reinará el buen tiempo. He visto ya varias veces al Buque Fantasma, pero me importa poco encontrarle otras cincuenta. Señor Krantz, disponga usted que suban en seguida aguardiente, pues estos muchachos estarán fatigados después de haber trabajado tanto.

La palabra aguardiente animó instantáneamente a aquellos infelices, y todos

corrieron a ejecutar la orden. Sirvióse el licor en cantidad suficiente para infundir valor al más cobarde y para inducir a los demás a desafiar al viejo Vanderdecken y a toda su tripulación de impíos. Así se logró restablecer la tranquilidad, y, a la mañana siguiente, ya con hermoso tiempo, el Utrecht bogaba en un mar tan tranquilo y transparente como un espejo.

Los vientos favorables duraron muchos días, haciendo esta circunstancia desaparecer por completo el pánico que la aparición del Buque Fantasma había producido; unos la habían casi olvidado, y otros la recordaban con indiferencia. El barco atravesó el estrecho de Malaca y penetró en el archipiélago de la Polinesia. Felipe tenía que tocar en la pequeña isla de Boton para recibir órdenes y hacer provisión de víveres.

Llegaron, al fin, sin sufrir contratiempo alguno, a la citada isla, que en aquella época era de los holandeses, y a los dos días volvieron a hacerse a la mar, intentando pasar por entre la isla de Gálago y la de los Célibes. Aunque el tiempo se mantenía hermoso, avanzaron con mucha precaución por entre los escollos y corrientes, procurando evitar con una vigilancia excesiva el encuentro con los buques piratas que infestan aquellos mares. Tuvieron la suerte que nadie les molestara, y ya habían doblado el extremo septentrional de la isla de Gálago, cuando sobrevino la calma y el buque principió a ser arrastrado por la corriente. Pasaron varios días buscando lugar a propósito para anclar, hasta que una tarde, encontrándose metidos entre la multitud de islas que circundan la costa Norte de Nueva Guinea, fondearon para pasar la noche y aferraron todas las velas.

Llovía y la obscuridad era absoluta; se colocaron centinelas para que los piratas no los sorprendiesen, pues se temía que estos buques, si estaban escondidos entre las islas, apareciesen en un momento, auxiliados por la corriente que avanzaba a razón de ocho o nueve millas por hora.

A las doce despertó a Felipe un fuerte golpe, y creyendo que sería alguna proa que habría atracado al costado del buque para abordarlo, saltó del lecho y subió precipitadamente a cubierta. Allí encontró a Krantz, que también había subido casi desnudo, creyendo lo mismo. Poco tiempo después repitióse el choque, y ambos comprendieron que el Utrecht acababa de encallar en la costa.

La obscuridad de la noche les impidió ver dónde se encontraban, pero sondearon el mar y comprobaron que tenían debajo un banco de arena con sólo doce pies de agua por la parte más profunda, por cuya razón el buque quedó completamente inclinado.

Como la corriente no cesaba de empujarles, supusieron que el Utrecht habría arrastrado sus amarras; pero lo cierto era que la principal se había partido por el centro.

Era imposible reparar la avería hasta que amaneciese, y esperaron ansiosos la llegada del nuevo día. El sol fue deshaciendo poco a poco la niebla, y entonces pudieron apreciar bien su situación. Se encontraba, en efecto, el buque encallado en un banco de arena, del cual sólo una pequeña parte sobresalía fuera del agua, deslizándose la corriente con gran violencia en torno de él. Veíase cerca un grupo de pequeñas islas, llenas de cocoteros y sin señal alguna de estar habitadas.

—Estamos perdidos —dijo Krantz a Felipe—. Si aligeramos el buque, el ancla no agarrará bien, y la corriente nos empujará más sobre el banco.

—De todos modos haremos la prueba, aunque reconozco que la situación es muy crítica. Haga usted venir a toda la tripulación.

La marinería presentóse triste y descorazonada.

—¿Por qué ese desaliento, muchachos? —preguntóles Felipe.

—Porque estamos condenados, capitán; esto era inevitable.

—Dije antes que el buque se perdería probablemente, pero la pérdida del barco no trae aparejada la de su tripulación; por lo tanto, no debemos perder la esperanza. ¿Qué peligro nos amenaza ahora? Ninguno. La mar está tranquila; disponemos de tiempo para construir una almadía y la tierra sólo dista tres millas. Tratemos en primer término de salvar el buque, y, si no lo conseguimos, nos pondremos en salvo nosotros.

Reanimados un tanto con lo que acababan de oír, empezaron los marineros a trabajar arduosamente, arrojando al mar todo aquello de que podía prescindirse, para aligerar el barco; pero las anclas continuaban agarrando, la violencia de la corriente era incontrastable, y Felipe se convenció de que todos los esfuerzos habían de ser infructuosos.

Hízose de noche y la brisa rizó algo la superficie del mar, cuyo oleaje hizo encallar al Utrecht todavía más en la arena. Felipe y Krantz ordenaron la suspensión del trabajo hasta la mañana siguiente.

Al amanecer reanudóse la tarea, pero infructuosamente, pues el casco del buque estaba casi lleno de agua y de arena. Indudablemente se había roto algún tablón, y pensóse en la construcción de una almadía suficiente para contener cómodamente a los que no cupiesen en los botes.

Después de un breve descanso, se arriaron las vergas más gruesas y comenzó a construirse la almadía con toda la solidez posible, pues Felipe deseaba evitar que se repitiera el caso de la Vrow Katerina. Asimismo, y con objeto de que los botes no tuvieran que remolcar una mole tan pesada en determinadas circunstancias, la dispuso de manera que pudiera ser dividida en dos fácilmente si, por cualquier circunstancia, había necesidad de abandonar una de sus partes.

La noche puso nuevamente término al trabajo, y la marinería retiróse a descansar. No hacía viento y el tiempo era hermoso. A las nueve de la mañana siguiente, concluida ya la balsa, se embarcó en ella agua y provisiones. Se preparó un sitio seguro y resguardado de la humedad para Amina, y, además, trasbordaron a la almadía velas y cabos de repuesto para el caso de verse obligados a desembarcar, sin olvidar las armas de fuego y las municiones. Cuando estuvo todo dispuesto dijeron los marineros a Felipe que llevando tanto dinero a bordo era una necedad dejarlo, y que querían trasladar a la balsa cuanto ésta pudiera soportar. Felipe accedió; pero hizo el propósito de reclamar aquel efectivo en nombre de la Compañía, tan pronto como llegasen a algún puerto donde pudiera ejercer su autoridad. Todos bajaron a la bodega, y después de reyertas sin número, cada cual tomó el dinero que pudo, embarcándose acto continuo en los botes o en la balsa. Amina se posesionó de su improvisada cámara y se pusieron en marcha remolcando los botes la almadía. Era muy difícil doblar la punta arenosa que sobresalía fuera del agua, pero, al fin,

se consiguió aunque con excesivo trabajo.

Eran ochenta y seis personas; en los botes iban treinta y dos y el resto en la almadía, que había sido construida con solidez y flotaba con facilidad. Felipe y Krantz habían convenido ir uno en los botes y el otro en la balsa; pero al abandonar el Utrecht ambos se quedaron en ésta para decidir el rumbo que debía emprenderse después que se conociera la dirección de la corriente. Esta parecía caminar hacia el Sur, o sea, hacia Nueva Guinea, y, discutida extensamente la conveniencia de desembarcar en dicho punto, resolvieron proceder como las circunstancias aconsejasen. Mientras tanto los botes seguían avanzando con ayuda de la corriente.

Cerró la noche, y dieron fondo con unas pequeñas anclas de que habían cuidado de proveerse. Felipe notó que allí no era tan violenta la corriente, pues los anclotes sujetaban bien los botes y la almadía. Quedóse un marinero de guardia, y los demás, cubiertos con las velas que habían sacado del Utrecht, se entregaron al sueño.

—¿No hubiera sido preferible que me hubiese quedado en uno de los botes? —preguntó Krantz a Felipe—. Supóngase usted que por salvarse los que los tripulan nos abandonasen.

—Eso no ocurrirá porque he tenido la precaución de no permitirles que lleven víveres.

—Ha sido una excelente idea, señor Felipe.

Krantz continuó en guardia y Vanderdecken fue a buscar el reposo de que tanto necesitaba. Amina le recibió con los brazos abiertos.

—No temo nada —dijo—; hasta creo que me gustan las vicisitudes y contratiempos de un naufragio. ¿Por qué no desembarcamos los dos en esa bella isla y construimos una cabaña debajo de los cocoteros viviendo allí tranquilamente hasta que venga un buque en nuestro socorro? Yo no necesito a nadie, teniéndote a ti.

—Cúmplase la voluntad de Dios y agradezcámosle que no nos haya dejado perecer —replicó Vanderdecken—. Ahora voy a descansar, porque pronto me tocará hacer la guardia.

Al día siguiente, al amanecer, estaba la mar llana y el cielo despejado. La almadía había derivado algo hacia sotavento del grupo de islas mencionado y era muy difícil abordarlas; pero, en el horizonte, se divisaban otras islas, cubiertas también de cocoteros, y se resolvió dirigirse a ellas. Después de servido el almuerzo y cuando los marineros se disponían a remar, apareció en lontananza una proa que, llena de hombres, avanzaba hacia ellos. No podía dudarse que era un buque pirata; sin embargo, Felipe y Krantz creyeron que podrían rechazar cualquier ataque. Distribuyéronse armas entre todos los que estaban en disposición de manejarlas y, para que los marineros no se fatigaran inútilmente, se les ordenó que se mantuvieran sobre los remos y aguardasen la llegada de los piratas.

Cuando éstos se hubieron acercado, cesaron a su vez de remar para reconocer al enemigo y rompieron seguidamente el fuego con un pequeño cañón que llevaba el buque a proa. La metralla hirió a varios y Felipe ordenó que todos se tendieran en el suelo de la balsa o en el fondo de los botes. El pirata avanzó entonces más y arreció el combate con la

desventaja de que los del Utrecht no les podían contestar. En tan apurado trance, los marineros propusieron a Felipe que se atracase al pirata en los botes, como único medio de salvación y, en su consecuencia, después de reforzar la tripulación de aquéllos, Krantz encargóse del mando y se dirigió resueltamente al buque enemigo. Pero, apenas habían avanzado los botes algunos cables, y como inspirados por un pensamiento súbito, viraron a bordo y huyeron en opuesta dirección. Oíase la voz enronquecida de Krantz, que esgrimía furioso su espada; poco después se arrojó al mar y a nado se dirigió a la almadía. Era ya evidente que aquellos cobardes, deseosos de salvar el dinero de que se habían apoderado, habían apelado a la fuga, abandonando a la almadía, a su suerte. Los ruegos y amenazas de Krantz, fueron completamente inútiles, y éste, al ver que no podía sacar partido alguno y que exponía neciamente su vida, regresó a la balsa.

—Estamos perdidos —dijo Felipe—; somos tan pocos que no podremos resistir mucho tiempo. ¿Qué le parece, Schriften? —se atrevió a preguntar al piloto, que permanecía a su lado.

—Que estamos efectivamente perdidos, pero no hay que temer que los piratas nos causen daño alguno.

Schriften decía la verdad. Los piratas, comprendiendo que todos los objetos de valor irían en los botes, comenzaron a darles caza en seguida. La proa, rozando la cresta de las olas como un ave marina, dejó atrás la almadía, demostrando que su rapidez era mayor que la de los botes; pero su velocidad fue disminuyendo poco a poco y, a la caída de la tarde, la distancia entre perseguidores y perseguidos era casi la misma que al empezar la caza.

La balsa había quedado a merced de las olas, y Felipe y Krantz, aprovechando las herramientas de carpintería que llevaban consigo, eligieron dos gruesas berlingas e hicieron los preparativos necesarios para colocar un mástil y una vela a la mañana siguiente.

Los primeros objetos que vieron los náufragos tan pronto como hubo amanecido, a la mañana siguiente, fueron los botes, que regresaban a todo remo, perseguidos de cerca por los piratas. Sin duda habrían decidido regresar a la almadía para defenderse con ayuda de sus compañeros y para obtener agua y víveres de que carecían en absoluto cuando emprendieron la fuga. Sus esperanzas resultaron fallidas, porque, rendidos de fatiga, abandonaron poco a poco los remos y la proa continuó persiguiéndoles con ardor. Los botes fueron capturados uno a uno, y el botín encontrado en ellos superó las esperanzas de los piratas. Es ocioso decir que ninguno de aquellos desgraciados escapó con vida. La escena horrible se desarrolló a tres millas aproximadamente de la balsa y Felipe supuso que después les tocaría a ellos sufrir la misma suerte; pero se equivocó por completo. Satisfechos con el botín y suponiendo que no habría en la balsa objeto alguno que mereciera la pena de abordarla, se dirigieron los piratas a las islas de donde habían salido. Así quedaron justamente castigados los que tan cobardemente abandonaron a sus compañeros, mientras que los que creían su muerte segura se vieron milagrosamente en salvo.

Quedaban a bordo de la balsa unas cuarenta y cinco personas; Felipe, Krantz,

Schriften, Amina, dos contra maestres, dieciséis marineros y veintitrés soldados de los que se habían embarcado en Ámsterdam. Tenían suficientes víveres para tres o cuatro semanas; pero de agua andaban muy escasos, pues solamente les quedaba para tres días.

Cuando el mástil estuvo colocado y la vela izada, Felipe indicó a los marineros y soldados la conveniencia de reducir la ración de agua a fin de que durase más tiempo, obligándose todos a no exigir más de media pinta diaria.

Como la balsa podía dividirse en dos, discutióse la conveniencia de abandonar la mayor parte, pero la idea fue rechazada puesto que el número de naufragos apenas había disminuido y, además, porque la balsa gobernaba bien a la sazón, cosa que probablemente no ocurriría, si se alteraba su figura dejándola reducida a una masa flotante de madera cuadrada.

Durante tres días reinó calma completa; el sol abrasaba con sus rayos a aquellos desgraciados, haciéndoles sufrir los horrores de la sed y, sin embargo, persistieron en su resolución de no alterar la ración de agua.

El cuarto día empezó a soplar una fresca brisa que hinchó la vela; la almadía adelantó desde entonces cuatro millas por hora y la esperanza renació en todos los pechos. Veíase ya la tierra y cada cual se regocijaba con la perspectiva de un próximo desembarco y con la seguridad de encontrar el agua de que tanta necesidad tenía. Siguieron avanzando toda la noche, pero por la mañana descubrieron que lo que ganaban mientras la brisa era fuerte, volvían a perderlo a causa de la intensidad de las corrientes. El viento soplaba de día, pero calmaba a la caída de la tarde. Tres días consecutivos ocurrió lo mismo hasta que, al fin, la tripulación, rendida con tantas fatigas y viendo que aquellos sufrimientos no iban a tener fin, se declaró en abierta rebelión. Proponían algunos dividir la almadía, para llegar a la costa más fácilmente con la otra media, pero la grave dificultad estribaba en la carencia de anclotes, pues los de que antes se habían servido, fueron robados por los que huyeron en los botes. Felipe indicó como el mejor medio, que el dinero de todos se metiera en sacos, que muy bien cosidos y sujetos por una cuerda podrían substituir a las anclas y sostener la almadía una noche contra la corriente: de este modo estarían seguros de ganar la costa a la mañana inmediata. Pero todos rechazaron la proposición; aquellos miserables no querían arriesgar el oro de que tan injustamente se habían apoderado. Preferían morir en medio de los más crueles tormentos. La proposición fue hecha varias veces por Felipe y Krantz; pero siempre el mismo resultado negativo.

Amina no perdía el valor a pesar de todo, siendo para su marido un verdadero consuelo en medio de tantas desgracias.

—Anímate, Felipe —le decía frecuentemente—; todavía podemos construir una cabaña bajo la sombra de los cocoteros y pasar en ella una parte, o quizás el resto de nuestros días, porque, ¿quién sabe si vendría alguien a socorrernos en un lugar tan apartado?

Schriften seguía portándose bien, pero no hablaba una palabra con nadie más que con Amina. Hasta parecía demostrar por ella más simpatía que antes.

Transcurrió otro día; aproximáronse nuevamente a la costa, pero la brisa desapareció a la tarde y la corriente volvió a arrastrarlos a alta mar. Los marineros, a pesar de las

amenazas de Krantz y Felipe, arrojaron todo al agua, hasta las provisiones, con la única excepción de un tonel de aguardiente y del agua que aún quedaba y, después de esta hazaña, conferenciaron respecto a la conducta que debían seguir.

Felipe estaba lleno de ansiedad, y, llegada la noche, propuso por última vez utilizar los talegos de dinero para convertirlos en anclas; pero ninguno le hizo caso; y, abatido y desconsolado, se dirigió a la popa donde tenía Amina su improvisada cámara de tablonés y velas.

—¿Por qué te apuras? —preguntóle la joven.

—Por la avaricia y estupidez de estos desdichados. Prefieren morir a exponer su maldecido dinero. Tienen en su mano los medios de salvarse y no los aprovechan. Llevamos en la balsa metal en barras, cuyo peso es suficiente para sujetar diez almadías y no consienten en ello, por no arriesgarlo. ¡Maldito amor al oro, que hace a los hombres locos, avaros y miserables! Sólo tenemos ya agua para dos días y vamos a vernos precisados a repartirla gota a gota. Están hambrientos, pálidos, enfermos y, sin embargo, con cuánto deleite contemplan esas monedas que probablemente no podrán jamás emplear aunque pisen la tierra firme.

—No sufras tanto, Felipe. He sido previsora y he guardado agua y galleta sin que lo sepa nadie. Bebe y te aliviarás.

Felipe bebió y experimentó efectivamente algún consuelo, calmándose la excitación que le produjeron los acontecimientos de aquella triste jornada.

—Gracias, Amina, gracias, esposa mía; me siento mejor. Dios mío, ¿cómo puede haber hombres tan obcecados por la codicia, que prefieran un miserable pedazo de oro a una gota de agua, en circunstancias tan críticas como la por que atravesamos?

Brillaban en el firmamento algunas estrellas; pero no había luna. Vanderdecken se levantó a la "media noche para relevar a Krantz en el timón. De ordinario, los marineros pasaban la noche indistintamente en cualquier sitio de la balsa, pero a la sazón permanecían agrupados todos en la proa. De repente oyó Felipe como el rumor de una lucha y después la voz de Krantz que pedía socorro. Abandonando el timón y apoderándose de un machete, apresuróse a acudir en su ayuda; pero no tardó en quedar sujeto y desarmado.

¡Corta, corta los cabos! —gritaron aquellos bandidos entonces y, dos segundos después, Felipe vio, desesperado, que la parte de la balsa en que estaba Amina, quedó en seguida separada de la otra.

¡Por piedad, mi esposa, mi Amina! ¡Por amor de Dios, salvadla! —gritó el infeliz luchando por desasirse.

Amina, por su parte, apoyada en el extremo de la balsa, extendía hacia él los brazos; pero inútilmente; les separaba un cable de distancia. Felipe realizó un último y supremo esfuerzo y cayó al suelo sin sentido.

XXII

Felipe tardó mucho tiempo en recobrar el conocimiento y cuando, ya de día, abrió los ojos, vio a Krantz que estaba arrodillado a su lado. Sus pensamientos eran confusos y aunque comprendía que le había ocurrido una gran desgracia, no pudo, sin embargo, recordarla.

—Valor, amigo mío —dijo Krantz—; probablemente ganaremos hoy la costa y saldremos en seguida en busca de Amina.

—Esta es, pues, la separación y muerte cruel que Schriften había pronosticado a la desgraciada —pensó Felipe—. Muerte verdaderamente cruel la que se sufre entre los tormentos del hambre, bajo los rayos de un sol ardiente y no teniendo una sola gota de agua con que remojar el paladar; a la merced de los vientos y de las olas; abandonada en medio de la inmensidad del mar; separada de su marido y sin saber lo que sufro, ni aun siquiera cuál habrá sido mi suerte. El piloto tenía razón: es imposible que haya muerte más atroz para una tierna y enamorada esposa. ¡Oh! desfallezco; ¿para qué sirve ya en este mundo Felipe Vanderdecken?

Krantz trató de consolarle lo mejor que pudo, pero en vano. Felipe, después de una pausa de algunos minutos, levantó la cabeza y dijo:

—¡Sí, venganza, venganza contra esos malvados traidores! Dígame usted, Krantz, ¿cuántos marineros nos permanecen fieles?

—Lo menos la mitad, capitán, pues lo ocurrido anoche fue una sorpresa.

Se había colocado un remo para que sirviera de timón y la almadía aproximóse a la costa más que nunca. La esperanza de un próximo desembarco alegraba a los marineros, y cada cual permanecía sentado sobre su talego de oro, cuyo valor apreciaba más a medida que aumentaban las probabilidades de salvación.

Felipe averiguó por Krantz que los soldados y algunos, tripulantes eran los que se habían sublevado la noche anterior y dividido a la almadía, y que el resto continuaba neutral.

—Creo —dijo Vanderdecken con una sombría sonrisa—, que he encontrado ya el medio de vengarme. Dígales usted que vengan.

Felipe les manifestó que sus compañeros eran unos traidores, en quienes no se podía tener confianza; que todo lo sacrificaban por amor al dinero, y ni a bordo ni en tierra estarían seguros en compañía de tales bandidos, por cuya razón era preferible desembarazarse de ellos, repartiendo por supuesto el dinero entre los demás. Que de este modo se alcanzaría, al fin, la tan deseada costa y que aunque él estaba dispuesto a reclamar el dinero en nombre de la Compañía tan pronto como llegaran a un país civilizado, les cedía cuanto había en la balsa si le ayudaban.

Aquellos hombres, en realidad distintos de los otros, aguijoneados por el estímulo de la ganancia, aceptaron lo propuesto por Felipe, conviniendo que, si aquella noche no alcanzaban la tierra firme, atacarían a los demás y los arrojarían al agua.

Estos se pusieron alerta y con sus cuchillos desenvainados esperaron el momento de

entablar la lucha. La brisa cayó por completo y una vez más fue la almadía impulsada hacia alta mar. Felipe estaba anonadado por la pérdida de Amina, pero excitábase tanto el deseo de vengarse, que no cesaba de acariciar su machete ansiando hundirlo en el pecho de los que le habían separado de su esposa.

La noche era hermosa; el mar semejaba un cristal y ni un soplo de aire se agitaba en el espacio; la vela pendía inmóvil a lo largo del mástil reflejándose en la brillante superficie del agua. Era aquélla una noche a propósito para adorar a Dios, y, sin embargo, sobre la frágil balsa había reunidos más de cuarenta seres decididos a asesinar a su prójimo. Cada cual afectaba una tranquilidad que no experimentaba. Felipe iba ya a dar la señal, que era arriar de pronto la vela y envolver entre sus pliegues a la mayor parte de los amotinados y embarazar de este modo sus movimientos. Schriften había empuñado el timón y Krantz estaba al lado suyo.

La vela cayó en un momento, y comenzó la obra de destrucción. Nadie dijo una palabra, nadie exhaló una sola queja. Sólo eran perceptibles las voces de Felipe y de Krantz, cuyas espadas zumbaban en el aire. Vanderdecken estaba tan sediento de venganza, que no se sació mientras quedó con vida uno solo de los que habían sacrificado a la infeliz Amina.

Unos cayeron en el mismo lugar en que se encontraban; otros, al huir, se precipitaron en el mar, y los demás fueron sacrificados sin compasión entre los pliegues de la vela que les impedía defenderse. La trágica escena fue muy breve. Sólo Schriften permaneció inmóvil en el timón, animándose a intervalos su semblante con una sonrisa infernal y repitiendo con frecuencia:

—¡En! ¡eh!

Terminado el combate, Felipe apoyóse en el mástil para reponerse de la fatiga.

—Ya estás vengada, Amina —pensó—; ¿pero qué valen las vidas de esos miserables comparadas con la tuya?

Y, al reflexionar que su venganza quedaba satisfecha y que le era imposible hacer más, rompió a llorar amargamente cubriéndose el rostro con ambas manos, mientras que los marineros ocupábanse en repartirse alegremente el dinero de las víctimas, lamentando que éstas no hubieran sido más numerosas, para que el botín hubiese sido mayor.

A bordo de la balsa sólo quedaron trece hombres, a más de Felipe, Krantz y Schriften. Rompió el día, la brisa comenzó a soplar y repartióse entre todos la ración de agua que hubiese correspondido a los que sucumbieron en la refriega. Como no tenían hambre, esto los reanimó.

Aunque Felipe no habló con Schriften desde la pérdida de Amina, era evidente que el piloto le volvía a mirar con antipatía profunda. Sus sarcasmos, sus frecuentes ¡eh! ¡eh! eran incesantes, y siempre que se encontraban sus ojos con los de Vanderdecken, parecían provocarle. Indudablemente Amina era la única persona que había logrado dominar a aquel hombre, y que con su desaparición había cesado la aparente buena voluntad que demostró a Felipe. Esto importaba bien poco a Vanderdecken, que tenía motivos más graves de preocupación.

La brisa manteníase firme y los naufragos esperaban alcanzar la costa en un par de

horas, pero volvieron a sufrir otro desengaño: el viento rompióles los aparejos y vela y mástil vinieron abajo. Esto les hizo perder mucho tiempo, y la brisa dejó de soplar antes que hubieran concluido de reparar la avería, cuando les separaba una milla de la costa. Rendido de fatiga, Felipe se durmió dejando a Schriften en el timón. Soñó con Amina, creyó que ésta dormía tranquilamente bajo la sombra de árboles frondosos y que él velaba su sueño. Cierta movimiento le despertó, y todavía medio dormido, creyó ver a Schriften que procuraba hacerle pasar por debajo de la cabeza la cadenita que sujetaba el relicario a su cuello. Alargó instintivamente el brazo para detener al ratero, y agarró efectivamente a Schriften, el cual se había ya apoderado de tan codiciado objeto. La lucha fue breve; pocos momentos después Felipe recobraba su reliquia y el piloto yacía tendido a sus pies, bajo la rodilla del joven que le oprimía fuertemente el pecho con ella. Vanderdecken volvió a colocar en su cuello la reliquia, y, enfurecido hasta la locura, estrechó entre sus brazos el cuerpo de su enemigo y lanzóle al mar exclamando:

— ¡Hombre o diablo, quienquiera que seas, sálvate ahora si tienes poder para ello!

El ruido de la lucha despertó a Krantz y a los marineros, pero no pudieron impedir la venganza de Felipe. Este refirió lo ocurrido en pocas palabras a Krantz, pues los demás al saber que el incidente no afectaba en nada a la seguridad del dinero, volvieron a reclinar sus cabezas, quedando profundamente dormidos.

Felipe aguardó un rato a ver si Schriften salía a flote e intentaba ganar la balsa, pero el piloto no reapareció y Vanderdecken se tranquilizó por completo.

XXIII

Cuando Amina se vio separada de su marido, sumióse en un estado de estupor, más intenso cuanto más se separaban una y otra balsa; y cuando la naturaleza quedó envuelta en el manto de sombras de la noche, exclamó volviendo la cabeza a uno y otro lado:

—¿Quién hay ahí?

Volvió a repetir la pregunta; pero no obtuvo contestación.

—¡Nadie! ¡Sola, sola —decía—, y sin mi amado Felipe! ¡Madre mía, compadécete de tu desdichada hija!

Y, dicho esto, cayó sin conocimiento tan cerca del borde de la balsa, que su flotante cabello se sumergió en el mar.

—¡Ay de mí! ¿Dónde estoy? —murmuró de nuevo Amina, muchas horas después, cuando el desmayo hubo pasado.

El sol abrasábala con sus rayos y ofuscaba su vista. Miró al cabo en torno suyo y contempló llena de espanto un enorme tiburón que permanecía inmóvil junto a la balsa, como si acechara una presa. Amina huyó al centro de la almadía, de un salto, y al verse sola, recordando su desesperada situación, exclamó:

—¡Oh, Felipe, Felipe! ¿Es, pues, cierto, que te has separado para siempre de mí? Lo había creído un sueño, pero ahora lo recuerdo todo; sí, todo.

Sintió sed y, entrando en el camarote que había en el centro de la balsa, bebió un trago de agua de una de las botellas.

—¿Y para qué bebo? ¿Para qué como? ¿Qué objeto tiene el prolongar mi vida? —dijo levantándose y escudriñando el extenso horizonte—. Cielo y agua, nada más. ¿Será ésta la muerte cruel que Schriften me anunció? ¿Aquella muerte terrible y lenta, bajo un sol abrasador, y con las entrañas abrasadas por la sed? Si tal es mi destino, cúmplase en buen hora; hemos de morir alguna vez y, si no he de ver más a mi Felipe, la muerte poco me importa, puesto que mi vida era él. ¿Pero por qué no he de verlo más? —añadió después de una breve pausa—. ¿Quién sabe lo que ocurrirá todavía? Conservaré la vida, me alimentaré con la esperanza, y acaso pueda aún estrecharle entre mis brazos.

Amina miró entonces junto a ella, y vio en el suelo la daga de su Vanderdecken.

—Ahora ya puedo vivir, puesto que encuentro un puñal con qué matarme cuando me plazca.

Y Amina tendióse en su lecho, procurando olvidar sus penas, cosa que consiguió, pues hasta la mañana siguiente permaneció en un estado de completa insensibilidad. Cuando despertó, estaba enteramente extenuada de hambre; mirando a su alrededor, sólo vio agua y cielo como la víspera.

—¡Oh! es horrible esta soledad; la muerte sería un consuelo; pero mi deber es vivir, sin acobardarme, hasta el último momento.

Comió algunos pedazos de galleta mojados en agua, y al concluir el ligero desayuno, dijo:

—Dentro de pocos días todo habrá terminado. ¿Qué mujer se habrá visto jamás en la

terrible situación en que me encuentro? ¡Infames, que me separasteis de mi marido tan bárbaramente, y que por salvaros vosotros habéis sacrificado a una mujer indefensa, malditos seáis! ¡Ni siquiera os compadecisteis de mi desdichada suerte! ¿Y eran ellos cristianos? ¿Profesaban aquellos desalmados la religión que los sacerdotes y Felipe pretendían enseñarme en Terneuse? ¡Caridad y amor al prójimo! Palabras huecas, de que todos hacen frecuente uso, pero que ninguno practica. Amémonos los unos a los otros, ayudémonos mutuamente, dicen con los labios, pero se odian con el corazón. Las creencias serán buenas, pero, si no las ponen en práctica, ¿para qué sirven? Sombra de mi madre, ¿sufro este cruel castigo por haber escuchado a aquellos hombres, o porque, en mi deseo de obtener el completo amor de Felipe, procuré olvidar lo que tú me enseñaste cuando yo era niña, despreciando la religión en que nacieron y murieron nuestros antepasados, aquella religión tan admirablemente descrita por el Profeta? ¡Oh! respóndeme, madre mía, respóndeme en un sueño.

Cerró la noche y el cielo cubrióse de nubes; frecuentes relámpagos cruzaban el espacio iluminando a intervalos la almadía. La tempestad arreció en tales términos, que el firmamento parecía de fuego y el ruido del trueno rodaba sin cesar por todos los ámbitos de la bóveda celeste. Olas gigantescas balanceaban horriblemente la balsa, bañando algunas veces los pies de Amina, que permanecía en el centro de la embarcación.

—Es preferible la tormenta a la calma y al calor abrasador; esto me entusiasma y admira, esto es magnífico —exclamó la joven contemplando sobrecogida los relámpagos que la deslumbraban—. ¡Rayos, destruidme si os place! ¡olas amenazadoras, llevadme con vosotras! ¡caiga sobre mi cabeza la cólera de todos los elementos! ¡nada temo! me río de vosotros, os desafío a todos. Tiemblen en buen hora los que poseen grandes riquezas, los que viven en medio de la abundancia, los que son dichosos, los que tienen esposas, hijos, familias, alguien que los ame; a mí me falta todo eso... ¡Elementos! aire, tierra, fuego, agua, Amina os desafía. He perdido toda esperanza, y aguardo resignada la muerte.

Y la desdichada volvió a entrar en el camarote y arrojándose en la cama, cerró los ojos.

Torrentes de lluvia cayeron desde entonces hasta el amanecer; el viento continuó fresco, pero el cielo se despejó. Sus vestidos húmedos le hacían temblar; pero el calor del sol la reanimó al fin. Incorporándose en el lecho, creyó ver inmensos campos cubiertos de verdura, y árboles frondosos que ondulaban blandamente a impulsos de la brisa; imaginóse que distinguía a Felipe corriendo presuroso hacia ella; quiso salir a recibirlo con los brazos abiertos, pero sus miembros se negaron a ayudarla; le llamó en alta voz, y lanzando un agudo grito volvió a caer sin conocimiento.

XXIV

Al poco tiempo de haber Felipe arrojado al piloto al mar, consiguieron al fin los náufragos ganar la costa, tanto tiempo deseada. Aunque la brisa era fresca, la mar no rompía en la playa y fuéseles fácil desembarcar en la menuda arena, sembrada de huesos de animales marinos muertos fuera de su elemento natural. La isla, como todas las demás, tenía numerosos bosques de cocoteros, cuyo ramaje hacía ondular el viento, produciendo una sombra agradable.

Felipe sólo se acordaba de Amina y los marineros no pensaban más que en su dinero; de modo que ninguno, a excepción de Krantz, pudo apreciar la belleza de aquel sitio encantador. Este último ayudó a Vanderdecken a saltar en tierra, y le condujo bajo los árboles; pero no habían transcurrido aún cinco minutos cuando corrió Felipe hacia la playa, para examinar en todos los sentidos la amplia superficie del mar, en busca sin duda de la balsa en que desapareció Amina.

—¡Pérdida para siempre! —exclamó cubriéndose el rostro con las manos.

—De ningún modo, Felipe —replicó Krantz que permanecía a su lado—; la misma Providencia que nos ha preservado a nosotros, la habrá salvado a ella. Es imposible perecer entre tantas islas, muchas de las cuales estarán habitadas, y una mujer joven y bonita es siempre bien recibida en todas partes.

—¡Ojalá pudiera convencerme de ello!

—Reflexione un poco y se convencerá de que ha sido una ventaja el haberla perdido; pues mejor está separada de los desalmados que nos acompañan, y cuya fuerza reunida nos sería imposible resistir. ¿Cree usted, por ventura, que si todos hubiéramos arribado a esta isla, le habrían dejado mucho tiempo los marineros a su esposa? ¡No! Ellos no respetan ley alguna, y Amina, en mi concepto, no solamente ha sido preservada de la muerte, sino del oprobio y de la vergüenza.

—¡Jamás se habrían atrevido a tanto! Pero, sin embargo, Krantz, deseo una pequeña balsa y correr en su busca; me es imposible permanecer aquí, y la buscaré por el universo entero si fuera preciso.

—Se cumplirá su deseo, Felipe, y cuente conmigo para todo, que no seré capaz de abandonarle nunca —replicó Krantz contento porque una idea cualquiera ocupara la inteligencia de su capitán—. Pero volvamos a la almadía, desembarquemos lo que hay en ella y, después que tomemos un refrigerio, pensaremos en lo que debe hacerse.

Felipe, que estaba desfallecido, aprobó la proposición de Krantz y se encaminaron juntos al lugar donde había atracado la balsa. Los marineros habían tomado asiento debajo de los árboles y, cuando Krantz los llamó para desembarcar los pocos artículos salvados, ni uno solo acudió. Pensaban únicamente en su oro, y nadie quería abandonarlo por temor de que se lo robaran los compañeros. Ahora que sus vidas estaban relativamente seguras, el demonio de la avaricia los dominaba por completo; permanecían sentados, macilentos y desfallecidos; y aunque la sed les devoraba y tenían gran necesidad de descanso, no se atrevían a moverse, como si estuvieran sujetos al suelo por algún poder misterioso.

—Maldito dinero —dijo Krantz a Felipe—. Tratemos nosotros de desembarcar lo que nos hace más falta, y después buscaremos agua.

Desembarcaron efectivamente las herramientas de carpintería, las armas y municiones, cuya posesión podría serles utilísima en caso de una refriega con los marineros, arrastrando también fuera del mar algunas berlingas pequeñas, y, después, condujeron estos objetos junto al tronco de un cocotero que crecía cerca de la playa.

En poco tiempo levantaron una pequeña tienda y colocaron en ella todos los artículos desembarcados, excepto las municiones, que Krantz enterró en un montecillo de arena detrás de la tienda sin que lo viesen los marineros, e inmediatamente fue a cortar un tierno cocotero lleno de fruto. Sólo el que haya experimentado los atroces tormentos de la sed, podrá comprender el excesivo placer que sintieron Felipe y Krantz al deslizarse la fresca leche del coco por sus abrasadas gargantas. Los marineros les contemplaban con envidia, pero ninguno se movió, a pesar de sufrir horriblemente.

Llegada la noche, acostóse Felipe sobre una cama de velas que no habían sido necesarias para cubrir la tienda, no tardó en conciliar el sueño. Krantz, por su parte, dedicóse a explorar la isla, que tenía unas tres millas de longitud por 500 ó 600 metros de anchura. Como no encontrase agua en ninguna parte, vióse obligado a abrir un pozo para obtenerla. A su regreso pasó junto a los marineros. Todos velaban, y, al verlo, se levantaron en seguida temerosos de ser despojados de su dinero; pero no tardaron en tranquilizarse. Krantz fue luego a la balsa, que estaba casi destruida, porque las ligaduras que sujetaban los tablones se habían aflojado, y arrojó al mar las armas que habían quedado en ella olvidadas. Volvió después a la tienda, y, acostándose junto a Felipe, procuró conciliar el sueño.

Estaba ya muy avanzado el día cuando Krantz abrió los ojos y despertó a Felipe. Desayunáronse con el fruto de un cocotero y, dejando a Vanderdecken entregado a sus reflexiones, el animoso joven marchó en busca de los marineros. Encontrábanse tan abatidos y macilentos, que la muerte se reflejaba en sus rostros; pero, no obstante, vigilaban todavía su codiciado tesoro con el mismo interés. Era triste contemplar a aquellos infelices obcecados por la avaricia, y forjó un plan para salvarlos. Les propuso que enterrasen el dinero a gran profundidad, a fin de que fuera imposible extraerlo sin tardar largo rato en la operación, con lo cual nadie atentaría contra la propiedad de otro sin que lo advirtiera su dueño, que tendría tiempo sobrado para impedirlo.

La idea fue aprobada por unanimidad y Krantz les entregó el único azadón que había. Uno por uno enterraron sus tesoros muchos pies debajo de la arena. El hacha derribó en seguida varios cocoteros, y su fruto infundióles nueva vida y vigor a todos. Apagada la sed, volvieron a sus respectivos sitios, entregándose al reposo de que tanta necesidad tenían, sobre la capa de tierra que cubría los talegos en que guardaban su fortuna.

Felipe y Krantz discutieron detenidamente los medios más a propósito para salir de la isla y buscar a Amina; pues, aunque Krantz consideraba irrealizable la última parte de la proposición de Vanderdecken, no quiso manifestárselo por no ocasionarle un disgusto. Lo urgente era abandonar la isla, y si conseguían desembarcar en otra que estuviese

habitada, su salvación era segura. En cuanto a Amina, la creía muerta; ya porque las olas hubiesen destruido su frágil embarcación, o ya porque su delicado cuerpo no hubiese podido resistir los rigores de aquel sol ecuatorial durante tantos días.

Sin embargo, no manifestó su opinión por no entristecer a Felipe, y siempre que se hablaba de la próxima partida, convenía con él en no salir de la isla para salvarse ellos, sino para buscar a la perdida esposa. Determinaron construir una pequeña, pero sólida almadía, sujetando a sus extremos cuatro toneles que se había salvado, lo cual la haría flotar más fácilmente. Esta embarcación navegaría a la vela y estaría dotada de condiciones a propósito para seguir un rumbo determinado. Sacaron, por consiguiente, del agua los tablones y berlingas que creyeron más útiles para su objeto, y empezóse la tarea; pero los marineros se negaron a prestarles ayuda. Repuestos de sus fatigas por el reposo y por la alimentación, no estaban ya satisfechos con el dinero que poseían, sino que deseaban más. Desenterraron una pequeña cantidad y, con pequeños guijarros de la playa, inventaron un juego para robarse unos a otros. Ocurrióseles otra idea que les fue fatal: hicieron profundas hendiduras en los troncos de algunos cocoteros, y obtuvieron el toddy, bebida que embriaga, y desde entonces sucediéronse las escenas de violencia acompañadas de los juramentos e imprecaciones que inspira la embriaguez. Los que perdían, se mesaban el cabello desesperados, arrojándose después como verdaderos demonios sobre los gananciosos. No escaseaban los golpes ni las heridas; pero, en el momento en que reñían dos, les separaban los demás, para que no se interrumpiera el juego.

De este modo transcurrieron quince días, durante los cuales la construcción de la almadía no adelantó gran cosa. Algunos perdieron toda su fortuna y sus compañeros alejáronles a cierta distancia, para que no les interrumpieran. Vagaban estos desdichados por la isla o a lo largo de la costa con la desesperación reflejada en el rostro buscando armas para vengarse, y apoderarse nuevamente de su perdida riqueza. Krantz y Felipe les propusieron que abandonasen la isla, pero rehusaron.

Krantz no abandonaba jamás el hacha. Cortaba diariamente con ella los cocoteros que se necesitaban para manutención de todos; pero no permitía que se hicieran nuevas hendiduras en los troncos. Los marineros arruinados iban siendo cada vez más numerosos, quedando reducidos a tres los afortunados que consiguieron apoderarse del dinero de los otros. La consecuencia fue que a la mañana siguiente, aparecieron estrangulados sobre la costa los poseedores del oro que fue repartido nuevamente. El juego se reanudó con más ardor que antes.

—¿Cómo terminará esto? —preguntó Felipe a Krantz, contemplando los ennegrecidos rostros de los cadáveres.

—Con la muerte de todos —contestó Krantz—. Es imposible evitarlo; ése es un castigo.

La almadía quedó terminada, al fin; cavaron la arena a su alrededor para que la misma agua del mar la pusiera a flote, y algunas horas después balanceábase suavemente sobre las olas, amarrada a una estaca que clavaron en la playa. Felipe y Krantz embarcaron en ella gran cantidad de cocos tiernos y maduros, para hacerse a la mar al día siguiente.

Por desgracia, uno de los marineros, al bañarse, encontró en el fondo del mar las armas que Krantz había arrojado al agua. Sumergi6se y sac6 un machete; otros siguieron su ejemplo, y, a la media hora, todos estaban ya armados. Esto indujo a Felipe y a Krantz a dormir en la almadía, temerosos de ser atacados. Efectivamente, aquella noche, durante el juego, se suscit6 un altercado que termin6 en una refriega espantosa. El combate fue terrible, pues los marineros estaban m6s o menos embriagados, y s6lo tres quedaron con vida. Vanderdecken y Krantz contemplaron sobrecogidos aquella carnicería, en la que no hubo misericordia para nadie, hasta que los tres sobrevivientes descansaron sobre sus armas. Despu6s de un rato, dos de ellos arroj6nse sobre el tercero, que cay6 herido de muerte bajo sus repetidos golpes.

—¡Dios misericordioso! —exclam6 Felipe—, ¿son esas criaturas hijos tuyos?

—No —replic6 Krantz—, son demonios. ¿Imagina usted que esos dos, que poseen ahora m6s dinero que el que podrían gastar si volviesen a su patria consentirán en repartírsele? Jam6s; cada cual lo desea todo, absolutamente todo.

Aún no había concluido Krantz de decir esto, cuando uno de los marineros, aprovechándose de una distracci6n del otro, le atraves6 el costado con su machete. El desdichado cay6 exhalando un gemido, y el agresor volvi6 a hundirle el cuchillo en el pecho.

—¿No lo dije? Pero ese malvado recibirá su recompensa —continu6 Krantz, levantando su fusil y disparándole un tiro que le dej6 muerto en el acto.

—Ha procedido usted mal —dijo Felipe—; el castigo de ese hombre era dejarle abandonado sin medio alguno de subsistencia en esta isla, para morir entre los tormentos del hambre y la sed, con el maldito dinero siempre ante su vista.

—Quizá tenga usted raz6n —contest6 Krantz—; pero no pude contenerme. Saltemos en tierra ahora que la isla est6 desierta. Obraríamos cuerdamente si enterrásemos ese tesoro en sitio en que pueda encontrarse alg6n día, llevándonos una parte, que posiblemente nos hará falta. Pasemos aquí el día sepultando los cadáveres y guardando las riquezas que han causado su desastrosa muerte.

Felipe accedi6 a ello, y, efectivamente, cumplieron con los muertos el último deber, y ocultaron el oro al pie de un árbol, cuyo tronco marcaron con el hacha y pico, separando antes quinientas monedas que ocultaron entre sus vestidos, por si de ellas tenían necesidad.

Al fin, izaron la vela y salieron de la isla, con rumbo hacia donde fue vista por última vez la balsa que conducía a la desamparada Amina.

XXV

Los movimientos de la almadía en el agua no eran muy rápidos; pero el flotante aparato obedecía bien al timón y se gobernaba fácilmente. Felipe y Krantz hicieron numerosas observaciones y dejaron señales, a fin de poder encontrar la isla si se veían precisados a volver a ella. La corriente les era favorable y navegaron rápidamente hacia el Sudoeste con objeto de reconocer una gran isla situada en aquella dirección. Su principal deseo, después de encontrar a Amina, era ir a Ternate, cuyo rey estaba en guerra con los portugueses, que tenían una gran factoría en Tidor, y allí tomar pasaje en uno de los numerosos juncos chinos que en sus viajes a Bantam hacen escala en aquel puerto.

Antes de que el sol hubiera desaparecido del horizonte, los excepcionales viajeros desembarcaron en la playa de la citada isla. Felipe miró cuidadosamente en todas direcciones buscando un indicio que le demostrara la presencia de la balsa de Amina, pero ni encontró nada ni la isla tenía aspecto de estar habitada.

Entre los dos condujeron la almadía a una pequeña ensenada donde las aguas estaban tan tranquilas como si fueran una balsa de aceite, y a la mañana siguiente volvieron a hacerse a la vela. Krantz gobernaba la embarcación con una especie de remo largo y observó que Felipe, silencioso hasta entonces, sacando de su pecho la reliquia, la estuvo contemplando un rato.

—¿Es eso su retrato, amigo mío? —preguntó Krantz.

—No; es mi destino —repuso el interpelado.

—¡Su destino! No le entiendo.

—¿He dicho mi destino? Pues me he equivocado —agregó Vanderdecken volviendo en sí y colocando de nuevo la reliquia en su sitio.

—Creía que había usted dicho más de lo que hubiera querido —añadió Krantz—. Varias veces le he sorprendido con esa alhaja en la mano y no olvido que cuando Schriften quiso apoderarse de ella, pagó con la vida su atrevimiento. ¿No hay algún secreto, algún misterio en esa joya? Si es así, revélemelo, pues tiene sobrados motivos para conocer que soy su amigo más leal.

—No dudo de su amistad, Krantz; tengo de ella repetidas pruebas y, a pesar de que lo creo digno de conocer mi secreto, no me atrevo a revelárselo. Hay un terrible misterio en esta reliquia que sólo me he atrevido a confiar a mi esposa y a dos dignos sacerdotes.

—Si ha depositado usted su confianza en dos ministros de la religión, debe depositarla en mí también, porque la verdadera amistad es la más santa de las afecciones.

—Creo que mi secreto es fatal a quien lo conoce, Krantz; me lo dice así el corazón y no quiero en modo alguno ser causa de su muerte, mi buen amigo.

—Entonces no confía usted mucho en mi amistad. He arriesgado repetidas veces mi vida por salvarle y le consta que no soy hombre a quien un pueril presentimiento haga apartarse de sus deberes; ese presentimiento es sólo fruto de su acalorada imaginación. No soy curioso; pero como vivimos tanto tiempo juntos y actualmente estamos separados del resto de la humanidad, me parece que sería un consuelo para usted revelarme ese misterio

que le agobia. Los consuelos de un buen amigo no son para despreciarlos, Felipe, y, por lo tanto, si aprecia usted mi amistad, es necesario que me refiera sus cuitas.

Vanderdecken decidióse, al fin, a referir una vez más la causa de sus viajes y, mientras la almadía se deslizaba a lo largo de la isla, Krantz oyó estupefacto los extraños acontecimientos de la vida del joven capitán.

—Ya lo sabe usted todo —terminó Felipe exhalando un prolongado suspiro—. ¿Qué opina usted de ello? ¿Cree que lo que acaba de oír es real y verdadero o un sueño de mi exaltada imaginación?

—No, Felipe, creo cuanto ha dicho usted, pues tengo pruebas que confirman la verdad de lo que ha dicho. Recuerdo cuán frecuentemente hemos visto el Buque Fantasma, y, si su padre está condenado a recorrer los mares sin tregua ni descanso, ¿por qué no ha de ser su hijo el elegido para librarlo de tan cruel castigo? Repito que lo creo todo y comprendo ahora su extraordinario valor en muchas ocasiones y su constante deseo de navegar, que me había parecido inexplicable. Habrá muchos que le compadezcan a usted; yo le envidio.

—¿Qué me envidia? —interrumpió Felipe lleno de sorpresa.

—Sin duda alguna y arrostraría gustoso el peligro de su destino, si fuera posible. ¿No es envidiable ser el escogido para tan alta misión? ¿No es esto preferible a vivir miserablemente en el mundo buscando riquezas que la mala suerte puede arrebatarnos en un solo día? Está usted encargado de llevar a cabo una empresa gloriosa, digna de los mismos ángeles; la de redimir el alma de un padre que sufre, pero que no está irremisiblemente perdido. Tiene usted, pues un destino que cumplir que bien merece los peligros y azares de la vida del mar. Si todo concluye con la muerte, ¿para qué afanarse tanto inútilmente? Todos hemos de morir, pero pocos experimentarían satisfacción de haber arrancado de las garras de Satanás al autor de sus días. Repito a usted, Felipe, que le envidio.

—Habla y piensa usted del mismo modo que Amina. Mi esposa tiene un alma tan vehemente y apasionada que hasta ha pretendido relacionarse con seres del otro mundo y sostener inteligencias con los espíritus de los muertos.

—¿Y qué tiene eso de extraño? —preguntó Krantz—. Hay acontecimientos en la vida, o, mejor dicho, relacionados con mi familia, que me han dado la convicción de que lo que pretendía Amina es posible y hasta lícito. Lo que usted me ha revelado confirma aún más mi creencia.

—¿Es posible, Krantz?

—Sin duda alguna; pero no hablemos más del asunto por ahora, porque la noche se acerca y debemos poner nuestra pequeña embarcación en seguridad; he allí una ensenada que nos servirá admirablemente para el objeto.

Por la mañana levantóse una fuerte brisa que encrespó las olas de tal modo que era imposible embarcarse en la almadía, por lo que se vieron precisados a sacarla fuera del agua, para que el mar no la destrozase. Felipe, pensaba sólo en Amina y al ver las irritadas olas chocar unas con otras coronándose de espuma, exclamó:

—Océano, ¿tienes en tu seno a mi desdichada esposa? Si es así, devuélveme su

cadáver. ¿Qué es aquello? —agregó, señalando un objeto lejano en el horizonte.

—La vela de un pequeño buque —replicó Krantz—, y parece que se dirige hacia acá para refugiarse en el mismo lugar que nosotros.

—Efectivamente, es la vela de un barco, de una de esas ligeras piraguas. Mírela cómo salta sobre la superficie del agua, semejante a un ave marina que la rozara con sus alas. Parece que viene llena de hombres.

La piragua se acercaba con rapidez no tardando en encallar su quilla en la arena de la playa. Sus tripulantes arriaron la vela e inmediatamente la sacaron del mar.

—Toda resistencia es Inútil, mientras no nos ataquen —observó Felipe—. Pronto sabremos a qué atenernos.

Cuando los de la piragua vieron a Krantz y Vanderdecken, acercáronseles tres de ellos armados de largas lanzas, pero sin intenciones hostiles. Uno de los recién llegados preguntóles en portugués quiénes eran.

—Somos holandeses —contestó Felipe.

—¿Pertenece usted a la tripulación del buque que naufragó hace poco en estas aguas?

—Sí, señor.

—Nada tienen entonces que temer. Son ustedes enemigos de los portugueses lo mismo que nosotros. Pertenece a la isla de Ternate y nuestro rey está en guerra con esos canallas. ¿Dónde están los demás naufragos? ¿en qué isla?

—Todos han perecido —replicó Felipe—. ¿Tendrían ustedes la bondad de decirme si han visto una almadía que conduce a una mujer abandonada, o si han oído hablar de ella?

—Una mujer ha sido en efecto recogida en la costa de la isla de Tidor y conducida a la factoría portuguesa por suponerse que era de dicha nacionalidad.

—Gracias a Dios que se ha salvado —gritó Felipe—. ¿Dicen ustedes que está en la isla de Tidor?

—Sí, señor; pero, como estamos en guerra con los portugueses, no podemos llevarles allí.

—No es necesario; la buscaremos nosotros.

La persona con quien hablaba Felipe era indudablemente de calidad. Vestía un traje mitad malayo y mitad musulmán y llevaba en la cintura un pesado machete; usaba turbante de zaraza pintada y su actitud, como la de todas las personas notables de aquellos países, era cortés y correcta.

—Vénganse ustedes a Ternate —dijo—; nuestro rey les recibirá alegremente, puesto que son holandeses y, además, enemigos de los perros lusitanos. A bordo llevamos a uno de sus compañeros que recogimos en la mar casi ahogado, pero ya está completamente restablecido.

—¿Quién será? —observó Krantz—. Quizá un tripulante de otro buque.

—No —replicó Felipe temblando—; seguramente es Schriften.

—Es imposible: cuando lo vea con mis propios ojos, lo creeré.

—Pues convéngase —añadió Felipe, señalando al piloto que se dirigía hacia ellos.

—Señores —dijo Schriften—, me alegro de ver a ustedes buenos. Al fin nos salvamos

todos, ¡eh! ¡eh!

—El Océano lo ha querido así —contestó Vanderdecken.

Schriften, fingiendo olvidar lo pasado, conversó un rato con Krantz con aparente buen humor, aunque su lenguaje era un tanto irónico. Al marcharse, dijo Felipe:

—¿Qué le parece esto, Krantz?

—Que el infeliz es una parte del todo, que tiene, lo mismo que usted, una misión que realizar y que volverá a encontrarlo en su camino repetidas veces. Pero no pensemos más en él. Recuerde que Amina se ha salvado.

—Es cierto —replicó Felipe—. Embarquémonos con estas buenas gentes, que tiempo tendremos de desembarazarnos de Schriften más tarde y de buscar a mi esposa.

XXVI

Al recobrar Amina el conocimiento, encontróse en una pequeña cabaña, acostada sobre un lecho de hojas de palmera. Una joven negra de aspecto repulsivo estaba a su lado espantando las moscas.

La balsa había sido juguete de las olas durante dos días, y en ese tiempo Amina permaneció en un estado de insensibilidad absoluta. La tempestad y las corrientes la arrojaron a la costa oriental de Nueva Guinea, en ocasión en que los indígenas traficaban allí con algunos comerciantes llegados de la isla de Tidor. Los salvajes la despojaron de sus vestidos, y cuando la hubieron dejado completamente desnuda, excitó su curiosidad una sortija de gran valor que llevaba en el dedo; un salvaje intentó quitársela, y no consiguiéndolo, sacó su enorme y tosco cuchillo, dispuesto a cortar el dedo. Presentóse entonces una mujer anciana, aparentemente de gran autoridad entre aquellas gentes, y obligó a desistir al salvaje de su propósito. Los comerciantes de Tidor, comprendiendo que los portugueses pagarían caro el rescate de aquella mujer a quien creyeron lusitana, recomendaron a los salvajes que la cuidaran bien hasta que ellos regresasen en el próximo viaje, a fin de enterar de lo ocurrido al comandante de la factoría. A esta circunstancia debía Amina las atenciones que se le prodigaban, pues los naturales de Nueva Guinea están algo civilizados por sus frecuentes relaciones con los comerciantes de Tidor, que cambian con ellos baratijas y quincalla europea por productos naturales que los indígenas no aprecian.

Las mujeres condujeron a Amina a una cabaña, donde luchó varios días con la muerte, admirablemente cuidada.

Al abrir Amina los ojos por vez primera, su enfermera corrió a comunicar el suceso a la anciana, quien se presentó inmediatamente en la cabaña. Era excesivamente corpulenta y estaba desnuda por completo, pues su único atavío componíanlo un pedazo de tela de seda descolorida arrollado a la cintura, sortijas de plata en sus dedos y un collar de nácar en el cuello. Tenía ennegrecidos los dientes por uso del betel y su aspecto era tan repugnante, que la enferma se horrorizó.

Dirigió la recién llegada algunas palabras a Amina que no la entendió y, fatigada por aquel ligero esfuerzo, volvió a caer en el lecho desvanecida. Pero, si la mujer descrita era horrible, no carecía, en cambio, de bondad, pues, merced a sus desvelos y atenciones, en el espacio de tres semanas, estuvo Amina en disposición de salir de la cabaña a disfrutar las frescas brisas de la tarde. Los salvajes la contemplaban admirados y respetuosos, porque temían a la mujer anciana que la protegía. Aquellos infelices no llevaban más traje que unas cuantas hojas de palmera en la cintura y sus adornos se reducían a sortijas en la nariz y orejas y a algunas plumas de pájaros, especialmente de aves de paraíso, en la cabeza. Amina deseaba vivir, y frecuentemente se sentaba a la sombra de los árboles, contemplando ansiosa el mar y las piraguas que cruzaban su superficie, saltando sobre la espumosa cresta de las azules ondas, pero sólo su adorado Felipe reinaba en su pensamiento.

Una mañana salió de la cabaña con el rostro radiante de alegría y sentóse, como acostumbraba, debajo de un árbol.

—Gracias, querida madre —dijo—, gracias porque al fin me has revelado tu arte que me era imposible recordar; ya poseo los medios de conversar con los espíritus, y si no estuviera donde estoy, ahora mismo sabría la suerte que ha cabido a mi esposo.

Durante dos meses, Amina permaneció confiada a los cuidados de la anciana indígena. Cuando regresaron los comerciantes de Tidor, traían orden de conducir a la factoría a la joven y de pagar la hospitalidad que le habían prestado los salvajes. Dieron a entender por señas a Amina que debía acompañarlos, a lo que accedió gustosa por abandonar cuanto antes aquel país. Pronto hendió las aguas la velera piragua, y al verse nuevamente en el mar acordóse Amina del sueño de Felipe y de la concha de sirena, que tanto se asemejaba a la frágil embarcación en que a la sazón viajaba.

El buque empleó dos días en llegar al puerto de su destino y Amina fue conducida inmediatamente a la factoría portuguesa.

Allí la curiosidad de todos estaba excitada, pues su salvación había sido casi milagrosa. Desde el comandante, hasta el último soldado, todos deseaban vivamente conocerla. El comandante le hizo varios cumplimientos en portugués, quedando asombrado de no obtener contestación, y no podía suceder otra cosa, puesto que Amina no entendía una palabra de aquella lengua.

Indicó por gestos que aquel idioma le era desconocido, y los portugueses, creyéndola inglesa u holandesa, buscaron un intérprete, a quien dióse a conocer Amina como esposa del capitán de un buque holandés, que había naufragado recientemente.

A todos sorprendió agradablemente aquella noticia, pues los holandeses eran enemigos suyos, aunque se alegraron de que se hubiera salvado Amina. El comandante ofreció hacer cuanto pudiese para que la estancia en la isla le fuera agradable, añadiendo que esperaba dentro de dos meses un buque, en el cual podía embarcarse, si lo deseaba, e ir a Goa, donde encontraría medios de volver a Europa. Después la instaló en una bonita vivienda y puso una indígena a su servicio.

El comandante era un hombre pequeño, enjuto y tan delgado que parecía un alambre, sin duda a causa de su larga permanencia bajo aquel sol tropical. Tenía largas patillas y usaba una descomunal espada; estos dos objetos eran los únicos que llamaban la atención en su indumentaria y en su persona.

Amina comprendió bien su propósito, del que se habría reído de buena gana, a no haberse encontrado en su poder. Pocas semanas después sabía ya pedir en portugués lo que necesitaba, y cuando abandonó la isla de Tidor conocía el idioma perfectamente. Pero su ansiedad por averiguar la suerte de Felipe era mayor cada día, y, transcurridos tres meses, pasaba horas enteras contemplando el mar, deseando distinguir algún barco cuya llegada pusiera término a su destierro. Al fin apareció éste y, cuando Amina gozosa le veía aproximarse, el comandante, que estaba a su lado, arrodillóse a sus pies declarándole su violento amor y concluyendo por suplicarle que se casara con él.

La joven, aunque sorprendida, fue prudente y le contestó que antes necesitaba convencerse de la muerte de su marido, para lo cual iba a Goa, desde donde le

comunicaría el resultado de sus averiguaciones.

El comandante, que no dudaba de la muerte de Felipe, quedó satisfecho y declaró que tan pronto como recibiese la carta con la noticia, él mismo iría a Goa para contraer matrimonio, terminando con mil protestas de amor y fidelidad eterna.

—¡Necio! —murmuró Amina, mientras miraba complacida la embarcación que se acercaba a la costa.

Poco tiempo después fondeaba el buque en la bahía y los pasajeros se apresuraron a desembarcar. Entre ellos iba un clérigo que se dirigió inmediatamente al fuerte. Amina tembló sin saber por qué, pero su asombro no tuvo límite al reconocer al padre Matías, que era el sacerdote en cuestión.

XXVII

La sorpresa hizo retroceder a ambos. Amina, sin embargo, fue la primera en reponerse y le extendió la mano, pues el placer de encontrar un amigo le hizo olvidar sus antiguos resentimientos con el sacerdote.

El padre Matías, por lo contrario, la saludó con frialdad y, luego, poniéndole la mano sobre la cabeza, dijo:

—Dios te bendiga y te perdone, como yo te he perdonado.

El recuerdo del pasado enrojeció las mejillas de la joven, que no se atrevió a replicar.

¿La había perdonado realmente el padre Matías? Lo pareció, al menos, puesto que la trató como amiga, escuchó con interés la relación del naufragio y prestóse a acompañarla a Goa.

Pocos días después, el buque abandonó nuevamente la factoría y Amina dejó de sufrir las impertinencias del enamorado comandante. Atravesaron el archipiélago y llegaron a la embocadura del Golfo de Bengala sin novedad.

Cuando el padre Matías huyó de Terneuse, perseguido por la calumnia de Amina, regresó a Lisboa, pero, cansado de su inactividad, ofrecióse para volver a la India a convertir herejes. Desembarcó en la isla Formosa y poco tiempo después de su llegada, recibió órdenes apremiantes de sus superiores para que se presentara en Goa lo más pronto que le fuera posible. Al hacer escala en la factoría, encontróse inesperadamente con Amina.

Al doblar la punta meridional de la isla de Ceilán, se presentó por primera vez el mal tiempo y cuando ya la tempestad se hubo desencadenado por completo, los portugueses encendieron varias velas ante una imagen que llevaban a bordo. Amina sonrióse entonces despreciativamente y, al volver la cabeza, vio al padre Matías que la contemplaba con severidad.

—Los salvajes entre quienes he vivido —pensó Amina—, adoran a los ídolos y son calificados de idólatras. ¿Qué calificativo merecen entonces estos cristianos, procediendo del mismo modo que ellos?

—¿No sería preferible que bajaras a tu cámara? —preguntó el padre Matías aproximándose a la joven—. El tiempo no es a propósito para que una señora permanezca sobre cubierta. Además, en la cámara podrías rezar un rato, para aplacar la cólera divina.

—Prefiero continuar aquí, padre. Me complace la lucha de los elementos enfurecidos y admiro el poder de Dios en medio de la tempestad.

—Muy bien dicho, hija mía —contestó el sacerdote—, el Todopoderoso no solamente debe adorarse recreándose en sus obras, sino en el retiro y en la meditación. ¿Crees ya con sinceridad en los preceptos de nuestra religión? ¿Reverencias sus sublimes misterios?

—Hago cuanto debo, padre —replicó Amina volviendo la cabeza hacia el mar y contemplando nuevamente las encrespadas olas.

—¿Rezas con frecuencia a la Santísima Virgen y a los santos, que son los intercesores de los hombres?

Amina guardó silencio; no quería irritar al clérigo, y le repugnaba mentir.

—Contéstame, hija mía —añadió el padre Matías severamente.

—Padre —contestó la joven—, he apelado a Dios solamente; al Dios de los cristianos, al Dios del universo entero.

—El que cree en todo en general, no cree en nada en particular, Amina. ¡Ya me lo temía! Hace pocos momentos sorprendí tu sonrisa de desprecio. ¿De qué te reías?

—De mis propios pensamientos.

—Di mejor que del fervor con que rezaban los demás.

Amina tampoco respondió esta vez.

—Veo con disgusto que sigues siendo hereje; pero ten cuidado, desgraciada.

—¿Cuidado, padre? ¿Por qué? ¿No hay en estos climas millones de seres más incrédulos y herejes que yo? ¿A cuántos ha convertido usted? No hay trabajo, fatiga ni penalidad que no sufra usted gustoso por difundir la fe, y, sin embargo, ¿en qué consisten los malos y pocos frutos que obtiene? ¿Quiere usted que se lo diga? Pues en que en estos pueblos tienen su creencia propia, que aprendieron de sus mayores. ¿No me encuentro en el mismo caso? Nací en un país lejano, mis padres me enseñaron su religión, ¿cómo pretende que reniegue de ella, sin convencerme de que no es la verdadera? Tanto usted como el excelente padre Leysen me han instruido en los preceptos del cristianismo, que son efectivamente admirables; ¿no es esto suficiente? Pero exige usted una obediencia ciega y una sumisión absoluta, y en estas condiciones jamás he de convertirme. Cuando lleguemos a Goa enséñeme otra vez los misterios de su religión y, si me convence, tendrá en mí la fe católica más fervorosa. Entretanto, padre, tenga usted paciencia.

La imprudente réplica de la joven dejó perplejo al sacerdote, pues realmente tenían un gran fondo de verdad las observaciones de Amina. Recordó entonces que el padre Leysen, no creyéndola suficientemente instruida, había dilatado su bautismo hasta que conociese bien las verdades cristianas y lo pidiera ella misma, a fin de no irritar su indomable carácter.

—Hablas osadamente, hija mía, pero al menos eres sincera —replicó el padre Matías después de una breve pausa—. Cuando lleguemos a Goa hablaremos nuevamente de este asunto, y, con la ayuda de Dios, confío en que comprenderás la verdad de mis argumentos.

—Convenido —dijo Amina.

La joven pensaba en aquel momento en un sueño que había tenido en Nueva Guinea, en el cual su madre le reveló sus artes mágicas, y deseaba llegar a Goa para ponerlas en práctica.

Mientras tanto la tempestad era cada vez más imponente y el buque comenzó a hacer agua. Los marineros, aterrorizados, invocaban a los santos; el padre Matías y otros pasajeros se consideraron perdidos viendo que las bombas no achicaban el agua. Las olas barrían con furia la cubierta aumentando el pánico que reinaba a bordo. Unos lloraban como niños, otros mesábanse los cabellos y hasta algunos, más desesperados, prorrumpieron en juramentos e imprecaciones. Solamente Amina permanecía tranquila, contemplando despreciativamente la cobardía de aquellos hombres.

—Hija mía —dijo entonces el padre Matías, procurando disimular la agitación de su voz—; hija mía, no dejes pasar esta hora de peligro. Antes de perecer, entra en el seno de la Santa Iglesia. Te absolveré de tus pecados y conseguirás la bienaventuranza.

—Padre, la tempestad no me asusta, puesto que permanezco impasible ante la terrible lucha de los elementos; además, mi arrepentimiento no sería sincero, pues para ello el alma debe estar completamente tranquila y no impulsada por el temor. Hay un Dios en el cielo en cuya misericordia confío y cuyos decretos reverencio; cúmplase su voluntad.

—No mueras sin convertirte, hija mía.

—Mire usted, —añadió Amina, señalando con el dedo a los marineros que gritaban llenos de terror—, éstos son cristianos. Confían en su salvación y, sin embargo, ¿por qué no les presta la fe y el valor que necesitan para morir en paz?

—La vida es muy estimable, Amina, y esos infelices dejan en este mundo esposas e hijos. ¿A quién le agrada morir? ¿Quién puede ver acercarse ese terrible momento sin temblar?

—Yo —replicó la joven—; yo que no tengo esposo, o al menos no creo tenerlo. Para mí la vida carece de encantos. No me espanta la muerte que considero como el fin de mis angustias. Si estuviera Felipe a mi lado sería otra cosa, pero, habiendo muerto, sólo deseo reunirme con él en el otro mundo.

—Felipe profesó la fe de sus mayores, y si deseas reunirte con él debes hacer lo mismo, hija mía; mientras tanto rogaré por ti y porque Dios ilumine tu entendimiento —dijo el padre Matías arrodillándose.

—Hágalo usted, buen padre, sus oraciones serán más gratas que las nuestras a los ojos del Todopoderoso —contestó Amina dirigiéndose a otro lado.

—¡Perdidos, señora, estamos perdidos! —exclamó el capitán que estaba asido a uno de los cabos de los obenques.

—De ninguna manera —replicó la interpelada.

—¿Qué dice usted? —arguyó el capitán asombrado al contemplar la serenidad de Amina—. ¿En qué funda usted su creencia?

—Abrigo la convicción de que nos salvaremos todos si ustedes no se acobardan y cumplen con su deber; hay algo aquí dentro que me lo asegura.

Y Amina púsose la mano en el corazón. La joven hablaba así porque había advertido que la tempestad empezaba a ceder, circunstancia que hasta entonces no observaron el capitán ni los marineros a causa de su terror.

La tranquilidad de Amina, su belleza y acaso el contraste que su valor hacía con el pánico de los demás, impresionaron al capitán y a la tripulación, quienes, contemplándola respetuosamente y con admiración, recobraron la perdida energía. Las bombas volvieron a funcionar, la tempestad se calmó durante la noche y a la mañana siguiente, conforme había pronosticado Amina, el buque estaba salvado.

Todos la consideraron entonces como una santa, creyéndola católica, y hablaron de lo ocurrido al padre Matías, el cual estaba perplejo. Pero, cuando el sacerdote se quedó solo, se hizo a sí mismo las preguntas siguientes—: ¿Quién le ha inspirado tan extraño valor? ¿Quién le ha infundido ese espíritu profético? No es el Dios de los cristianos, puesto que la

infeliz es hereje.

Y, recordando el sacerdote lo ocurrido en la alcoba de la casa de Terneuse, movió la cabeza profundamente entristecido.

XXVIII

Trasladémonos con el lector al lado de Felipe y de Krantz, quienes conversaron largamente acerca de la extraña reaparición de Schriften, concluyendo por acordar vigilarle y aprovechar la primera ocasión para separarse de él. Krantz le había preguntado cómo se salvo; Schriften le había contestado en su tono habitual sarcástico, que se había desprendido una de las tablas de la balsa durante la contienda, y que ésta lo sostuvo hasta llegar a una isla; que allí, al ver la piragua, se había arrojado nuevamente al mar, donde fue recogido. Como esto no era imposible, aunque sí bastante improbable, Krantz no le preguntó más. A la mañana siguiente, habiendo cedido el viento, echaron al agua la piragua, y se hicieron a la vela con rumbo a la isla de Ternate.

Cuatro días tardaron en llegar, y todas las noches desembarcaban y sacaban el barco a la playa arenosa. Felipe se había consolado al saber que vivía Amina; y hubiera sido feliz con la idea de volver a encontrarla, si la presencia de Schriften no le hubiese molestado de continuo.

Al llegar al puerto de Ternate, fueron conducidos a una gran vivienda construida con hojas de palmitos y bambúes, y les dijeron que permanecieran allí hasta que se le comunicara su llegada al rey. La cortesía y urbanidad peculiares de los isleños sirvieron de tema a las conversaciones de Felipe y de Krantz; su religión, lo mismo que su indumentaria, parecían un compuesto de mono y malayo.

Pocas horas después fueron llamados para asistir a la audiencia del rey, que se celebrada al aire libre. El monarca encontrábase sentado bajo un pórtico, servido por un numeroso concurso de sacerdotes y soldados. El concurso era numeroso, pero poco brillante; todos los que rodeaban al rey, llevaban túnicas blancas y turbantes blancos; pero él tenía muy pocos adornos sobre sí. Lo primero que llamó la atención de Felipe y de Krantz al ser presentados al monarca, fue la limpieza extremada que en todas partes observaron; todos los trajes eran inmaculados y de una blancura resplandeciente.

Después de saludar al rey, según la costumbre mahometana, tomaron asiento a una indicación de éste, y, en seguida, les dirigieron varias preguntas.

Felipe relató el naufragio, manifestando que su esposa había sido separada de él, y, según creía, encontrábase en poder de los portugueses en la factoría de Tidor. Por esta razón concluyó rogando al soberano que le ayudara a rescatarla.

—Bien dicho —contestó el rey—; que traigan refrescos para los extranjeros, y queda concluida la audiencia.

Felipe y Krantz, y dos o tres de los confidentes, amigos y consejeros del monarca, quedaron solos. Entonces les presentaron una colección de pescados y otros platos diversos; y, después de haber comido, les dijo el rey:

—Los portugueses son perros y enemigos nuestros: ¿queréis ayudarnos a combatirlos? Disponemos de grandes cañones, pero no sabemos manejarlos tan bien como vosotros. Enviaré una escuadra contra los portugueses de Tidor, si os decidís a prestarnos ayuda. Responded, holandeses, ¿queréis pelear? De este modo —añadió dirigiéndose a

Felipe—, recobrarás a tu esposa.

—Mañana contestaré a esa pregunta —dijo Felipe—, porque deseo consultar con mi amigo. Como he dicho antes, yo era capitán del buque náufrago y mi amigo era mi segundo; debemos celebrar una consulta los dos.

Schriften, que para Felipe no era más que un simple marinero, no había sido llevado a la presencia del rey.

—Mañana espero vuestra respuesta —repuso el monarca.

Felipe y Krantz se despidieron; y al volver a su vivienda, vieron que el rey les había enviado dos trajes completos de moros con turbantes. Como los que vestían Felipe y Krantz estaban completamente desgarrados, y eran muy impropios para sufrir el ardiente sol de aquellos climas, el regalo de S. M. fue muy bien recibido. Los sombreros de tres picos que llevaban, recogían los rayos de calor hasta un punto intolerable, y los cambiaron con gusto por el turbante blanco. Guardaron su dinero en una faja malaya que formaba parte de su atavío y se vistieron a la usanza del país. Después de una larga conversación, decidieron aceptar los ofrecimientos del rey, por ser el único medio que Felipe tenía para reunirse nuevamente con su esposa. Al siguiente día comunicaron oficialmente su decisión y se hicieron todos los preparativos para la expedición.

Al poco tiempo, centenares de piraguas de todas dimensiones flotaban junto a la orilla, unas al lado de otras formando una fila que ocupaba cerca de media milla sobre las aguas tranquilas de la bahía. Sus tripulantes las iban habilitando para el servicio; unos levantaban las velas; otros reparaban los desperfectos; pero la mayor parte aguzaban sus espadas y preparaban el veneno mortal de ciertas plantas para sus crises. La playa ofrecía un aspecto de gran confusión: cántaros de agua, sacos de arroz, vegetales, pescados salados, cestas de aves ocupaban por doquier el terreno entre los isleños atentos a las órdenes de sus jefes, los cuales paseaban arriba y abajo vestidos de gala con brillantes armas y adornos. El rey tenía seis cañones de a cuatro, de bronce, regalo del capitán de un buque de las carreras de las Indias; estas máquinas de guerra, con una cantidad proporcionada de balas y de cartuchos fueron confiadas a la dirección de Felipe y de Krantz y colocadas en varias de las piraguas mayores con algunos indígenas instruidos en su manejo. Al principio, el rey, que esperaba la pronta rendición del fuerte portugués, manifestó su propósito de dirigir personalmente las operaciones; pero le disuadieron, y, a petición de Felipe, le aconsejaron que no expusiera su preciosa vida. En diez días quedaron hechos todos los preparativos, y la escuadra, tripulada por setecientos hombres, hízose a la vela con rumbo a la isla de Tidor.

El espectáculo que ofrecía el azulado mar cubierto de cerca de seiscientas barcas pintorescas, todas navegando a la vela y saltando sobre las aguas como delfines en persecución de sus presas, era verdaderamente hermoso; todas iban llenas de indígenas, cuyos blancos trajes contrastaban vivamente con el azul oscuro de las aguas. Las grandes piraguas en que navegaban Felipe y Krantz con los jefes indígenas, habían sido adornadas con banderas de todos colores que ondeaban al impulso de una fresca brisa. Más parecía aquélla una expedición de recreo, que una armada dispuesta a entrar en combate.

En la tarde del segundo día estuvieron ya a la vista de la isla de Tidor, a unas cuantas

millas de la factoría y del fuerte. Los naturales de Tidor, que no podían soportar el yugo portugués, aunque se sometían a él por la fuerza, habían abandonado sus cabañas y retirándose a los bosques. La escuadra ancló cerca de la playa sin que nadie les molestara durante la noche. A la mañana siguiente, Felipe y Krantz salieron a hacer un reconocimiento.

El fuerte y la factoría de Tidor estaban contruidos del mismo modo que las demás fortificaciones portuguesas en aquellos mares. Un foso con una fuerte empalizada entremezclada de mampostería, circundaba la factoría y todas las casas del establecimiento. Las puertas permanecían abiertas de día para la entrada y salida y se cerraban por la noche. En la parte de este recinto que miraba al mar encontrábase la ciudadela, hecha de mampostería sólida con parapetos, rodeada de un profundo foso sólo accesible por un puente levadizo, y defendida por un cañón en cada extremo. Su verdadera fuerza, sin embargo, estaba oculta por una alta empalizada que rodeaba todo el establecimiento. Después de examinarla cuidadosamente recomendó Felipe que las grandes piraguas con los cañones atacasen por mar, mientras los hombres que tripulaban las pequeñas, desembarcaran y rodearan el fuerte, utilizando para su defensa todas las prominencias del terreno y atacando al enemigo con sus lanzas y saetas. Aprobado este plan, ciento cincuenta piraguas hiciéronse a la vela siendo sacadas a la playa las restantes. Los hombres que las tripulaban marcharon por tierra.

Los portugueses habían visto que se aproximaba la escuadra y estaban preparados para recibir a sus enemigos; los cañones dirigidos hacia el mar eran de grueso calibre y estaban bien servidos. Los de las piraguas, aunque bien dirigidos por Felipe, eran pequeños y ocasionaron poco daño en la piedra dura y espesa del fuerte. Después de un cañoneo de cuatro horas, durante las cuales la población de Ternate perdió un gran número de hombres, las piraguas, por consejo de Felipe y de Krantz, retiráronse a la mar y se reunieron con el resto de la escuadra, donde se celebró otro consejo de guerra. La fuerza que había rodeado el fuerte por la parte de tierra, no se había retirado con objeto de impedir todo auxilio de gente o de víveres y al mismo tiempo respirar contra los portugueses que osaran exponerse a sus tiros, circunstancia muy importante, puesto que se sabía que la guarnición era poco numerosa.

El fuerte no podía ser tomado con los cañones; por la parte del mar era inexpugnable; y, por consiguiente, sus esfuerzos debían dirigirse por la parte de tierra. Krantz, después de conferenciar con los jefes indígenas, aconsejóles que esperaran a que anocheciera para proceder al ataque. Cuando soplara la brisa de tierra, los hombres debían preparar grandes haces de palmitos secos y hojas de cocoteros y llevarlos junto a las empalizadas a barlovento dándoles fuego en seguida. De este modo destruirían las empalizadas y ganarían la entrada en la fortificación exterior, después de lo cual consultarían respecto a la manera de proceder en adelante. Este consejo era demasiado juicioso para no ser seguido y todos los que no tenían armas dedicáronse a formar haces de combustibles, no tardando en reunirse una gran cantidad de leña seca.

Los de Ternate se despojaron de sus vestidos blancos, no conservaron más que sus fajas, sus cimitarras y crises y unas túnicas azules, y acercáronse en silencio a las

empalizadas donde depositaron sus haces de leña ejecutando varias veces la misma maniobra. Conforme se aumentaba el parapeto de haces, la gente trabajaba con más valor hasta que quedaron completas las pilas, y les prendieron fuego por varias partes. Las llamas subieron, los cañones del fuerte resonaron, y muchos indígenas fueron víctimas de la metralla y de las granizadas de balas que los portugueses arrojaron. Sofocados éstos por el humo, viéronse obligados a abandonar los atrincheramientos para evitar la sofocación. Las empalizadas ardían y las llamas empezaron a atacar la factoría y sus casas. No había resistencia posible y los de Ternate, entrando por los huecos que iban dejando las empalizadas destruidas, dieron muerte con sus cimitarras y crises a cuantos no se habían refugiado en la ciudadela. Éstos eran principalmente criados indígenas a quienes el ataque había sorprendido y por cuya suerte se preocupaban poco los portugueses, que no hicieron caso de los gritos que lanzaban para que bajasen el puente levadizo y los metiesen en el fuerte. La factoría y todas las casas exteriores estaban ardiendo y las llamas iluminaban la isla con resplandores siniestros en el espacio de muchas millas. El humo se había desvanecido en parte y las defensas del fuerte quedaron visibles a la luz del incendio.

—Si tuviéramos escalas de asalto —dijo Felipe—, nos apoderaríamos del fuerte, porque no hay un alma en los parapetos.

—En efecto —repuso Krantz—; pero, de todos modos, los muros de la factoría serán un puesto ventajoso para nosotros cuando se extinga el incendio; y, si la ocupamos, desde allí impediremos a todos que se asomen a los parapetos mientras se construyen las escalas. Mañana por la noche pueden quedar terminadas y nos apoderaremos del fuerte por asalto.

—Cierto —confirmó Felipe—, eso es lo que hay que hacer.

Dirigióse entonces a los jefes indígenas, y les comunicó sus planes, que se apresuraron a aprobarlo. Schriften, que, sin saberlo Felipe, había acompañado a la expedición, aproximóse al grupo y dijo:

—Eso es imposible. Jamás se apoderará del fuerte, Felipe Vanderdecken. ¡Ji, ji!

No había concluido aún de hablar el piloto, cuando oyóse una tremenda explosión, llenándose el aire de grandes piedras que volaban en todas direcciones, ocasionando numerosas víctimas entre los de Ternate. Era la factoría que había volado porque bajo sus bóvedas existía una gran cantidad de pólvora que se había inflamado a consecuencia del incendio.

—Su plan, señor Vanderdecken, ha quedado deshecho. ¡Ji! ¡ji! —gritó Schriften.

La pérdida de tantas vidas y la confusión que produjo la inesperada explosión, causaron un pánico entre la gente de Ternate que huyó precipitadamente hacia la playa donde estaban las piraguas.

Fueron inútiles los esfuerzos de Felipe y de los jefes por reunirles de nuevo. Los de Ternate, no acostumbrados a los terribles efectos de la pólvora en grandes cantidades, creyeron que había ocurrido algún suceso sobrenatural, y muchos saltaron a las piraguas y se hicieron a la vela, mientras los demás, confusos y temblorosos, corrían despavoridos por la playa.

—Nunca tomará usted ese fuerte, señor Vanderdecken —repetía con insistencia una voz bien conocida.

Felipe levantó su espada para dividir en dos al hombrecillo; pero se detuvo pensando:

—Es una verdad muy inoportuna, pero una verdad; ¿por qué he de matarle por eso?

Celebraron consejo los jefes y se convino en que el ejército continuase allí hasta que a la mañana siguiente se adoptara una resolución definitiva.

Al rayar el día, como el fuerte portugués no estaba ya rodeado de otros edificios, vióse que era más formidable de lo que al principio habían supuesto. Los parapetos estaban atestados de gente ocupada en colocar cañones para disparar contra las fuerzas de Ternate. Felipe consultó con Krantz, y ambos reconocieron que, habiendo el suceso de la víspera sembrando el pánico entre los suyos, nada se podría hacer. Los jefes opinaron lo mismo, en virtud de lo cual ordenóse el regreso de la expedición. Los jefes de Ternate estaban satisfechos del éxito alcanzado, porque habían destruido una gran fortificación, una factoría y todos los edificios portugueses: solamente la ciudadela continuaba intacta; pero era inaccesible, y, además, sabían que lo ocurrido era considerado por su rey como una gran victoria. Dióse, por tanto, la orden de reembarcarse, y dos horas más tarde toda la escuadra, con pérdida de setecientos hombres, tomó el rumbo hacia Ternate. Krantz y Felipe se embarcaron juntos para tener el placer de conversar. A las tres horas de haberse hecho a la vela, el tiempo se encalmó; y hacia el anochecer advirtieron señales de tempestad. Cuando se levantó de nuevo la brisa fue en dirección contraria; pero aquellos buques sentían tanto el viento, que esta circunstancia no les preocupó poco ni mucho.

A las doce de la noche se desencadenó el huracán, y antes de que hubieran salido de la punta nordeste de Tidor, empezó a soplar con tal violencia, que muchos hombres fueron lanzados al agua desde sus barcas, ahogándose no pocos. Recogieron las velas, y los buques flotaban a merced del viento y de las olas que frecuentemente pasaban sobre ellos. La escuadra fue acercándose a la orilla, y, poco antes de amanecer, la barca en que navegaban Felipe y Krantz, encontrábase entre los remolinos de la playa frente a la punta norte de la isla. Pronto se estrelló contra las rocas, y cada uno de los tripulantes tuvo que atender a su propia salvación, Felipe y Krantz agarráronse a una tabla, y, sostenidos por ella, llegaron a la orilla donde encontraron unos treinta compañeros que habían sufrido la misma suerte. Cuando amaneció, observaron que la mayor parte de la escuadra se había puesto a la capa, pero no abrigaron temor alguno respecto a los demás barcos, porque el viento se había moderado bastante.

Los indígenas de Ternate propusieron, que puesto que tenían armas, cuando el viento se apaciguase, se tomaran algunas lanchas de los isleños para agregarlas a la escuadra; pero Felipe, que había consultado con Krantz el caso, quiso aprovechar la ocasión para saber la suerte que había corrido Amina. No pudieron los portugueses probar nada contra ellos, fácilmente podrían negar que habían estado entre los agresores, o decir que les habían obligado a asistir a la acción. De todos modos, Felipe estaba decidido a quedarse en Tidor, y Krantz a seguir su suerte. Por consiguiente, fingiendo que aceptaba la propuesta de los indígenas de Ternate, les permitieron ir a buscar las piraguas

enemigas; y mientras las botaban al agua, internáronse en la espesura del bosque y desaparecieron. Los portugueses, que habían presenciado el naufragio de sus enemigos y que estaban irritados por las pérdidas sufridas, salieron en persecución de los que habían sido arrojados a la playa. Los indígenas, no tenían ya nada que temer, obedecieron y encontraron a Felipe y Krantz que estaban sentados a la sombra de un gran árbol esperando la marcha de los de Ternate. Condujéronles al fuerte, y fueron presentados al comandante que estaba enamorado de Amina. Como Felipe y Krantz vestían de musulmán, el comandante mandó que los ahorcaran; pero Felipe manifestó que eran holandeses, que habían naufragado y que el rey de Ternate les había obligado a tomar parte en la expedición, y el comandante portugués, volviendo de su acuerdo, dispuso que fueran encerrados en un calabozo, hasta que se resolviera definitivamente el castigo que debía imponérseles.

XXIX

El calabozo en que Vanderdecken y Krantz fueron encerrados, en la cárcel, estaba debajo del fuerte y tenía una pequeña ventana que se abría al mar y por donde entraban la luz y el aire. Era bastante templado; pero carecía de muebles.

Felipe, que ansiaba vivamente conocer la suerte de Amina, dirigióse en portugués al soldado que les había conducido al encierro, diciéndole:

—Amigo mío, perdone usted...

—No hay de qué —contestó el soldado, saliendo del calabozo y cerrando la puerta tras de sí.

Felipe apoyó la espalda contra la pared mirando entristecido al suelo, mientras Krantz, más animado, comenzó a recorrer la estancia, que era sumamente estrecha.

—¿Sabe usted lo que se me ocurre? —dijo, deteniéndose de pronto y en voz baja—. Que es una fortuna que hayamos conservado el dinero, porque, si no nos registran, quizá podamos salir de aquí sobornando a los centinelas.

—Pues yo pensaba —repuso Felipe—, en que es preferible estar aquí, que en compañía de ese miserable Schriften, cuya presencia no puedo tolerar.

—Ese comandante me parece mala persona; pero mañana sabremos algo más de él.

El movimiento de la llave en la cerradura, al que siguió la entrada de un soldado con un cántaro de agua y un gran plato de arroz cocido, les interrumpió.

El recién llegado no era el mismo que los había conducido al calabozo, y Felipe le abordó, diciéndole:

—Mucho han trabajado ustedes en estos dos últimos días.

—Sí, señor —contestó el soldado.

—Los de Ternate nos obligaron a venir con su expedición; pero al fin nos pudimos escapar.

—Así lo he oído decir a ustedes.

—Ellos han perdido cerca de mil hombres —agregó Krantz.

—¡Bendito San Francisco! Me alegro mucho —repuso el soldado.

—En lo sucesivo tendrán más cuidado en atacar a los portugueses.

—Esa es también mi opinión —confirmó el soldado.

—¿Han tenido ustedes muchas pérdidas? —preguntó Felipe observando que aquel soldado era algo más locuaz.

—Unos diez hombres de tropa portuguesa. En la factoría había unos cien indígenas con algunas mujeres y niños; pero eso importa poco.

—Aquí había una europea, según me han asegurado —atrevióse a decir Felipe—, que naufragó en un buque. ¿Estaba entre los que han muerto?

¡Una joven! Sí, ya recuerdo. Pero la verdad es...

¡Pedro! —grito una voz desde arriba.

El soldado enmudeció, llevóse un dedo a los labios, salió y cerró la puerta.

—¡Cielos, dadme paciencia! —exclamó Felipe—; esto es demasiado sufrimiento.

—Ya volverá mañana por la mañana —dijo Krantz.

—Sí, mañana por la mañana; pero desde aquí a mañana el tiempo va a parecerme una eternidad.

—¿Qué hemos de hacerle? Las horas transcurren aunque la impaciencia las convierta en años. Oigo pasos...

Abrióse nuevamente la puerta, y un soldado entró diciendo:

—Sígueme ustedes que el comandante desea hablarles.

Felipe y su compañero se apresuraron a obedecer la inesperada invitación. Subieron una estrecha escalera de piedra al fin de la cual se encontraron en un gabinete con el comandante, que les esperaba sentado en un confidente. Dos jóvenes indígenas le estaban abanicando.

—¿Quién ha dado a ustedes esos trajes? —les preguntó.

—Los naturales de Ternate, cuando nos hicieron prisioneros en la isla a donde llegamos, despojáronnos de nuestros vestidos y nos regalaron éstos.

—¿Y les invitaron a ustedes a servir en su escuadra para atacar este fuerte?

—Nos obligaron a ello —rectificó Krantz—; porque, como los portugueses y los holandeses no están en guerra, nos opusimos a entrar a su servicio; sin embargo, nos condujeron a viva fuerza a bordo para hacer creer a la tropa que los europeos los auxiliaban.

—¿Y cómo pueden probarnos que eso es cierto?

—En primer lugar, porque nosotros no mentimos y, además, por el hecho de habernos escapado.

—¿Perteneían ustedes a un buque holandés de la carrera de las Indias? ¿Son ustedes oficiales o marineros solamente?

Krantz, creyendo menos probable que el comandante les detuviera si ocultaban su calidad a bordo, dio un codazo a Felipe para que se callara y contestó:

—Somos empleados del buque: mi compañero piloto y yo contra maestre.

—Y, ¿qué ha sido del capitán?

—Suponemos que moriría al dividirse la parte de balsa en que iba.

—¡Ah! —exclamó el comandante que guardó silencio durante un largo rato.

Felipe miró a Krantz como interrogándole: ¿y por qué estos subterfugios? pero Krantz le hizo señas para que no le contradijera.

—¿Ignora usted realmente si el capitán está vivo o muerto?

—Sí, señor.

—En el supuesto de que les dejara en libertad, ¿querrían ustedes firmar un documento afirmando que ha muerto?

—No veo inconveniente alguno en eso —dijo Krantz—; sin embargo, si volviéramos a Holanda, podría perjudicarnos esa declaración. ¿Me dirá usted, señor comandante, de qué puede servirle ese documento?

—No —gritó el comandante con voz de trueno—; no se lo diré; necesito esa declaración, y eso basta. Escojan ustedes o el calabozo, o la libertad y pasaje libre en el primer buque que salga de este puerto.

—La elección no es dudosa —repuso Krantz—. Además, abrigo la convicción de que el capitán ha perecido —añadió reflexionando—. Comandante, ¿quiere usted dejarnos reflexionar hasta mañana?

—Sí, señor, pueden ustedes retirarse.

—Pero no al calabozo, comandante —dijo Krantz—; no somos prisioneros, y si desea que le prestemos un favor, debe tratarnos bien.

—Ustedes han reconocido y confesado que han peleado contra Su Majestad fidelísima, y esto es suficiente para tenerlos prisioneros; sin embargo, les dejo en libertad por esta noche, y mañana por la mañana resolveré si debo tratarlos como prisioneros o no.

Felipe y Krantz dieron las gracias al comandante por su bondad y salieron presurosos de los parapetos. La noche estaba oscura y la luna no había salido aún. Sentáronse en un parapeto para gozar de la brisa y del placer de verse libres, después de haber sido encerrados; pero, cerca de ellos, había soldados en pie o durmiendo y viéronse obligados a hablar en voz baja.

—¿Para qué necesitará ese certificado de la muerte del capitán, y por qué le ha contestado usted de ese modo? —preguntó Felipe.

—Amigo mío —respondióle Krantz—, bien puede usted imaginar que he pensado mucho acerca de la suerte de su bella esposa; y al oír que había sido conducida aquí, he temblado por ella. ¿Qué podía ocurrir siendo joven y hermosa? Este comandante, ¿no ha podido enamorarse de ella? He negado nuestra posición porque pensé que obtendríamos la libertad más fácilmente siendo el piloto y el contraestre del barco, que diciendo que somos el capitán y el segundo de a bordo, sobre todo si sospecha que hemos sido los jefes que han dirigido el ataque de la gente de Ternate. Además, al pedirnos el certificado de la muerte de usted, presumí que lo quería para inducir a Amina a casarse con él. ¿Pero dónde está Amina? Esta es la cuestión.

—Indudablemente, Amina está aquí —dijo Felipe apretando los puños.

—Quizá tenga usted razón; pero lo que está fuera de duda es que vive.

La conversación prolongóse hasta que salió la luna y las movedizas olas del mar reflejaron su disco de plata.

Felipe y Krantz contemplaron las aguas inclinados sobre los parapetos; pero su meditación fue interrumpida por una voz que les dijo:

—Buenas noches, señores.

Krantz reconoció en seguida al soldado portugués con quien habían conversado el día antes.

—Buenas noches, amigo mío. Gracias al Cielo no tiene usted que volver a encerrarnos.

—Es verdad, y eso me sorprende —dijo el soldado en voz baja—, porque el comandante le complace ejercer su autoridad, y sus órdenes son cumplidas sin remisión.

—Ahora no nos oye —replicó Krantz.

—¡Buen sitio éste para vivir! ¿Cuánto tiempo hace que está usted aquí?

—Trece años, señor, y estoy bien cansado de él. Tengo mujer e hijos en Oporto; es decir, los tenía; pero quién sabe si habrán muerto.

— ¿No espera usted volver a verlos?

— ¡Oh, señor! no: un soldado portugués no vuelve jamás. Nos alistan por cinco años, pero dejamos aquí los huesos.

— Eso es muy duro.

— Ciertamente, señor — confirmó el soldado en voz aún más baja —; es cruel. Muchas veces he estado a punto de suicidarme saltándome los sesos; pero mientras hay vida hay esperanza.

— Le compadezco, buen amigo — dijo Krantz—. Mire usted, me han quedado dos monedas de oro, tome una; puede usted enviársela a su mujer.

— Y aquí tiene usted otra mía — añadió Felipe.

— ¡Qué Dios y todos los santos se lo paguen a ustedes — repuso el soldado —, porque ésta es la primera dádiva que he recibido desde hace muchos años! Por lo demás, mi mujer y mis hijos tienen pocas probabilidades de recibirlas.

— Ayer nos habló usted de una joven europea que estaba aquí — observó Krantz después de un rato de silencio.

— Sí, señor, era muy hermosa; el comandante estaba prendado de ella.

— ¿Y dónde está ahora?

— Ha sido enviada a Goa en compañía de un sacerdote que la conocía. Se llama el padre Matías y es un buen anciano. A mí me confesó durante su corta permanencia aquí.

— ¡El padre Matías! — exclamó Felipe; pero Krantz le mandó callar.

— ¿Dice usted que el comandante estaba prendado de la europea?

— Sí, señor, loco, completamente loco de amor; y si no hubiera llegado el padre Matías, tengo la seguridad de que no le habría permitido marcharse, aunque está casada con otro.

— ¿Y ha sido enviada a Goa?

— Sí, señor, en un buque que hizo escala en este puerto. Debe de haberse alegrado mucho de salir de este fuerte, porque el comandante la perseguía constantemente y ella echaba de menos a su marido. ¿Saben ustedes si éste vive?

— No, no lo sabemos; ignoramos cuál ha sido su suerte.

— De todos modos, si vive, no creo que venga aquí, porque el comandante se apresuraría a deshacerse de él. Es hombre que no le detienen obstáculos. No puede negarse que es valiente; pero por poseer a esa señora, haría los mayores desatinos... Señores — continuó Pedro, que así se llamaba el soldado después de una breve pausa —, no conviene que me vean aquí mucho tiempo. Si me necesitan ustedes, dispongan de mí como les plazca. Ya saben cómo me llamo; buenas noches, y mil gracias por sus bondades.

Y, dicho esto, el soldado se retiró.

— Hemos ganado un amigo — dijo Krantz —, y, además, hemos tenido noticias importantes.

— Sí, pero recuerde que estamos en poder de su enemigo. Debemos salir de aquí lo más pronto posible; mañana firmaremos el documento que desea. No importa nada el uso que haga de él, pues probablemente estaremos en Goa antes de que Amina pueda verlo; y, si no estamos, la noticia de la muerte de usted no decidirá a Amina a contraer matrimonio

con ese miserable comandante.

—De eso estoy convencido; pero semejante noticia la afligiría en extremo.

—La incertidumbre en que ahora se encuentra es más dolorosa aún, Felipe; pero es inútil hablar de lo pasado; mañana firmaremos, yo como Cornelio Richter, que es el nombre del tercer contramaestre, y usted como Jacobo Vantreat: no lo olvide.

—Convenido —repuso Felipe volviendo la espalda a Krantz, pues deseaba quedarse solo.

Krantz lo advirtió y tendióse en el hueco de un baluarte, no tardando en conciliar el sueño.

XXX

Felipe, tan fatigado como su segundo, se había tendido al lado de éste, y por la mañana les despertaron la voz del comandante y el ruido de su largo sable que arrastraba sobre las piedras del pavimento. Levantáronse apresuradamente y vieron al comandante que reñía a los soldados, amenazando a unos con el calabozo y a otros con imponerles doble servicio.

El comandante, al verlos, les mandó que le siguieran a su aposento. Hiriéronlo así, y tendiéndose aquél sobre el sofá, les preguntó si estaban dispuestos a firmar el documento de que les había hablado, o a volver al calabozo. Krantz contestó que, después de meditar el asunto, se habían convencido de la muerte del capitán y que por lo tanto estaban dispuestos a testificarlo con su firma. La actitud del comandante fue desde aquel momento bien distinta, y, habiendo pedido recado de escribir, redactó el documento que firmaron Krantz y Felipe. El comandante se manifestó tan satisfecho, que convidó a los dos amigos a almorzar.

Durante el almuerzo prometiéles que podrían dejar la isla en el primer barco que partiera. Felipe estaba algo taciturno; pero Krantz procuró hacerse agradable y el comandante les convidó también a comer.

Krantz informó al portugués de que tenían unas cuantas monedas de oro, y expuso su deseo de alquilar una habitación donde pudieran vivir por su cuenta. Ya fuese porque quisiera tener sociedad, ya porque desease ganar dinero, o probablemente por ambas cosas, el comandante les contestó que podían comer con él y pagar el gasto, proposición que fue aceptada. Convenidas las condiciones, Krantz insistió en pagar adelantada la primera semana, y cuando lo hubo hecho, el comandante manifestóse con ambos amigos lo más cortés del mundo, no cesando de adularles y tratando de hacerles olvidar que los había tenido encerrados en un calabozo subterráneo.

En la noche del tercer día, como advirtiese Krantz, después de comer, que el comandante estaba de muy buen humor, aventuróse a preguntarle para qué quería el certificado de la muerte del capitán. El comandante contestó con gran asombro de Felipe que Amina le había prometido casarse con él tan pronto como le presentara aquel documento.

—¡Imposible! —gritó Felipe levantándose de la silla.

—¡Imposible! ¿Y por qué es imposible? —preguntó el comandante colérico retorciéndose el bigote.

—Yo también hubiera dicho lo mismo —interrumpió Krantz midiendo las consecuencias de la indiscreción de Felipe—, porque, si usted hubiera visto, comandante, las pruebas de amor que esa mujer ha dado a su marido, no creería que pudiese tan pronto entregar su corazón a otro; pero las mujeres son todas iguales, y los militares tienen gran ventaja sobre los demás. Brindo a su salud y por el buen éxito de su empresa.

—Esa es precisamente mi opinión —agregó Felipe entrando en el plan de Krantz—; pero esa señora tiene una gran excusa, comandante, comparando a su marido con usted.

Ablandado con esta adulación, el comandante repuso:

—Aseguran, efectivamente, que los militares tenemos gran atractivo para el bello sexo. Presumo que esto consiste en que desean protección; ¿y dónde mejor pueden encontrarla que al lado de un hombre que lleva espada? Bebamos, señores, bebamos por la salud de Amina Vanderdecken.

—Por la hermosa Amina Vanderdecken —exclamó Krantz apurando su copa.

—Por la hermosa Amina Vanderdecken —repitió Felipe—. Pero, comandante, ¿no teme usted haberla enviado a Goa donde hay tantos peligros para una mujer?

—De ningún modo: estoy convencido de que me ama. Y, en confianza lo puedo confesar, creo que está enamorada de mí.

—¡Mentira! —exclamó Felipe.

—¿Cómo mentira? ¿Lo dice usted eso? —gritó el comandante apoderándose del sable que estaba sobre la mesa.

—No, no —contestó Felipe serenándose—; lo decía por ella, porque la he oído jurar muchas veces a su marido que no amaría a nadie más que a él.

—¡Bah! ¿no es más que eso? —preguntó el comandante—. Amigo mío, usted no conoce a las mujeres.

—No, ni le gustan mucho —agregó Krantz inclinándose al oído del comandante y añadiendo—: siempre que hablamos de mujeres ocurre lo mismo, porque, habiendo sido engañado por una, odia todo el sexo.

—Entonces debemos compadecerle —dijo el comandante—; variemos de conversación.

Al retirarse a su aposento, Krantz manifestó a Felipe la necesidad de reprimirse, si no quería que lo encerrase nuevamente en el calabozo. Felipe reconoció que había procedido imprudentemente, pero añadió que la circunstancia de haber prometido Amina casarse con el comandante si le presentaba el certificado de su muerte, la había disgustado mucho.

—¿Cómo puede ser eso? —exclamó—. ¿Es posible que Amina haya cometido tal falsedad? El vivo deseo manifestado por el comandante de obtener el documento me prueba la verdad de su afirmación.

—Pienso, Felipe, que acaso Amina habrá dado esa palabra al comandante; pero tengo la seguridad de que lo ha hecho para salvarse de la situación peligrosísima en que estaría colocada. Cuando usted la vea, le probará plenamente la necesidad en que se vio de engañar a ese hombre, porque quizá, en caso contrario, a estas horas hubiera sido víctima de algún atentado.

—Puede ser —dijo Felipe.

—Puede ser y es; lo juro por mi vida, Felipe. No abrigue usted ni por un momento un recelo tan injurioso a una persona que sólo vive para usted. ¡Sospechar de una mujer tan cariñosa y tan buena es una gran injusticia!

—Tiene usted razón, amigo mío, y pido perdón a Amina por haber dudado de ella —respondió Felipe—; pero es triste para un marido oír tratar a su mujer de la manera que la trata ese miserable comandante.

—Admito eso, pero lo prefiero al calabozo —repuso Krantz—, y, así, buenas noches.

Tres semanas más continuaron en el fuerte, estrechando las relaciones con el comandante, que muchas veces hablaba con Krantz en ausencia de Felipe acerca de su amor a Amina y entrando en pormenores de lo ocurrido, el marino se convenció de que había formado una opinión exacta y que Amina no había hecho otra cosa que engañar al comandante para escaparse. Pero el tiempo se les hacía muy largo a Felipe y a Krantz porque no se presentaba ningún buque.

—¿Volveré a verla? —preguntábase Felipe una mañana inclinado sobre el parapeto al lado de Krantz.

—¿A quién? —inquirió el comandante que, sin ser visto, se había colocado junto a él. Felipe se volvió y balbuceó algunas palabras ininteligibles.

—Hablábamos de su hermana —dijo Krantz tomándole de un brazo y llevándole aparte. Después añadió—: No hable usted de eso con mi amigo, porque es un asunto que le aflige mucho y constituyen una de las razones que le hacen odiar a todo el bello sexo. Su hermana estaba casada con un amigo suyo y se separó del marido. Era su única hermana, y aquella ligereza causó la desgracia de su madre. No hable de eso, se lo suplico.

—No, no; ciertamente que no. No lo extraño; el honor de una familia es cosa seria —dijo el comandante—. ¡Pobre joven! Con la conducta de su hermana y con la de su novia, no me sorprende ya que esté tan grave y taciturno. ¿Es de buena familia?

—De las más nobles de Holanda —contestó Krantz—. Es heredero de inmensos bienes e independiente por el capital de su madre, pero esos dos acontecimientos desgraciados le indujeron a abandonar secretamente su país y embarcarse para estos climas con la esperanza de olvidar sus penas.

¡Una de las más nobles familias! —repitió el comandante—. ¿Entonces el nombre que lleva no es el suyo? Seguramente, no se llama Jacobo Vantreat.

¡Oh! no —ratificó Krantz—, no se llama así; pero acerca de su verdadero nombre he prometido guardar el secreto.

—Eso se entiende con todos menos con quien puede guardarlo. Ahora no se lo pregunto a usted. ¿De modo que es realmente un noble?

—De las más elevadas familias del país, de una familia poseedora de riquezas fabulosas e influencia, y aliada por enlaces con la nobleza española.

—¿Es cierto? —insistió el comandante reflexionando—. Entonces conocerá a muchas familias portuguesas.

—Está más o menos relacionado con ellas. —En ese caso, puede ser a usted muy útil, señor Richter.

—Creo que, cuando regresemos al país, no necesitaré cuidarme de ganar la vida, porque tendré asegurada la subsistencia para siempre. Mi amigo es un hombre muy agradecido, muy generoso, y se lo demostrará a usted si alguna vez lo necesita.

—No lo dudo, y puedo asegurar y usted que estoy muy cansado de residir aquí, donde, probablemente tendré que permanecer hasta que sea relevado y me incorpore a mi regimiento en Goa, pero no me darán licencia para volver a Portugal mientras no pida mi retiro. Aquí viene su amigo de usted.

A consecuencia, sin duda, de esta conversación, la conducta del comandante, que

tenía gran respeto a la nobleza, cambió notablemente para con Felipe, tratándole con un respeto que asombraba a la gente del fuerte, y a Felipe mismo, hasta que Krantz le explicó el misterio. El comandante siempre hablaba de la condición de Felipe con Krantz y le consultaba si su conducta había logrado impresionarle favorablemente, porque el comandante pensaba utilizar la supuesta influencia de Felipe para obtener alguna ventaja en su carrera.

A los pocos días, encontrándose los tres sentados a la mesa, entró un cabo, y saludando al comandante, díjole que un marinero holandés acababa de llegar al fuerte y solicitaba ser presentado. Felipe y Krantz palidecieron al oírlo, pero tuvieron la precaución de callar. El comandante mandó entrar al marinero y a los pocos minutos se presentó Schriften, quien, al ver a Felipe y a Krantz sentados a la mesa, exclamó:

¡Oh, capitán Felipe Vanderdecken y mi buen amigo señor Krantz, contra maestre del Utrecht, me alegro mucho de verles a ustedes!

¡El capitán Felipe Vanderdecken! —gritó el comandante saltando de su asiento.

—Sí, señor, éste es mi capitán, el señor Felipe Vanderdecken; y éste es mi primer contra maestre, el señor Krantz, ambos pertenecientes al buque Utrecht; naufragamos juntos; ¿no es cierto, señores? ¡Ji, ji!

—¡Sangre de...! ¡Vanderdecken! ¡El marido! ¡Cuerpo del diablo! ¿es posible? —gritó furioso el comandante empuñando furioso su largo sable con las dos manos—. ¡Es decir, que he sido engañado, burlado!

Y, después de una pausa, agregó, encolerizado e hinchándosele las venas de la frente como si fueran a saltar:

—Amigo mío, doy a usted las gracias; pero ha llegado mi turno. ¡Cabo! que venga la guardia en seguida.

Felipe y Krantz comprendieron que toda negativa era inútil. El primero cruzóse de brazos y guardó silencio. Krantz se limitó a observar:

—Un poco de reflexión convencerá a usted que esa acusación es injustificada.

—¡Injustificada! —repitió el comandante con forzada sonrisa—: ustedes me han engañado, pero han caído en la trampa. Guardo el documento que han firmado y del cual no dejaré de hacer uso. Usted ha muerto, capitán; está firmado, y su mujer se alegrará mucho al saberlo.

—Le ha engañado a usted, comandante, para evitar su presencia —dijo Vanderdecken—. Despreciaría a un miserable como usted, si fuera libre como el aire.

—Retírense ustedes, ahora me corresponde a mí. Cabo, encierre a estos dos hombres en el calabozo y póngales un centinela a la puerta. Noble señor, tal vez sus amigos influyentes de usted en Holanda y en España le devolverán la libertad.

Felipe y Krantz fueron conducidos al calabozo entre soldados, muy sorprendidos por aquel cambio de conducta. Schriften les siguió, y al pasar por los parapetos, junto a las escaleras que conducían a la prisión, Krantz, furioso, se separó de los soldados y le dio un puntapié haciéndole rodar algunas varas de distancia.

—¡Buen puntapié! ¡Ji, ji! —exclamó Schriften sonriéndose y mirando a Krantz al levantarse.

Sin embargo, unos ojos dirigieron a Felipe y a Krantz una mirada de inteligencia, cuando bajaban las escaleras que conducían al calabozo. Eran los del soldado Pedro, quien deseaba manifestarles que tenían un amigo con quien podrían contar y que les ayudaría en su desgracia. Aquella mirada fue un consuelo para ambos, un rayo de esperanza que les proporcionó gran consuelo.

XXXI

—Todas nuestras esperanzas han resultado fallidas —dijo Felipe con tristeza—. ¿Cómo podremos escapar de las garras de este tiranuelo?

—Las circunstancias varían constantemente —repuso Krantz—; ahora la perspectiva es poco agradable; pero hay que confiar en el porvenir. Se me ha ocurrido una idea que probablemente nos sacará de aquí tan pronto como este hombrecillo haya aplacado su furia. Aunque le agrada mucho Amina, hay algo que le agrada más y es el dinero. Ahora bien; como nosotros sabemos dónde está oculto el tesoro, si se lo ofrecemos en cambio de nuestra libertad, nos la dará.

—No es cosa imposible. ¡Dios confunda a ese malvado Schriften! Seguramente ese hombre no es de este mundo. Es mi eterno perseguidor, y parece que obra por impulso ajeno.

—Debe de estar unido a su destino de usted. Pero, ¿nuestro noble comandante pensará dejarnos sin comer ni beber?

—No me sorprendería; estoy persuadido de que atentará contra mi vida, pero no podrá quitármela, aunque me haga padecer mucho.

Aplacada la furia del comandante, mandó llevar a su presencia a Schriften para interrogarle más detenidamente; pero, por más que los soldados buscaron, Schriften no pareció por alguna parte. El centinela que estaba a la puerta declaró que no le había visto pasar. Se hicieron nuevas investigaciones, y todas resultaron infructuosas. Hasta los calabozos y las galerías subterráneas fueron examinados, sin éxito alguno.

—¿Estará encerrado con los presos? —pensó el comandante—. Imposible: pero, de todos modos, lo veré.

Bajó y abrió la puerta del calabozo: miró, e iba a volverse sin hablar, cuando Krantz, le dijo;

—Está bien, señor comandante, buen tratamiento es éste después de haber vivido en su compañía tanto tiempo. ¿Le parece a usted bien encerrarnos en una prisión porque un tunante declare que no somos los que hemos dicho? Pero, en fin, supongo que nos enviará usted algo que comer y que beber.

El comandante, confuso por la extraordinaria desaparición de Schriften, repuso en tono más suave de lo que Krantz esperaba:

—Sí, les mandaré algo.

Después cerró la puerta del calabozo y desapareció.

—Es extraño —observó Felipe—; parece que está más pacífico.

A los pocos minutos abrióse nuevamente la puerta del calabozo y presentóse Pedro con un cántaro de agua.

—Ha desaparecido como por arte de magia, señores, y no se le encuentra en parte alguna. Lo hemos registrado todo y no ha parecido.

—¿De quién habla usted, del marinerillo ese?

—Sí, señor, de aquél a quien usted pegó un puntapié. La gente dice que debe de

haber sido un espectro. El centinela declara que no ha salido, ni le ha visto: su desaparición ha llenado de asombro a todo el mundo y el caso es tan extraño, que ha asustado al comandante.

Krantz dio un largo silbido, mirando a Felipe.

— ¿Le han encargado a usted de cuidarnos, Pedro?

— Sí, señor.

— Pues, en ese caso, diga usted al comandante que si quiere oírme, tengo que decirle una cosa importantísima.

Pedro salió.

— Ahora, Felipe, voy a asustar a ese hombrecillo, para que nos ponga en libertad, si usted se aviene a declarar que no es el marido de Amina.

— No puedo decirlo, Krantz; no diré semejante cosa.

— Temía que me contestase usted como lo ha hecho; pero me parece que podemos aprovecharnos de una mentira para combatir la crueldad y la injusticia. En otro cosa, no se cómo arreglarme. Sin embargo, probaremos.

— Auxiliaré a usted en todo, menos a negar que Amina es mi mujer.

— Bueno; inventaré una historia que lo arregle todo: pensemos, pensemos.

Krantz siguió reflexionando mientras paseaba por el calabozo, y todavía estaba ocupado en sus meditaciones, cuando se abrió la puerta y se presentó el comandante.

— Me han dicho que desea usted comunicarme algo importante. ¿De qué se trata?

— Tráigame antes aquí a ese miserable, que ha hablado de nosotros, para confundirlo.

— No veo la necesidad — repuso el comandante —. ¿Qué puede usted alegar?

— ¿Sabe usted quién era ese tuerto deforme?

— Un marinero holandés.

— No, señor, era un espíritu, un demonio que ha ocasionado la pérdida del buque, y que lleva la desolación y la ruina a todas partes donde se presenta.

— ¡Santísima Virgen! ¿qué me dice usted?

— La verdad, señor comandante. Le agradecemos que nos haya encerrado, mientras él permanece en el fuerte; pero guárdese mucho de él.

— ¿Se burlan ustedes?

— No, señor. Hágame usted bajar aquí. Mi noble amigo ejerce gran poder sobre él, y me maravilla que estando aquí se haya él presentado, porque mi amigo tiene sobre su corazón una prenda que le obligaría a humillarse, y temblar y desaparecer. Tráigale, y le verá desvanecerse entre gritos y maldiciones.

— ¡Dios nos asista! — exclamó el comandante lleno de terror.

— Envíe por él, señor comandante.

— Se ha marchado, ha desaparecido, no se le encuentra en parte alguna.

— Lo presumía — dijo Felipe en un tono significativo.

— Pues si ha desaparecido, supongo que nos dará usted sus excusas, por habernos tratado tan mal, y nos permitirá volver a nuestra habitación. Allí le referiré esta extraordinaria e interesante historia.

El comandante, confuso como nunca no sabía qué hacer. Al fin hizo una reverencia a Felipe, y le dijo que podía considerarse libre. Después, dirigiéndose a Krantz, añadió:

—Me alegraré mucho de que me explique este enigma, en que todo es contradictorio.

—Seguiré a usted a su habitación, pero no mi amigo, porque está muy indignado con usted por habernos tratado con tanta descortesía.

El comandante salió dejando abierta la puerta, y Felipe y Krantz le siguieron: el primero retiróse a su aposento y el último siguió al comandante al suyo. La confusión del comandante le daba un aspecto altamente ridículo. Apenas sabía qué conducta debía observar; pues ignoraba si hablaba al contraamaestre de un buque o a algún personaje; si había insultado a uno noble o había sido burlado por el capitán de un barco. Arrojóse en el sofá, y Krantz, tomando asiento en una silla habló así:

—Ha sido usted engañado a medias, comandante. Cuando llegamos aquí, ignorando el trato que recibiríamos, ocultamos nuestra categoría; después manifesté a usted la calidad de mi amigo en su país, pero no juzgué prudente revelar su verdadera situación a bordo del buque. El hecho es, como usted puede suponer, tratándose de una persona de tan elevada categoría, que mi amigo es propietario del hermoso buque que se perdió por la intervención de ese miserable tuerto; pero de ese asunto le hablaré en otra ocasión; ahora proseguiré la historia. Hace diez años padeciéndose mucha hambre en Ámsterdam, y el tuerto vivía allí miserablemente; no vestía más que harapos, y habiendo sido antes marinero, su traje era de la forma que usa la gente humilde del pueblo. Tenía un hijo a quien negaba todo lo necesario para vivir, y a quien trataba con crueldad. El diablo instigó al hijo, después de haber intentado inútilmente apoderarse de la riqueza del padre y asesinarlo; y el anciano fue, efectivamente, encontrado muerto en su lecho una mañana, pero, como no había señales de violencia, aunque recayesen sospechas en el hijo, éste heredó la fortuna de su padre. Todos esperaban que el heredero gastaría alegremente sus riquezas; pero, por lo contrario, nunca gastaba nada, y aparecía más pobre que nunca. En vez de estar alegre y contento, mostrábase desgraciado, y andaba por la ciudad pidiendo un pedazo de pan a quien se lo quería dar. Algunos decían que su padre le había inculcado su carácter avaro, y otros movían la cabeza juzgando aquella conducta como extraordinaria y antinatural. Al fin, después de seis o siete años de decadencia y miseria, el joven fue encontrado muerto en su cama, junto a la cual había un papel, dirigido a las autoridades, en el que declaraba haber asesinado a su padre por heredarle y afirmando que, cuando había ido a tomar alguna cantidad para su gasto ordinario, habían encontrado el espíritu de su padre sentado sobre los sacos de dinero, y amenazándole con la muerte instantánea si tocaba a una sola moneda, por lo que se vio obligado a prescindir del dinero, sin atreverse a gastar un céntimo. Agregaba en la carta que, aproximándose su fin, deseaba que aquel dinero se entregase a la iglesia de su patrón; y que si no había ninguna dedicada al santo, se edificase una y se dotara con aquellos fondos. Hechas las investigaciones necesarias, averiguóse que no había tal iglesia ni en Holanda ni en los Países Bajos, y se acudió a las naciones católicas de Portugal y España; pero tampoco se encontró, hasta que se descubrió que había una edificada por un noble portugués en la ciudad de Goa, en las Indias Orientales. El obispo ordenó, por consiguiente, que se enviara

el dinero a Goa, y este dinero fue embarcado a bordo del buque de mi amigo, para ser entregado a las primeras autoridades portuguesas que se encontraran. Para mayor seguridad guardóse el dinero en la cámara del capitán, y cuando éste fue a acostarse la primera noche, encontró a ese hombrecillo tuerto, sentado sobre las cajas que contenían el tesoro.

—¡Dios misericordioso! —exclamó el comandante—. ¿Y era ese que se nos ha presentado hoy?

—El mismo —confirmó Krantz.

El comandante se santiguó y Krantz siguió diciendo:

—Mi noble amigo, como usted comprenderá, se alarmó bastante; pero como no le falta valor, preguntó al tuerto quién era y cómo había venido a bordo.

»—He venido a bordo por mi dinero —contestó el espectro—. Este dinero es mío y pienso guardarlo. La Iglesia no se aprovechará de este oro.

»Mi amigo sacó entonces del pecho una famosa reliquia que lleva siempre y se la puso delante, y el espectro empezó a gritar y desapareció. Durante dos noches el espectro siguió obstinado en sentarse sobre las cajas del dinero, pero a la vista de la reliquia, invariablemente desaparecía gritando como si sufriera: «¡perdido! ¡perdido!», y durante el resto de nuestro viaje no nos molestó más.

»Todos creímos que aquella exclamación se refería al dinero; pero después nos convencimos de que aludía a la pérdida del buque. Fue una imprudencia llevar a bordo la fortuna de un parricida; pues con semejante cargamento era imposible que tuviéramos un viaje feliz. Cuando se perdió el buque, mi amigo quiso salvar el dinero; lo pusimos en la balsa, y cuando desembarcamos, lo sacamos y lo enterramos para que pueda ser entregado a la iglesia que ha sido legado; pero los hombres que lo enterraron han muerto y el único que sabe el sitio dónde se encuentra el tesoro es mi noble amigo. Me olvidaba decir que al enterrar el dinero en la isla, presentóse nuevamente el espectro y se sentó sobre el caudal, y presumo que, cansado de estar allí, ha venido para que se busque el dinero, aunque ignoro la razón que tenga para ello.

—Todo eso es muy extraño. En suma: ¿hay un gran tesoro enterrado en la playa?

—Sí, señor; el espectro lo ha abandonado, puesto que ha venido aquí.

—Así debe ser, porque de otro modo no habría venido.

—¿Y qué presume usted que se haya propuesto al venir?

—Probablemente anunciar su intención, o decir a mi amigo que envíe por el tesoro; pero como fue interrumpido cuando empezaba a hablar...

—Es verdad, pero llamó a su amigo de usted Vanderdecken.

—Era el nombre que había tomado a bordo del buque.

—Y ése era también el nombre de la señora.

—En efecto, la encontró en El Cabo de Buena Esperanza y se la llevó consigo.

—Entonces, es su mujer.

—No puedo responder a esa pregunta. Bástele saber que la trataba como mujer propia.

—¡Ah! Pero hablemos del tesoro. ¿Está usted seguro de que nadie conoce el sitio en

que está enterrado más que su amigo?

—Nadie.

—¿Quiere usted presentarle mis excusas por lo ocurrido, y anunciarle que tendré el placer de verle mañana?

—Con mucho gusto —contestóle Krantz y poniéndose de pie, despidióse del comandante y se retiró.

—Buscaba una cosa y he encontrado otra —dijo el comandante hablando consigo mismo—. Sí, puede haber sido un espectro; pero tiene que ser un espectro muy osado el que me asiste a mí hasta el punto de obligarme a volver sin ese dinero; además, llevaré un cura. Veamos: si dejo a ese hombre marchar con la condición de que descubra a la autoridad, es decir, a mí el sitio donde se encuentra el tesoro, perderé esa hermosa joven; pero, como poseo el documento en que se declara la muerte de su marido, si se lo presento, se casa conmigo. Entre la mujer y el dinero, prefiero esto último, si es que no puedo obtener ambas cosas. De todos modos, apoderémonos primero del oro. Lo necesito más que la Iglesia... Pero si me apodero de ese caudal, estos dos hombres pueden exponerme a un disgusto... Es preciso deshacerme de ellos; imponerles silencio para siempre y entonces quizá obtenga también a Amina. Sí; la muerte de estos hombres es necesaria para que mi propósito se realice por completo. Meditemos.

El comandante paseóse unos cuantos minutos reflexionando sobre el mejor modo de proceder, y luego agregó:

—Ese hombre ha dicho que el tuerto era un espectro y me ha referido una historia que a su juicio lo explica todo; pero tengo mis dudas; quizá me engaña. No importa: si el dinero está donde ha dicho, lo tendré, y, en caso contrario, sabré vengarme. Sí, es preciso dar muerte a ese hombre y, después, deshacerme poco a poco de los que me ayuden a desenterrar el dinero. Entonces... ¿Pero quién está ahí? ¡Pedro!

—Señor.

—¿Cuánto tiempo hace que ha llegado?

—Llego ahora mismo, señor. Oí a usted hablar y creí que me llamaba.

—Puede retirarse; no le necesito.

Pedro se retiró; pero había oído todo el soliloquio del comandante, porque hacía tiempo que estaba escuchando.

XXXII

El buque portugués que condujo a Amina a la ciudad de Goa, entró en el puerto una hermosa mañana.

La población encontrábase entonces en todo su apogeo; era rica, orgullosa capital del Oriente, y residencia del virrey. Al aproximarse al río, cuyas dos bocas formaban la isla en que Goa está edificado, los pasajeros encontrábanse sobre cubierta y el capitán portugués iba señalando a Amina los edificios más notables. Pasados los fuertes, entraron en el río cuyas dos orillas estaban cubiertas de casas de campo de la nobleza, espléndidos edificios rodeados de plantaciones de naranjos que perfumaban el ambiente con sus aromas.

—Aquella es la casa de campo del virrey —dijo el capitán aludiendo a un edificio que ocupaba cerca de tres fanegas de tierra.

El buque navegó hasta llegar casi enfrente de la ciudad, y los ojos de Amina se dirigieron a las altas torres de las iglesias y de otros edificios públicos; porque Amina había visto muy pocas ciudades en su vida, y el espectáculo era nuevo para ella.

—Aquella es la iglesia de los jesuitas con su establecimiento —dijo el capitán señalando un magnífico edificio—. En la iglesia que está frente a nosotros se veneran los huesos del célebre San Francisco, que sacrificó su vida por la propagación del Evangelio en estos países remotos.

—Algo de eso me ha explicado el padre Matías; ¿y qué edificio es aquel otro?

—El convento de los agustinos; y el de más allá, a la derecha, el de los dominicos.

—Espléndidos en verdad —observó Amina.

—El edificio que ve usted junto al río es el palacio del virrey; el de la derecha es otro convento ocupado por carmelitas descalzos; aquella torre es la catedral de Santa Cecilia y aquella iglesia es la de Nuestra Señora de la Piedad. ¿Ve usted un edificio con una cúpula que se levanta detrás del palacio del virrey?

—Es el palacio de la Santa Inquisición.

Aunque Amina había oído hablar a Felipe de la Inquisición, desconocía el verdadero significado de esta palabra; pero tembló al oír el nombre, sin que pudiera explicarse aquel repentino temblor.

—Ahora estamos frente al palacio del virrey —agregó el capitán—, y puede usted admirar la hermosura de ese edificio. Algo más arriba vera la Aduana frente a la cual vamos a echar el ancla.

Y, efectivamente, pocos minutos después, anclaba el barco en el lugar indicado por el capitán. Éste y los pasajeros bajaron a tierra y sólo Amina se quedó en el buque mientras el padre Matías salió en busca de una posada conveniente para ella.

A la mañana siguiente volvió el sacerdote a bordo con la noticia de que había conseguido que recibiesen a Amina en el convento de las ursulinas, cuya abadesa era conocida del clérigo; y antes de que la joven bajase a tierra la informó de que la citada abadesa era una mujer rígida que desearía que se conformase todo lo posible con las reglas del convento, porque allí sólo se recibían jóvenes de las familias más ricas y elevadas. Por

lo demás, esperaba que Amina estaría bien en aquel retiro y prometió ir a verla y hablar con ella respecto a la salvación de su alma.

La sinceridad y la bondad con que hablaba el santo varón enternecieron a Amina hasta derramar lágrimas. El sacerdote se retiró, para recoger su equipaje, con más simpatía hacia ella de la que hasta entonces había sentido y con mayores esperanzas de que sus esfuerzos para convertirla a la fe no fueran por completo inútiles.

—Es un justo —pensó Amina al bajar a tierra; y, efectivamente, el padre Matías era un buen hombre; pero, como todos los hombres, no era perfecto.

Celoso por la causa de la religión, habría sacrificado gustoso su vida en el martirio; pero, si encontraba obstáculos a sus proyectos, podía llegar a ser injusto y hasta cruel.

La joven y el sacerdote desembarcaron entre la Aduana y el palacio del virrey; atravesaron la gran plaza que estaba detrás de éste y subieron por la Rua Direita que conducía a la iglesia de la Piedad, junto a la cual se encontraba el convento. Aquella calle era de las más hermosas de Goa, y las casas eran de piedra, altas y macizas, y cada piso tenía balcones de mármol admirablemente esculpidos. Sobre los dinteles de las puertas campeaban las armas de los nobles o hidalgos a quienes pertenecían las casas. Las calles estaban animadísimas; veíanse pasar por ellas elefantes suntuosamente ataviados, caballos conducidos del diestro o montados y enjaezados magníficamente, palanquines llevados por indígenas con espléndidas libreas; gente a pie que caminaba precipitadamente e individuos de todas las naciones: portugueses, musulmanes, árabes, indios, armenios, oficiales y soldados de uniforme. Todo era ruido y animación en la orgullosa ciudad de Goa, emperatriz de Oriente, y, a la sazón, emporio de riqueza y gusto.

Abriéndose paso entre la multitud, llegaron media hora después al convento, donde Amina fue muy bien recibida por la abadesa. El padre Matías se despidió, y la superiora empezó inmediatamente la obra de la conversión. Lo primero que hizo fue mandar llevar dulces secos para obsequiar a la joven; pero, como ésta era muy ignorante en materias religiosas y no estaba acostumbrada a disputas teológicas, los sucesivos argumentos de la abadesa fueron ineficaces. Después de un discurso de una hora, la anciana abadesa, cansada de tanto charlar y creyendo haber hecho maravillas, presentó a Amina a las monjas, muchas de las cuales eran jóvenes y todas de buenas familias. Le enseñaron su celda; y, como manifestase deseos de quedarse sola, la comunidad se apresuró a complacerla.

Dos meses permaneció Amina en el convento. El padre Matías había hecho diligencias para averiguar si Felipe se había salvado en alguna de las islas que estaban bajo la dominación de Portugal; pero no pudo obtener noticia alguna. Amina no tardó en cansarse de vivir en el convento; veíase perseguida por las arengas de la anciana abadesa y disgustada por la conducta y conversación insubstancial de las monjas. Todas tenían secretos que confiarle, y las historias que le contaban eran tan opuestas a las ideas de Amina y denotaban tal impureza de pensamientos que ésta manifestó deseos de salir de aquella clausura; pero el padre Matías, para obligarla a permanecer allí, le contestó:

—Carezco de recursos.

—Aquí los hay —respondió Amina sacándose del dedo una sortija de diamantes—.

Vale 800 ducados en nuestro país; aquí no sé lo que valdrá.

El sacerdote tomó la sortija, diciendo:

—Mañana volveré y diré a la abadesa que va usted a reunirse con su marido, porque no conviene dejarle sospechar las razones que inducen a usted a abandonar el convento. He oído antes de ahora hablar de lo mismo que usted se queja; pero lo había creído falso; ahora comprendo que es cierto porque usted es incapaz de mentir.

Al día siguiente volvió, en efecto, el padre Matías y celebró una entrevista con la abadesa, quien al cabo de un rato envió a buscar a Amina y le dijo que era necesario que dejase el convento. Para consolarla en lo posible del pesar que suponía que debía experimentar, mandó llevar algunos dulces, la dio su bendición y la entregó al sacerdote. Cuando estuvieron solos, informola éste de que había vendido la sortija por 800 duros y le había buscado habitación en la casa de una señora viuda, a donde iba a conducirla.

Despidióse de las monjas la joven, salió del convento con el padre Matías y en breve se instaló en una casa que formaba parte de la plaza del Terreiro do Salayo. Allí, después de presentarla a la dueña, la dejó, y Amina se encontró en unas habitaciones bastante cómodas y ventiladas. Al visitarlas preguntó a la huéspeda que la acompañaba, qué iglesia era la que estaba al otro lado de la plaza.

—Es la Ascensión —contestó la interpelada—; tiene música muy buena; mañana iremos a oirla si a usted le place.

—¿Y ese edificio que hay frente a nosotras?

—Es la Santa Inquisición —respondió la viuda santiguándose.

—¿Es este niño de usted? —preguntó Amina al ver entrar a un arrapiezo de unos diez años de edad.

—Sí, señora —contestó la viuda—, el único que me ha quedado. Dios me lo conserve.

El chiquillo era hermoso e inteligente, y Amina, por razones particulares, hizo todo lo posible por conquistar su afecto, cosa que no tardó en conseguir.

XXXIII

Una tarde, al regresar Amina de paseo por las calles de Goa, donde había hecho algunas compras en diferentes tiendas, exclamó, tomando asiento en un sofá:

—Gracias al Cielo que estoy sola sin que me espíe nadie. ¡Felipe, Felipe! ¿dónde estás? —exclamó.

Y, después de una pequeña pausa, agregó:

—Ahora lo sabré.

El hijo de la viuda entró en la habitación en aquel momento, corrió hacia Amina, le dio un abrazo y la besó.

—Dime, Pedro ¿dónde está tu madre? —preguntóle la joven.

—Ha salido a hacer unas visitas esta tarde y estamos solos. La acompañaré a usted, si le agrada.

—Sí, hijo mío. Dime, ¿sabrás guardar un secreto?

—Sí, señora; confíemelo usted.

—Nada tengo que decirte; pero quiero hacer un juego para que tú veas unas cosas en tu mano.

—Oh, sí, enséñemelo usted.

—¿Me prometes no contárselo a nadie?

—Lo prometo.

—Entonces, ahora verás.

Amina encendió carbón en un brasero y lo colocó a sus pies; tomó luego una pluma encarnada, un poco de tinta de una botellita y un par de tijeras y escribió en un papel varios caracteres murmurando palabras ininteligibles para el muchacho. Después echó un poco de incienso y de simiente de coriandro en el braserillo que en seguida produjo una humareda de fuerte olor aromático; dijo a Pedro que se sentara a su lado en un taburete y tomóle la mano derecha. Sobre la palma de la mano del niño trazó un cuadrado con caracteres a cada lado, y en el centro formó con tinta un espejo negro del tamaño de un real de plata.

—Ahora ya está todo preparado —dijo Amina—. Mira, Pedro, ¿qué ves?

—Veo mi cara —respondió el niño.

Amina arrojó más incienso al braserillo hasta que se llenó de humo la habitación, y en seguida cantó:

—Turshun turyo-shun, baja, baja: venid, servidores de estos nombres; descorred el velo y revelad la verdad.

Había recortado con las tijeras los caracteres escritos en el papel, y tomando uno de ellos lo echó en el braserillo, sosteniendo entre las suyas la mano del niño.

—Dime ahora, Pedro, ¿qué ves?

—Veo un hombre que nada —respondió el niño lleno de asombro.

—No tengas miedo, ya verás más cosas. ¿Ha concluido de nadar?

—Sí, ha concluido.

Amina pronunció otras palabras y arrojó el otro pedazo de papel al fuego.

—Mira ahora, Pedro, y repite lo que yo diga: ¡Felipe Vanderdecken, preséntate!

—¡Felipe Vanderdecken, preséntate! —repitió el niño temblando.

—Veo un hombre sentado en la arena... Este juego me aburre...

—No te asustes. Luego te convidaré. Dime lo que ves. ¿Cómo está vestido ese hombre?

—Lleva una chaqueta corta y calzones blancos, mira en derredor de sí mismo y saca una cosa de su pecho y la besa.

—¡Él es, él es, y viene! ¡Cielos, os doy gracias! Mira otra vez, hijo mío.

—Ahora se levanta... No me gusta este juego; tengo miedo, no me gusta.

—No temas nada.

—Sí, sí; no quiero jugar más —insistió el muchacho arrodillándose—. Déjeme usted marchar. Déjeme usted.

Pedro había vuelto hacia abajo la palma de la mano; esparcióse la tinta, se deshizo el encanto y Amina no pudo saber más. Tranquilizó al niño a fuerza de dulces y de caricias, le hizo repetir la promesa de que no diría nada y aplazó las investigaciones que pensaba hacer hasta que se la presentara ocasión de conseguir las.

—Mi Felipe vive; madre, mi querida madre, te doy las gracias.

Amina no permitió que Pedro se separase de ella hasta que creyó que se había recobrado de su temor por completo.

Durante algunos días le recordó la promesa de no decir nada de aquello a su madre, ni a ninguna otra persona y le colmó de regalos.

Una tarde, estando la viuda ausente, Pedro entró a preguntar a Amina si quería repetir el juego de los días anteriores.

Amina, que no deseaba otra cosa, regocijóse con la petición del niño e hizo en seguida los preparativos necesarios. De nuevo se llenó la habitación de humo de incienso: de nuevo murmuró las palabras de encantamiento y otra vez el espejo mágico estaba en la mano de Pedro. Cuando éste gritó: Felipe Vanderdecken, preséntate, abrióse de pronto la puerta de la estancia y entraron el padre Matías, la viuda y otras varias personas.

Amina se asustó. Pedro lanzó un grito y corrió a refugiarse al lado de su madre.

—Es decir, que no me había equivocado al juzgar lo que vi en Terneuse —exclamó el sacerdote cruzando los brazos sobre el pecho y lanzando a Amina miradas de indignación—. ¡Maldita hechicera, estás convicta de sortilegio!

Amina miróle despreciativamente y, recobrando su serenidad, contestó:

—Ya sabe que no profeso su religión; y sin duda el escuchar a las puertas forma parte de la de usted. Este es mi aposento y no es la primera vez que he necesitado mandarle que salga de él. Ahora repito la misma invitación a usted y a cuantos acaban de entrar.

—En primer término, apodérense ustedes de esos instrumentos de sortilegio —dijo el padre Matías a los que le acompañaban.

Estos recogieron el brasero y demás efectos usados por Amina; y, precedidos del padre Matías, salieron de la habitación.

Amina comprendió que estaba perdida; sabía que la magia era un crimen enorme en

los países católicos y había sido sorprendido in flagranti.

—Está bien —pensó—; era mi destino.

Pedro, al día siguiente de la primera tentativa de Amina, olvidando su promesa, había referido a su madre el juego en que la joven le había hecho tomar parte. La viuda, asustada, buscó al padre Matías y, después de informarle del caso, le rogó que la aconsejara. El sacerdote dirigió muchas preguntas a Pedro, y, convencido de que había hechicería en el asunto, determinó llevar testigos que sorprendieran a Amina en sus manipulaciones y propuso que el niño volviese a proponerle la operación.

Amina, fue, por esa causa, sorprendida ejerciendo sus artes, y, poco rato después, dos hombres vestidos de negro entraron en su aposento y la intimidaron que les siguiese. La joven no opuso la menor resistencia; cruzaron la plaza, se abrió la puerta de un gran edificio, en el que la obligaron a entrar, y a los pocos minutos era encerrada en uno de los calabozos de la Inquisición.

XXXIV

A las pocas horas de entrar Amina en su prisión, fue despojada de su cabellera por los carceleros.

La joven les dejó proceder a la infame maniobra sin resistirse, y, aquella noche, no volvieron a molestarla; pero, al día siguiente, presentáronse nuevamente los esbirros y le ordenaron que se descalzara y los siguiera.

—Si no se descalza y nos sigue —le dijeron—, nos veremos obligados a conducirla a viva fuerza.

Amina no se resistió y fue llevada a la sala de justicia, donde estaban el inquisidor general y su secretario.

La sala de justicia era una larga estancia con ventanas altas a cada lado y al extremo opuesto a la puerta por donde había entrado. En el centro alzábase un dosel, y delante una gran mesa cubierta con un tapete azul con rayas encarnadas. En la pared lateral y enfrente del sitio donde fue colocada la joven, se levantaba un enorme crucifijo; el carcelero señaló un taburete y mandó a Amina que tomara asiento.

El secretario, después de mirarla durante algún tiempo, le preguntó:

—¿Cómo se llama usted?

—Amina Vanderdecken.

—¿De dónde es usted?

—Mi marido es holandés; yo soy del Oriente.

—¿Cuál es la profesión de su marido?

—Capitán de un buque mercante.

—¿Cómo ha venido usted aquí?

—Porque su buque naufragó y la tempestad nos separó.

—¿A quién conoce usted en Goa?

—Al padre Matías.

—¿Qué bienes tiene usted?

—Ninguno; todos pertenecen a mi marido.

—¿Y en poder de quién están?

—Están a cargo del padre Matías.

—¿Sabe usted por qué ha sido puesta en prisión?

—Ignoro de qué se me acusa.

—Usted debe saber si ha procedido bien o mal, y lo mejor es que confiese aquello de que le acuse su conciencia.

—Mi conciencia no me reprocha nada.

—Es decir, que se niega a confesar.

—Nada tengo que confesar.

—Ha declarado usted que había nacido en Oriente; ¿es usted cristiana?

—No, señor.

—¿Está usted casada con un católico?

—Sí, señor, con un verdadero católico.

—¿Quién bendijo su matrimonio?

—El padre Leysen, un sacerdote católico.

—¿Y entró usted en el gremio de la Iglesia, o su marido contrajo matrimonio con usted sin que fuera antes bautizada?

—Yo me sometí a una ceremonia parecida,

—¿Fue bautismo?

—Así creo que lo llamaban.

—¿Y dice usted que rechaza las creencias cristianas?

—Sí, señor, desde que veo cómo se conducen los que las profesan. Cuando me casé estaba muy dispuesta en favor de ellas.

—¿Qué bienes suyos guarda el padre Matías?

—Un poco de dinero, no sé exactamente cuánto.

El inquisidor general agitó una campanilla, entraron los carceleros y volvieron a conducir a Amina a su calabozo.

—¿Por qué me preguntarán tantas veces por mi dinero? —pensó Amina—. Si lo quieren que lo tomen. ¿Qué autoridad ejercen estos hombres? ¿Qué piensan hacer conmigo? En fin, pronto lo sabré.

Muchos días hubieran transcurrido sin que Amina supiera la suerte que le estaba reservada, a no haber sido porque, cuatro meses más tarde, debía celebrarse un auto de fe. Hacía ya tres años que no se celebraba ninguno por no haber suficiente número de víctimas, pero a la sazón estaba ya casi completo el total requerido. Sin embargo, todavía pasó un mes en la incertidumbre, antes de que volviera a ser llamada a la sala de justicia.

Allí le preguntaron si estaba dispuesta a confesar. Irritada de la injusticia con que se la trataba, contestó:

—He dicho cuanto tenía que decir, y no tengo que confesar nada; hagan ustedes lo que quieran, pero pronto.

—El tormento la obligará a usted a confesar.

—Que lo prueben —repuso Amina con firmeza—; pruébenlo ustedes, hombres crueles, y verán cómo no sacan de mí una sola palabra. Soy mujer, pero les desafío.

Muy rara vez oían los jueces semejantes expresiones y jamás habían visto a un acusado de tan enérgica resolución; pero el tormento no se aplicaba nunca hasta después que se había formulado la acusación y se había contestado a ella.

—Ya lo veremos —dijo el inquisidor general—; que la retiren.

Amina fue llevada nuevamente a su celda. Mientras tanto el padre Matías había celebrado varias conferencias con el inquisidor general. Aunque colérico, había acusado a Amina y presentado los testigos necesarios contra ella, estaba disgustado y perplejo. El largo tiempo que había vivido en su compañía; el conocimiento que tenía de que Amina no había abrazado nunca la fe; su valor y hasta su belleza y juventud, todo hablaba fuertemente en su favor. El único objeto del padre Matías era persuadirla a que se confesara culpable y abrazase la religión católica. Con este fin había obtenido permiso del Santo Oficio para entrar en el calabozo y aconsejarla, favor especial que por muchas

razones no se le podía rehusar. Al tercer día después de su segunda declaración descorrieron los cerrojos a hora desacostumbrada, y el sacerdote entró en la celda, que fue cerrada de nuevo quedando solo con Amina.

— ¡Hija mía, hija mía! — exclamó el padre Matías con semblante dolorido.

— No diga usted eso, padre: eso es una burla, porque es usted el que me ha conducido aquí; márchese.

— Es cierto; pero ahora quiero sacarte de esta prisión, si tú me lo permites, Amina.

— Con mucho gusto; estoy resuelta a seguir a usted.

— Necesitamos hablar antes, porque éste no es un sitio de donde la gente puede salir fácilmente.

— Entonces dígame qué es lo que he de decir y qué debo hacer.

— Lo diré.

— Pero contésteme usted primero a esta pregunta: ¿Qué sabe usted de Felipe?

— Está bueno.

— ¿Y dónde se encuentra?

— Pronto llegará a Goa.

— ¡Dios mío, te doy las gracias! ¿Podré verle, padre?

— Eso depende principalmente de ti.

— ¿De mí? Entonces dígame pronto lo que debo hacer.

— Confesar tus pecados, tus crímenes.

— ¿Qué pecados? ¿qué crímenes?

— ¿No has tenido tratos con seres maléficos? ¿no has invocado los espíritus y conseguido que te auxilien?

Amina guardó silencio.

— Respóndeme. ¿No confiesas?

— No confieso haber hecho nada malo.

— Esa negativa es inútil; te he visto yo y te han visto otros. ¿Por qué te obstinas en negarlo? ¿No sabes seguramente el castigo que te aguarda si no entras en el gremio de nuestra Iglesia?

— ¿Y por qué he de entrar en ese gremio? ¿Castigan ustedes a los que se niegan a entrar?

— No; si no hubieras recibido el bautismo, no te exigiríamos que fueras cristiana; pero estás obligada a reconciliarte con la Iglesia, so pena de ser tratada como hereje.

— Cuando recibí el bautismo ignoraba su significado.

— Concedido; pero lo recibiste.

— Es cierto; ¿y cuál será el castigo que me impongan si me niego a reconciliarme con la Iglesia?

— Serás quemada viva y nada podrá salvarte. Óyeme, Amina Vanderdecken: cuando te conduzcan otra vez a la sala de justicia, debes confesarlo todo; pedir perdón y solicitar que te reciban en el seno de la Iglesia. Así te salvarás y podrás...

— ¿Qué?

— Volver a estrechar a Felipe en tus brazos.

—¡Mi Felipe, mi Felipe! Usted me pone en un aprieto, padre; ¿pero cómo confesar que he hecho mal cuando estoy convencida, por lo contrario, de que soy inocente?

—¿Inocente?

—He invocado el auxilio de mi madre y me lo ha dado. ¿Hubiera una madre auxiliado a su hija en una acción mala?

—No era tu madre, sino un diablo que tomó su figura.

—Era mi madre y usted pretende que crea lo que no puedo creer.

—¿Qué no puedes creer, Amina? Desiste de tu terquedad.

—No soy terca, padre mío. Usted me ha ofrecido que volveré de nuevo a los brazos de mi marido. ¿Pero puedo degradarme con una mentira? No, no lo haré, ni por mi libertad, ni por mi vida, ni siquiera por él.

—Amina Vanderdecken, si confiesas tu crimen antes de que se formule tu acusación, habrás hecho mucho en tu favor, después te será de poco provecho.

—No confesaré antes, ni después, padre. Lo hecho, hecho está pero no es un crimen ni para mí, ni para los míos; para ustedes lo será quizá, pero yo no profeso su religión.

—No olvides que comprometes también a tu marido por haberse casado con una hechicera. No lo olvides. Mañana te visitaré nuevamente.

—Estoy acongojada, padre, y le agradeceré que me deje sola.

El sacerdote abandonó la celda algo animado por las últimas palabras de Amina creyendo que la idea del peligro que corría su marido había producido algún efecto en su ánimo.

Amina arrojóse sobre el colchón que había en el rincón de la celda y ocultó el rostro entre las manos.

—¡Quemada viva! —exclamó al cabo de algún tiempo, incorporándose y pasándose las manos por la frente—. ¡Quemada viva! ¡Dios de mis padres! ¡ayudadme contra estos malvados! ¡dadme fuerzas para sufrirlo todo por amor a mi Felipe!

A la tarde siguiente presentóse otra vez el padre Matías encontrando a Amina más tranquila; pero obstinada en rechazar sus consejos y advertencias. La última observación que el sacerdote había hecho de que su marido estaría en peligro si se sabía que se había casado con una hechicera, había fortalecido su corazón y la había determinado a no retroceder ni ante el tormento, ni ante la hoguera.

El sacerdote se despidió desconsolado y acusándose de precipitación; deseaba no haber visto jamás a Amina cuya perseverancia y valor, aunque empleados mal, le causaban admiración. Después pensaba en Felipe que tan cariñosamente le había tratado, y recriminábase a sí mismo.

Transcurrieron otros quince días y Amina fue conducida de nuevo a la sala de justicia e interrogada si quería confesar sus delitos. Negó resueltamente y se leyó la acusación fulminada contra ella. Estaba acusada por el padre Matías de practicar artes prohibidas y confirmaban esta acusación las declaraciones del niño Pedro y de los otros testigos. En su celda había declarado, además, el sacerdote, que la había visto entregarse a las mismas prácticas en Terneuse y que durante la violenta tempestad que había sufrido el buque, cuando todos esperaban perecer, ella había permanecido tranquila y valerosa

asegurando al capitán que se salvarían, lo cual solamente podía saber por insinuación profética de los malos espíritus. Amina sonrió despreciativamente a los jueces cuando oyó esta última acusación. Preguntáronle si tenía algo que alegar en su defensa y repuso:

—¿Qué defensa puedo hacer, ante acusaciones tan ridículas? Porque no soy tan supersticiosa como los cristianos, me acusan de hechicería. Pero díganme, si uno sabe que otro practica la hechicería y lo consiente y no lo declara, ¿no se hace cómplice del mismo crimen?

—Indudablemente —dijo el inquisidor.

—Entonces denunció...

Y Amina iba a revelar que la misión de Felipe era conocida y no había sido prohibida por los padres Matías y Leysen, cuando al recordar que Felipe podría quedar incluido en su denuncia, se detuvo.

—¿A quién denuncia usted? —preguntó el inquisidor.

—A nadie —contestó Amina cruzándose de brazos e inclinando la cabeza.

—Hable usted.

Amina permaneció callada.

—El tormento la hará hablar.

—Jamás —contestó Amina—, jamás. Que me atormenten hasta que muera; lo prefiero a una ejecución pública.

El inquisidor y su secretario conversaron en voz baja, y convencidos de que Amina no variaría de resolución, y como preferían la ejecución pública, abandonaron la idea del tormento.

—¿Confiesa usted? —preguntó el inquisidor.

—No —contestó Amina con firmeza.

—Entonces que la retiren.

La noche anterior al auto de fe, el padre Matías entró en la celda de Amina; pero sus esfuerzos para convertirla al catolicismo fueron inútiles.

—Mañana concluirá todo —dijo Amina—; márchese usted, deseo estar sola.

XXXV

Y, dejando por ahora a Amina entregada a sus tristes pensamientos, volvamos al lado de Felipe y de Krantz.

Cuando este último se despidió del comandante portugués, notificó a Vanderdecken lo ocurrido y le refirió la fábula inventada para engañar al comandante.

—Le dije que sólo usted sabía dónde estaba oculto el tesoro; que podía enviarle por él, porque probablemente me retendría a mí en rehenes; pero no se preocupe por ello, porque yo procuraré escaparme. Usted haga lo mismo y vaya en busca de Amina.

—Usted vendrá conmigo —repuso Felipe—, pues creo que, si nos separamos, no he de ser feliz en nada.

—No tiene usted razón; yo me fugaré de aquí de una manera o de otra.

—No declararé dónde se encuentra el tesoro, si usted no me acompaña.

—Está bien; haremos la prueba.

En aquel momento dieron un golpecito en la puerta. Felipe se puso en pie y franqueó la entrada a Pedro, que fue el que había llamado. Este miró con mucho cuidado alrededor, y, después, cerrando la puerta sin ruido, púsose un dedo en los labios para recomendar el silencio. En seguida en voz muy baja, refirióles cuanto había oído.

—Procuren ustedes —les dijo— que yo les acompañe. Ahora me marchó, porque el comandante sigue paseándose en su habitación.

El agradecido soldado salió sin hacer ruido y siguió a lo largo de los parapetos procurando no ser visto.

—¡Infame traidor! Caerá en sus propias redes si es posible —dijo Krantz en voz baja—. Sí, Felipe; es preciso que vayamos los dos, porque quizá necesite usted mi auxilio. Trataré de conseguir que él nos acompañe. Y, por ahora, buenas noches.

A la mañana siguiente, Felipe y Krantz fueron invitados a almorzar por el comandante, quien les recibió cortes-mente, especialmente al primero. Luego que terminó el almuerzo, les expuso sus deseos diciendo:

—He reflexionado, señor, respecto a lo que su amigo de usted me ha contado acerca de la aparición del espectro que produjo tanta confusión y me hizo proceder tan precipitadamente, por lo cual doy a usted mis sinceras excusas. Las reflexiones que he hecho, unidas a los sentimientos de devoción innatos en el corazón de todo buen católico, me han decidido a obtener, con auxilio de usted ese tesoro que pertenece a la Santa Iglesia. Mi intención es que lleven ustedes una partida de soldados a sus órdenes, que vayan a la isla en que el dinero se encuentra depositado, y vuelvan aquí con él. Ahora detendré cualquier buque que haga escala en este puerto, y en él irán ustedes a Goa con cartas mías y con el tesoro. Esto proporcionará a ustedes un buen recibimiento por parte de las autoridades y les hará pasar el tiempo agradablemente. Usted, señor Vanderdecken, verá a su esposa, cuyos encantos me sedujeron. Pido a usted perdón por la manera poco respetuosa con que la he tratado, y sírvame de excusa la ignorancia en que estaba de quién era y de sus relaciones con tan ilustre persona. Si les parece bien este plan, daré las

órdenes necesarias para ponerlo en ejecución...

—Como buen católico tendré también mucho gusto en designar el sitio en que está escondido el tesoro y devolverlo a la Iglesia. Acepto las excusas de usted, porque su conducta procedió de la ignorancia en que se encontraba, de la condición y categoría de mi esposa. Pero hay un punto que debemos discutir. ¿Los soldados que usted desea que nos acompañen son gentes de confianza, o nos veremos obligados a luchar contra ellos?

—No tema usted nada; están bien disciplinados; no es necesario que su amigo de usted vaya; deseo que me acompañe durante su ausencia.

—No; es imposible —repuso Felipe—; no creo conveniente ir solo.

—Si ustedes me lo permiten —agregó Krantz—, daré mi opinión respecto al asunto. No hay inconveniente en que acompañe a mi amigo, si éste ha de ir con una partida de soldados, pero creo que de ningún modo debe ir. Recuerde, comandante, que el tesoro no es una cantidad insignificante; que tiene que ser desenterrado y visto por muchos hombres; que estos hombres llevan -muchos años aquí y desean volver al lado de sus familias; y, por tanto, cuando se encuentren con tanto dinero y separados de la autoridad de usted, no podrán resistir la tentación de apropiárselo. Les bastaría bajar por el canal del Sur y llegar al puerto de Bantam para verse libres y ricos. Enviar, pues, a mi amigo y a mí, sería enviarnos a una muerte segura: pero si usted nos acampañara, comandante, cesaría todo peligro. Su presencia y su autoridad les detendría, y cualesquiera que fueran sus deseos y pensamientos, se desvanecerían ante el brillo de las miradas de usted.

—Es cierto —apoyó Felipe—; nada de eso se me ha ocurrido a mí.

Tampoco se le había ocurrido al comandante; pero, cuando Krantz hizo la observación, comprendió toda su importancia, y antes de que éste concluyera de hablar, había resuelto formar parte de la expedición.

—Perfectamente, señores —dijo—; yo estoy siempre dispuesto a acceder a sus deseos; y puesto que juzgan necesaria mi presencia y no creo probable por ahora un nuevo ataque de los de Ternate, dejaré el fuerte por unos cuantos días a cargo de mi teniente y prestaré este servicio a la Iglesia. He enviado a buscar un barco indígena grande y cómodo y nos embarcaremos mañana.

—Sería preferible llevar dos barcos —dijo Krantz—; en primer lugar para atender a cualquier accidente que ocurra; y, además, porque así podemos embarcar todo el tesoro en uno con nosotros y poner parte de los soldados en el otro, de modo que donde vaya el tesoro seamos nosotros los más fuertes para que, si la vista del dinero estimula a la insubordinación, podamos dominarla.

—Tiene usted razón, llevaremos dos barcos: su consejo es bueno.

Todo quedó arreglado satisfactoriamente a excepción de lo referente a Pedro, de quien nada habían dicho; pero el mismo interesado notificó a Felipe y Krantz que el comandante le había designado para ser de la partida.

Los preparativos quedaron terminados al día siguiente. El comandante eligió diez soldados y un cabo y poco tiempo después se llevaron a los barcos provisiones y todo el material necesario. Al amanecer se embarcaron el comandante y Felipe en un barco; Krantz con el cabo y Pedro en otro. Los soldados, que desconocían el objeto de la

expedición, fueron informados por Pedro, el cual tuvo con ellos una larga conversación en voz baja y muy a satisfacción de Krantz. Como el tiempo era hermoso navegaron a la vela durante toda la noche; pasaron a 10 leguas de Ternate y antes de amanecer se encontraban entre las islas, la más meridional de las cuales era la en que había sepultado el tesoro. La segunda noche se sacaron los barcos a la playa de una isleta, y entonces, por primera vez, comunicáronse los soldados del barco en que iban Pedro y Krantz con los que habían acompañado al comandante.

Al hacerse de nuevo a la vela a la mañana siguiente, Pedro expresóse ya con toda claridad, y pudo decir a Krantz que los soldados del barco habían adoptado ya su resolución y no dudaba que los demás se opondrían también a los planes del comandante. Su propósito era deshacerse del comandante; marchar a Batavia y, desde este punto, tomar pasaje para Europa en el primer buque en que pudieran hacerlo.

— ¿No pueden ustedes realizar su propósito sin derramar sangre?

— Sí, señor, podríamos; pero no alcanzaríamos la venganza que deseamos. Ustedes ignoran el mal trato que nos ha dado; y, aunque nos gusta el dinero, nos gusta más la venganza. Además, ¿no ha decidido él asesinarlos a todos? Matándole hacemos justicia. No, no; si no hubiera otro puñal que clavarle, aquí está el mío.

— Todos opinamos de igual manera —dijeron los demás soldados echando mano a sus puñales.

Sé embarcaron de nuevo sin que advirtiera el comandante los rostros ceñudos y airados que le rodeaban, no cesando de hacer cortesías a Felipe y a Krantz. Pasaron con felicidad por entre las hermosas islas de que el mar estaba cubierto en aquel paraje, no tardando Felipe en reconocer la isla que buscaba y señalar al comandante el cocotero que servía de guía para encontrar el tesoro. Desembarcaron en la arenosa playa y se sacaron los azadones por orden del impaciente comandante que ignoraba que cada momento que apresuraba la instalación de la gente en la isla le aproximaba más a su perdición, y que mientras meditaba una traición contra sus soldados, éstos preparaban otra contra él.

Llegaron bajo el árbol; los azadones removieron en breve la ligera arena, y a los pocos minutos apareció el tesoro a su vista. Saco tras saco fueron extraídos y amontonados en la playa. Dos soldados fueron enviados a los barcos para buscar más sacos en que colocar las piezas de oro que se habían caído, descansando, entretanto, los que trabajaban. Apartaron los azadones; se dirigieron mutuamente miradas expresivas y se dispusieron a su obra sangrienta.

El comandante había vuelto la espalda para dar prisa a los soldados enviados por los sacos, cuando tres o cuatro puñales se clavaron al mismo tiempo en sus hombros. Cayó muerto casi instantáneamente. Felipe y Krantz fueron espectadores silenciosos; los soldados limpiaron los puñales y los guardaron en sus vainas.

— Ha encontrado su merecido —dijo Krantz.

— Sí —exclamaron los portugueses—, justicia, y nada más que justicia.

— Señores, tendrán ustedes cada uno su parte —observó Pedro dirigiéndose a Felipe y a Krantz—; ¿no es cierto, muchachos?

— Sí, sí.

—No tomaremos nada, amigos míos —repuso Felipe—; todo ese dinero es de ustedes y ojalá sean felices con él; todo lo que deseamos es que nos auxilién para embarcar; y ahora antes de repartir el dinero, den sepultura al cadáver de este desdichado.

Los soldados se apresuraron a obedecer, y el cuerpo del comandante no quedó insepulto.

XXXVI

Cuando terminaron los soldados su tarea y dejaron los azadones, suscitóse un altercado. Parecía que aquel dinero estaba maldito, puesto que no cesaba de ocasionar víctimas. Felipe y Krantz resolvieron hacerse a la vela en seguida en uno de los barcos, y dejar que los soldados arreglasen sus contiendas como tuvieran por conveniente. Pidiéronles permiso para tomar las provisiones y el agua que necesitarían y que los barcos habían llevado en abundancia, y partieron.

—Nuevamente habrá matanza —observó Krantz al separarse del barco de la orilla.

—Es indudable —repuso Felipe—; mire usted cómo luchan ya. Si hubiera de dar nombre a esta isla, la llamaría Isla Maldita.

—Cualquiera merecería el mismo nombre, encerrando el vil metal que tanto inflama las pasiones humanas.

—Es cierto. ¡Maldito oro!

—Siento mucho haber dejado a Pedro con ellos —agregó Krantz.

—Es su destino; no pensemos más en él. Ahora, ¿qué vamos a hacer? Con este barco, aunque pequeño, podremos atravesar el mar con seguridad, pues tenemos provisiones suficientes para más de un mes.

—Debemos hacer rumbo hacia los parajes frecuentados por los buques que, se dirigen a Occidente y tomar pasaje para Goa.

Y, si no encontramos ninguno, podremos entrar en el estrecho hasta Pulo Penang, donde esperaremos hasta que pase un buque.

—Conforme, pues ése es el sitio mejor, si no el único, a donde podemos dirigirnos; a no ser que vayamos a Conchinchina, donde hay juncos que van todos los días a Goa.

—Eso nos apartaría de nuestro rumbo y, además, los juncos no podrán pasar por el estrecho sin ser vistos por nosotros.

Fuéseles fácil fijar su rumbo, porque las islas de día y las estrellas de noche les sirvieron de brújula. No seguían el camino más recto, pero sí el más seguro, navegando en un mar tranquilo, y hacia el Norte; los praos malayos que infestaban aquellas costas los persiguieron muchas veces; pero la celeridad de su barco les libró de la persecución.

Krantz y Felipe casi no hablaron, durante aquel azaroso viaje marino, más que de Amina y de la empresa arriesgada que debía desempeñar Vanderdecken.

Una mañana, al pasar por entre las islas con menos viento que de costumbre, Felipe dijo;

—Krantz, me ha dicho usted que había acontecimientos en su vida, o relacionados con ella, que corroboraban la relación que yo le hice. ¿No me contará usted qué acontecimientos fueron éstos?

—Ciertamente —repuso Krantz—; ya he pensado muchas veces referírseles; pero siempre las circunstancias lo han impedido. Ahora ha llegado la ocasión. Prepárese, pues, a oír una historia extraña, casi tan extraña como la suya. ¿Supongo que sabrá dónde se encuentran las montañas de Hartz?

—No, señor, jamás he oído hablar de ellas —respondió Felipe—; pero en algún libro recuerdo haber leído que ocurrían allí cosas extraordinarias.

—Es una región muy agreste —prosiguió diciendo Krantz—, de la que se refieren cosas estupendas, y tengo buenas razones para reputarlas por ciertas. He dicho a usted, que creo en su comunicación con seres sobrenaturales; que creo en la historia de su padre y en la bondad de la misión que se ha impuesto, porque tengo la evidencia de que estamos rodeados, impelidos e inspirados por seres distintos de nosotros en su naturaleza, como comprenderá cuando le refiera lo ocurrido en mi propia familia. Por qué razón seres perversos como los que le voy a hablar a usted, se comunican con nosotros y castigan, en cierto modo, a mortales relativamente inofensivos, es cosa que traspasa los límites de mi comprensión; pero que el hecho es cierto, no cabe dudarlo.

—El infierno no abandona jamás su obra de perdición.

—Es cierto —corroboró Krantz—. Empiezo mi narración.

»Mi padre no había nacido en las montañas del Hartz; era siervo de un noble húngaro que poseía grandes propiedades en Transilvania; pero, aunque siervo, no era pobre, ni ignorante; por lo contrario, era rico y por su inteligencia y respetabilidad había sido elevado al cargo de mayordomo. Sin embargo, el que nace siervo, no varía de condición en toda su vida, y esto es lo que ocurrió a mi padre, aunque llegó a poseer una gran fortuna. Hacía cinco años que se había casado y de su matrimonio tenía tres hijos: César; yo, que me llamo Hermann, y mi hermana Marcela. Ya sabe usted, Felipe, que en aquel país se habla todavía le lengua latina y esto le explicará por qué llevamos nombres tan sonoros. Mi madre era una mujer muy hermosa; pero, por desgracia, más bella que virtuosa; el señor de la tierra la vio y la admiró; envió a mi padre fuera de la provincia con una comisión, y, durante su ausencia, mi madre, halagada por sus atenciones y seducida por sus obsequios, cedió a sus deseos. Mi padre regresó inesperadamente y descubrió la intriga. El delito era evidente; mi padre sorprendió a los delincuentes en flagrante adulterio y mató a su mujer y a su seductor. Sabiendo que, como siervo que era, nada podía librarle del castigo, recogió todo el dinero que pudo haber a las manos, enganchó los caballos al trineo, y, llevándose consigo a sus hijos, salió a media noche. Cuando se descubrió el trágico suceso, debía de haber recorrido ya una gran distancia, y para evitar ser alcanzado, si le perseguían, internóse en las montañas de Hartz. Todo esto lo supe después; mis recuerdos no alcanzan más que hasta la tosca pero cómoda cabaña en que vivía con mi padre y mis hermanos. Esta cabaña estaba situada al término de una de esas espesas selvas que cubren la parte septentrional de Alemania; alrededor de ella había unas cuantas fanegas de terreno que, durante el verano, cultivaba mi padre y que producían lo suficiente para nuestra alimentación. En el invierno no salíamos de casa, porque mi padre iba a cazar y nos dejaba encerrados por temor a los lobos que incesantemente nos amenazaban. Mi padre había comprado aquella cabaña y las tierras de alrededor, a uno de los rudos montañeses que ganan habitualmente su vida cazando o haciendo carbón para fundir el mineral de las minas inmediatas. La cabaña distaba dos millas de la vivienda más próxima; los altos pinos de los montes que nos rodeaban, la vasta selva que se extendía a sus pies, los arbustos y los árboles que veíamos desde nuestra casa y la rápida pendiente

que descendía hasta el valle distante, todo lo recuerdo ahora perfectamente. En el verano el panorama era muy hermoso; pero, durante el invierno, no había paraje más triste y desolado.

»En el invierno mi padre no hacía otra cosa que cazar; todos los días salía de casa dejándonos encerrados. Nadie le ayudaba a cuidarnos; ni era fácil encontrar una criada que quisiera vivir en aquel desierto; pero, aun cuando hubiéramos encontrado alguna, mi padre no la habría recibido, porque le inspiraban horror las mujeres como lo demostraba la diferencia de trato que me daba a mí y a mi hermano comparado con el que sufría mi pobre hermana Marcela. Nuestra educación estaba muy descuidada; sufríamos mucho porque mi padre, temeroso de que nos ocurriera una desgracia, no nos permitía encender fuego cuando salía de casa y nos veíamos obligados a refugiarnos debajo de las pieles de oso, producto de la caza, para conservar el calor hasta su regreso. Entonces hacía lumbre, y ésta era nuestra única delicia. Mi padre no estaba un instante quieto; ya fuera por el remordimiento del asesinato que había cometido, o ya fuera sólo consecuencia de su cambio de situación o de ambas cosas juntas. Los niños, cuando son abandonados a sí mismos, adquieren una seriedad impropia de sus años. Esto nos sucedía a nosotros; y durante el invierno permanecíamos silenciosos esperando que la nieve se derritiera y nos permitiera salir a oír el canto de los pajarillos.

»Así continuamos hasta que mi hermano César tuvo nueve años; yo, siete, y mi hermana cinco.

»Una noche mi padre volvió a casa más tarde que de costumbre; no había cazado nada, porque el tiempo era muy crudo y cubrían la tierra muchos pies de nieve; venía no solamente yerto de frío, sino de pésimo humor. Había traído leña y le estábamos ayudando alegremente a hacer fuego, cuando agarró a la pobre Marcela por el brazo y la arrojó a un lado. La niña cayó y comenzó a echar sangre por la boca. Mi hermano corrió a levantarla; Marcela, acostumbrada al mal trato de mi padre, no se atrevió a llorar; pero le miró con aire lastimero. Mi padre acercó el taburete al hogar, murmuró algunas palabras contra las mujeres y púsose a calentar. No tardó en levantarse una hermosa llama; pero no nos acercamos. Marcela, todavía arrojando sangre, estaba retirada en un rincón y mi hermano y yo nos sentamos a su lado mientras mi padre se calentaba. Así permanecimos durante media hora al cabo de la cual oyóse el aullido de un lobo cerca de la ventana de nuestra cabaña. Mi padre se levantó y tomó su escopeta, examinó el cebo y salió de la cabaña cerrando la puerta tras de sí. Todos esperamos escuchando ansiosamente porque sabíamos que si mataba al lobo volvería de mejor humor, y aunque era brusco para todos nosotros, le amábamos y deseábamos verle contento y feliz, porque él era nuestro único apoyo.

»Esperamos algún tiempo, pero no llegamos a oír ningún disparo y César dijo:

»—Padre ha ido tras del lobo y tardará en volver un gran rato. Marcela, lavaremos la sangre de tu boca y después nos acercaremos al fuego para calentarnos.

»Así lo hicimos permaneciendo junto al hogar hasta cerca de media noche, sorprendidos de que, siendo tan tarde, no regresara nuestro padre. No podíamos suponer que estuviera en peligro, y pensábamos que había seguido la caza del lobo demasiado

tiempo.

»—Voy a salir a ver si padre viene —dijo mi hermano César dirigiéndose hacia la puerta.

»—Ten cuidado —le recomendó Marcela—; puede ser que anden por ahí los lobos.

»Mi hermano abrió la puerta cautelosamente y sacó la cabeza.

»—No veo nada —dijo al cabo de un rato y volvió a reunirse con nosotros junto al fuego.

»—No tenemos qué cenar —dije yo; porque mi padre generalmente hacía la cena cuando llegaba a casa y durante su ausencia no teníamos más que las sobras del día anterior.

»—Y si padre viene, César —agregó Marcela—, se alegrará de tener algo preparado; hagamos la cena para él y para nosotros.

»César subióse sobre un banquillo y alcanzó un poco de carne; la cortamos según la cantidad que ordinariamente consumíamos y empezamos a aderezarla. Estábamos todos ocupados en esta faena alrededor del fuego, cuando oímos el sonido de un cuerno de caza. Escuchamos y sentimos ruido fuera y un minuto después mi padre entró acompañado de una joven y de un hombre alto y muy moreno vestido de cazador.

»Al salir de la cabaña había visto mi padre un gran lobo blanco a unas treinta varas de distancia, el cual se retiró lentamente gruñendo y aullando. Mi padre le siguió; el animal no corría, manteniéndose siempre a la misma distancia, y mi padre no quería dispararle hasta tener seguridad de no errar el tiro. Así estuvieron algún tiempo, el lobo dejando unas veces muy atrás a mi padre y después deteniéndose y aullando como para desafiarle, y corriendo nuevamente tan pronto como la distancia se disminuía.

»Deseando dar muerte al animal, porque el lobo blanco es muy raro, mi padre siguió persiguiéndolo durante algunas horas, mientras el cuadrúpedo iba subiendo por la montaña.

»Usted sabrá, Felipe, que hay sitios particulares en estas montañas en los cuales se supone, y mi historia prueba que la suposición es exacta, que habitan espíritus maléficos. Estos sitios son muy conocidos de los cazadores que evitan el pasar por ellos. Un espacio abierto en el bosque de pinos que dominaba la choza había sido señalado a mi padre como muy peligroso en este concepto; pero ya fuera que no creyese en estas relaciones, o ya que, empeñado en la persecución del lobo, no las recordase, lo cierto es que entró en él, pues el animal parecía detener allí sus pasos para esperarle. Mi padre se acercó al lobo, apuntó e iba a disparar, cuando el animal desapareció de repente. Creyendo que la nieve que cubría el suelo le había deslumbrado, bajó el arma para mirar dónde estaba el lobo; pero no lo encontró. Mortificado, iba a volver pies atrás cuando oyó el sonido lejos de un cuerno de caza, y, asombrado, olvidó por un momento el mal éxito de su tentativa y permaneció inmóvil en el sitio en que estaba. Un minuto después resonó por segunda vez el cuerno a poca distancia; se puso a escuchar y le oyó por vez tercera. No sé cómo se llama el toque que en aquel momento resonaba en la selva; pero mi padre comprendió que era una señal de que el cazador se había perdido en el bosque. A los pocos minutos se presentó un hombre a caballo con una mujer a la grupa y se dirigieron al sitio donde se encontraba mi

padre. Al principio recordó las extrañas relaciones que había oído sobre los espíritus que frecuentaban aquellas montañas; pero, acercándose a los que venían, vio que eran mortales como él. El hombre que guiaba el caballo paróse junto a mi padre diciéndole:

»—Hermano cazador, ha salido usted muy tarde de casa y esto ha sido una fortuna para nosotros; porque hemos caminado mucho para salvar nuestras vidas, y nos vienen persiguiendo. En estas montañas hemos burlado hasta ahora la persecución; pero, si no encontramos abrigo y alimento, no servirá de nada y pereceremos de hambre y de frío esta noche. Mi hija, que es la que me acompaña, se encuentra más muerta que viva; ¿no puede usted ayudarnos en esta dificultad?

»—Mi choza —respondió mi padre— está a pocas millas de distancia; pero no puede ofrecer a ustedes otra cosa que abrigo contra el mal tiempo y lo poco que haya que comer. ¿De dónde vienen ustedes?

»—Se lo diré a usted, porque ya no es un secreto. Nos hemos escapado de Transilvania donde el honor de mi hija y mi vida estaban en peligro.

»Aquella observación despertó el interés de mi padre. Recordó que él también se había escapado; recordó la pérdida del honor de su esposa y la tragedia que había sido su consecuencia y apresuróse a ofrecerles todo el auxilio que sus escasos medios le permitieran prestar a los viajeros.

»—No hay tiempo que perder, amigo mío —observó el cazador—; mi hija está casi helada y no puede resistir más tiempo el rigor del frío.

»—Síguenme ustedes —dijo mi padre guiándoles hacia la casa—. Me he extraviado siguiendo a un gran lobo blanco que llegó hasta la ventana de mi cabaña; de otro modo no hubiera venido aquí a estas horas.

»—Ese lobo pasó junto a nosotros hace poco cuando veníamos —observó la mujer con voz argentina.

»—Estaba a punto de disparar mi escopeta —agregó el cazador—, pero, puesto que nos ha hecho tan buen servicio, me alegro de que se haya escapado.

»Al cabo de media hora, durante cuyo tiempo mi padre caminó con rápido paso, llegaron los tres a la cabaña y entraron.

»—Llegamos a tiempo, según veo —observó el cazador viendo la carne que estaba puesta a asar, acercándose al fuego y mirándonos a todos—. Tiene usted aquí tres jóvenes cocineros, amigo mío.

»—Me alegro de que no tengamos necesidad de esperar —dijo mi padre—. Vamos, señorita, siéntese usted junto al fuego; necesitará usted calentarse después de su largo viaje.

»—¿Dónde pondré mi caballo? —preguntó el cazador.

»—Cuidaré de él —contestó mi padre saliendo de la cabaña.

»Aquella mujer era joven y, al parecer, tenía unos veinte años de edad. Llevaba un traje de camino, bordado con guarniciones blancas, y un sombrero de armiño blanco en la cabeza. Su cabello era rubio brillante, y su boca, al abrirse, mostraba los más hermosos dientes que he visto en mi vida. Pero había algo en sus ojos que a nosotros nos hizo estremecer; sus miradas parecían furtivas e inquietas; entonces ignoraba yo por qué, pero

conocía que aquellas miradas revelaban un carácter cruel; y cuando nos invitó a acercarnos a ella, lo hicimos temblando. Sin embargo, era hermosa, muy hermosa. Nos habló con mucha amabilidad; nos colmó de caricias tanto a César como a mí; Marcela huyó de ella y se escondió bajo la cama, sin cenar a pesar de que media hora antes había manifestado deseos de comer.

»Mi padre, después de llevar el caballo a una cuadra inmediata bien cerrada, volvió y empezamos a cenar. Mi padre ofreció a la joven su cama diciendo que él permanecería junto al fuego acompañando al cazador, ofrecimiento que fue aceptado.

»Nosotros no pudimos descansar aquella noche. Era una circunstancia muy extraordinaria y asombrosa que aquella gente extraña estuviera y durmiese en nuestra casa. La pobre Marcela dormía; pero, durante toda la noche, aunque dormida, no cesó de temblar y suspirar. Mi padre había sacado cierto licor que tenía reservado, y él y el cazador permanecieron bebiendo y hablando delante de la lumbre. Nuestros oídos, atentos al más leve ruido, escucharon cuanto se dijo.

»—¿Y vienen ustedes de Transilvania? —preguntó mi padre.

»—Sí, señor —respondió el cazador—. Yo era siervo en la noble casa de...; mi amo quería que le entregase mi hermosa hija, y el asunto concluyó con meterle unas cuantas pulgadas de acero en el cuerpo.

»—Somos compatriotas y hermanos de desgracia —contestó mi padre estrechando amistosamente la mano del cazador.

»—¿De veras? ¿Es usted también de Transilvania?

»—Y he huido también para salvar mi vida; pero mi historia es más triste que la de usted.

»—¿Cómo se llama usted? —preguntó el cazador.

»—Krantz.

»—¿Cómo, Krantz de...! Conozco esa historia; no necesita usted renovar su dolor refiriéndomela. Me alegro mucho de haber encontrado a usted, mi buen amigo, mi digno pariente. Yo soy su primo segundo, Wilfredo de Barnsdorf —exclamó el cazador, levantándose y abrazando a mi padre.

»Llenaron las copas hasta el borde y bebieron uno a la salud del otro, según la vieja costumbre germánica. La conversación continuó luego en voz baja, y todo lo que pudimos oír fue que el nuevo pariente y su hija iban a residir en nuestra cabaña, a lo menos por algún tiempo. Una hora después, mi padre y el cazador se recostaron en sus sillas y parecieron entregados al sueño.

»—Marcela, querida mía, ¿has oído? —preguntó mi hermano al oído de Marcela.

»—Sí —contestó ésta en voz baja—; lo he oído todo. ¡Oh, César! no puedo soportar las miradas de esa mujer; me asusta mucho.

»Mi hermano no contestó, y al poco tiempo estábamos los tres profundamente dormidos.

»Cuando despertamos a la mañana siguiente, la hija del cazador estaba ya levantada. Me pareció más hermosa que la noche anterior. Acercóse a Marcela y la acarició; pero mi hermana rompió a llorar y a sollozar, como si se le quisiera romper el corazón.

»El cazador y su hija se instalaron definitivamente en la cabaña. Mi padre y él salían diariamente de caza dejando a Cristina con nosotros. Esta hacía el oficio de ama de casa; era muy amable con nosotros y gradualmente fue dominando la aversión que inspiraba a Marcela. Pero mi padre experimentó una gran metamorfosis; ya no parecía tan enemigo del bello sexo, y estaba muy obsequioso y atento con Cristina. Muchas veces, luego que su padre y nosotros nos habíamos acostado, permanecía a su lado conversando en voz baja, sentados ambos a la lumbre. Mi padre y el cazador Wilfredo dormían en otro departamento de la cabaña, pues la cama que mi padre había ocupado antes y que estaba junto a la nuestra, había sido cedida a Cristina. Hacía ya tres semanas que los nuevos huéspedes estaban con nosotros, cuando una noche, después de habernos acostado nosotros, celebraron una consulta mi padre y sus dos parientes. Mi padre pidió la mano de Cristina y obtuvo su consentimiento y el de Wilfredo, después de lo cual, dijeron lo siguiente:

»—Puede usted casarse con mi hija, señor Krantz, y obtendrá mi bendición: yo me iré a vivir a otra parte, no importa dónde.

»—¿No seguirá usted a nuestro lado, Wilfredo?

»—No; tengo que hacer en otra parte; baste a usted saber esto, y no pregunte más. Le dejo a usted mi hija.

»—Muchas gracias; procuraré hacerla feliz como merece, pero hay una dificultad.

»—Ya sé lo que va usted a decir; que no hay cura en este país montuoso. Es cierto; ni tampoco hay leyes a que sujetarse. Sin embargo, alguna ceremonia hay que celebrar para satisfacer a un padre. ¿Quiere usted casarse con ella, conforme le diga? Si acepta, los casaré al momento.

»—Acepto —contestó mi padre.

»—Entonces, tome usted su mano, y ahora diga usted conmigo: juro...

»—Juro —repitió mi padre.

»—Por todos los espíritus de las montañas del Hartz.

»—No, eso no; por el Cielo —interrumpió mi padre.

»—No es ésa mi costumbre —dijo Wilfredo—. Si, prefiero el otro juramento aunque sea menos sagrado, ¿por qué ha de oponerse usted?

»—Sea como usted quiera; diga usted lo que prefiera. ¿Pero quiere usted hacerme jurar por aquellos en quienes no creo?

»—Muchos que no son cristianos más que en apariencia, lo hacen así —arguyó Wilfredo—. En una palabra: ¿quiere usted casarse, o me llevo a mi hija?

»—Siga usted —contestó mi padre impaciente.

»—Juro por todos los espíritus de las montañas del Hartz, por todo el poder que ejercen en el bien y en el mal, que tomo a Cristina por mi mujer; que la protegeré siempre y la amaré, y que mi mano no se levantará jamás para hacerle daño.

»Mi padre repitió las palabras de Wilfredo.

»—Y, si falto a mi juramento, que la venganza de los espíritus caiga sobre mí y sobre mis hijos; que perezcan en las garras del buitres, del lobo o de otras fieras del bosque, que sus carnes sean despedazadas y sus huesos blanqueen, en la espesura. Así lo juro y

prometo cumplirlo.

»Mi padre vaciló al repetir las últimas palabras; Marcela no pudo contenerse al oír repetir la última frase, y rompió a llorar. Esta repentina interrupción introdujo alguna confusión en los circunstantes y particularmente en mi padre; dirigió algunas palabras duras a la niña, la cual reprimió sus sollozos ocultándose el rostro con las sábanas del lecho.

»A la mañana siguiente Wilfredo montó a caballo y se despidió de nosotros.

»Mi padre volvió a posesionarse de su cama que estaba en el mismo cuarto que la nuestra, y las cosas volvieron al estado que tenían antes del matrimonio, a excepción de que nuestra madrastra dejó de ser amable con nosotros, y durante la ausencia de mi padre nos golpeaba, particularmente a Marcela, mientras sus ojos lanzaban chispas al mirar a la hermosa y amable niña.

»Una noche mi hermana nos despertó a mi hermano y a mí.

»— ¿Qué tienes? —preguntó César.

»— Se ha marchado —contestó Marcela en voz baja.

»— ¡Se ha marchado!

»— Sí, ha abierto la puerta y ha salido con su bata de noche. La he visto levantarse, observar si padre dormía y dirigirse luego a la puerta.

»Una hora después oímos el aullido de un lobo bajo nuestra ventana.

»— Ese es un lobo —dijo César—; la va a devorar.

»— ¡Oh, no! —gritó Marcela.

»A los pocos minutos regresó mi madre política; llevaba su bata de noche como Marcela había dicho. Dejó caer el picaporte de la puerta lentamente para no hacer ruido; acercóse a una palangana llena de agua; se lavó la cara y las manos y se acostó en seguida sin que mi padre advirtiera nada.

»Los tres temblábamos sin saber por qué y resolvimos vigilar a la noche siguiente, y así lo hicimos, en efecto, no sólo aquella noche sino otras muchas, y, siempre a la misma hora observamos que mi madrastra se levantaba del lecho y salía de la cabaña; que después oíamos invariablemente el aullido de un lobo debajo de la ventana y la veíamos volver, lavarse y acostarse de nuevo. Observamos también que raras veces comía los manjares aderezados, y cuando lo hacía, parecía que no le agradaban; mientras que, cuando estaban crudos y los íbamos a preparar, solía, a hurtadillas, meterse en la boca algún pedazo de carne cruda.

»Mi hermano era un chiquillo muy valiente y no quiso revelar nada a mi padre hasta saber alguna cosa más positiva. Con este fin resolvió seguir a mi madrastra y observar lo que hacía. Marcela y yo tratamos de disuadirle de aquel proyecto; pero no nos hizo caso y a la siguiente noche se acostó vestido, y cuando Cristina salió de la cabaña, se levantó, tomó la escopeta de mi padre y la siguió.

» No habían transcurrido muchos minutos, cuando oímos el ruido de un disparo de arma de fuego. Aquel ruido no despertó a mi padre, pero nos llenó de ansiedad. Casi simultáneamente, volvió mi madrastra; su bata de noche estaba llena de sangre. Puse la mano en la boca de Marcela para evitar que gritase, aunque también estaba yo muy

alarmado. Mi madrastra se acercó a la cama de mi padre; observó si estaba dormido y después se acercó a la chimenea y sopló los carbones para levantar llama.

»—Duérmete, querido —contestó ella—, soy yo; he encendido fuego para calentar un poco de agua porque no estoy muy bien.

»Mi padre volvióse del otro lado y volvió a quedarse dormido.

»Nosotros continuamos observando a mi madrastra. Esta cambióse de ropa y arrojó al fuego la bata que había llevado; entonces vimos que salía sangre en abundancia de su pierna derecha, como si hubiera sido herida por una bala. Se vendó la herida, concluyó de vestirse y acomodóse junto al fuego hasta rayar el día.

»La pobre Marcela me estrechaba junto a su pecho que latía apresuradamente. Lo mismo me ocurría a mí. ¿Qué había sido de César? ¿Cómo había recibido aquella herida mi madrastra si no procedía de la escopeta que había llevado mi hermano? Al fin, mi padre abandonó el lecho, y yo le pregunté:

»—Padre, ¿dónde está mi hermano César?

»—¡Tu hermano! ¡Cómo! ¿se ha marchado?

»— ¡Dios mío! —exclamó mi madrastra—. Anoche, como no podía dormir, me pareció advertir que alguno levantaba el picaporte; y, efectivamente, ¿dónde está tu escopeta?

»Mi padre dirigió la vista a la chimenea y comprobó que el arma no estaba allí. Quedóse un momento perplejo; y después, tomando un hacha, salió de la cabaña sin pronunciar una palabra.

»A los pocos momentos volvió llevando en sus brazos el cuerpo mutilado de mi hermano; lo dejó en el suelo y ocultóse el rostro con las manos.

»Mi madrastra se levantó a mirar el cadáver, mientras Marcela y yo llorábamos y sollozábamos amargamente.

»—Acuéstense, niños —dijo con dureza—. Este chico —agregó dirigiéndose a mi padre—, tomó sin duda la escopeta para matar a un lobo y el animal ha podido más que él. ¡Pobre muchacho! Ha pagado cara su ligereza.

»Mi padre no contestó. Quise hablar para contarle cuanto sabía; pero Marcela, que advirtió mi intención, me detuvo por el brazo y me miró de modo tan suplicante, que desistí de mi intento.

»Mi padre, por consiguiente, quedó en el error en que estaba; pero Marcela y yo, aunque no podíamos comprender la causa, estábamos convencidos de que nuestra madrastra no era ajena a la muerte de mi hermano.

»Aquel día mi padre salió, abrió una fosa, y dio sepultura al cadáver de mi hermano, amontonando piedras sobre ella para que los lobos no profanaran la tumba. Esta catástrofe produjo en mi padre una tristeza profunda; durante muchos días abandonó la caza, no cesando de maldecir a los lobos.

»Mi madrastra, por el contrario, continuó dando sus paseos nocturnos con la misma regularidad que antes.

»Al fin un día mi padre tomó su escopeta y volvió al bosque, pero pronto regresó a casa muy disgustado.

»—¿Quieres creer, Cristina —dijo—, que los lobos, maldita sea toda la raza, han abierto la sepultura de mi pobre hijo y no han dejado de él nada más que los huesos?

»—¿De veras? —exclamó la interpelada.

»Marcela me dirigió una mirada muy expresiva que entendí perfectamente.

»—Todas las noches aúlla un lobo bajo nuestra ventana, padre —dije yo.

»—¿De veras? ¿Por qué no me lo has dicho antes, niño? Despiértame cuando lo oigas.

»Miré a mi madrastra y sus ojos lanzaban chispas, y tenía los dientes apretados.

»Mi padre volvió a salir y cubrió con un montón de piedras mucho más grande los restos de mi pobre hermano que los lobos habían esparcido por el suelo. Este fue el primer acto de la tragedia.

»Llegó la primavera; la nieve desapareció y pudimos salir de la cabaña; pero jamás dejaba yo sola a mi hermanita, a quien, desde la muerte de César, quería más que nunca. Mi padre estaba ocupado en labrar la tierra y yo le prestaba algún pequeño auxilio.

»Marcela acostumbraba sentarse junto a nosotros mientras trabajábamos, dejando a mi madrastra sola en la cabaña. Debo advertir que a medida que adelantaba la primavera mi madrastra fue abandonando sus paseos nocturnos y no oímos al lobo bajo nuestra ventana desde el día en que hablé de ello a mi padre.

»Un día, mientras trabajábamos en el campo mi padre y yo, teniendo a nuestro lado a Marcela, mi madrastra salió de la cabaña diciendo que iba al bosque a buscar algunas hierbas de que mi padre necesitaba y que mi hermana podría cuidar de la comida, y así se hizo. Al cabo de una hora oímos gritos desconsoladores.

»—Marcela se ha quemado, padre —dije arrojando mi azadón.

»Mi padre arrojó el suyo y ambos nos encaminamos precipitadamente hacia la cabaña. Antes de que llegáramos a la puerta, salió un gran lobo blanco que huyó con la mayor celeridad. Mi padre no tenía armas; corrió a la cabaña y allí vio a nuestra pobre Marcela expirando. Su cuerpo estaba horrorosamente mutilado, y la sangre que de él manaba había formado un gran charco en el suelo. El primer pensamiento de mi padre fue tomar su escopeta y perseguir al lobo; pero aquel horroroso espectáculo le detuvo. Arrodillóse junto a su hija moribunda; Marcela nos miró afectuosamente durante algunos minutos y sus ojos se cerraron para siempre.

»Estábamos todavía inclinados sobre el cadáver de mi pobre hermana, cuando entró mi madrastra. Ante aquel espectáculo mostróse muy conmovida, pero no pareció repugnarle la vista de la sangre como ocurre a la mayor parte de las mujeres.

»—¡Pobre niña! —exclamó—. Debe de haber sido víctima de ese gran lobo blanco que pasó junto a mí hace poco asustándome. Está muerta, Krantz.

»—Lo sé, lo sé —respondió mi padre con acento dolorido.

»Llegué a pensar que mi padre jamás se recobraría del dolor que le había ocasionado aquella segunda desgracia; lloró amargamente sobre el cadáver de su hija y durante muchos días la tuvo insepulta, aunque con frecuencia le aconsejaba mi madrastra que la enterrase. Al fin abrió una fosa junto a la de mi hermano, tomando todas las precauciones posibles para que los lobos no ultrajasen su cadáver.

»La noche después del entierro de mi hermana, estando despierto en la cama, vi a mi

madrastra que se levantaba y salió al campo. Esperé algún tiempo y me vestí también; abrí un poco la puerta y miré al exterior. La luna brillaba esplendorosa en el espacio, y pude ver el sitio donde mi hermano y mi hermana estaban enterrados. ¡Pero cuál no sería mi horror al descubrir a mi madrastra que estaba muy afanada quitando las piedras que cubrían la tumba de Marcela!

»Llevaba su bata blanca y la luna se reflejaba sobre ella. Cavaba con las manos y arrojaba las piedras, detrás de sí con toda la ferocidad de una bestia salvaje.

»Pasó algún rato antes de que pudiera reponerme de la sorpresa y adoptar una resolución. Al fin vi que, después de haber quitado todas las piedras, levantó el cuerpo de mi hermana hasta el extremo de la tumba; y siéndome ya intolerable aquel espectáculo, corrí a despertar a mi padre y le dije:

»— ¡Padre, padre! vístase usted y tome su escopeta.

»— ¿Qué sucede? —gritó mi padre—; ¿están ahí los lobos?

»Saltó de la cama; vistióse apresuradamente y en su ansiedad no pareció advertir la ausencia de su mujer. Tan pronto como estuvo vestido abrió la puerta, salió y yo le seguí.

»Imagínese cuales serían su sorpresa y horror, cuando vio de improvisó a su mujer inclinada sobre el cuerpo de mi hermana arrancándole grandes pedazos de carne y devorándolos con avidez como si fuera un lobo. Estaba demasiado ocupada en su tarea sacrílega y no nos sintió. Mi padre dejó caer su escopeta; se le erizaron los cabellos lo mismo que a mí; comenzó a respirar fuertemente y después, de pronto, quedó paralizado. Levanté la escopeta y se la puse en la mano. Entonces pareció que concentraba toda su rabia. Se había duplicado su fuerza; se echó la escopeta a la cara; disparó y, exhalando un alarido, cayó la miserable a quien había estrechado tantas veces contra su pecho.

»— ¡Justo Cielo! —gritó mi padre cayendo en tierra desmayado después de disparar su escopeta.

»Yo permanecí a su lado hasta que recobró los sentidos.

»— ¿Dónde estoy? —preguntó—. ¿Qué ha sucedido? ¡Oh! sí, ahora recuerdo. ¡Dios mío, perdóname!

»Púsose en pie y nos acercamos nuevamente a la fosa, y quedamos asombrados al encontrar junto a los restos de mi pobre hermana un gran lobo blanco.

»— ¡El lobo blanco! —exclamó mi padre—, ¡el lobo blanco que me condujo engañado hasta el bosque! Ahora lo comprendo todo; he tenido relaciones con los espíritus de las montañas del Hartz.

»Mi padre quedó silencioso meditando profundamente durante largo rato. Después, levantó con cuidado el cadáver de mi hermana; volvió a colocarlo en su tumba; lo cubrió con piedras y destrozó la cabeza del animal con el tacón de sus botas gritando como un loco. Volvimos a la cabaña, se arrojó en la cama y yo le imité lleno de estupor.

»Por la mañana temprano nos despertó un fuerte golpe descargado sobre la puerta. Abrimos y entró Wilfredo.

»— Mi hija, ¿dónde está mi hija? —gritó colérico.

»— Donde debe estar esa miserable, ese diablo —respondió mi padre desplegando una ira igual—; donde debe estar, en el infierno. Salga de aquí inmediatamente.

»— ¡Ja, ja! —contestó el cazador—. ¿Querrá usted matar a un poderoso espíritu de las montañas del Hartz? ¡Pobre mortal, que se casa con un lobo!

»—Fuera de aquí, demonio; te desafío a ti y a tu poder.

»—Ya sentirás la influencia de mi cólera; recuerda tu juramento; juraste no levantar la mano contra ella.

»—No he pactado jamás con los espíritus infernales.

»—Lo hiciste y te entregaste a su venganza si faltabas a lo jurado. Tus hijos debían ser pasto de buitres, de lobos...

»—Fuera de aquí, fuera de aquí, demonio.

»—Y sus huesos blanquean en la espesura. ¡Ja, ja!

»Mi padre, frenético, empuñó el hacha y la levantó sobre la cabeza de Wilfredo.

»—Todo eso juraste —continuó el cazador en tono sarcástico.

»El hacha descendió, pero pasó por el cuerpo de Wilfredo sin ocasionarle el menor daño; mi padre perdió el equilibrio y cayó al suelo.

»—Mortal —dijo el cazador poniendo el pie sobre el cuerpo de mi padre—, nosotros sólo tenemos poder sobre los asesinos. Tú has cometido dos crímenes; pagarás la pena a que te sometiste por el juramento. Dos de tus hijos han perecido ya; el tercero les seguirá, sin duda alguna, porque tu juramento fue aceptado. Para ti sería un beneficio el matarte, pero tu castigo es que vivas.

»Y, dicho esto, el espíritu desapareció. Mi padre levantóse del suelo, me abrazó con ternura, se arrodilló después y estuvo rezando un rato.

»A la mañana siguiente abandonamos para siempre la cabaña, dirigiéndonos a Holanda, a donde llegamos con felicidad. Mi padre llevaba algún dinero; pero, a los pocos días de encontrarnos en Ámsterdam, fue acometido de una fiebre cerebral y murió delirando. A mí me llevaron a un asilo, y más tarde me alistaron como marinero. Ya sabe usted toda mi historia. La cuestión es si debo sufrir o no la pena del juramento de mi padre. Estoy convencido de que, de una u otra manera, la sufriré al fin.

XXXVII

Felipe y Krantz avistaron, al fin, a los veintidós días de navegación, las altas tierras de Sumatra. Como allí no había buques a la sazón, resolvieron seguir el rumbo por el estrecho, dirigiéndose a Pulo Penang, adonde esperaban llegar en siete u ocho días, por serles el viento favorable. Habían navegado expuestos al sol, y estaban tan bronceados, que con sus largas barbas y sus trajes musulmanes podían pasar por indígenas de aquella isla. Sin embargo, aunque habían sufrido todos los rigores de la intemperie, su salud no se había alterado; pero desde que Krantz había confiado su historia a Felipe, se había vuelto silencioso y melancólico; su alegría natural había desaparecido; y al entrar en el estrecho, como preguntase Felipe qué harían al llegar a Goa, repuso Krantz gravemente:

—Tengo el presentimiento de que no veré esa ciudad.

—¿Está usted malo, Krantz? —preguntó Felipe.

—No; afortunadamente, disfruto de buena salud, mental y corporal. He tratado de desechar este presentimiento, pero ha sido inútil. Una voz interior me está diciendo continuamente que no le acompañaré mucho tiempo. Felipe, ¿quiere usted hacerme un favor? Llevo en mi bolsillo bastante dinero, y puede usted necesitarlo; tómelo y guárdelo como suyo.

—¡Qué tontería, Krantz!

—No es tontería... ¿No ha tenido usted nunca presentimientos? Usted sabe que no soy cobarde, y que la muerte no me espanta; pero el presentimiento de que hablo es cada día más firme. Algún espíritu benévolo me avisa para que me prepare a pasar a otro mundo mejor. Sea: he vivido lo suficiente para morir sin sentimiento, aunque reconozco que deploro el separarme de usted y de Amina, los únicos seres a quienes he profesado verdadera amistad.

—Esos presentimientos son producidos por el exceso de fatiga. Durante los últimos cuatro meses hemos desarrollado gran actividad, y eso explica la depresión de ánimo en que usted se encuentra. No lo dude, amigo mío, ésa es la causa.

—Ojalá; pero no lo creo. Además, una idea me consuela del presentimiento de que voy a morir pronto.

—¿Y cuál es?

—Apenas puedo explicarla; pero Amina y usted tienen relación con ella. En mis sueños he visto que se reunían ustedes nuevamente, pero me ha parecido que una parte de los trabajos de usted se ocultaban a mi vista como entre negras nubes, y he preguntado: «¿No podré ver lo que encubren esas nubes»? Una voz me ha respondido entonces: «No; serías muy desgraciado. Antes que ese gran acontecimiento ocurra, saldrás de este mundo». He dado gracias al Cielo y me he resignado.

—Esos son sueños de una imaginación enferma, Krantz. Que estoy destinado a sufrir, es cierto; pero, ¿por qué ha de sufrir Amina, o por qué usted, joven, y en toda la fuerza y vigor de la edad, no ha de vivir en paz hasta una edad avanzada? Creo que mañana estará usted mejor.

—Es posible —repuso Krantz—; pero hágame usted el favor de ceder a mi capricho y tomar el dinero. Si mi presentimiento no se realiza y llegamos salvos a Goa, me lo devuelve —añadió Krantz con triste sonrisa—. Pero usted olvida que está por concluirse el agua que llevamos, y que debemos buscar en la costa algún río o arroyo donde hacer nuevo aprovisionamiento.

—Pensaba en eso cuando usted empezó a hablarme de sus presentimientos. Busquemos el agua antes que anochezca, y, cuando hayamos llenado nuestros toneles, nos haremos a la vela de nuevo.

Encontrábanse entonces en la parte oriental del estrecho a unas 40 millas al Norte. El interior de la costa era montuoso y estaba lleno de rocas, pero bajaba en suave declive hasta una playa, donde había bosques de árboles y numerosos arbustos; el país parecía completamente deshabitado. Junto a la orilla descubrieron, al cabo de dos horas, un fresco arroyo que bajaba formando cascadas por las montañas, y se deslizaba por entre la espesura hasta desembocar en las aguas del estrecho.

Dirigieron a la embocadura, bajaron las velas, y empujaron el barco contra la corriente hasta llegar a donde el agua era completamente dulce. Llenaron los toneles e iban a proseguir su viaje, cuando atraídos por la hermosura del sitio y lo tibio del agua dulce y cansados de su larga permanencia a bordo, se les ocurrió tomar un baño. Se despojaron de sus trajes musulmanes, y lanzáronse al río, donde permanecieron algún tiempo. Krantz fue el primero que salió a la orilla, quejándose de haber pasado frío y empezó a pasear por delante de donde estaban sus vestidos. Felipe se aproximó a la playa intentando también salir.

—Y ahora, Felipe —dijo Krantz—, ésta es buena ocasión para entregarle el dinero. Voy a abrir mi bolsa y sacarlo, y usted lo pondrá en la suya.

Felipe estaba todavía en el agua, que le llegaba al pecho.

—Está bien, Krantz; hágalo usted si lo desea.

Felipe salió a la orilla y sentóse junto a Krantz que se ocupaba en sacar el dinero del taleguito. Al fin, dijo:

—Felipe, creo que está aquí todo; ahora quedo satisfecho.

No había acabado aún de decir esto cuando oyóse un tremendo rugido; el aire se agitó como movido por un fuerte viento a espaldas suyas; se oyó un grito y el ruido de lucha, y al recobrase Felipe de su asombro, vio el cuerpo desnudo de Krantz que era arrastrado con la celeridad de una flecha por un enorme tigre que había salido de la espesura. Aquel espectáculo paralizó sus movimientos y cuando quiso acudir en socorro de su amigo, el tigre y Krantz habían desaparecido.

—¡Justo Cielo! ¿me habías reservado esta nueva amargura? —exclamó Felipe arrojándose al suelo y cubriéndose el rostro con las manos—. ¡Oh, Krantz, mi amigo, mi hermano, cuán cierto era tu presentimiento! ¡Dios de misericordia, ten piedad! pero cúmplase tu divina voluntad —y, dicho esto, Felipe rompió en un torrente de lágrimas.

Más de una hora permaneció el infeliz clavado en aquel sitio, indiferente al peligro que le rodeaba. Al fin, reanimándose, se levantó, se vistió, volvió a tomar asiento y sus ojos se fijaron en los vestidos de Krantz y en el oro que continuaba aún sobre la arena.

—Quería darme este dinero; presentía su desgraciado fin; sí, sí, era su destino y se ha cumplido: sus huesos blanquearán en la espesura y el espíritu de Wilfredo el cazador y de su hija la loba están vengados.

Las sombras de la noche fueron extendiéndose poco a poco por la playa y el gruñido de las fieras del bosque hizo volver en sí a Felipe y pensar en el riesgo que corría. Se acordó de Amina, y, recogiendo apresuradamente los vestidos y el dinero de Krantz, se volvió al barco, y se hizo a la vela en silencio prosiguiendo su rumbo, con el corazón profundamente entristecido.

—Sí, Amina —pensó Felipe contemplando las estrellas que brillaban en el espacio—; sí, tienes razón cuando dices que los destinos de los hombres son conocidos previamente y pueden leerse en las estrellas. Mi destino es estar separado de lo que más amo en el mundo y morir solo y sin amigos. ¡Bien venida sea la muerte que será para mí un consuelo! Tengo una misión que cumplir: ¡Dios quiera que la cumpla pronto y que no amarguen mi vida pruebas como ésta!

Felipe derramó otra vez abundantes lágrimas, porque Krantz había sido fiel amigo, su más fiel compañero de peligros y privaciones desde el día en que la escuadra holandesa intentó doblar el Cabo de Hornos.

Siete días después, llegó Felipe a Pulo Penang, donde encontró un buque dispuesto a salir para Goa, a donde estaba destinado. Puso su barco al costado y vio que era un bergantín con bandera portuguesa, pero cuya tripulación componíase, en su mayor parte, de indígenas de la isla. Haciéndose pasar por un inglés al servicio de Portugal, que había naufragado y ofreciendo pagar su pasaje, fue bien recibido, no tardando el buque en hacerse a la vela.

Este viaje fue feliz. Al cabo de seis semanas anclaron frente a Goa, y al día siguiente subieron por el río. El capitán portugués informó a Felipe de la casa en donde podría encontrar alojamiento; y, pasando como uno de los individuos de la tripulación, no hubo dificultad que le impidiera saltar a tierra. Cuando quedó instalado en su nuevo alojamiento, comenzó a dirigir preguntas al huésped referentes a Amina, designándola tan sólo como una joven que había llegado allí en un buque, pocas semanas antes. Pero no le fue posible averiguar nada.

—Señor —le dijo el dueño de la casa en que estaba hospedado—, mañana se celebra el gran auto de fe; no podemos hacer nada hasta que se celebre; pero luego haremos cuantas investigaciones guste. Mientras tanto visite la ciudad, y mañana le llevaré a un sitio desde donde pueda presenciar la gran procesión.

Felipe salió; proporcionóse un traje; se quitó la barba y paseó por la ciudad mirando a todas las ventanas por si descubría a Amina. Al volver una esquina creyó conocer al padre Matías y corrió a su encuentro; pero el clérigo apretóse el sombrero sobre la cabeza, y, aunque le llamó Vanderdecken, no dio respuesta alguna.

—Me equivoqué —pensó Felipe—; pero hubiera jurado que era el padre Matías.

Felipe tenía razón; era el padre Matías que no había querido que éste lo conociese.

Vanderdecken volvió a su posada poco antes de anochecer. En ella había mucha gente, porque desde muy lejos habían acudido a Goa para presenciar el auto de fe, y no se

hablaba más que de la ceremonia.

—Veré esa gran procesión —se dijo Felipe a sí mismo acostándose—. Eso me proporcionará alguna distracción. Amina, amada mía, que los ángeles te guarden.

XXXVIII

A pesar del doloroso estado de su ánimo, Amina pudo dormir aquella noche, lo que probaba de un modo evidente el temple de acero de que estaba dotada. El ruido de los cerrojos que se descorrían y la entrada del carcelero principal con una luz despertóla del último sueño de este mundo en el momento en que soñaba con su marido.

El carcelero llevaba una túnica en la mano y se la mandó poner; encendió una luz y salió del calabozo. La túnica era de sarga negra con rayas blancas.

Amina vistiósela y volvió a tenderse en la cama, pero ya no le fue posible dormir. Pasaron las horas y el carcelero entró de nuevo y mandó que le siguiese. Quizá una de prácticas más terribles de la Inquisición era que después de ser acusados los reos, confesaran sus delitos o no, volvían a sus celdas sin la menor idea de la sentencia que se dictaba contra ellos, cosa que ignoraban aun en la mañana misma de la ejecución.

Los condenados fueron conducidos todos a un salón espacioso y alumbrado por una débil claridad. Eran unos doscientos hombres, todos vestidos de la misma sarga negra con rayas blancas, que se mantenían tan inmóviles y asustados que, a no haber sido por el movimiento de sus ojos al pasar los carceleros de una parte a otra, se hubiera creído que eran de piedra. Era la agonía de la incertidumbre, peor mil veces que la agonía de la muerte. Al cabo de un rato pusieron en la mano de cada preso una vela de cera de varios pies de longitud, y después a varios de ellos vistiéronles los sambenitos y a otros las samarias. Los que recibían estos trajes que tenían llamas pintadas, considerábanse perdidos y era espantoso ver la angustia de cada uno al recibir aquel traje y el sudor que inundaba sus rostros.

Pero los reos de aquel salón no debían ser ejecutados. Los que llevaban sambenitos debían figurar en la procesión y recibir después un leve castigo; los que llevaban samarias habían sido condenados, pero se les perdonaba el castigo del fuego, por haber reconocido su culpa y pedido perdón, así es que tenían las llamas pintadas hacia abajo, lo cual significaba que no debían ser quemados; pero esto lo ignoraban aquellos infelices que temblaban ante los horrores que suponían que iban a sufrir.

Otro salón semejante había dispuesto para las mujeres. En él se practicaron las mismas ceremonias; la misma duda, los mismos temores, la misma angustia estaban reflejados en todos los rostros. Pero había una tercera sala más pequeña que las otras dos y reservada para los condenados a ser quemados vivos. A este lugar fue conducida Amina y allí encontró otras siete infelices vestidas de la misma manera que ella: dos solamente eran europeas; las cinco restantes eran esclavas negras. Cada una tenía su confesor a quien escuchaba. Un fraile se acercó a Amina, pero ella le despidió con la mano. El fraile la miró, escupió en el suelo y la maldijo. El carcelero principal entró entonces con las samarias que debían vestir. Estas tenían las llamas pintadas hacia arriba. Además, eran de tela gruesa y de bastante vuelo, llevando en la parte inferior, delante y detrás, la imagen del culpado; es decir, la cara solamente sobre un haz de leña ardiendo y rodeada de llamas y de demonios. Debajo del retrato había una inscripción que publicaba el crimen que se iba a

castigar. Pusieron, además, sobre la cabeza de cada reo gorros de hojas de caña, con llamas pintadas en ellos y a cada uno se le obligó a llevar una larga vela de cera.

Amina y las otras mujeres condenadas permanecieron en sus respectivos departamentos hasta algunas horas antes de que comenzase la procesión, porque había sido llamadas por los carceleros a las dos de la mañana.

El sol surgió brillante con gran contento de los empleados del Santo Oficio que no querían un día nublado para vindicar el honor de la Iglesia y demostrar cómo practicaban las doctrinas misericordiosas del Salvador y los preceptos de caridad, amor al prójimo, tolerancia y perdón. Pero no sólo los individuos y familiares de la Santa Inquisición se regocijaban, sino millares de personas llegadas de todas partes para presenciar la espantosa ceremonia y celebrar aquel jubileo; muchos guiados por su fanatismo supersticioso; pero otros impulsados por la curiosidad y la afición a los espectáculos. Las calles y plazas por donde debía pasar la procesión, estaban atestadas de gente desde muy temprano; los balcones habían sido adornados con colgaduras de seda, tapicería y paños bordados de oro y plata en honor de la fiesta; y por doquier veíanse señoras y caballeros vestidos con sus mejores trajes, esperando con ansia el momento de ver el rostro a los condenados por la Inquisición.

La gruesa campana de la catedral resonó a la salida del sol, en el espacio, y todos los presos fueron llevados al gran salón para disponer el orden de la procesión. En la puerta de entrada habíase levantado un dosel bajo el cual había tomado asiento el inquisidor general rodeado de la mayor parte de la nobleza y caballeros de Goa. A su lado estaba su secretario, y, al pasar los presos por delante del dosel, éste publicaba sus nombres y llamaba a uno de los circunstantes, que en seguida se adelantaba colocándose al lado del reo. Estos individuos se llamaban padrinos y su deber era acompañar y responder del condenado que se les confiaba hasta que terminaba la ceremonia. Considerábase aquél un gran honor conferido por el inquisidor general a quienes le placía.

La procesión organizóse al fin, y se puso en marcha. Delante iba el estandarte de la Orden de los dominicos, porque éstos habían sido los fundadores de la Inquisición y reclamaban este privilegio como derecho imprescriptible. Después seguían los frailes en dos filas; luego los reos hasta el número de trescientos, cada uno con su padrino al lado y la gran vela de cera encendida en la mano. Aquellos cuyas culpas eran más leves, iban primero, todos con las cabezas desnudas y descalzos. A éstos que no llevaban más que la túnica de sarga negra con rayas blancas, seguían los que llevaban sambenitos; luego los que llevaban samarias con las llamas hacia abajo; después había una separación en la procesión causada por una gran cruz con la imagen del Salvador clavada en ella. Esto significaba que los que iban delante y sobre quienes caía la mirada del Salvador no debían sufrir penas corporales, mientras los que iban detrás, y a quienes la imagen volvía la espalda, estaban destinados a morir.

Al crucifijo seguían los siete condenados al fuego, y Amina la última como la criminal más terrible de todas. Detrás de Amina iban cinco efigies levantadas sobre grandes pértigas, vestidas con los mismos trajes de llamas y demonios y detrás de cada efigie un ataúd que contenía el esqueleto: estas efigies eran de los que habían muerto en el

calabozo o en el tormento y que después habían sido condenados a la hoguera. Los esqueletos habían sido extraídos de sus tumbas y debían sufrir la misma sentencia que hubieran sufrido si hubieran estado en vida. Las efigies debían atarse al palo de la hoguera y ser quemados sus huesos. Luego iban los consejeros de la Inquisición, los familiares, monjes, clérigos y centenares de penitentes con trajes negros que ocultaban sus rostros; todos llevaban velas encendidas en las manos. Tardó dos horas en pasar la procesión, que recorrió las calles más importantes de Goa, antes de llegar a la catedral donde debían verificarse otras ceremonias. Los reos, que iban descalzos, apenas podían andar porque las piedras agudas de las calles les habían herido los pies; de modo que el camino aparecía regado de sangre.

El altar mayor de la catedral estaba colgado de negro y alumbrado por millares de luces. A un lado estaba el dosel del inquisidor general; al otro una plataforma para el virrey y su séquito. En el centro habíanse colocado bancos para los reos y sus padrinos, y el resto de la procesión instalóse a derecha e izquierda de las bóvedas mezclándose por entonces con los espectadores. Tan pronto como los presos fueron entrando en la catedral, fueron llevados a sus respectivos sitios; los menores criminales se sentaban junto al altar, y los demás más lejos, por orden de importancia de sus culpas. Amina, cuyos pies chorreaban sangre, acercóse vacilando al asiento, suspirando porque llegase la hora en que había de ser separada del mundo cristiano. No pensaba en sí misma, ni en lo que iba a sufrir; pensaba en Felipe que se veía libre de aquellos crueles inquisidores; pensaba en la felicidad de morir primero y encontrarle en el Cielo.

Consumida por el prolongado encierro en su insano calabozo, por la incertidumbre, por la ansiedad y por la fatiga del penoso paseo que la habían obligado a dar, exponiéndose al sol ardiente después de tantos meses de prisión en un calabozo, había perdido mucho de su belleza; pero su rostro demacrado y sus facciones perfectas, tenían mayor atractivo. Objeto de las miradas de todos, caminaba con los ojos bajos y casi cerrados; pero, de vez en cuando, levantaba la cabeza y miraba; y la llama que brillaba en sus ojos, revelaba un alma altiva que hacía temblar a muchos.

Hacía dos segundos que Amina había tomado asiento en su banco de la catedral, cuando, abrumada por sus penosas sensaciones y por el cansancio, se desmayó.

Nadie se aproximó a prestarle auxilio. Es verdad que centenares de personas lo hubieran hecho de buena gana; pero no se atrevieron; era una réproba; estaba excomulgada, abandonada, perdida; y si alguno, movido a compasión por los padecimientos del reo, hubiera osado levantarla, habría sido objeto de sospechas, y probablemente registrado su nombre para ser llamado a comparecer ante el tribunal de la Santa Inquisición.

Dos oficiales de la Inquisición aproximáronse al fin a Amina, la levantaron, la hicieron sentar, y ella se recobró lo suficiente para mantenerse sentada.

Un monje dominico predicó un sermón describiendo la misericordia y el amor paternal que desplegaba constantemente el Santo Oficio. Comparó la Inquisición con el arca de Noé, de la que habían salido todos los animales después del diluvio, pero con una diferencia notable a favor del Santo Oficio: que los animales habían salido tan malos como

habían entrado, mientras que los que habían penetrado en la Inquisición, llenas sus almas de perversidad y de crímenes y con corazones de lobos, salían de ella tan pacientes y tan sufridos como corderos.

Luego subió al púlpito el fiscal de la Inquisición y leyó el extracto de los crímenes y de las sentencias de cada uno de los reos. Éstos, al ser leída su sentencia, eran llevados delante del púlpito para oírla de pie con la vela en al mano. Publicadas las sentencias de aquellos a quienes se les perdonaba la vida, el inquisidor general, vestido con el traje de sacerdote y seguido de varios oficiales de la Inquisición, levantaban las excomuniones que habían caído sobre los reos y les bendecían, y aspergeaba.

Concluida esta parte de la ceremonia, los condenados a muerte y aquéllos cuyas efigies debían ser quemadas, fueron llevados uno a otro para oír sus sentencias, que concluían diciendo que la Santa Inquisición no había podido perdonarles, a causa de la dureza de sus corazones y de la multitud de sus crímenes; y con gran sentimiento los entregaba al brazo seglar para que sufrieran la pena impuesta por las leyes, exhortando a las autoridades a que los trataran con benignidad, y no procedieran a la pena de muerte ni efusión de sangre. ¡Sarcasmo horrible!

Amina fue la última en ser llevada delante del púlpito, que estaba fijo en una de las columnas macizas de la nave del centro cerca del dosel bajo el cual estaba sentado el inquisidor general.

—¡Amina Vanderdecken! —gritó el fiscal.

En aquel momento oyóse un ruido desacostumbrado entre la multitud situada junto al púlpito: hubo voces y empujones; los oficiales de la Inquisición levantaron sus varas para imponer silencio pero el ruido no cesó.

—Amina Vanderdecken, acusada de...

Después de una lucha violenta, logró salir de entre la multitud un joven que corrió a donde estaba la reo, y la estrechó en sus brazos.

—¡Felipe, Felipe! —gritó Amina reclinando la cabeza sobre su pecho.

Al recibirla Vanderdecken en sus brazos, la caperuza cayó de la cabeza de Amina y rodó sobre el pavimento de mármol.

—¡Amina, esposa mía, mi amada esposa! ¿eres tú y te encuentras aquí? Señores, es inocente, apártense —continuó, dirigiéndose a los oficiales de la Inquisición, que se esforzaban por separarle—, apártense si estiman sus vidas en algo.

Esta amenaza a los oficiales de la Inquisición y el desprecio de todas las reglas, eran intolerables; todo el concurso estaba conmovido; la solemnidad de la ceremonia se veía comprometida. El virrey y su séquito se habían levantado de sus asientos para presenciar la escena, y la multitud se apiñaba cada vez más cuando el inquisidor general dio sus órdenes y apresuráronse varios oficiales a prestar ayuda a los dos que habían llevado a Amina y a separarla de los brazos de Felipe. La lucha fue terrible; Vanderdecken parecía tener la fuerza de veinte hombres, y transcurrieron algunos minutos antes que los oficiales de la Inquisición pudieran separarle.

Amina, contenida por dos de los familiares, gritaba, intentando, aunque inútilmente, lanzarse a los brazos de su marido. Al fin, por un tremendo esfuerzo, Felipe vióse libre de

los que le detenían; pero en seguida cayó sobre el pavimento. La fuerza que había hecho le había roto una vena y había quedado desmayado en el suelo.

—¡Oh! ¡le han asesinado! ¡monstruos, asesinos! ¡Déjenme abrazarle por última vez! — gritó Amina frenética.

Un sacerdote se adelantó; era el padre Matías que con semblante dolorido suplicó a varios de los circunstantes que se llevaran a Felipe Vanderdecken, y éste, en estado de insensibilidad, fue separado de Amina derramando sangre por la boca. Se leyó su sentencia; pero Amina no la oyó porque su cerebro ardía. Fue nuevamente conducida a su sitio y entonces cedieron su valor, su constancia y fortaleza, y durante el resto de la ceremonia llenó la catedral de sollozos histéricos sin que súplicas ni amenazas pudieran hacerla callar.

Todo había concluido, excepto la última escena del drama. Los reos perdonados fueron conducidos otra vez a los calabozos de la Inquisición con sus padrinos, y los sentenciados al fuego enviados a la orilla del río para sufrir su sentencia. Era un largo espacio abierto a la izquierda de la Aduana donde debía celebrarse el auto de fe. Como en la catedral, habíanse levantado tablados para el inquisidor general y para el virrey que en traje de ceremonia guiaba la procesión seguido de un inmenso concurso. Trece hogueras había dispuestas, ocho para los vivos y cinco para los muertos. Los verdugos estaban sentados junto a la estaca donde debían ser atados los presos, y las pilas de haces de leña esperaban a las víctimas. Amina, que no podía andar, fue llevada por los familiares hasta la estaca que la había sido destinada. Cuando la pusieron en pie junto a ella pareció recobrar su valor; acercóse al palo, cruzando los brazos y se apoyó en él.

Los verdugos dieron principio a su triste misión. El delicado cuerpo de Amina fue sujetado con cadenas y se amontonaron en su derredor dos numerosos haces de combustible. Los mismos preparativos se hicieron para las otras víctimas, cuyos confesores continuaban al lado de cada una de ellas. Amina despedía indignada con la mano a cuantos se le aproximaban, cuando el padre Matías, casi sin aliento, atravesó la multitud, y se acercó a su vez.

—Amina Vanderdecken, infeliz mujer, si hubieras seguido mis consejos no te verías en tan triste situación. Ahora es demasiado tarde para salvar tu vida, pero aún es tiempo de salvar tu alma. Llama al Salvador para que reciba tu alma; invócale por su pasión y muerte y Él te concederá la paz eterna. Amina —continuó el anciano derramando lágrimas—, te conjuro por tu salvación. A lo menos no me desconsueles.

—¿Infeliz mujer, dice usted? —contestó Amina—. Mejor debe usted decir infeliz sacerdote; porque mis sufrimientos van a concluir pronto y usted sufrirá los tormentos de los condenados. Infeliz fue el día en que mi marido salvó a usted de la muerte; todavía más infeliz la compasión que le indujo a darle hospitalidad en mi casa. Infeliz soy por haber conocido a usted. Le abandono a los remordimientos de su conciencia, si es que usted los tiene y no cambiaría la cruel muerte que me espera por los remordimientos que usted ha de sufrir en su vida. Márchese. Muero en la fe de mis padres y no en una religión que ofrece estos espectáculos.

—¡Amina Vanderdecken! —exclamó el sacerdote cayendo de rodillas y cruzando los

brazos.

—Márchese, padre.

—Todavía dispones de un minuto... Por amor de Dios.

—Ya he dicho a usted que me deje; ese minuto es mío.

El padre Matías separóse de Amina desesperado y llorando amargamente. Como Amina había dicho, su dolor era extremado.

Preguntó entonces el verdugo a los confesores cuáles eran los reos que morían en la verdadera fe. A éstos se les pasaba una cuerda por el cuello y se les ataba a la estaca, de modo que fueran ahorcados antes de encenderse el fuego. Todos los reos, excepto Amina, murieron de este modo. El verdugo preguntó al padre Matías si Amina había pedido a Dios misericordia. El padre Matías respondió que no y movió la cabeza.

El verdugo se volvió. Después de un momento de pausa el sacerdote fue tras él, le asió del brazo y le dijo con voz desmayada:

—Que no sufra mucho.

El inquisidor general dio la señal y las hogueras fueron encendidas. Para complacer al sacerdote, el verdugo arrojó una cantidad de paja húmeda sobre la pila de Amina para que el humo denso la sofocara antes de que las llamas acariciaran su cuerpo.

—¡Madre, madre, recíbeme en tu seno! —fueron las últimas palabras que murmuraron los labios de la infeliz Amina, que realmente mereció haber alcanzado mejor suerte.

Las llamas consumieron furiosamente la leña subiendo a gran altura alrededor de las estacas a que estaban encadenados los reos. De la simpática e inteligente Amina, sólo quedó un montón de huesos calcinados.

XXXIX

El recuerdo del auto de fe en que Amina sufrió muerte ignominiosa llegó a borrarse de la memoria de las gentes.

Han transcurrido varios años, durante los cuales Felipe Vanderdecken ha vivido en las regiones de la inconsciencia.

El trágico fin de su esposa amada le había hecho perder el juicio, y, durante mucho tiempo, fue cuidado cariñosamente por una persona que vivió con la esperanza de devolverle la salud; pero esta persona murió presa de remordimiento sin haber logrado su deseo. Era el padre Matías.

La casa de Terneuse hacía tiempo que se había arruinado; muchos años esperó el regreso de sus propietarios; pero, al fin, sus herederos reclamaron y obtuvieron los bienes de Felipe Vanderdecken.

Los cabellos de Felipe habían encanecido; su cuerpo robusto estaba demacrado y parecía mucho más viejo de lo que realmente era. Había recobrado la razón pero no el vigor. Cansado de la vida, deseaba cumplir su misión y morir. Conservaba todavía la reliquia al cuello; había sido despedido del manicomio y le habían facilitado medios para volver a su patria. ¡Ah! no tenía ya patria, ni casa, ni nada en el mundo que le indujese a permanecer en él.

El buque estaba dispuesto para hacerse a la vela para Europa y Felipe Vanderdecken pasó a bordo sin averiguar adónde se dirigía. No pensaba volver a Terneuse; no podía resistir la idea de visitar nuevamente los sitios donde tanta felicidad había gozado y tantas desgracias sufrido. Las facciones de Amina estaban grabadas en su corazón y suspiraba impaciente porque llegase el momento de unirse a ella en la otra vida.

No era ya el sincero católico que había sido antes; pero todavía creía en la reliquia que era su pasaporte para él y para su padre al entrar en el otro mundo, el medio de reunirse con Amina, y muchas veces pasaba horas enteras contemplándola.

El buque en que Felipe navegaba como pasajero se llamaba Nuestra Señora del Monte, y era un bergantín de 300 toneladas que se dirigía a Lisboa. El capitán era un viejo portugués muy supersticioso y muy aficionado al arack. Salieron de Goa y Felipe estaba a popa contemplando con tristeza las torres de la catedral en que había visto por última vez a su esposa, cuando sintió que le tocaban en el codo, y volviéndose oyó una voz muy conocida que le dijo:

—Volvemos a ser compañeros de viaje.

Era el piloto Schriften.

Este no había sufrido alteración alguna; no parecía haber envejecido, y su ojo brillaban con la misma viveza de siempre.

—¡Otra vez usted, Schriften! —exclamó Vanderdecken—. Su presencia en este barco me indica que se va a cumplir mi misión.

—Puede ser —dijo el piloto—; los dos estamos cansados.

Felipe no respondió; ni siquiera preguntó a Schriften cómo se había escapado del

fuerte; le era indiferente saberlo, porque estaba persuadido de que aquel hombre no era una criatura humana.

—Muchos han sido los buques que han naufragado, Felipe Vanderdecken, y muchas las almas llamadas a responder de sus acciones por haber encontrado el buque de su padre de usted, mientras usted ha permanecido encerrado mucho tiempo.

—¡Ojalá que nuestro próximo encuentro sea más afortunado por ser el último! —repuso Felipe.

—No, no; tendrá que navegar hasta el día del juicio —contestó el piloto con énfasis.

—¡Miserable! Tengo el presentimiento de que no ha de realizarse su diabólico deseo. Déjeme ahora, de otro modo le haré comprender que, aunque las desgracias han encanecido mis cabellos, todavía poseo gran vigor en el brazo.

Schriften separóse de Felipe sonriéndose sarcástica-mente; parecía tenerle algún miedo, aunque era mayor su odio. Trató de enemistar a los tripulantes con Felipe, declarando que era un Jonás que causaría la pérdida del buque, porque estaba en relación con el Volador Holandés. Felipe advirtió en breve que todos evitaban su presencia, y declaró que Schriften era un demonio y no un hombre. La apariencia del piloto prevenía tanto contra él, y la de Felipe, al contrario, era tan amable, que la tripulación apenas sabía qué pensar, mientras el capitán y otros miraban con igual horror a ambos.

El capitán, que era a la vez supersticioso y borracho, por la mañana rezaba y blasfemaba por la tarde contra los mismos santos cuya protección había invocado.

El buque había llegado frente a la costa meridional de África, a unas 100 millas de la de Lagullas. Amaneció un día espléndido; el viento apenas rizaba la superficie de las aguas y el buque caminaba a razón de unas cuatro millas por hora.

—¡Benditos sean todos los santos y santas! —dijo el capitán que acababa de subir sobre cubierta—: un es fuerzo más en favor nuestro y llegaremos al puerto con felicidad. ¡Benditos sean todos los santos y santas, y especialmente nuestro glorioso San Antonio que ha tomado bajo su protección a Nuestra Señora del Monte! Tenemos señales de buen tiempo; vamos, señores; almorzaremos, y fumaremos luego sobre cubierta.

Pero, de pronto, levantóse una masa de nubes por el horizonte extendiéndose con rapidez tal, que pareció a los ojos de los mismos marineros extraordinaria, cubriendo rápidamente todo el firmamento. El sol se oscureció; los objetos apenas se distinguían; el viento decayó, y el océano quedó en calma. El cielo parecía cubierto por un velo rojo como si el mundo estuviera en un estado de conflagración.

En la cámara, quien primero advirtió la obscuridad fue Felipe que subió sobre cubierta seguido del capitán y de los pasajeros asombrados. Aquella obscuridad era extraordinaria e incomprensible.

¡Santísima Virgen, protégenos! ¿Qué puede ser esto? —exclamó el capitán lleno de terror—. ¡Glorioso San Antonio, sálvanos! Esto es horrible.

¡Allí, allí! —gritaron varios marineros señalando un costado del buque.

Todos volvieron la vista hacia el sitio designado. Al costado y a unos dos cables de distancia vieron alzarse poco a poco de la superficie de las aguas los topes de una arboladura de otro buque, que fueron subiendo gradualmente; luego aparecieron las cofas,

las vergas, las velas, por último las jarcias y el casco, y el nuevo buque se fue levantando hasta hacerse visibles las portas con sus cañones. Aquel buque se aproximó, poniéndose al costado y a cierta distancia de Nuestra Señora del Monte.

—¡Santísima Virgen! —exclamó el capitán aterrorizado—. He visto hundirse buques en el mar; pero no he visto ninguno salir desde el fondo a la superficie de las aguas. Ofrezco mil velas de cera, de diez onzas cada una, ante el altar de la Virgen porque nos salve de esta desgracia. Señores —añadió dirigiéndose a los pasajeros que estaban asustados como él—, ¿lo prometen ustedes también?

—¡El Buque Fantasma, el Volador Holandés! —gritó Schriften—. Felipe Vanderdecken, allí está su padre. ¡Ji, ji!

Felipe fijó la vista en el buque y advirtió que estaban arriando un bote.

—Es posible —pensó— que me sea permitido pasar a él.

Y apretó la reliquia que llevaba en el pecho. La obscuridad aumentó entonces y el Buque Fantasma sólo se distinguía a través de una atmósfera densa. Los tripulantes y pasajeros de Nuestra Señora del Monte se arrodillaron invocando a Dios y a los santos. El capitán, después de haber tomado la imagen de San Antonio, de haberle besado y colocado nuevamente en su nicho, corrió por una vela de cera para ponérsela delante encendida.

Al poco tiempo oyóse el ruido de los remos al costado del buque y una voz que decía:

—Buena gente, échenos un cabo.

Nadie respondió ni aceptó la invitación. Sólo Schriften se dirigió al capitán diciéndole que si los de aquel buque querían enviar cartas, no debía recibirlas, porque, si las recibía, todos morirían.

Al poco tiempo presentóse un hombre entrando por el portalón.

—Bien podían ustedes haberme echado un cabo —dijo al pisar la cubierta—. ¿Dónde está el capitán?

—Aquí estoy —contestó éste temblando de pies a cabeza.

El hombre que se acercó al capitán parecía un marinero curtido por el temporal, vestido con una gorra y chaqueta de lona. Llevaba algunas cartas en la mano.

—¿Qué se le ofrece a usted? —preguntó por último el capitán.

—Sí, ¿qué desea usted? —insistió Schriften—. ¡Ji, ji!

¡Cómo! ¿es usted piloto aquí? —preguntó aquel hombre—. Creía que hacía tiempo que estaba usted en el otro mundo.

¡Ji! ¡ji! —contestó Schriften volviéndole la espalda.

—El caso es, capitán —dijo el marinero del Buque Fantasma—, que hemos tenido un tiempo muy malo y que deseamos enviar cartas a nuestras familias. Creo que no conseguiremos nunca doblar este cabo.

—No puedo encargarme de ellas.

—¿Qué no? ¡Cosa extraña! Todos los buques se niegan a recibir nuestras cartas. Eso está mal hecho, los marineros deben prestarse ayuda especialmente en las desgracias. Dios sabe cuánto deseamos nosotros volver a ver a nuestras mujeres y familias; sería un

consuelo para ellas recibir noticias nuestras.

—Me es imposible tomar esas cartas; Dios nos libre —dijo el capitán.

—Llevamos mucho tiempo en el mar —agregó el marinero moviendo la cabeza.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó el capitán por no ocurrírsele otra cosa.

—No lo sé; el viento se ha llevado nuestro almanaque y hemos perdido los medios de averiguarlo. Jamás hemos podido tomar exactamente la latitud.

—Veamos esas cartas —dijo Felipe adelantándose y recibéndolas de manos del marinero.

—¡No las toque usted! —gritó Schriften.

—Fuera de aquí monstruo —respondió Felipe—; ¿quién se atreve a detenerme a mí?

¡Estás condenado, estás condenado! —gritó Schriften corriendo por la cubierta y lanzando una carcajada feroz.

¡No toque usted esas cartas! —ordenó imperiosa mente el capitán que temblaba como un azogado.

Felipe alargó la mano para recibir las cartas no haciendo caso de la prohibición.

—Ésta es de nuestro contra maestre para su mujer que reside en Ámsterdam en el muelle de Waser.

—El muelle de Waser desapareció hace ya mucho tiempo, amigo mío —dijo Felipe—; ahora se han construido allí grandes almacenes para recibir el cargamento de los buques.

—¡Imposible! —contestó el marinero—. Aquí hay otra del patrón de la lancha para su padre que vive en la plaza del Mercado Viejo.

—Tampoco existe la plaza del Mercado Viejo; allí se ha construido una iglesia.

—¡Imposible! —repitió el marinero—. Aquí tiene usted otra para mi novia Brow Katcer; lleva dinero para que se compre un brazalete.

—Recuerdo que así se llamaba una vieja soltera que fue enterrada hace treinta años.

—¡Imposible! La dejé en toda la lozanía de su juventud. Aquí está otra para la casa Slutz y Compañía, propietaria de este buque.

—Ya no existe semejante casa —dijo Felipe—. Sin embargo, hace muchos años me hablaron de unos comerciantes que llevaban ese nombre.

—¡Imposible! ¡Usted está burlándose de mí! Aquí hay otra carta de nuestro capitán para su hijo.

—Entréguemela usted —exclamó Felipe tomando la carta.

Iba a romper el sello, cuando se la arrebató Schriften de las manos arrojándola después por la borda de sotavento.

—Es una broma intolerable para un antiguo compañero mío —observó el del Buque Fantasma.

Schriften no respondió; pero, apoderándose de las demás cartas que Felipe había puesto en el cabestrante, las arrojó al mar como la primera.

El marinero del Buque Fantasma rompió a llorar y marchóse por el mismo costado por donde había entrado diciendo:

—Es muy dura, muy dura la conducta que observan con nosotros; pero tiempo llegará en que nuestras familias conozcan nuestra situación.

Pocos segundos después percibíase el ruido de los remos que conducían el bote del marinero hacia su buque.

—¡Glorioso San Antonio! —exclamó el capitán—; estoy atemorizado y lleno de asombro» Mayordomo, tráigame usted el arack.

El mayordomo llevóle una botella de arack, y, estando asustado como el capitán, sirvióse a sí mismo un buen vaso.

—Ahora —dijo el capitán después de apurar de un solo trago la botella—, ¿qué vamos a hacer?

—Se lo diré a usted —repuso Schriften acercándose a él—; ese hombre tiene un amuleto alrededor del cuello; quíteselo, arrójelo al mar y el buque se habrá salvado; si no se lo quita, el buque se perderá y con él todos cuantos van a bordo.

¡Sí, sí, tiene razón! —gritaron los marineros.

¡Necios! —exclamó Felipe—; ¿creéis a este miserable? ¿No habéis oído al marinero que ha salido de aquí llamarle compañero suyo? ¿No veis que es él quien atrae todas las desgracias por su presencia a bordo?

¡Sí, sí, también es cierto! —gritaron los marineros—; le ha llamado compañero suyo.

—Es mentira —protestó Schriften—; el que causa todas las desgracias es éste; quitadle el amuleto que lleva al cuello.

Felipe retrocedió hacia donde estaba el capitán, a quien dijo:

—¿Qué van a hacer estos locos? Lo que llevo alrededor de mi cuello es una reliquia de la verdadera cruz; si se atreven a arrojarla al mar, están perdidos para siempre.

Y aquí Felipe, sacando la reliquia de su pecho, mostrósela al capitán.

—No, no, muchachos —gritó el capitán que estaba ya algo más tranquilo—; no hay que hacer eso; los santos nos libren.

No obstante, los marineros empezaron a dar voces; una parte de ellos pretendieron arrojar a Schriften al mar, y la otra proponiendo arrojar a Felipe. Por último, el capitán resolvió la cuestión mandando que se arriara el chinchorro, y que Felipe y Schriften fueran abandonados en él. Los marineros aprobaron la determinación, que era satisfactoria para todos. Felipe no hizo objeción alguna. Schriften gritó y luchó hasta que le arrojaron al bote, y allí permaneció temblando sobre la popa, mientras Felipe, que se había apoderado de los remos, separábase de Nuestra Señora del Monte, con dirección al Buque Fantasma.

XL

El barco de que habían sido expulsados Felipe y Schriften desapareció al poco tiempo entre la espesa niebla; el Buque Fantasma estaba todavía a la vista, pero a mucha mayor distancia que antes. Felipe remó con empeño hacia él; pero, aunque el buque manteníase al paio, parecía que a cada momento aumentaba la distancia que lo separaba del bote. Felipe dejó de remar para cobrar aliento, y Schriften, levantándose, acercóse a él.

—Reme cuanto quiera, Felipe, pues jamás ha de acercarse a ese buque: no, no, eso no puede ser; tenemos que hacer un largo camino juntos; pero, al fin de ese camino, estará usted tan lejos como ahora. ¿Por qué no me arroja usted otra vez al mar? Así el chinchorro irá más aprisa. ¡Ji, ji!

—Le arrojé al mar en un acceso de cólera —repuso el interpelado— cuando intentó robarme mi reliquia.

—¿Y no he inducido a otros a que se la quiten? ¿Diga usted? ¡Ji, ji!

—Es cierto —contestó Felipe—; pero estoy convencido de que es usted tan desgraciado como yo, y que cumple su destino como yo cumplo el mío. No sé por qué, pero creo que ambos perseguimos un fin misterioso. Si el éxito de mis esfuerzos depende de conservar la reliquia, el de los esfuerzos de usted depende seguramente de obtenerla, y evitar que la conserve y en esta materia ambos somos agentes de otro poder, y usted, en este asunto, ha sido mi mayor enemigo. Pero, Schriften, no he olvidado, ni olvidaré jamás, que usted benévolamente aconsejó a mi pobre Amina; usted le profetizó cuál sería su suerte si desoía sus consejos; que usted no era su enemigo, aunque lo había sido y lo es mío. Por lo tanto, a pesar del daño que me ha hecho, por amor a Amina, le perdono, y no trataré de ocasionarle mal alguno.

—Entonces perdona usted a su enemigo, Felipe Vanderdecken —dijo Schriften tristemente—, porque, efectivamente, soy su enemigo, lo reconozco.

—Le perdono con todo mi corazón y con toda mi alma —insistió Felipe.

—Entonces, me ha vencido, Felipe Vanderdecken; me ha hecho ahora su amigo, y sus deseos se cumplirán. Va usted a saber quién soy; óigame. Cuando su padre, desafiando la voluntad del Omnipotente y en su cólera me arrebató la vida, fue condenado a navegar eternamente, a no ser que lo rescatasen los méritos de su hijo; y a mí se me permitió permanecer en la tierra para evitar que usted libertara a su padre del castigo. Mientras fuésemos enemigos, usted no podía conseguir su objeto; pero estaba determinado que cuando usted se conformara con la mayor virtud del cristiano manifestada por la Santa Cruz, y perdonara a sus enemigos, su misión quedaría cumplida. Felipe Vanderdecken, ha perdonado usted a su enemigo, y su destino como el mío va a cumplirse.

Y, dicho esto, Schriften extendió la mano hacia Felipe que tenía clavados los ojos en él. Felipe tomó aquella mano, y, al estrecharla, las formas del piloto se desvanecieron y el joven se encontró solo.

—¡Padre de misericordia, te doy gracias! —exclamó Felipe—. Mi tarea está cumplida, y pronto me reuniré con Amina.

El joven remó entonces vigorosamente hacia el Buque Fantasma, que parecía esperarle; cada minuto se iba acercando más y más; y, al fin, abandonando los remos, subió por el costado y llegó a la cubierta.

La tripulación del buque le rodeó.

—¿Dónde está el capitán? —preguntó Felipe—; deseo hablar con él.

—¿A quién anuncio? —preguntó el que parecía primer contraamaestre.

—Dígale usted que su hijo Felipe Vanderdecken desea hablarle.

La tripulación oyó estas palabras con una carcajada, y el contraamaestre, tan pronto como cesaron las risas, repuso:

—Quizá ha querido usted decir que desea hablarle su padre.

—Dígale usted que su hijo —insistió Felipe—. No haga caso de mis canas.

—Aquí viene el capitán —añadió el contraamaestre, apartándose y señalando a un hombre que salía de la cámara.

—¿Qué es esto? —preguntó éste.

—¿Es usted Guillermo Vanderdecken, el capitán de este buque?

—Sí, señor.

—¿No me conoce usted? ¡Es natural! Me dejó usted cuando tenía tres años. Usted recordará la carta que escribió a su esposa.

—¡Ah! —exclamó el capitán—; ¿y quién es usted?

—Para usted el tiempo no ha corrido; pero para los que viven en el mundo no se detiene, y para los que han pasado una vida llena de infortunios, mucho menos. Yo soy su hijo Felipe Vanderdecken, que ha obedecido sus deseos y que, después de sufrir penalidades innúmeras, ha cumplido al fin sus juramentos y presenta a su padre la preciosa reliquia que desea besar.

Felipe sacó la reliquia de su seno y la presentó a su padre.

El capitán del buque, como si de repente pasara un relámpago sobre sus ojos, retrocedió, cruzó las manos, cayó de rodillas y derramó abundantes lágrimas.

—¡Hijo mío, hijo mío! —exclamó después levantándose y abrazando a Felipe—; mis ojos se han abierto; el Omnipotente sabe cuánto tiempo han permanecido cerrados.

Y, abrazados los dos, separáronse de los marineros que estaban inmóviles en el portalón, y pasaron a popa.

—¡Hijo mío, hijo mío! Antes que el encanto se rompa y antes que nuestros cuerpos se desvanezcan como deben desvanecerte entre los elementos, déjame arrodillar para dar gracias a Dios y hacer acto de contrición; hijo mío, mi noble hijo, recibe las gracias de tu padre.

Después, derramando lágrimas de gozo y arrepentimiento, arrodillóse nuevamente, y dirigió sus humildes súplicas a aquel Ser a quien en su ira había desafiado en otro tiempo.

Felipe púsose también de rodillas, y así permanecieron abrazados uno a otro y elevando juntos sus oraciones a Dios.

Por vez postrera, quitóse Felipe del cuello la reliquia y la entregó a su padre. Éste levantó sus ojos al cielo y la besó. Al besarla, las berlingas superiores del Buque Fantasma,

las vergas y las velas se deshicieron, flotaron en el aire y cayeron sobre el mar. El palo mayor, el trinquete, el bauprés, todo lo que había sobre cubierta se redujo a polvo y desapareció.

El padre llevó nuevamente la reliquia a sus labios e imprimió en ella un beso.

Prosiguió la obra destructora: los pesados cañones de hierro cayeron al agua y desaparecieron en el abismo; los tripulantes del buque, que miraban sin hablar, convirtiéronse en polvo, no quedando nada con apariencia de vida en el buque más que los Vanderdecken.

Las cuadernas y la tablazón del buque se separaron, las cubiertas se hundieron poco a poco, los restos del castillo flotaron sobre las aguas; y, mientras el padre y el hijo permanecían arrodillados y abrazados levantando las manos al cielo, fueron sepultándose suavemente en las aguas azuladas; rasgó el cielo un relámpago en forma de cruz iluminando el espacio; las nubes que obscurecían el cielo se deshicieron; mostró el sol su disco esplendoroso; agitáronse las olas con un movimiento de júbilo; las gaviotas revolotearon por la superficie; los albatros remontaron su vuelo; los delfines juguetearon con las olas azuladas y la Naturaleza entera pareció regocijarse, entonando un himno de gratitud y de alabanza al Poder Supremo, creador de los mundos, ante quien comparecieron en aquel instante las almas de Felipe Vanderdecken y del capitán del Buque Fantasma.